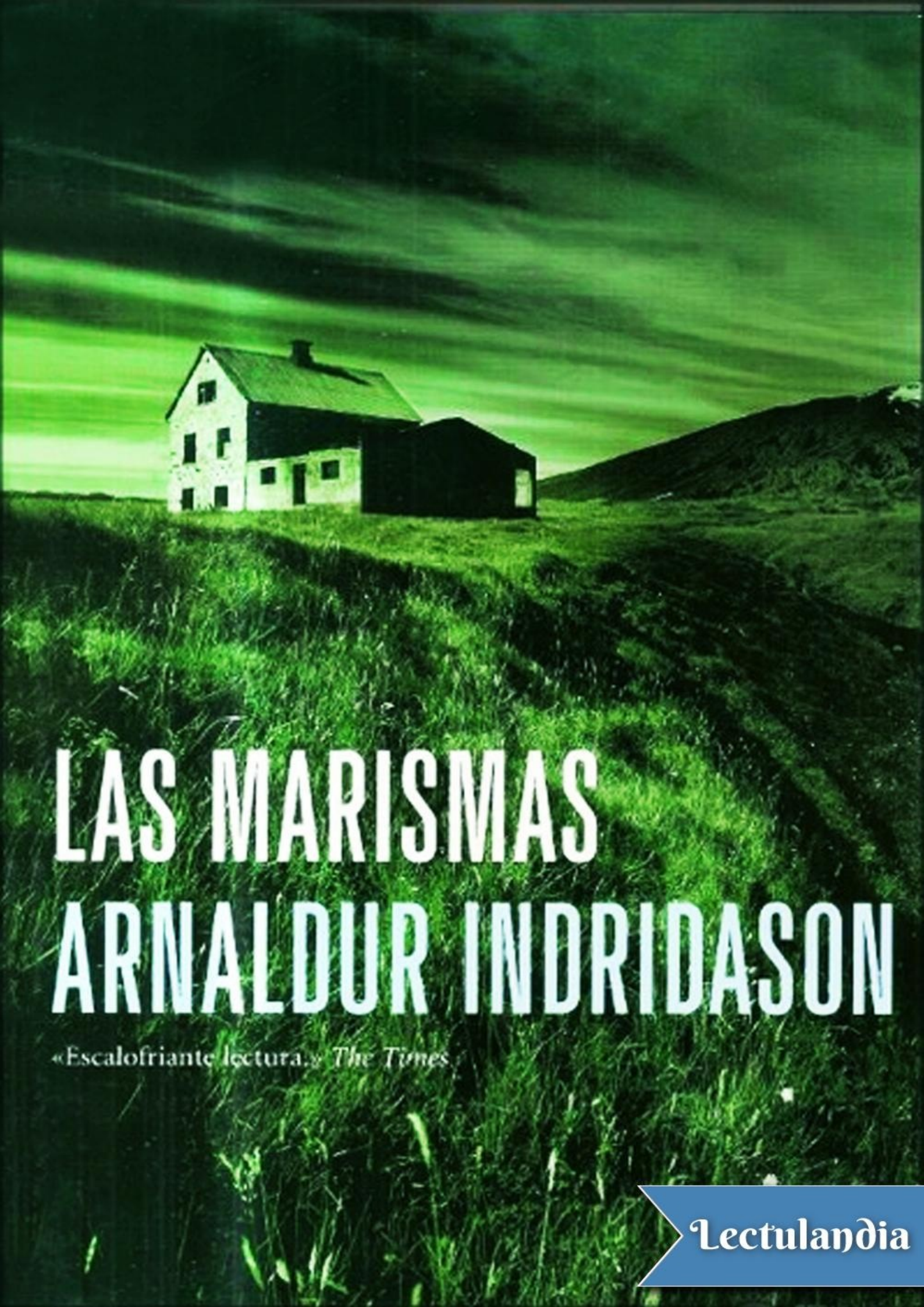




LAS MARISMAS ARNALDUR INDRIDASON

«Escalofriante lectura.» *The Times*

Lectulandia

Un hombre aparece asesinado en su casa en el barrio Las Marismas de Nordurmyri. La policía encuentra escondida en su escritorio una vieja foto de la tumba de una niña de cuatro años. Y es precisamente esa foto la que conduce a los investigadores hacia el pasado tenebroso de aquel hombre, a sus antiguas relaciones y a un drama familiar. Esta historia coincide con la desaparición de una joven de su propio banquete de boda.

Los inspectores, Erlendur y Sigurdur Óli, se enfrentan en los dos casos a enredados y complicados pasados de familias aparentemente corrientes.

«Verosímil, bien construida, conmovedora e inteligente.» TIMES LITERARY SUPPLEMENT

«Fascinante, original y desconcertante.» VAL MCDERMID

Lectulandia

Arnaldur Idriðason

Las Marismas

Erlendur III

ePUB v1.0

Nexus 15.10.11

más libros en lectulandia.com

Arnaldur Indridason, 2000

Título original: Mýrtn

Publicado según acuerdo con

Edda-Publishing, Reykjavik

Traducción: Kristin Arnadóttir, 2006

Edición: RBA Libros, S.A.

Primera edición: mayo 2006

ISBN: 84-7871-000-0

Composición: Manuel Rodríguez

Todo esto es una condenada marisma.
Erlendur Sveinsson, policía de investigación criminal.

Capítulo 1

Reikiavik, 2001

Las palabras estaban escritas a lápiz en una hoja de papel colocada sobre el cadáver.

Tres palabras, incomprensibles para Erlendur.

El cadáver era de un hombre que debía de rondar los setenta años. Estaba echado sobre su lado derecho en el suelo, junto a un sofá, en un pequeño salón, y vestía camisa azul y pantalones de pana de color marrón claro. Calzaba zapatillas. El cabello gris, que había empezado a escasear, estaba manchado con la sangre de una aparatosa herida en el cráneo. En el suelo, cerca del cadáver, había un cenicero grande de cristal, cuadrado y con aristas afiladas. También estaba manchado de sangre. La mesa de centro estaba volcada.

Era un apartamento en el sótano de una casa de hormigón de dos pisos, en el barrio de Las Marismas. La casa estaba rodeada de un pequeño jardín protegido en tres de sus lados por un muro. Los árboles habían perdido las hojas, que ahora cubrían totalmente el suelo del jardín. Sus encorvadas ramas se estiraban hacia el cielo ennegrecido.

Un camino de grava conducía hasta la entrada del garaje. Seguían llegando agentes de la policía de Reikiavik. Se movían sin prisas, como fantasmas en una casa vieja. Esperaban al médico forense para que firmara el certificado de defunción. El hallazgo del cadáver les había sido comunicado quince minutos antes; Erlendur fue uno de los primeros que se presentaron en el lugar. Estaba esperando la llegada de Sigurdur Óli en cualquier momento.

El crepúsculo de octubre cubría la ciudad y la lluvia batía contra el viento otoñal. Alguien había encendido una lámpara que, desde una mesa del salón, alumbraba la estancia con una luz tenebrosa. Aparte de eso, no se había tocado nada. Los técnicos estaban colocando grandes focos sustentados en trípodes. Con ellos se iluminaría el apartamento. Erlendur fijó su atención en una librería, después en un desgastado tresillo, una mesa de comedor, un viejo escritorio situado en un rincón, una alfombra que cubría el suelo y las manchas de sangre en la alfombra. Una puerta comunicaba el salón con la cocina y otra se abría hacia un pequeño corredor que daba paso a dos habitaciones y un aseo.

El vecino del piso de arriba fue quien avisó a la policía. Había llegado a casa después de ir a buscar a sus dos hijos al colegio y le extrañó encontrar la puerta de entrada del sótano abierta de par en par. Se veía el interior del apartamento. Le extrañó y llamó a su vecino desde fuera, para saber si estaba en casa. No contestó

nadie. Entonces se asomó por la puerta y volvió a llamar; pero tampoco obtuvo respuesta. Vivía con su familia en el piso de arriba desde hacía algunos años, pero no conocía bien al señor del sótano. Su hijo mayor, de nueve años, no fue tan prudente como su padre y en un segundo entró hasta el salón del apartamento. Volvió a salir enseguida diciendo, sin mayor preocupación, que había un hombre muerto ahí dentro.

—Ves demasiadas películas —le dijo su padre, pero cuando entró vio a su vecino en el suelo, en medio de un charco de sangre.

Erlendur sabía cómo se llamaba el muerto. Su nombre figuraba en el timbre de la puerta; sin embargo, para evitar la posibilidad de hacer el ridículo se puso unos guantes de látex y sacó la billetera del hombre del bolsillo de una chaqueta que colgaba en la entrada; ahí encontró una tarjeta de crédito con su fotografía. Se llamaba Holberg y tenía sesenta y nueve años. Muerto en su domicilio. Probablemente asesinado.

Erlendur dio una vuelta por la vivienda haciéndose algunas preguntas. Ése era su trabajo. Investigar lo evidente. Los técnicos se ocupaban de lo oculto. No vio ninguna señal de que las ventanas o las puertas hubieran sido forzadas. A primera vista parecía como si el hombre hubiera permitido entrar a su asesino. Los vecinos habían dejado huellas en la entrada y sobre la alfombra cuando irrumpieron con los zapatos mojados por la lluvia, así que también tenía que haber huellas del asesino. A no ser que se hubiera quitado los zapatos al entrar. Erlendur opinaba que el asesino seguramente tenía demasiada prisa para permitirse perder un tiempo precioso en quitarse los zapatos. Los técnicos habían llevado aspiradores y polvos para buscar cualquier pequeña partícula escondida y tratar de descubrir huellas: huellas dactilares y barro de zapatos de personas ajenas a la casa. Buscaban cualquier cosa que resultara extraña. Cualquier rastro dejado allí.

Erlendur opinaba que el hombre no había recibido a su visitante con especial hospitalidad. No le había invitado a tomar café. La cafetera de la cocina no tenía aspecto de haber sido usada en las últimas horas. No se veía tampoco ninguna tetera y no se habían sacado las tazas del armario. Los vasos estaban limpios y en su sitio. Evidentemente, el muerto había sido un hombre ordenado. Todo estaba en orden. Tal vez no conocía bien a su asesino. Tal vez el visitante le atacó por sorpresa en el momento de abrir la puerta. Sin quitarse los zapatos.

¿Se puede asesinar a alguien estando descalzo?

Erlendur echó un vistazo a su alrededor y decidió que tendría que organizar sus ideas.

Estaba claro que el visitante tenía prisa. No se había esforzado en cerrar la puerta al marcharse. El mismo ataque parecía haber sido hecho de forma apresurada, de repente y sin previo aviso. En la vivienda no había señales de pelea. Al parecer, el hombre se había caído directamente al suelo, volcando la mesa de centro al

desplomarse. A primera vista, todo lo demás estaba intacto. Erlendur no apreciaba ningún signo de robo. Los armarios estaban cerrados, también los cajones; un ordenador moderno y una cadena musical vieja estaban en su sitio, la cartera del hombre en el bolsillo de su chaqueta, con un billete de dos mil coronas y dos tarjetas, una de débito y otra de crédito.

Aparentemente el asesino había cogido lo que tenía más a mano para golpear al hombre en la cabeza. El cenicero era verdoso, de un cristal grueso que, según los cálculos de Erlendur, debía de pesar por lo menos un kilo y medio. Un arma homicida para quien así quisiera verlo. Era improbable que el visitante lo hubiera traído consigo y lo hubiera dejado luego ensangrentado en el suelo.

Éstas eran las pistas evidentes: el hombre abrió la puerta e invitó al visitante a entrar o, en todo caso, le acompañó hasta el salón. Probablemente conocía al visitante, aunque no tenía por qué ser así. Fue atacado con el cenicero, un golpe sordo; y luego, el asesino salió a toda prisa y dejó abierta la puerta de entrada. Todo clarísimo.

Salvo el mensaje.

Estaba escrito en una hoja rayada tamaño A4, que parecía arrancada de un cuaderno de espiral y era la única pista que sugería que se trataba de un crimen premeditado; hacía pensar que el visitante había ido allí con el único propósito de asesinar al inquilino. Había escrito un mensaje. Un mensaje de tres palabras que Erlendur no lograba entender. ¿Escribió las palabras antes de llegar al apartamento? Otra pregunta evidente que requería respuesta. Erlendur se acercó al escritorio del rincón del salón. Sobre el mueble había montones de documentos, facturas, sobres, papeles. Encima, un cuaderno de espiral. Miró por todo el escritorio en busca de un lápiz, pero no vio ninguno. Siguió buscando por allí y encontró uno debajo del escritorio. No tocó nada. Observó y reflexionó.

—¿Un típico asesinato islandés? —preguntó Sigurdur Óli, que había llegado al sótano sin que Erlendur se diera cuenta y estaba ahora junto al cadáver.

—¿Cómo? —preguntó Erlendur distraído.

—Chapucero, inútil y realizado sin intentar disimular evidencias ni esconder pruebas.

—Sí —dijo Erlendur—. Un miserable asesinato islandés.

—A no ser que se haya caído sobre la mesa y se haya dado un golpe en la cabeza con el cenicero —añadió Sigurdur Óli.

Elinborg le acompañaba. Erlendur había estado tratando de limitar el ir y venir de policías, técnicos y sanitarios mientras daba vueltas por la vivienda, cabizbajo y con el sombrero puesto.

—¿Y ha escrito una nota incomprensible a la vez que caía? —preguntó Erlendur.

—Es posible que la tuviera en la mano.

—¿Entiendes algo de lo que dice la nota?

—Puede que esto signifique Dios —dijo Sigurdur Óli—. O tal vez el asesino, no lo sé. El énfasis sobre la última palabra es algo curioso. ÉL, con mayúsculas.

—A mí me parece que no se escribió con prisas. La última palabra está en mayúsculas y las demás en minúsculas. El visitante se tomó su tiempo para escribirlo. Y sin embargo se fue sin cerrar la puerta. ¿Eso qué quiere decir? Ataca al hombre y sale corriendo, pero escribe una tontería incomprensible en un papel y se esmera en destacar la última palabra.

—Tiene que referirse a él —dijo Sigurdur Óli—. Al muerto, quiero decir. No se puede referir a nadie más.

—No sé —repuso Erlendur—. ¿Qué propósito tiene dejar un mensaje así encima del cadáver? ¿Quién hace estas cosas? ¿Qué quiere decir? ¿Nos quiere comunicar algo? ¿Está el asesino hablándose a sí mismo? ¿Está hablando con el muerto?

—Un animal trastornado —dijo Elinborg, e intentó hacerse con la nota.

Erlendur se lo impidió.

—Quizá fue atacado por más de uno —opinó Sigurdur Óli.

—Acuérdate de los guantes, Elinborg querida —dijo Erlendur como si estuviera hablando con una niña—. No toques las pruebas. El mensaje se escribió sobre esa mesa de ahí —añadió, y señaló el escritorio—. La hoja fue arrancada de un cuaderno de espiral, propiedad de la víctima.

—Tal vez fueron más de uno —repitió Sigurdur Óli, pensando que había tenido una posibilidad brillante.

—Sí —dijo Erlendur—, tal vez.

—Muy poco escrupuloso —argumentó Sigurdur Óli—. Primero matas a un anciano y luego te sientas a escribir. ¿No se necesita tener nervios de acero para hacer algo así? ¿No se tiene que ser un demonio despreciable para hacer algo así?

—O no tener conciencia —replicó Elinborg.

—O tener complejo mesiánico —añadió Erlendur.

Se agachó para mirar el mensaje y volvió a leerlo.

«Un enorme complejo mesiánico», pensó.

Capítulo 2

Erlendur llegó a su piso hacia las diez de la noche y metió un plato preparado en el microondas. Se quedó delante del aparato mirando cómo el plato daba vueltas en su interior y se le ocurrió pensar que había visto cosas aún más aburridas en la televisión. Fuera, el viento otoñal parecía gemir, cargado de lluvia y oscuridad.

Pensó en la gente que dejaba mensajes y luego desaparecía. ¿Qué escribiría él en un trozo de papel? ¿A quién podría dejar un mensaje? Se le ocurrió que a su hija Eva Lind. Estaba metida en el mundo de las drogas y seguro que querría saber si había algo de dinero. Era cada vez más agresiva en cuanto al dinero. Su hijo Sindri Snaer había terminado recientemente el tercer tratamiento contra su adicción al alcohol. El mensaje para él sería sencillo: «Nunca más Hiroshima».

Erlendur esbozó una vaga sonrisa cuando el microondas emitió tres pitidos.

En realidad nunca había pensado en desaparecer y dejar una nota para alguien.

Él y Sigurdur Óli habían hablado con el vecino que encontró el cadáver. Su esposa estaba presente y hablaba de sacar a sus hijos de la casa y mandarlos con la abuela. El vecino, que se llamaba Olafur, les contó que toda la familia, él, su esposa y los dos hijos, salían de casa todos los días a las ocho de la mañana para ir a sus respectivos trabajos y al colegio y que no volvían hasta las cuatro de la tarde por lo menos; él mismo se encargaba de recoger a los niños en el colegio. No habían notado nada fuera de lo normal cuando salieron por la mañana. La puerta del sótano estaba cerrada. Habían dormido bien toda la noche y no habían oído nada. Tenían poco trato con el vecino. Apenas lo conocían aunque llevaban varios años viviendo en el piso de arriba.

El médico forense aún no había establecido la hora aproximada de la muerte, pero Erlendur calculaba que sería hacia el mediodía. La hora punta, como se solía llamar. «¿Quién tiene tiempo a esa hora actualmente?», pensó Erlendur. Habían enviado un comunicado a la prensa diciendo que se había encontrado el cadáver de un hombre de unos setenta años en una vivienda del barrio de Las Marismas y que parecía haber sido asesinado. Si alguien había visto algún movimiento o personas extrañas en los alrededores de la casa en las últimas veinticuatro horas, se agradecería que lo comunicara a la policía de Reikiavik.

Erlendur tenía cincuenta años, estaba divorciado de su mujer desde hacía mucho tiempo y era padre de dos hijos. Siempre había ocultado el hecho de que detestaba los nombres de sus hijos. Su ex mujer, con quien no había hablado en veinte años, pensaba entonces que eran nombres «muy monos». El divorcio fue difícil y Erlendur perdió el contacto con sus hijos cuando eran muy jóvenes. Al hacerse mayores volvieron a buscar su compañía y él los recibió encantado, a pesar de la tristeza que le daba ver en qué estado se hallaban. Sobre todo sufría por Eva Lind. Sindri Snaer

estaba algo mejor, aunque no mucho.

Sacó la comida del microondas y se sentó a la mesa de la cocina. El piso tenía dos habitaciones y en todos los rincones había montones de libros. En las paredes colgaban viejas fotografías de sus familiares de los fiordos del este, de donde Erlendur era oriundo. No tenía ninguna fotografía de él ni de sus hijos. Junto a una pared, delante de un sillón destartado, había un antiguo televisor, marca Nordmende. Erlendur mantenía el piso aceptablemente limpio con un mínimo esfuerzo.

No sabía con exactitud lo que estaba comiendo. En el colorido paquete ponía algo acerca de delicias orientales, pero el alimento que había dentro de una especie de rollo de harina sabía a sopa de pan agria. Erlendur lo apartó a un lado. Estaba pensando si quedaría algo del pan y el paté que había comprado hacía algunos días cuando sonó el timbre. Eva Lind había decidido dejarse caer por allí. A Erlendur le irritaba su manera de hablar.

—¿Cómo estás, tío? —le preguntó de pasada, mientras iba directamente al salón a tirarse en el sofá.

—¡Ay! No utilices este lenguaje conmigo —dijo Erlendur cerrando la puerta.

—Pensé que querías que cuidara mi lenguaje —replicó Eva Lind, que estaba acostumbrada a oír los sermones de su padre sobre su forma de hablar.

—Entonces hazlo.

Era difícil descubrir qué papel representaba esta vez. Eva Lind era la mejor actriz que había conocido, lo que tal vez no era un gran elogio, ya que Erlendur nunca iba ni al teatro ni al cine y raras veces miraba la televisión a no ser que emitieran reportajes. Las obras teatrales de Eva Lind solían ser dramas familiares de uno a tres actos y trataban normalmente sobre cómo sacarle dinero a Erlendur. Sin embargo, no se prodigaba; la verdad era que tenía otras maneras de conseguir dinero y su padre prefería no conocer demasiados detalles. Venía a verle cuando no le quedaba «ni un puto céntimo», como solía decir.

Algunas veces era su niña pequeña, le abrazaba y runruneaba como un gatito. Otras, era una mujer desesperada que se paseaba por el piso gritando y acusándole de haberlos abandonado a ella y a su hermano cuando eran pequeños. En esas ocasiones podía ser obscena, maliciosa y cruel. A veces también estaba casi bien, si es que se podía decir de alguien que «estaba bien»; entonces Erlendur creía que podía conversar con ella como con cualquier persona sensata.

Vestía tejanos gastados y una cazadora de piel negra. Llevaba el pelo negro muy corto y dos pequeños piercings en una ceja, de una de sus orejas colgaba una cruz de plata. Antes lucía una dentadura blanca y bonita, ahora la tenía algo deteriorada; le faltaban dos dientes en la encía superior. Se le notaba cuando sonreía con generosidad. Tenía la cara delgada, aspecto cansino y oscuras ojeras. Erlendur

apreciaba cierto parecido con su madre, la abuela de Eva Lind. Maldecía la mala suerte de su hija y se culpaba a sí mismo por lo que le había ocurrido.

—Hablé con mamá hoy, o mejor dicho, ella habló conmigo. Quería saber si podía hablar contigo. ¡Es estupendo ser hija de padres divorciados!

—¿Tu madre quiere algo de mí? —preguntó Erlendur asombrado.

Ella todavía le odiaba, después de veinte años. Sólo la había visto de pasada una vez en todo este tiempo y la ira de su mirada era evidente. En otra ocasión habló con ella por teléfono sobre Sindri Snaer y Erlendur prefería no acordarse de esa conversación.

—Es un bicho y una esnob.

—No hables así de tu madre.

—Unos amigos del barrio de Gardabaer, que están forrados de dinero, iban a celebrar la boda de su hija este fin de semana, pero la novia se dio el piro y desapareció. ¡Qué ridículo! Eso ocurrió el sábado y no han vuelto a saber nada de ella. Mamá estaba en la boda y está indignada a tope. Me dijo que te preguntara si puedes hablar con esa gente. No quieren enviar ningún aviso a la prensa, manada de pijos que son, pero como saben que tú trabajas en el departamento de investigación de la policía, piensan que a lo mejor puedes solucionar la cosa así, por lo bajines, a escondidas. Y soy yo la que tengo que encargarme de que hables con la gentuza esa. Mamá no, ¿entiendes? ¡Mamá nunca!

—¿Tú conoces a esa gente?

—No lo bastante para que me invitaran a la boda que la preciosa muñequita que hacía de novia acabó reventando.

—¿Y a la chica, la conoces?

—Muy poco.

—¿Adónde habrá ido?

—No lo sé.

Erlendur se encogió de hombros.

—Estaba pensando en ti hace un rato.

—Qué guay —dijo Eva Lind—. Precisamente me preguntaba si...

—No tengo dinero —espetó Erlendur sentándose frente a ella en el sillón de la televisión—. ¿Tienes hambre?

Eva Lind hizo una mueca.

—¿Por qué no se puede hablar contigo sin que empieces a hablar de dinero? —le preguntó.

Erlendur se sintió como si le hubiera quitado las palabras de la boca.

—¿Y por qué yo nunca puedo hablar contigo de nada?

—Que te jodan.

—¿Por qué hablas así? ¿Qué quieres decir? ¡Que te jodan! ¿Qué maneras son

ésas?

—¡Jesús! —suspiró Eva Lind.

—¿Quién eres hoy? ¿Con quién estoy hablando? ¿Eres tú misma, escondida detrás de toda esa mierda de las drogas?

—No empieces con esa estúpida canción otra vez. «¿Quién eres? —le parodiaba—. ¿Dónde estás?» Estoy aquí, sentada delante de ti. Yo soy yo.

—Eva.

—¡Diez mil! —dijo Eva—. Eso no es nada. ¿Acaso no puedes reunir diez mil? Si te sobra el dinero.

Erlendur se quedó mirando a su hija. Había algo en su actitud que le llamaba la atención desde el momento en que llegó. Su respiración era irregular, estaba nerviosa y tenía la frente perlada de sudor. Parecía enferma.

—¿Te pasa algo? —le preguntó.

—Estoy estupendamente. Me hace falta calderilla. Porfa, no seas difícil.

—¿Estás enferma?

—Por favor.

Erlendur seguía mirándola.

—¿Estás intentando desengancharte? —le dijo.

—Porfa, diez mil. No es nada. Para ti no es nada. Luego no volveré a pedirte dinero nunca más.

—Así que es eso. ¿Cuánto tiempo hace desde que... —Erlendur no sabía cómo expresarse—... utilizaste alguna sustancia?

—No importa. Lo he dejado. ¡He dejado de dejar de dejar de dejarlo! —Eva Lind se levantó—. Dame diez mil. Por favor. Cinco. Dame cinco mil. ¿No las llevas en el bolsillo? ¿Cinco? Si sólo es una mierda pinchada en un palo.

—¿Por qué intentas dejarlo ahora?

Eva Lind miró a su padre.

—Nada de preguntas tontas. No voy a dejar nada. ¿Dejar qué? ¿Qué quieres que deje? Deja tú de decir tonterías.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan nerviosa? ¿Estás enferma?

—Sí, muy enferma. ¿Me puedes dar esas diez mil? Será un préstamo. Te las devolveré, ¿eh? Tacaño.

—Tacaño es una buena palabra —dijo Erlendur—. ¿Estás enferma, Eva?

—¿Por qué sigues preguntando eso? —exclamó Eva, aún más excitada.

—¿Tienes fiebre?

—Dame el dinero ya. ¡Dos mil! ¡No entiendes nada, viejo estúpido!

Erlendur se había levantado y ella se le acercó como si fuese a atacarle. Él no comprendía esa repentina agresividad y la observó detenidamente de arriba abajo.

—¿Se puede saber qué miras? —le gritó ella—. ¿Acaso tienes ganas, eh? ¿El

viejo está caliente?

Erlendur le dio una bofetada, aunque no muy fuerte.

—¿Has disfrutado? —preguntó Eva Lind.

Erlendur le dio otra bofetada, esta vez algo más fuerte.

—¿Se te pone dura? —continuó ella, y Erlendur la apartó con un empujón.

Nunca la había oído hablar así. En un momento se había convertido en una fiera salvaje. Tan incontrolada que no la reconocía. Se quedó inmóvil sin saber qué hacer y poco a poco su enfado fue convirtiéndose en lástima.

—¿Por qué intentas dejarlo ahora? —repitió una vez más.

—¡No estoy intentando dejarlo ahora! —dijo ella gritando—. ¿Qué te pasa hombre, no entiendes lo que te digo? ¿Quién habla de dejar nada?

—¿Qué pasa, Eva?

—Cierra ya la boca y dame las cinco mil. ¿Puedes darme eso?

Parecía haberse calmado algo. Tal vez se daba cuenta de que se había pasado de la raya. No podía hablarle así a su padre.

—¿Por qué ahora? —le volvió a insistir Erlendur.

—¿Me darás las cinco mil si te lo digo?

—¿Qué ha sucedido?

—Cinco mil.

Erlendur no le quitó la vista de encima.

—¿Estás embarazada?

Eva Lind le miró y sonrió resignada.

—Bingo.

—Pero ¿cómo? —dijo Erlendur con un suspiro.

—¿Qué quieres decir con «cómo»? ¿Quieres que te lo describa?

—¡Para ya! ¿Es que no utilizas algún anticonceptivo, preservativos, píldoras?

—No sé qué pasó. Simplemente pasó.

—¿Y ahora quieres dejar la droga?

—No, ya no. No puedo. Ahora te lo he dicho todo. Me debes diez mil.

—¿Para que puedas drogar a tu hijo?

—No es ningún hijo, tonto. No es nada. Sólo un grano de arena. No puedo dejarlo ahora. Lo dejaré mañana. Te lo prometo. Sólo que no ahora. ¿Dos mil? ¿Qué son dos mil para ti? Nada.

Erlendur volvió a acercarse a ella.

—Pero lo has intentado. Quieres dejarlo. Yo te ayudaré.

—¡No puedo! —gritó Eva.

Tenía la cara llena de sudor y trataba de disimular el temblor que le sacudía el cuerpo.

—Por eso has venido a verme —dijo Erlendur—. Podrías haber ido a buscar

dinero a otra parte, lo has hecho en otras ocasiones. Pero has venido a mí porque quieres que...

—No digas chorradas. Vine porque mamá me pidió que lo hiciera y porque tú tienes dinero. Sólo por eso. Si tú no me das el dinero lo buscaré en otra parte. No es ningún problema. Hay muchos tíos que están dispuestos a pagarme.

Erlendur no dejó que le pusiera nervioso.

—¿Has estado embarazada alguna vez?

—No —dijo Eva Lind, y apartó la vista.

—¿Quién es el padre?

A Eva Lind le faltaron las palabras y miró fijamente a su padre.

—¡Eh! —le chilló finalmente—, ¿es que tengo aspecto de haber salido de la jodida suite nupcial del Hotel Saga?

Antes de que a Erlendur le diera tiempo a reaccionar, Eva Lind salió corriendo del piso y bajó las escaleras hasta la calle, donde desapareció entre la fría lluvia otoñal.

Erlendur cerró la puerta con suavidad pensando si se había comportado adecuadamente con ella. Al parecer, eran incapaces de tener una conversación sin acabar enfadados y hablar a gritos el uno con el otro. Eso le entristecía.

Había perdido el apetito, así que volvió a sentarse en el sillón del salón, donde se quedó preocupado pensando en lo que sería de su hija. Al fin cogió un libro que había estado leyendo y que tenía abierto sobre la mesa, a su lado. Se titulaba *Muertes en la meseta de Mosfell* y era una narración que trataba de infortunios y vidas malogradas durante travesías de alta montaña. Uno de sus temas favoritos.

Siguió leyendo desde donde lo había dejado y enseguida estuvo absorto y sumergido en medio de una gran tormenta de nieve, en la que varios hombres jóvenes perdieron la vida congelados.

Capítulo 3

La lluvia caía a chorros cuando Erlendur y Sigurdur Óli salieron del coche, subieron corriendo las escaleras de un bloque de viviendas en la calle Stigahlíd y llamaron al timbre. Habían pensado esperar en el coche hasta que dejara de llover, pero a Erlendur le faltó paciencia y salió disparado. Sigurdur Óli no quería quedarse solo. Se empaparon al momento. A Sigurdur Óli el agua se le deslizaba por el pelo y el cuello, hasta mojarle la espalda. Miraba malhumorado a Erlendur mientras esperaban a que les abrieran la puerta.

En una reunión celebrada aquella misma mañana, los policías que se ocupaban de la investigación habían estudiado las posibilidades del caso. Una de las teorías era que Holberg había sido asesinado sin ningún motivo y que el asesino había estado vagando por el barrio durante algún tiempo, quizás incluso algunos días. Un delincuente al acecho, en busca de un lugar para robar. Seguramente había llamado a la puerta de Holberg para averiguar si había alguien en casa y había perdido los nervios cuando su propietario le abrió la puerta. El mensaje que dejó sería sólo para despistar a la policía. No se les ocurría otra explicación.

El mismo día que se descubrió el cadáver de Holberg, la policía recibió un comunicado de los inquilinos de un piso de Stigahlíd en el que denunciaban que un hombre joven, vestido con una chaqueta militar verde, había atacado a dos mujeres, dos hermanas gemelas. Entró en el rellano y llamó a su puerta. Cuando le abrieron, se metió dentro del piso a la fuerza, cerró la puerta de golpe y les exigió dinero. Las hermanas se negaron, y entonces le pegó un puñetazo en la cara a una de ellas y tiró a la otra al suelo de un empujón. Antes de salir corriendo le dio una patada.

Una voz les hablaba por el interfono. Sigurdur Óli se presentó. Se oyó un zumbido y abrieron la puerta. La escalera estaba mal iluminada y olía a sucio. Cuando llegaron al segundo piso, una de las mujeres les esperaba en la puerta.

—¿Lo habéis atrapado? —les preguntó.

—Me temo que no —respondió Sigurdur Óli sacudiendo la cabeza—, pero queríamos hablar contigo acerca de...

—¿Lo han atrapado? —se oyó decir a alguien desde dentro de la vivienda.

Al momento apareció una réplica exacta de la mujer que estaba hablando con ellos. Tendrían aproximadamente unos setenta años, pelo gris, entrada en carnes; ambas vestían falda negra y jersey rojo. En sus caras redondas era evidente la expectación.

—No —dijo Erlendur—, aún no.

—Era un desgraciado, el pobre —dijo la primera mujer.

Se llamaba Fjóla. Los invitó a entrar.

—No le tengas compasión —repuso la segunda mujer, y cerró la puerta. Se

llamaba Birna—. Era un bruto con cara de pocos amigos y te pegó en la cara. Vaya inútil, ¡uf!

Se sentaron en el salón con las dos mujeres, observaron a una y a otra, y luego intercambiaron miradas entre ellos. El piso era pequeño. Sigurdur Óli se fijó en que había dos dormitorios, uno al lado del otro, y una pequeña cocina contigua al salón.

—Hemos leído vuestra declaración —dijo Sigurdur Óli, que la había ojeado en el coche de camino al piso de las hermanas—. La cuestión es si nos podéis dar más información sobre el hombre que os atacó.

—¿Hombre? —dijo Fjóla—. Más bien era un chico.

—Lo bastante mayor para atacarnos a nosotras —aclaró Birna—. Lo bastante mayor para eso. Me tiró al suelo y me dio una patada.

—No tenemos dinero —añadió Fjóla.

—No guardamos dinero aquí —insistió Birna—, se lo dijimos.

—Pero no nos creyó.

—Y nos atacó.

—Estaba excitado.

—Y tan malhablado. Lo que nos llegó a llamar...

—Y esa horrible chaqueta. Como un soldado.

—También las botas, altas y negras, de las que se atan por delante.

—De todas maneras no estropeó nada.

—No, salió corriendo.

—¿Y no se llevó nada? —preguntó Erlendur.

—Parecía estar fuera de sí —dijo Fjóla intentando por todos los medios encontrar algo positivo en el comportamiento de su atacante—. No estropeó nada ni se llevó nada. Sólo nos atacó cuando supo que no teníamos dinero. Pobrecillo.

—Drogado perdido —dijo Birna con desprecio, y se dirigió a su hermana—: ¿Pobrecillo? A veces parece que estás mal de la cabeza. Estaba drogado perdido. Lo vi en sus ojos, duros y brillantes. Y además estaba sudando.

—¿Sudando? —preguntó Erlendur.

—El sudor le goteaba por la cara.

—Era la lluvia —dijo Fjóla.

—No. Y también temblaba.

—La lluvia —repitió Fjóla, y Birna la miró con reproche.

—Te golpeó en la cara, querida Fjóla, eso no es nada bueno.

—¿Todavía te duele donde te dio la patada? —preguntó Fjóla.

A Erlendur le pareció ver una mirada de triunfo en sus ojos.

Aún era temprano cuando Erlendur y Sigurdur Óli llegaron a la casa de Holberg, en la calle Nordurmyri. Los vecinos del primero y el segundo piso estaban

esperándolos. La policía había tomado declaración al matrimonio del primer piso, padres de los dos niños, pero Erlendur quería hablar personalmente con ellos. Arriba vivía un piloto de aviación que dijo haber llegado de Boston al mediodía, el día que mataron a Holberg, y que se había echado a dormir por la tarde y no se había despertado hasta que la policía llamó a su puerta.

Empezaron por el piloto. Tenía unos cuarenta años, vivía solo y su vivienda era como un contenedor de basuras. Ropa por todas partes, dos maletas sobre un sofá de cuero, bolsas de plástico de las tiendas duty free del aeropuerto por el suelo, botellas de vino sobre las mesas y latas de cerveza vacías por todos los rincones. El piloto los recibió sin afeitarse y en camiseta de tirantes y pantalón corto. Los miró fijamente un momento antes de darse la vuelta, sin mediar palabra, e ir andando delante de ellos hasta el salón, donde se sentó en un sillón. Ellos se quedaron de pie ya que no encontraron dónde sentarse. Erlendur miró a su alrededor y pensó que con este piloto ni siquiera entraría en un simulador de vuelo.

Por alguna razón el hombre empezó a explicar que estaba en medio de una separación matrimonial que tal vez podría convertirse en un asunto policial. La muy zorra le había engañado mientras él estaba de viaje. Un día llegó de Oslo, esa deprimente ciudad, añadió, donde había estado con un antiguo compañero de colegio. Erlendur y Sigurdur Óli se preguntaban qué había sido más deprimente, que su mujer lo engañara o tener que pasar una noche en Oslo.

—Venimos por el asesinato que ocurrió aquí, en el sótano —dijo Erlendur, e interrumpió así la balbuceante verborrea del piloto.

—¿Habéis estado en Oslo? —preguntó el piloto.

—No —dijo Erlendur—, pero no venimos para hablar de Oslo.

El piloto le miró y luego observó a Sigurdur Óli; de repente parecía despejarse.

—A ese hombre no le conocía de nada —explicó—. Compré este agujero hace cuatro meses; según tengo entendido, llevaba vacío mucho tiempo. A él le vi algunas veces por aquí, por la calle. Parecía normal.

—¿Normal? —preguntó Erlendur.

—Quiero decir que era agradable hablar con él.

—¿De qué hablaste con él?

—Más que nada, de aviación. Le interesaba la aviación.

—¿Qué le interesaba de la aviación?

—Los aviones —dijo el piloto, y abrió una lata de cerveza que sacó de una bolsa de plástico—. Los destinos —siguió después de tomarse un trago de cerveza—. Las azafatas —añadió, y soltó un eructo—. Preguntó mucho por las azafatas. Ya sabéis.

—No, no sabemos —dijo Erlendur.

—Cuando pernoctamos en el extranjero.

—Ah, sí.

—Que qué hacemos, si las azafatas están animadas y cosas así. Había oído que las estancias en el extranjero solían ser muy movidas.

—¿Cuándo le viste por última vez? —preguntó Sigurdur Óli.

El piloto se quedó pensativo. No se acordaba.

—Hace algunos días —dijo al fin.

—¿Sabes si recibió visitas últimamente? —preguntó Erlendur.

—No, suelo pasar mucho tiempo fuera de casa.

—¿Has visto a alguien merodeando por aquí, por el barrio, alguien que pareciera estar buscando algo o simplemente paseando sin rumbo fijo?

—No.

—¿Alguien que llevaba una chaqueta militar de color verde?

—No.

—¿Un hombre joven con botas militares?

—No. ¿Llevaba botas militares? ¿Sabéis quién lo hizo?

—No —dijo Erlendur, y volcó una lata medio llena de cerveza cuando se dio la vuelta para salir del piso.

La mujer iba a llevar a los niños con su madre unos días y estaba preparada para salir. No quería que los pequeños se quedaran en casa después de lo que había pasado. El hombre asentía con la cabeza. Era lo mejor. Evidentemente les había afectado. Habían comprado la vivienda cuatro años atrás y estaban a gusto en ella. Un buen barrio para vivir. También para los niños. Éstos estaban de pie al lado de su madre.

—Fue tremendo encontrarlo así —dijo el hombre con la voz entrecortada, como susurrando. Miró a sus hijos—. Les hemos dicho que el hombre estaba dormido —añadió—, pero...

—Sabemos que estaba muerto —dijo el niño mayor.

—Muerto —dijo el pequeño. El matrimonio sonrió desconcertado.

—Se lo han tomado muy bien —aseguró la mujer, y acarició la mejilla del mayor.

—Holberg me caía bien —explicó el hombre—. Conversábamos algunas veces, aquí en la calle. Había vivido en esta casa mucho tiempo y hablábamos sobre el jardín, sobre mantenimiento y cosas así, lo habitual cuando hablas con un vecino.

—Pero no teníamos mucha relación —dijo la mujer—. Me parecía mejor así. Mejor mantener la intimidad.

No habían notado nada fuera de lo normal y no habían visto a nadie con chaqueta militar verde merodeando por los alrededores. La mujer estaba impaciente por marcharse con los niños.

—¿Recibía Holberg muchas visitas habitualmente? —preguntó Sigurdur Óli.

—Nunca lo vi con nadie —dijo la mujer.

—Parecía sentirse un poco solo —añadió el hombre.
—Su casa apestaba —dijo el niño mayor.
—Apestaba —repitió el pequeño.
—En el sótano había humedad —dijo el hombre justificando a los niños.
—A veces la humedad sube hasta aquí —siguió la mujer.
—Se lo habíamos comentado —aseguró el hombre.
—Dijo que lo iba a mirar —repuso ella.
—Hace dos años de eso —aclaró él.

Capítulo 4

El matrimonio del barrio de Gardabaer miró a Erlendur con angustia. Su hija pequeña había desaparecido. No sabían nada de ella desde hacía tres días. Nada, desde la boda. Le dijeron que había desaparecido durante la celebración. Su hijita pequeña. Erlendur se imaginaba una pequeña niña rubia hasta que se enteró de que tenía veintitrés años y que estudiaba psicología en la universidad.

—¿De la boda? —preguntó Erlendur, y miró a su alrededor en el enorme y lujoso salón; tenía el tamaño de una planta entera del edificio donde él vivía.

—¡De su propia boda! —dijo el hombre, como si todavía no entendiera lo que había pasado—. ¡La chica se escapó de su propia boda!

La mujer se sonó en un pañuelo arrugado.

Era mediodía. Erlendur había tardado una media hora en llegar desde Reikiavik hasta Gardabaer, a causa de las obras que se encontró en el camino; además le costó lo suyo dar con el gran chalé de la familia. Desde la calle no se veía, oculto en medio de un gran jardín donde crecían varios tipos de árboles, algunos de hasta seis metros de altura. El matrimonio le esperaba con una angustia evidente.

Erlendur sabía que esto era una pérdida de tiempo y que tenía otros asuntos más importantes que resolver; pero ya que su ex mujer le había pedido que le hiciera este favor decidió complacerla, a pesar de que apenas se habían hablado durante dos décadas.

La mujer llevaba un elegante traje chaqueta de color verde claro y el hombre, un traje negro. Él decía estar muy preocupado por su hija, aunque tenía el convencimiento de que antes o después volvería a aparecer por casa sana y salva. Quería hablar con la policía sin que se pusiera en marcha un equipo de búsqueda o de rescate ni que saliera ningún aviso en los medios.

—Simplemente se esfumó —dijo la mujer.

Tenían la edad de Erlendur, unos cincuenta años. Los dos se dedicaban al comercio, importaban artículos para niños y eso les proporcionaba gozar de una buena situación económica. Nuevos ricos. El paso del tiempo les había tratado con benevolencia. Erlendur se fijó en dos automóviles nuevos aparcados delante del doble garaje. Los dos pulidos y brillantes.

La mujer se armó de valor y empezó a contarle toda la historia. Había ocurrido hacía tres días, el sábado. ¡Dios mío, qué deprisa pasaba el tiempo! Era un día precioso. Les casó ese cura tan conocido.

—Horrible —dijo el marido—. Vino corriendo, soltó un rollo y luego desapareció rápidamente con su cartera. No entiendo cómo puede ser tan famoso.

La mujer no dejó que nada alterara la belleza de la boda.

—¡Un día grandioso! Soleado, un precioso tiempo otoñal. Seguramente había

unas cien personas en la iglesia. Tiene tantísimos amigos. Es una chica muy popular. Hicimos la fiesta aquí, en Gardabaer. ¿Cómo se llama el sitio? Siempre se me olvida.

—Gardaholt —puntualizó el marido.

—Es un sitio tremendamente agradable. Llenamos. La sala, quiero decir. Recibió tantísimos regalos. Luego cuando... cuando...

—Tenían que bailar el primer vals —siguió el hombre cuando la mujer se puso a llorar—, y el tonto del novio estaba completamente solo en la pista de baile. Nosotros llamamos a Dísa Rós, pero ella no aparecía. Empezamos a buscarla, pero era como si se la hubiera tragado la tierra.

—¿Dísa Rós? —dijo Erlendur.

—Luego se descubrió que había cogido el coche de bodas...

—¿Coche de bodas?

—¡Ay, sí! Ese cochazo decorado con flores y lazos que les llevó desde la iglesia como se llame, y se largó de la boda. De repente. Sin explicaciones.

—¿De su propia boda! —exclamó la mujer.

—¿Y vosotros no sabéis la razón?

—Evidentemente ha cambiado de idea —dijo la mujer—. Se habrá arrepentido de todo.

—Pero ¿por qué? —inquirió Erlendur.

—¿La encontrarás? —preguntó el hombre—. No se ha puesto en contacto con nosotros y, como ves, estamos muy preocupados. La fiesta fue un fracaso total. La boda, reventada. No sabemos qué hacer. Y nuestra pequeña, desaparecida.

—Y... el coche de bodas, ¿lo han encontrado?

—Sí, en la calle Gardastræti —dijo el hombre.

—¿Se sabe por qué estaba allí?

—No. Ella no conoce a nadie allí. Tenía su ropa en el coche. Su ropa de calle. Erlendur vaciló.

—¿Tenía la ropa de calle en el coche de bodas? —dijo finalmente, y se preguntó si sería culpa suya que esta conversación hubiese llegado a un nivel tan bajo.

—Se quitó el vestido de novia y se puso la ropa de calle, que parece que guardaba en el coche —respondió la mujer.

—¿Crees que la podrás encontrar? —preguntó el marido—. Hemos hablado con todos sus conocidos, pero nadie sabe nada. No sabemos qué hacer. Aquí tengo una fotografía de ella.

Le dio a Erlendur el retrato de una chica joven, guapa y rubia, que se había esfumado y ahora le sonreía desde la fotografía.

—¿No tenéis ninguna idea de lo que puede haber pasado?

—Ni idea —dijo la madre.

—Ninguna —añadió el padre.

—¿Y éstos son los regalos?

Erlendur miraba una enorme mesa de comedor a varios metros de distancia, llena de paquetes de varios colores, artículos de decoración, papel de celofán y flores. Se fue hacia la mesa y el matrimonio le siguió.

Nunca había visto tantos regalos juntos y se preguntaba qué tipo de cosas podía haber en los paquetes. Cuberterías, cristalerías, se imaginaba.

Vaya vida.

—Y aquí hay plantas —dijo Erlendur, y señaló unas ramas en un enorme florero en un extremo de la mesa de las que colgaban papeles rojos en forma de corazón.

—Sí, es el árbol de los mensajes.

—¿Y eso qué es? —preguntó Erlendur.

Sólo había asistido a una boda en su vida y de eso hacía ya mucho tiempo. No hubo ningún árbol de los mensajes.

—A los invitados se les dan unos papelitos. Escriben mensajes para los novios y los cuelgan de una rama. Ya había muchos mensajes colgados cuando Dísa Rós desapareció —dijo la mujer, y volvió a sacar el pañuelo.

El móvil sonó en el bolsillo de Erlendur. Cuando intentó sacarlo, el aparato se quedó enganchado. Al tirar de él bruscamente se rompió el bolsillo y, sin querer, Erlendur le dio un golpe al árbol de los mensajes, que se cayó al suelo. Erlendur se disculpó y atendió la llamada.

—¿Vas a venir con nosotros a la calle Nordurmyri? —le preguntó la voz de Sigurdur Oli sin preámbulos—. Para inspeccionar un poco más la vivienda.

—¿Estás en el despacho? —quiso saber Erlendur, que se había alejado del matrimonio.

—Te esperaré —dijo Sigurdur Óli—. ¿Dónde demonios estás?

Erlendur apagó el móvil.

—Veré qué podemos hacer —le dijo al matrimonio—. Pienso que no hay ningún peligro. La chica se ha asustado y estará en casa de alguna de sus amigas. No debéis preocuparos, os llamará en cualquier momento.

Los padres de la chica estaban agachados recogiendo los pequeños papeles que se habían caído del árbol de los mensajes. Erlendur se dio cuenta de que no habían visto los que estaban debajo de una silla y se agachó para recogerlos. Eran de cartón rojo. Erlendur leyó los mensajes escritos y miró al matrimonio.

—¿Habíais leído esto? —les preguntó, y les dio uno de los mensajes.

El hombre lo leyó y en su rostro apareció una expresión de sorpresa. Pasó el papel a su mujer. Ella lo leyó varias veces y no pareció entender nada. Erlendur extendió la mano y la mujer le devolvió el papelito. El mensaje estaba sin firmar.

—¿Es la letra de tu hija? —interrogó.

—Creo que sí —le contestó la mujer.

Erlendur volvió a leer el mensaje:
Él es horrible. ¿Qué he hecho?

Capítulo 5

—¿Dónde has estado? —dijo Sigurdur Óli cuando Erlendur volvió a la oficina.

Le contestó con una pregunta:

—¿Ha llamado Eva Lind?

Sigurdur Óli dijo que le parecía que no. Sabía lo que le pasaba a la hija de Erlendur, pero ninguno de los dos lo mencionaba. Pocas veces hablaban de sus asuntos privados.

—¿Hay algo nuevo sobre Holberg? —preguntó Erlendur cuando entró en su despacho.

Sigurdur Óli le siguió y cerró la puerta. Los asesinatos no eran frecuentes en Reikiavik y las pocas veces que se cometía alguno el caso llamaba mucho la atención. La policía tenía por costumbre no desvelar detalles de su investigación criminal a la prensa, a no ser que fuera necesario. Ahora era distinto.

—Sabemos algo más de él —dijo Sigurdur Óli, y abrió una carpeta que llevaba consigo—. Nació en Saudarkrókur hace sesenta y nueve años. Desde hacía algún tiempo trabajaba de camionero en la empresa Transportes de Islandia. Aún seguía ahí, aunque de forma esporádica.

Sigurdur Óli se calló.

—¿No tendríamos que hablar con sus compañeros de trabajo? —agregó.

Acto seguido se arregló la corbata. Llevaba un traje nuevo, era alto y bien parecido. Había estudiado criminología en Estados Unidos. Era la antítesis de Erlendur: moderno y metódico.

—¿No habría que establecer un perfil de ese hombre? —continuó—. ¿Conocerle un poco?

—¿Perfil? —dijo Erlendur—. ¿Eso qué es? ¿Una imagen de su perfil? ¿Quieres una foto de su perfil?

—Recopilar información sobre él, ¿qué va a ser!

—¿Qué opina la gente en general? —preguntó Erlendur manoseando un botón de su jersey, que finalmente se soltó y le cayó en la mano.

Erlendur era de constitución fuerte, algo llenito y su mata de pelo de color castaño. Era uno de los investigadores de la policía con más experiencia en el cuerpo. Normalmente se salía con la suya. Tanto los jefes como los otros empleados hacía tiempo que habían dejado de intentar contrariarle. A lo largo de los años le habían ido dejando hacer. A Erlendur eso le parecía bien.

—Se está buscando al de la chaqueta militar. Es probable que sea un chiflado. Algún joven que pretendía sacarle dinero a Holberg y al que le entró pánico.

—¿Y qué pasa con la familia de Holberg? ¿No tenía?

—No hay familia. Aunque aún no tenemos toda la información. Seguimos

buscando datos sobre parientes, amigos, compañeros de trabajo... ya sabes, antecedentes. El perfil.

—Según lo que vi en la vivienda, tengo la impresión de que era un solitario y que llevaba mucho tiempo aislado.

—Sí, tú sabes qué es eso, ¿verdad? —se le escapó a Sigurdur Óli.

Erlendur hizo como si no lo hubiera oído.

—¿Algo nuevo del médico forense o del departamento técnico?

—Tenemos un informe provisional. No explica nada que no sepamos. Holberg murió de un golpe en la cabeza. El golpe fue fuerte, pero la forma del cenicero y las aristas puntiagudas fueron definitivas. Le rompieron el cráneo y causaron la muerte de forma casi instantánea. También parece que se dio con la esquina de la mesita al caerse. Tenía una fea herida en la frente que coincide con la mesita. Las huellas dactilares del cenicero eran de Holberg; aunque luego encontraron otras dos huellas, una de las cuales también está en el lápiz.

—Que seguramente serán del asesino.

—Es probable que sean del asesino, sí.

—O sea, un típico asesinato islandés chapucero. Eso es lo que tenemos.

—Típico. Y en eso basamos nuestro trabajo.

Seguía lloviendo. Las depresiones venían del sur del Atlántico que en esta época del año se desplazaban, una tras otra, desde el sur hacia el este del país acompañadas de vientos fuertes, lluvia y triste oscuridad. El departamento técnico seguía trabajando en la vivienda de Las Marismas. A Erlendur la cinta policial amarilla que rodeaba la casa le recordaba a la compañía eléctrica: un agujero en la calle, una tienda de campaña de lona sucia encima del hoyo, un destello de soldador dentro de la tienda, todo rodeado por una cinta amarilla. Del mismo modo, la policía había limitado el escenario del crimen con una pulcra banda amarilla con el nombre del departamento. Erlendur y Sigurdur Óli se encontraron con Elinborg y con otros agentes que habían registrado la casa con minuciosidad toda la noche y ahora terminaban su trabajo.

Los vecinos de las casas colindantes fueron interrogados, pero, desde el lunes por la mañana y hasta el momento en que se encontró el cadáver, ninguno había notado nada ni visto a nadie sospechoso cerca del lugar del crimen.

Erlendur y Sigurdur Óli se quedaron solos en la casa. El charco de sangre de la alfombra se había convertido en una mancha negra. Se habían llevado el cenicero como prueba, igual que el lápiz y el cuaderno. Todo lo demás estaba intacto. Sigurdur Óli se ocupó del recibidor y del pasillo que conducía a las habitaciones; Erlendur permaneció en el salón. Ambos se pusieron los guantes de látex. En las paredes colgaban reproducciones con aspecto de haber sido compradas a un vendedor a

domicilio. En la librería había libros de intriga traducidos, volúmenes de bolsillo de un club de lectores, algunos usados, otros sin tocar. Ninguna edición interesante debidamente encuadrada. Erlendur se agachó hasta casi tocar el suelo para poder leer los títulos del último estante. Sólo conocía uno. Lolita, de Nabokov. Edición de bolsillo. Lo sacó del estante. Estaba en inglés y se notaba que había sido leído.

Volvió a colocar el libro en su sitio y se fue hacia el escritorio, que tenía forma de L y llenaba un rincón del salón. A su lado había una confortable silla de cuero, que tenía debajo un plástico protector para la alfombra. El escritorio parecía bastante más antiguo que la silla. La mesa tenía cuatro cajones en los lados de la parte más ancha y uno grande en medio. Total, nueve cajones. En la parte más estrecha del escritorio había una pantalla de ordenador de diecisiete pulgadas, bajo la que se había añadido una rejilla para el teclado. La torre estaba en el suelo.

Todos los cajones estaban cerrados con llave.

Sigurdur Óli repasó el armario del dormitorio. Estaba bastante ordenado, los calcetines en un cajón, ropa interior en otro, calzoncillos y camisetas. Había camisas y tres trajes colgados en perchas. A Sigurdur Óli le pareció que el traje más antiguo sería de los tiempos de las salas de baile. A rayas marrones. En el fondo del armario había algunos pares de zapatos. Sábanas en el estante de arriba. La cama estaba hecha. Una colcha blanca cubría el edredón y la almohada. Era individual.

Sobre la mesita de noche había un despertador y dos libros. Uno de ellos era de conversaciones con un conocido líder político y el otro, un libro de fotografías de la compañía sueca de camiones Scania Vabis. La mesita tenía un armario con medicamentos, alcohol, pastillas para dormir, analgésicos y un pequeño bote de vaselina algo pringoso.

—¿Has visto llaves en algún sitio? —dijo Erlendur asomándose a la puerta.

—No, no he visto ninguna llave. ¿Quieres decir llaves de la casa?

—No, llaves del escritorio.

—No, tampoco.

Erlendur salió al recibidor y de ahí pasó a la cocina. Abrió cajones y armarios, pero no encontró nada más que cubiertos, vasos, platos y espátulas de madera. Ninguna llave.

Buscó en los bolsillos de los abrigos del guardarropa. Encontró una carterita negra con un llavero y unas monedas dentro. En el llavero había dos llaves pequeñas junto con las de la puerta de la calle, las de la entrada a la vivienda y las de los dormitorios.

Probó las llaves pequeñas. Una de ellas abría los cajones.

Primero abrió el cajón grande del medio. Ahí encontró sobre todo facturas, del teléfono, de la luz y la calefacción, de las tarjetas de crédito y de la suscripción a un

periódico. Los dos últimos cajones del lado izquierdo estaban vacíos. En el segundo de arriba había declaraciones de renta y notificaciones de cobros de nómina, y en el primero, un álbum de fotos. Erlendur lo hojeó. Todas en blanco y negro, fotografías viejas de personas de diferentes épocas, algunas veces vestidas con sus mejores ropas; según Erlendur, parecían estar sentadas en este mismo salón en Las Marismas. Algunas habían sido tomadas durante excursiones, se veían arbustos, la cascada de Gullfoss y el Geysir. Vio dos fotografías que podían ser del muerto cuando era joven, pero ninguna reciente.

Abrió los cajones del lado derecho. Los dos de arriba estaban vacíos. En el tercero encontró barajas de cartas, un tablero de ajedrez junto con su caja de piezas y un viejo tintero.

Descubrió la fotografía debajo del último cajón.

Erlendur estaba cerrándolo cuando oyó un ruido de papel. Volvió a abrir y cerrar el cajón. De nuevo oyó el ruido. El cajón tocaba algo al cerrarse. Erlendur suspiró, se arrodilló y miró dentro sin ver nada. Al sacar el cajón descubrió algo en el fondo.

Era una pequeña fotografía en blanco y negro, hecha en invierno, de una tumba en un cementerio. A primera vista no lo reconoció. Había una lápida cuyas letras más grandes eran bastante legibles. Se trataba del nombre de una mujer. Audur. Ningún apellido. Erlendur no pudo leer las fechas. Buscó las gafas en el bolsillo y se las puso. 1964-1968. Se veía algo escrito debajo del nombre, pero las letras eran muy pequeñas y no podía descifrarlas. Sopló cuidadosamente el polvo de la fotografía.

La niña había muerto a los cuatro años.

Erlendur alzó la vista al darse cuenta del ruido que hacía el viento afuera. Era mediodía, pero el cielo estaba negro y la lluvia otoñal se estrellaba contra la casa.

Capítulo 6

Un enorme camión se balanceaba en el viento como una bestia prehistórica. La lluvia lo golpeaba con fuerza. La policía tardó algún tiempo en encontrarlo, ya que no estaba estacionado delante de la casa de Nordurmyri, sino en un aparcamiento del centro médico Domus Medica, en la cercana calle de Snorrabraut. Tuvieron que hacer un llamamiento de búsqueda a través de la radio para encontrarlo. Una patrulla de la policía urbana descubrió el camión al mismo tiempo que Erlendur y Sigurdur Óli salían de la casa de Holberg con la fotografía. Un grupo de técnicos fue a inspeccionar el vehículo, en busca de posibles pistas que pudieran ayudar a resolver el caso. El camión era de la marca M.A.N. y la cabina estaba pintada de rojo. Lo único que apareció al principio fue un montón de revistas pornográficas. Decidieron llevar el camión a las dependencias de la policía para examinarlo a fondo.

Mientras tanto los especialistas estudiaron la fotografía. Descubrieron que estaba impresa sobre papel Ilford, un papel fotográfico muy usado en los años sesenta, pero que ya no se fabricaba. Había sido revelada muy probablemente por el mismo fotógrafo o alguna otra persona aficionada; había empezado a perder nitidez a causa de la mala calidad. No tenía nada escrito en el dorso y era difícil reconocer el cementerio. Podía encontrarse en cualquier parte del país.

El fotógrafo debió de sacar la foto a unos tres metros de la lápida. Estaba hecha de frente; a no ser que fuera una persona de muy baja estatura, el fotógrafo tuvo que agacharse. A pesar de la distancia, el campo visual era muy estrecho. No se veía vegetación. Una fina capa de nieve cubría la tierra. No se distinguían otras tumbas. Detrás de la lápida sólo se vislumbraba una niebla blanca.

Los técnicos se concentraron en la inscripción de la lápida, que apenas era legible por la distancia a la que fue tomada la foto. Se hicieron muchas copias de la fotografía, con diversos aumentos de las letras, hasta que cada una de ellas quedó impresa por separado en una hoja de papel A5. Luego se numeraron las hojas según el orden de las letras en la lápida. Las copias eran muy toscas, un conjunto de puntos negros y blancos que formaban matices borrosos entre luz y sombra, pero cuando las escanearon y las introdujeron en el ordenador vislumbraron algo a pesar de las sombras y la falta de nitidez. Algunas letras eran más claras que otras y eso ayudó a los técnicos a adivinar las que faltaban. Pudieron distinguir fácilmente una M, una T y una O. Las otras resultaron más difíciles de identificar.

Erlendur hizo una llamada a la casa particular de un jefe de departamento del Registro Civil. Sabía que ahí se guardaban todos los certificados de defunción desde el año 1916. En el edificio del Registro no había ni un alma, habían cerrado hacía algunas horas. Unos treinta minutos más tarde llegó el jefe de departamento con su coche y saludó a Erlendur con un brevísimo apretón de manos. Tecleó los números de

la alarma antirrobo y abrió la puerta del edificio con una tarjeta especial. Erlendur le explicó la razón de su llamada, pero sin entrar en detalles.

Echaron un vistazo a todos los certificados de defunción del año 1968. Encontraron dos con el nombre de Audur. Uno de ellos era el de una niña de poco menos de cuatro años. En el censo encontraron sin problemas el nombre del médico que había firmado el certificado de defunción. Vivía en Reikiavik. El nombre de la madre de la niña también figuraba en el certificado. La hallaron fácilmente. Su último domicilio registrado correspondía a Keflavík, a principios de los años ochenta. La mujer se llamaba Kolbrún. La buscaron entre los certificados de defunción y dieron con ella. Había fallecido en 1971, tres años después que su hija.

La niña había muerto por un tumor cerebral maligno.

La madre se había suicidado.

Capítulo 7

El novio recibió a Erlendur en su despacho. Era delegado de marketing y calidad en una empresa mayorista que importaba de Estados Unidos cereales para el desayuno. Erlendur, que no había comido cereales norteamericanos en su vida, se preguntaba al sentarse en el despacho cuál sería el trabajo de un delegado de marketing y calidad en una empresa mayorista. Sin embargo, no se lo preguntó. El novio llevaba una camisa roja, bien planchada, y gruesos tirantes. Se había remangado como si necesitara todas sus fuerzas para desarrollar con excelencia su trabajo en defensa de la calidad. Era de altura media, algo rellenito y lucía una pequeña barba alrededor de la boca, de labios gruesos. Se llamaba Viggo.

—No sé nada de Dísa —se apresuró a decir al sentarse frente a Erlendur.

—¿Le dijiste algo que...?

—Eso es lo que todos creen —contestó el novio—. Todos creen que fue culpa mía. Eso es lo peor. Lo peor de toda esta historia. No lo soporto.

—¿Notaste algo extraño en su manera de comportarse antes de desaparecer? ¿Algo que indicase que estaba nerviosa?

—Todo el mundo se estaba divirtiendo. Una boda, ya sabes lo que quiero decir.

—No.

—¿Nunca has estado en una boda?

—Una vez. Hace mucho tiempo.

—Nosotros teníamos que bailar el primer baile. Se habían pronunciado los discursos y las amigas de ella habían montado algunos numeritos divertidos. Había llegado el acordeonista y nosotros teníamos que bailar el primer baile. Yo estaba sentado a la mesa y todos fueron a buscar a Dísa, pero había desaparecido.

—¿Dónde la viste por última vez?

—Estaba sentada a mi lado y dijo que iba al lavabo.

—¿Le dijiste algo que la hiciese enfadar?

—En absoluto. Le di un beso y le dije que se diera prisa.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que se fue al lavabo hasta que empezasteis a buscarla?

—¡Uf! No lo sé. Me senté con mis amigos, luego salí fuera para fumar, todos los que querían fumar tenían que salir fuera, charlé con gente al salir y al entrar. Luego volví a sentarme a la mesa, llegó el acordeonista y vino a hablar conmigo sobre el baile. Acordamos lo que tenía que tocar. Hablé con alguien más, quizá pasó una media hora, no lo sé.

—¿Y en ese tiempo no la viste?

—No. Fue un desastre total. Todo el mundo me miraba a mí como si fuera culpable.

—¿Tú qué crees que le puede haber pasado?

—La he buscado en todas partes. He hablado con todas sus amigas y familiares, y nadie sabe nada o no lo quiere decir.

—¿Piensas que alguien no te dice la verdad?

—En algún sitio estará.

—¿Sabías que dejó un mensaje?

—No. ¿Qué mensaje? ¿Qué quieres decir?

—Colgó un mensaje en una especie de árbol de los mensajes. Decía: «Él es horrible. ¿Qué he hecho?». ¿Lo entiendes?

—Él es horrible... —repitió Viggo—. ¿Y a quién se refiere?

—Esperaba que fueras tú.

—¿Yo? —exclamó Viggo muy nervioso—. Yo no le he hecho nada, nada en absoluto. Nunca. No, no se refiere a mí. Es imposible que se refiera a mí.

—El coche que se llevó apareció en Gardastraeti. ¿Te dice algo sobre...?

—No conoce a nadie en Gardastraeti. ¿Vais a anunciar su desaparición por la radio?

—Creo que su familia prefiere darle tiempo para que vuelva por su cuenta.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces ya veremos. —Erlendur vaciló—. Yo pensaba que seguramente se pondría en contacto contigo —dijo—. Para hacerte saber que está bien.

—Eso es lo que creía yo también —repuso el delegado de marketing y calidad—. Nos hemos casado, aunque sólo sea eso.

Se quedó callado.

—Espera, ¿estás insinuando que todo podría haber sido culpa mía y que no me habla porque le hice algo? ¡Esto es una mierda! ¿Sabes qué sentí al llegar al trabajo el lunes? Todos mis compañeros estuvieron en la boda. ¡Mi jefe vino a la boda! ¿Y tú piensas que fue culpa mía? ¡Mierda! Todos creen que fue culpa mía.

—Mujeres —dijo Erlendur, y se levantó.

Qué complicado era manejar la calidad.

Erlendur acababa de llegar a su despacho cuando sonó el teléfono. Reconoció la voz enseguida aunque llevaba mucho tiempo sin oírla. Todavía era clara y fuerte, a pesar de que su propietaria estaba ya entrada en años. Erlendur conocía a Marion Briem desde hacía casi treinta años y su relación no siempre había sido fácil.

—Acabo de regresar de la casa de verano —dijo la voz— y no supe las noticias hasta llegar a casa.

—¿Hablas de Holberg? —preguntó Erlendur.

—¿Habéis estudiado los informes sobre él?

—Sé que Sigurdur Óli estaba buscando algo en el ordenador, pero no sé nada

más. ¿A qué informes te refieres?

—Me pregunto si están en los ordenadores. Tal vez se tiraron. ¿Hay alguna regla sobre la caducidad de los informes? ¿Se destruyen?

—¿Adonde quieres llegar?

—Holberg no era un ciudadano de primera —dijo Marion Briem.

—¿Cómo?

—Todo indica que era un violador.

—¿Todo indica...?

—Fue denunciado por violación, pero nunca le juzgaron. Eso ocurrió en 1963. Deberíais mirar vuestros informes.

—¿Quién le denunció?

—Una mujer llamada Kolbrún. Vivía en...

—¿Keflavík?

—Sí, ¿sabes algo acerca de ella?

—Encontramos una fotografía en el escritorio de Holberg. Era como si la hubiera escondido. La foto era de la lápida de una niña llamada Audur y fue tomada en un cementerio que aún no hemos identificado. Desperté a un majadero del Registro Civil y encontramos el nombre de Kolbrún en el certificado de defunción. Era la madre de la niña. Ha fallecido.

Marion no dijo nada.

—¿Marion?

—¿Y eso qué te dice? —preguntó la voz del teléfono.

Erlendur se quedó pensativo.

—Me imagino que si Holberg violó a la madre puede ser el padre de la niña y que eso explica que haya guardado la fotografía en su escritorio. La niña tenía cuatro años cuando murió, nació en 1964.

—Nunca juzgaron a Holberg —dijo Marion Briem—. El caso fue desestimado por falta de pruebas.

—¿Se lo había inventado la mujer?

—Me parece poco probable, pero seguramente no se podía demostrar. Supongo que nunca es fácil para una mujer denunciar una violación. Puedes imaginarte lo que tuvo que haber sufrido esta señora hace casi cuarenta años. Si hoy ya es bastante difícil dar la cara y denunciar un hecho así, entonces tuvo que ser mucho más duro. No lo habría hecho sin tener una razón. Tal vez la fotografía fuera una especie de demostración de paternidad. ¿Por qué la escondería Holberg en su escritorio? Las fechas coinciden. La violación ocurrió en 1963. Dices que Audur nació al año siguiente y que murió a los cuatro años. Kolbrún entierra a su hijita. Holberg está de alguna manera implicado en el asunto. Quizás él mismo hizo la foto. No sé con qué intención. Tal vez no tenga importancia.

—Seguro que no asistió al entierro, pero es posible que luego fuera al cementerio y fotografiara la lápida. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Hay otra posibilidad.

—¿Sí?

—Tal vez Kolbrún sacó la fotografía y se la envió.

Erlendur se quedó pensativo un momento.

—Pero ¿para qué? Si él la violó, ¿por qué le envió ella la fotografía?

—Es un misterio.

—¿Sabes si el certificado de defunción menciona la causa de la muerte de Audur?
—preguntó Marion Briem—. ¿Cómo murió la niña? ¿Sufrió un accidente?

—Pone que fue por un tumor cerebral. ¿Crees que es importante?

—¿Le hicieron la autopsia?

—Seguramente. El nombre del médico figura en el certificado.

—¿Y la madre?

—Muerte repentina en su domicilio.

—¿Suicidio?

—Sí.

—Ya no vienes a verme —dijo Marion Briem después de una breve pausa.

—Trabajo —argumentó Erlendur—. Maldito, asqueroso trabajo.

Capítulo 8

Por la mañana llovía, y camino de Keflavík los coches intentaban esquivar el agua acumulada en los baches. La lluvia era tan intensa que los conductores apenas veían a través de los cristales de los vehículos, que, además, eran sacudidos por el furioso viento del este. Los limpia-parabrisas trabajaban a toda velocidad para intentar barrer el aguacero de los cristales y Erlendur se agarraba con tanta fuerza al volante que los nudillos se le volvieron blancos. Le parecía ver las luces rojas de un coche un poco más adelante e intentaba seguirlo lo mejor que podía.

Erlendur iba solo. Después de hablar con la hermana de Kolbrún por teléfono, había pensado que sería lo mejor. La hermana figuraba en el certificado como el familiar más próximo. No se había mostrado muy dispuesta a ayudar y se había negado rotundamente a ver a Erlendur. Los periódicos habían publicado una fotografía del muerto y su nombre. Erlendur le preguntó si lo había visto e iba a añadir si se acordaba de él cuando ella le colgó en mitad de la frase. Entonces decidió ir a Keflavík y comprobar cómo reaccionaba ella al verle ante su puerta. Prefería no tener que hacer que la policía la obligara a presentarse en comisaría.

Erlendur había dormido mal la noche anterior. Estaba preocupado por Eva Lind y temía que se hubiese metido en algún lío. Cuando llamaba a su teléfono móvil, siempre le contestaba una voz mecánica, diciendo que estaba apagado o fuera de cobertura. Erlendur se acordaba pocas veces de sus sueños, pero al despertar aquella mañana tuvo una sensación desagradable y los retazos de una pesadilla cruzaron por su mente antes de desaparecer por completo.

Tenían muy poca información acerca de Kolbrún. Había nacido en 1934 y denunció a Holberg por violación el 23 de noviembre de 1963. Antes de salir para Keflavík, Sigurdur Óli había leído el contenido de la denuncia, en la que figuraban datos sacados de un informe policial que describía los hechos. Sigurdur Óli lo había encontrado en los archivos de la policía siguiendo las indicaciones de Marion Briem.

Kolbrún tenía treinta años cuando tuvo a su hija Audur. La violación había ocurrido nueve meses antes. Según la declaración de Kolbrún, los hechos sucedieron de la siguiente manera: había conocido a Holberg en la sala de fiestas Krossmn, que entonces estaba entre los pueblos de Keflavík y Njardvík. Era un sábado por la noche. No lo conocía ni lo había visto antes. Ella estaba con dos amigas, y Holberg y dos amigos suyos estuvieron bailando con ellas. Cuando la sala de fiestas cerró, decidieron ir todos a casa de una de las amigas de Kolbrún y tomar allí unas copas. Poco después, Kolbrún decidió irse a su casa. Holberg se ofreció para acompañarla, así iría más segura. Ella aceptó. Ninguno de los dos había bebido más de la cuenta. Kolbrún dijo que había bebido dos vasitos de vodka y algún refresco en la sala de fiestas. Holberg no había bebido nada esa noche. Le había dicho a Kolbrún que

estaba tomando medicamentos por una infección en el oído. Junto con la denuncia había un certificado médico que lo confirmaba.

Holberg le preguntó si tenía teléfono, quería llamar a un taxi para ir a Reikiavik. Ella vaciló un momento, pero luego le indicó dónde estaba el teléfono. Él entró en el salón; mientras, ella se quedó en el recibidor quitándose el abrigo y luego se fue a la cocina para beber un vaso de agua. No oyó cuándo el dejó de hablar por teléfono, ni siquiera podía estar segura de que verdaderamente hubiera hablado. Sólo notó, de repente, que estaba detrás de ella cuando bebía agua en la cocina.

Se asustó, se le cayó el vaso al fregadero y el agua salpicó la mesa. Soltó un grito cuando sus manos le apretaron los pechos. Se zafó como pudo y corrió hasta el fondo de la cocina.

—¿Qué haces? —le preguntó ella.

—Vamos a divertirnos un ratito —le contesto él, y se quedó de pie delante de ella.

Alto, buen cuerpo, manos fuertes y dedos largos.

—Quiero que te vayas —dijo ella con determinación—. ¡Ahora! Vete, por favor.

—No, vamos a divertirnos un poco —repitió el.

Se acercó un paso y ella extendió las manos para detenerlo.

—¡No te acerques! —le gritó—. ¡Llamaré a la policía!

De pronto se sintió muy sola e indefensa con ese hombre que había dejado entrar en su casa y que ahora la tenía acorralada con las manos detrás de la espalda e intentaba besarla. Luchó contra él, pero no le sirvió de nada. Intentó convencerle hablando con él, pero su impotencia iba en aumento.

Erlendur se sobresaltó cuando un camión tocó el claxon, lo adelantó en medio de un terrible estruendo y lo inundó de agua. Dio un golpe de volante y derrapó. La parte trasera del coche se fue hacia un lado y por un momento Erlendur pensó que iba a perder el control y a salir de la carretera dando vueltas de campana. Disminuyó la velocidad bruscamente y logró mantenerse sobre el asfalto, no sin maldecir al camionero, que ya había desaparecido bajo la lluvia.

Veinte minutos más tarde llegó a una pequeña vivienda de madera en la parte vieja de Keflavík. La casa era blanca, estaba rodeada por una valla y tenía un jardín bien cuidado.

La hermana de Kolbrún se llamaba Elín y era algunos años mayor que ella. Estaba jubilada. Cuando Erlendur llamó al timbre, Elín estaba en el recibidor de la casa, a punto de salir. Le miró sorprendida. Era bajita y delgada, de mirada dura, pómulos altos y arrugas alrededor de la boca.

—Creí haberte dicho por teléfono que no quería tener nada que ver contigo ni con la policía —dijo con enfado cuando Erlendur se hubo presentado.

—Ya lo sé —contestó Erlendur—, pero...

—Te voy a pedir que me dejes en paz —dijo Elín—. No tendrías que haberte molestado en venir hasta aquí.

Salió fuera y cerró la puerta. Bajó los tres escalones que había delante de la entrada, abrió la cancela del jardín y se fue calle abajo. Dejó abierta la puerta del jardín para hacer saber a Erlendur que lo quería fuera de allí. Ni siquiera le miró. Erlendur se quedó de pie en las escaleras y la vio alejarse.

—Sabes que Holberg ha muerto —le gritó Erlendur.

Ella no contestó.

—Lo asesinaron en su domicilio. Eso ya lo sabes.

Erlendur había salido a la calle e iba andando despacio detrás de Elín. Ella llevaba un paraguas negro para protegerse de la lluvia. Erlendur sólo llevaba un sombrero. Elín aligeró el paso y él intentó alcanzarla acelerando el suyo. No sabía qué decirle para llamar su atención y conseguir que le escuchara. Tampoco sabía por qué la mujer reaccionaba de aquella manera.

—Quería preguntarte sobre Audur —dijo.

La mujer se paró en seco y fue hacia él con cara de enojo.

—Tú, poli inútil y de poca monta —siseó entre dientes—. No la nombres siquiera. ¿Cómo te atreves? Después de todo lo que le hicisteis. ¡Desaparece! ¡Desaparece en este mismo momento! ¡Poli inútil!

Miraba a Erlendur con odio en los ojos, pero él no bajó la vista.

—¿Después de todo lo que le hicimos? —preguntó—. ¿A quién?

—¡Fuera! —gritó la mujer, se dio la vuelta y dejó a Erlendur plantado donde estaba.

No tenía ganas de seguir detrás de ella, así que se quedó mirando cómo se alejaba bajo la lluvia, algo encorvada con su abrigo verde y unas botas de goma que le llegaban por encima del tobillo. Pensativo, volvió hasta su coche, que estaba aparcado delante de la casa de Elín. Subió al vehículo, encendió un cigarrillo, bajó la ventanilla y puso el motor en marcha. Dio marcha atrás y salió lentamente del aparcamiento, puso la primera y pasó por delante de la casa.

Inhaló el humo y volvió a notar ese ligero dolor en el pecho. No era nada nuevo. Erlendur estaba preocupado por esa pequeña molestia desde hacía casi un año. Un dolor tenue que le molestaba al despertarse por las mañanas, pero que solía desaparecer rápido después de levantarse. El colchón de su cama no era bueno. A veces, cuando estaba mucho rato acostado, le dolía todo el cuerpo.

Inhaló un poco más de humo.

Ojalá fuera el colchón.

El móvil sonó dentro de su bolsillo en el momento en que apagaba el cigarrillo. Era el jefe del departamento técnico, que le comunicó que habían logrado descifrar la frase de la lápida y habían encontrado su origen en la palabra de Dios.

—Es un fragmento del salmo 64 de David —dijo el jefe.

—Bien —repuso Erlendur.

—Guarda mi vida del temor al enemigo.

—¿Qué?

—En la lápida pone: «Guarda mi vida del temor al enemigo». Es de los salmos de David.

—Guarda mi vida del temor al enemigo.

—¿Sirve eso de ayuda?

—No tengo ni idea.

—Había dos huellas dactilares en la foto.

—Sí, Sigurdur Óli ya me lo había dicho.

—Una es del fallecido, pero la otra no la tenemos en nuestros registros. Es poco clara. Seguramente es una huella muy antigua.

—¿Sabéis con qué tipo de cámara fue tomada la fotografía? —preguntó Erlendur.

—Es imposible de decir. Pero creo que no era una cámara demasiado buena.

Capítulo 9

Sigurdur Óli dejó el coche en un aparcamiento de la empresa Transportes de Islandia, donde creía que no iba a molestar a nadie. Allí había camiones aparcados en fila, algunos estaban cargándolos, otros se marchaban y otros llegaban e iban marcha atrás hacia el almacén de la empresa. Un fuerte olor a gasolina y gasóleo inundaba el aire poco a poco mientras los motores emitían un ruido ensordecedor. Empleados y clientes discurrían apresurados por el aparcamiento y los almacenes.

El servicio meteorológico había predicho más lluvia para los próximos días. Sigurdur Óli se protegió de la lluvia con su abrigo, poniéndoselo por encima de la cabeza mientras cruzaba corriendo el aparcamiento hacia el almacén. Le indicaron que debía hablar con un capataz, que estaba sentado dentro de un cubículo de cristal repasando papeles; parecía muy ocupado.

El capataz era un hombre gordo que llevaba un anorak azul, abrochado con un solo botón encima de la barriga, y tenía una colilla de cigarro entre los dedos. Había oído lo de la muerte de Holberg y confesó haber tratado bastante con él. Lo describió como un hombre formal, un buen conductor que había trabajado durante años y conocía todos los rincones de la red de carreteras del país. Dijo que era reservado, que nunca hablaba de su vida privada, que no tenía amigos íntimos en esa empresa. No sabía a qué se había dedicado antes de entrar en la empresa, por su manera de hablar creía que siempre había sido camionero. Soltero y sin hijos, según parecía. Nunca hablaba de su familia

—Ya lo creo —dijo el capataz como para terminar la conversación; sacó un pequeño encendedor de su bolsillo y encendió la colilla del cigarro—. Maldito final, puf, puf.

—¿Con quiénes se relacionaba aquí? —preguntó Sigurdur Óli intentando no respirar el maloliente humo del cigarro.

—Puedes hablar con Hilmar y con Gauji, supongo que ellos fueron los que más lo conocían. Hilmar está aquí fuera. Es del este del país, de Reyðarfjörður, y Holberg le dejó dormir en su casa algunas veces, cuando tenía que pernoctar en Reikiavík. Los conductores tienen que cumplir ciertas normas de descanso, y entonces necesitan un sitio para dormir aquí en la ciudad.

—¿Sabes por casualidad si durmió en casa de Holberg el último fin de semana?

—No, estaba trabajando en el este. Pero tal vez el anterior sí.

—¿Se te ocurre alguien que pudiera querer hacerle daño a Holberg? ¿Algunas disputas aquí en el trabajo, o...?

—No, puf, nada de eso, puf, puf. —El hombre tenía dificultades para mantener el cigarro encendido—. Habla con, puf, Hilmar, amigo. Quizás él te pueda ayudar.

Sigurdur Óli encontró a Hilmar según las indicaciones del capataz. Estaba de pie

en la puerta del almacén, observando cómo descargaban un camión. Era un hombre de unos dos metros de altura, complexión fuerte, pelirrojo, con barba y dos brazos fuertes y peludos que salían de su camiseta de manga corta. Parecía tener unos cincuenta años. Unos tirantes azules y viejos aguantaban sus tejanos gastados. Una pequeña elevadora de horquilla estaba descargando el camión. Otro camión se acercaba marcha atrás a la puerta de al lado, con el ruido correspondiente. Al mismo tiempo dos camioneros tocaban el claxon y gritaban por la ventanilla.

Sigurdur Óli se acercó a Hilmar y le tocó el hombro, pero el camionero no se dio cuenta. Le tocó más fuerte y finalmente Hilmar se volvió hacia él. Vio que Sigurdur Óli le hablaba, pero no le oía y le miraba con ojos vacíos. Sigurdur Óli subió la voz y le pareció ver alguna chispa de entendimiento en los ojos de Hilmar, aunque resultó ser una equivocación. Hilmar se limitó a sacudir la cabeza y a señalarse los oídos.

Sigurdur Óli no se daba por vencido: se puso de puntillas y gritó a todo pulmón. En ese momento, el aparcamiento se quedó en silencio de golpe y sus palabras retumbaron entre las paredes del enorme almacén:

—¿DORMISTE CON HOLBERG?

Capítulo 10

Estaba recogiendo las hojas secas de su jardín cuando apareció Erlendur. No levantó la vista hasta que Erlendur llevaba ya un buen rato observando cómo trabajaba, con los movimientos lentos de un hombre anciano. Se limpió una gota que le caía de la nariz. No parecía importarle la lluvia ni que las hojas estuvieran todas pegadas y costara manejarlas. No se daba ninguna prisa, las rascaba con el rastrillo e intentó formar algunos montones. Aún vivía en Keflavík, en el mismo sitio donde había nacido.

Erlendur había pedido a Elinborg que consiguiera información sobre él y ella había desenterrado lo más importante que tenían sobre el anciano del jardín, su hoja de servicios como policía, las observaciones que se habían hecho sobre su comportamiento y su manera de trabajar. Las observaciones abarcaban muchos años y eran bastantes, entre ellas las que se hicieron sobre la denuncia de Kolbrún y la amonestación que le costó la dirección de aquel asunto. Erlendur recibió la información mientras estaba comiendo en Keflavík. Se le pasó por la cabeza dejar la visita hasta el día siguiente, pero cambió de opinión cuando pensó que tendría que volver a echarse a la carretera un día más con esa lluvia torrencial.

El hombre llevaba una chaqueta verde y una gorra de béisbol. Las manos, blancas y huesudas, manejaban el rastrillo. Era alto y seguramente había sido más fuerte e imponente en otros tiempos, pero ahora era viejo, estaba marchito y le colgaba una gota de la nariz. Erlendur miraba cómo trabajaba torpemente en el jardín, detrás de la casa. El hombre no levantó la vista de las hojas secas y no prestó ninguna atención a Erlendur. Así pasó un buen rato, hasta que Erlendur decidió hacerse notar.

—¿Por qué la hermana no quiere hablar conmigo? —dijo, y vio cómo el viejo se sobresaltaba.

—¿Qué? ¿Qué ha sido eso? —Levantó la vista—. ¿Y tú quién eres?

—¿Cómo recibisteis a Kolbrún cuando os trajo la denuncia? —le preguntó Erlendur.

El viejo se limpió la gota de la nariz y miró fijamente a ese desconocido que estaba en su jardín.

—¿Te conozco? —preguntó a su vez—. ¿De qué me hablas? ¿Quién eres?

—Me llamo Erlendur. Estoy investigando el asesinato en Reikiavik de un hombre llamado Holberg. Lo denunciaron por violación hace cuarenta años. Tú llevaste el caso. La mujer a la que violó se llamaba Kolbrún. Ha fallecido. Su hermana no quiere hablar con la policía por razones que intento averiguar. Me dijo: «Después de todo lo que le hicisteis...». Ahora quiero saber qué fue lo que le hicimos.

El hombre miró fijamente a Erlendur sin decir nada.

—¿Qué le hicimos? —repitió Erlendur.

—No me acuerdo... ¿Qué derecho tienes tú? ¿Qué atrevimiento es éste? —Le temblaba ligeramente la voz—. Sal de mi jardín o llamo a la policía.

—Mira, Rúnar, yo soy la policía. Y no tengo tiempo para aguantar tonterías.

El hombre se quedó pensativo.

—¿Son éstos los nuevos procedimientos? ¿Atacar a la gente con insinuaciones y malas maneras?

—Menos mal que mencionas procedimientos y malas maneras —dijo Erlendur—. Te pusieron una vez ocho denuncias por patochadas en el trabajo, brutalidad entre ellas. No sé a quién tuviste que hacer favores para mantenerte en tu puesto, pero no le harías un servicio lo bastante grande, ya que al final saliste del cuerpo sin honor. Despedido...

—¡Cállate! —dijo el hombre, y miró a su alrededor—. ¿Cómo te atreves...?

—Por acoso sexual, varias veces.

Las blancas y huesudas manos del anciano apretaron el rastrillo con tanta fuerza que debajo de la piel estirada se le veían todos los huesos.

La boca se le contrajo con una mueca de odio y mantuvo los ojos entreabiertos. Camino de Keflavík, y mientras la información de Elinborg le quemaba el cerebro como si fuera corriente eléctrica, Erlendur se había cuestionado si realmente se podía acusar a este hombre por lo que hizo en otra vida, cuando era otro hombre, en otros tiempos. Erlendur llevaba suficiente tiempo en el cuerpo de policía para recordar las historias que se contaban sobre él y los problemas que causó. Se acordaba de Rúnar. Se había encontrado con él dos o tres veces hacía muchos años, pero ahora era ya tan viejo y decrepito que le costó relacionar a aquel hombre con el anciano del jardín. Aún se contaban algunas historias sobre Rúnar dentro del cuerpo. Erlendur había leído una vez que el pasado era otro mundo y así lo creía. Entendía que los tiempos cambiaban y los hombres también. Pero no estaba dispuesto a borrar el pasado.

Estaban de pie en el jardín, frente a frente.

—¿Qué me dices de Kolbrún? —preguntó Erlendur.

—¡Lárgate!

—Primero me cuentas lo de Kolbrún.

—¡Era una maldita puta! —dijo el hombre de repente entre dientes—. Y ya está, ahí lo tienes, lárgate. Todo lo que dijo sobre mí eran podridas mentiras. No hubo ninguna violación de mierda. ¡Mintió!

Erlendur vislumbraba a Kolbrún sentada, hacía cuarenta años, delante de este hombre denunciando una violación. Trataba de imaginar cómo se había armado de valor para decidir ir a la policía y explicar lo que le había pasado, el miedo que había vivido y que quería olvidar como si no hubiera ocurrido nada. Como si sólo hubiera sido una pesadilla y ella siguiese siendo la misma de antes. Pero nunca sería la misma de antes. Estaba sucia. La habían atacado y la habían forzado...

—Vino tres días después de los hechos y acusó al hombre de violación —le dijo el viejo a Erlendur—. No era muy convincente.

—Y tú la echaste —continuó Erlendur.

—Estaba mintiendo.

—Y te reíste de ella, la ridiculizaste y le dijiste que lo olvidara. Pero ella no lo olvidó, ¿verdad?

El viejo miraba a Erlendur con odio.

—Se fue a Reikiavik, ¿no? —dijo Erlendur.

—Nunca condenaron a Holberg.

—¿Y gracias a quién?

Erlendur se imaginaba a Kolbrún discutiendo con Rúnar en el despacho. ¡Discutir con ese hombre! Discutir sobre lo que ella había tenido que soportar. Intentar convencerle de que decía la verdad, como si él fuera el juez supremo en este caso.

Ella necesitaba todas sus fuerzas cuando le detallaba los sucesos de esa noche. Intentaba contarlos ordenadamente, pero era demasiado terrible. No podía describirlo. No podía describir lo que para ella era imposible de contar, asqueroso, espantoso. De alguna manera pudo acabar su entrecortado relato. ¿Era eso una sonrisa? No podía entender por qué el policía estaba sonriendo. Sería su imaginación. Luego, él empezó a interrogarla acerca de los detalles.

—Explícame exactamente lo que pasó.

Ella le miró y titubeando volvió a empezar su relato.

—No, eso ya lo has dicho. Explícame detalladamente qué pasó. Llevarías bragas. ¿Cómo te las quitó? ¿Qué hizo para penetrarte?

¿Lo decía en serio? Se le ocurrió preguntar si había alguna mujer policía con quien poder hablar.

—No... Si quieres denunciar a ese hombre por violación, tendrás que ser más precisa, ¿entiendes? ¿Habías coqueteado con él de manera que pudiera pensar que estabas dispuesta a jugar?

¿Dispuesta a jugar?

Le dijo en voz muy baja que no había hecho nada en absoluto.

—Tienes que hablar más alto. ¿Cómo te quitó las bragas?

Estaba segura de que eso era una sonrisa. Le hacía las preguntas bruscamente, ponía en duda lo que decía, era grosero, algunas de las preguntas eran ofensivas, obscenas. Intentó hacerla confesar que la culpable de la violación era ella, que había querido tener relaciones con el hombre y que luego había cambiado de opinión, cuando ya era demasiado tarde. ¿Entiendes? Demasiado tarde para dar marcha atrás. No se puede ir a una

sala de fiestas, coquetear con un hombre y luego dar marcha atrás. Eso no se hace.

Finalmente, ella se puso a llorar, abrió el bolso, sacó una bolsita de plástico y se la entregó. Él abrió la bolsita y extrajo unas bragas, rotas...

Rúnar soltó el rastrillo, dispuesto a marcharse. Erlendur le detuvo y le acorraló junto a la pared de la casa. Se miraron a los ojos.

—Te dio una prueba —dijo Erlendur—. La única prueba que tenía. Estaba segura de que Holberg habría dejado un rastro en esa prueba.

—No me dio nada —siseó Rúnar—. Déjame en paz.

—Te dio las bragas.

—Eso es mentira.

—Tendrían que haberte despedido entonces —dijo Erlendur—. Maldito, despreciable canalla.

Caminaba lentamente hacia atrás, con cara de asco, alejándose de Rúnar, un anciano apoyado en la pared de la casa.

—Yo sólo quería que se enterara de lo que podía esperar si llevaba este asunto más lejos —dijo con voz de pito—. Le estaba haciendo un favor. En los tribunales se ríen de esta clase de historias.

Erlendur se dio la vuelta y se marchó pensando que, si existía Dios, cómo era posible que permitiera que un hombre como Rúnar viviese tanto tiempo y en cambio dejase morir a una niña inocente de cuatro años.

Tenía la intención de volver a casa de la hermana de Kolbrún, pero decidió pasar primero por la biblioteca de Keflavík. Paseó entre las estanterías ojeando los lomos de los libros hasta que encontró la Biblia. Erlendur conocía bastante bien la palabra de Dios. Abrió el libro buscando los Salmos de David y encontró el número 64. Ahí estaba la frase grabada en la lápida: Guarda mi vida del temor al enemigo.

Había estado en lo cierto. La frase era la continuación de la primera línea del salmo. Volvió a leerla unas cuantas veces, luego pasó la mano por encima de las páginas y la repitió en voz baja.

La primera línea del salmo era una invocación a Dios y, al leerla, a Erlendur le pareció oír la silenciosa llamada de la mujer a través de los tiempos.

Escucha, ¡oh, Dios!, la voz de mi gemido.

Capítulo 11

Erlendur aparcó delante de la pequeña casa de tejado de hierro ondulado y apagó el motor. Se quedó sentado dentro del coche para terminar de fumar su cigarrillo. Estaba intentando fumar menos y había llegado a quedarse en cinco cigarrillos algunos días, cuando todo iba bien. Éste era el número ocho y aún no eran las tres de la tarde.

Salió del coche, subió los peldaños hasta la casa y llamó al timbre. Esperó un buen rato sin que nadie abriera. Volvió a llamar, pero con el mismo resultado. Miró por la ventanita de la puerta y dentro de la casa vio el abrigo verde, el paraguas y las botas de agua. Llamó por tercera vez intentando guarecerse de la lluvia mientras esperaba. De pronto se abrió la puerta. Elín le miraba fijamente.

—¡Déjame en paz de una vez! ¿Me oyes? ¡Lárgate de aquí! ¡Vete!

Iba a cerrar la puerta de golpe, pero Erlendur logró poner finalmente el pie.

—No todos somos igual que Rúnar —le dijo—. Yo sé que a tu hermana no la trataron como se merecía. He estado hablando con Rúnar. Lo que hizo es imperdonable, pero ya no se puede remediar. Ahora es un anciano desgraciado que nunca será capaz de ver nada malo en su actitud de entonces.

—¡Déjame tranquila!

—Tengo que hablar contigo. Si no lo logro de esta manera, tendré que hacer que te lleven a comisaría para interrogarte. Preferiría evitarlo. —Sacó de su bolsillo la fotografía del cementerio y se la enseñó a través de la puerta entreabierta—. Encontré esta foto en casa de Holberg —le dijo.

Elín no contestó. Pasó un largo rato. Erlendur mantenía la foto en el estrecho resquicio entre la puerta y el marco, pero no podía ver a la mujer que empujaba la puerta desde dentro. Poco a poco notó que disminuía la presión sobre su pie, hasta que Elín le quitó la foto de la mano. Se abrió la puerta. La mujer se fue hacia dentro de la casa con la foto en la mano. Erlendur entró y cerró con cuidado.

Elín pasó a un pequeño salón. Por un momento, Erlendur dudó si debía quitarse los zapatos mojados. Luego decidió restregarlos en un felpudo y seguir a Elín; pasó por delante de una pequeña y ordenada cocina y de una habitación de trabajo. En las paredes del salón colgaban algunos cuadros, así como bordados enmarcados. En un rincón había un órgano electrónico.

—¿Reconoces esta fotografía? —preguntó Erlendur cautelosamente.

—Nunca la había visto —dijo la mujer.

—¿Mantuvo tu hermana alguna relación con Holberg después de... los hechos?

—Ninguna, que yo sepa. Ninguna. Ya te puedes imaginar.

—¿Se hicieron pruebas de sangre para averiguar si él era el padre?

—¿Para qué?

—Eso habría reforzado lo que declaró tu hermana de que realmente se trataba de una violación.

Levantó la vista de la fotografía y se quedó un rato mirando a Erlendur antes de decir:

—Los policías sois todos iguales. No sabéis hacer vuestro trabajo.

—¿No?

—¿No te has informado del caso?

—Más o menos, o eso creía.

—Holberg nunca negó que hubieran tenido relaciones sexuales. Era muy listo. Lo que nunca admitió fue que hubiera habido una violación. Dijo que todo había sido con el consentimiento de mi hermana. Dijo que se le había insinuado y que le había invitado a su casa. Ésa era su defensa. Que Kolbrún se había acostado con él por su propia voluntad. Se hizo el inocente. Se hizo el inocente, el gran bastardo.

—Pero...

—Lo único que tenía mi hermana eran unas bragas rotas —siguió diciendo Elín—. No tenía magulladuras. No era fuerte y no pudo defenderse mucho. Me dijo que se quedó paralizada de miedo cuando él empezó los tocamientos en la cocina. Luego la obligó a ir al dormitorio y ahí la violó. Dos veces. La mantuvo sujeta debajo de él, tocándola y diciéndole cosas obscenas hasta que estuvo preparado para volver a empezar. Tardó tres días en acumular bastante valor para ir a la comisaría a denunciarlo, y tener que someterse a una revisión médica no mejoró las cosas. Ella nunca entendió por qué la atacó. Se sentía culpable de haberle animado de alguna manera. Pensaba que tal vez en casa de su amiga después de que la sala de fiestas cerrara había dicho o hecho algo que despertó el deseo de Holberg. Se sentía culpable. Supongo que eso es una reacción frecuente.

Elín se quedó callada un rato.

—Cuando por fin se decidió, se topó con Rúnar. Yo la habría acompañado, pero le daba tanta vergüenza que no explicó a nadie lo que le había pasado hasta un tiempo después. Holberg la amenazaba. Le dijo que si lo denunciaba volvería a por ella. Cuando por fin fue a la policía pensaba que allí encontraría refugio. Que con eso se salvaría. Que la policía cuidaría de ella. Cuando Rúnar la mandó de vuelta a casa, después de humillarla y quedarse con sus bragas, vino a buscarme a mí.

—Nunca se encontraron las bragas —dijo Erlendur—. Rúnar negó...

—Kolbrún me dijo que se las había entregado y, que yo sepa, mi hermana nunca mentía. No sé qué pretendía ese hombre. Lo veo algunas veces por el pueblo, en el colmado o en la pescadería. Una vez le grité. No pude controlarme. Tuve la impresión de que eso le divertía. Sonreía. Kolbrún me habló una vez de esa sonrisa suya. Rúnar dijo que no había recibido ningunas bragas y que la declaración de Kolbrún había sido tan confusa que incluso llegó a pensar que estaba ebria. Por eso la

envió a casa.

—Finalmente se llevó una reprimenda que no tuvo demasiadas consecuencias —dijo Erlendur—. Rúnar era amonestado constantemente. Dentro del cuerpo de policía era visto como un verdugo, pero alguien lo protegió hasta que se hizo imposible cubrirle las espaldas por más tiempo y tuvieron que echarlo.

—No existía ningún motivo de denuncia, es lo que dijeron. Rúnar tenía razón cuando le dijo a Kolbrún que debía olvidar el asunto. Claro que ella dudó mucho tiempo, demasiado tiempo. Fue lo bastante tonta para limpiar el piso de arriba abajo, incluidas las sábanas. De ese modo eliminó todas las pistas. Guardó las bragas. A pesar de todo guardó esa prueba. Como si eso fuera suficiente. Como si bastara sólo con decir la verdad. Quiso borrar todo de su vida a fuerza de lavadas. No quería vivir con las evidencias que se lo recordaban. Y como dije antes, no tenía magulladuras. Sólo tenía un labio partido y un poco de sangre en un ojo.

—¿Se recuperó?

—Nunca. Mi hermana era una mujer muy sensible. Tenía un alma delicada y era presa fácil para los que la querían mal. Como Holberg. Como Rúnar. Los dos se dieron cuenta y se ensañaron con ella, cada uno a su manera. Devoraron la presa.

Bajó la vista.

—Animales —añadió.

Erlendur esperó un rato antes de hablar.

—¿Cómo reaccionó cuando descubrió que estaba embarazada? —preguntó.

—Con mucha serenidad, o eso pensé yo. Enseguida tomó la decisión de alegrarse por el nacimiento de su bebé. Quería muchísimo a Audur. Se querían mucho las dos y mi hermana cuidaba muy bien de su hija. Hizo todo lo posible por ella. Pobrecita, bendita niña.

—¿Así que Holberg sabía que era el padre de la pequeña?

—Claro que lo sabía, aunque juró que no era suya. Lo negó rotundamente. Dijo que no era suya. Acusó a mi hermana de promiscua.

—¿Así que no tenían ninguna relación, ni con la hija ni...?

—¡Relación! Nunca. ¿Cómo se te ocurre? Eso era imposible.

—¿Y Kolbrún no le envió la fotografía?

—No. No puedo imaginar algo así. Habría sido imposible.

—Entonces fue él quien hizo la fotografía. O alguien que conocía la historia, y luego se la envió. Tal vez vio la esquila en los periódicos. ¿Salieron esquelas en la prensa?

—Sí, hubo esquelas y yo misma escribí una pequeña nota en su memoria. Quizá la leyó.

—¿Audur está enterrada aquí, en Keflavík?

—No. Somos de Sandgerdi y cerca de allí hay un pequeño cementerio. Kolbrún

quiso que la enterraran allí. Era pleno invierno. Costó mucho cavar la tumba.

—En el certificado de defunción dice que murió de un tumor cerebral.

—Ése es el diagnóstico que le dieron a mi hermana cuando murió la niña. Simplemente murió. Se nos murió, pobrecilla, y no pudimos hacer nada por ella. Con tres años y pico.

Elín levantó la vista de la fotografía y miró a Erlendur.

—Simplemente se murió.

La casa estaba a oscuras y las palabras pasaban por las sombras llenas de interrogantes y tristeza. Elín se levantó despacio y encendió una lámpara de luz tenue de paso hacia la cocina. Erlendur la oyó abrir un grifo, llenar algún recipiente, abrir un bote. Poco después le llegó el aroma del café. Se levantó y observó los cuadros de las paredes. Había dibujos y pinturas. Un dibujo hecho por un niño encerrado en un delgado marco negro. Por fin encontró lo que buscaba. Eran dos fotografías, posiblemente tomadas con un año de diferencia. Dos fotografías de Audur.

La fotografía más antigua estaba hecha por un profesional en un estudio. Era en blanco y negro. La niña tendría aproximadamente un año y estaba sentada sobre un cojín, llevaba su mejor vestido, un lazo en el pelo y un sonajero en una mano. Miraba al fotógrafo con una sonrisa que revelaba cuatro pequeños dientes. La otra fotografía era de la misma niña a los tres años más o menos. Erlendur suponía que ésta la había hecho la madre. Era en color. La niña estaba entre unos arbustos y bañada por la luz solar. Llevaba un jersey rojo y una pequeña falda, calcetines blancos y zapatos negros. Miraba a la cámara con cara seria. Tal vez se había negado a sonreír.

—Kolbrún nunca se recuperó —dijo Elín mientras entraba en el salón.

Erlendur se enderezó.

—Seguramente no hay nada peor que perder a un hijo —aseguró él, y aceptó una taza de café.

Elín se sentó en el sofá y Erlendur se acomodó frente a ella sorbiendo su café.

—Si quieres fumar no hay ningún problema —dijo ella.

—Estoy intentando dejarlo —explicó Erlendur, procurando que no pareciera una excusa, mientras pensaba en el dolor que sentía en el pecho.

Sacó el paquete del bolsillo y encendió un cigarrillo. El noveno del día. Ella le acercó un cenicero.

—No —dijo ella—, probablemente no hay nada peor. Afortunadamente la lucha mortal fue breve. Empezó a tener dolores de cabeza. El médico que la examinó dijo que era migraña infantil. Le recetó unas pastillas que no le hicieron ningún efecto. No era un buen médico. Kolbrún me contó que había notado que olía a alcohol y que no se fiaba de él. Luego todo pasó muy deprisa. La niña se puso peor. Alguien habló de un carcinoma en la piel que el médico debería haber notado. Manchas. Los del

hospital las llamaron «manchas de café». La mayoría las tenía en los sobacos. Finalmente la enviaron al hospital, aquí, en Keflavík. Allí llegaron a la conclusión de que se trataba de una especie de tumor en el sistema nervioso. Resultó ser un tumor cerebral. Todo eso duró seis meses.

Elín se calló.

—Como te dije, Kolbrún nunca fue la misma después —suspiró—. Supongo que nadie puede recuperarse de tanta desgracia.

—¿Le hicieron la autopsia a Audur? —preguntó Erlendur, imaginándose el pequeño cuerpo de la niña encima de una camilla de acero inoxidable, bajo la luz de los fluorescentes y con un corte en forma de Y en el pecho.

—Kolbrún se negó rotundamente —dijo Elín—, pero no la escucharon. Se trastornó cuando se enteró de que le habían hecho la autopsia. Se volvió loca de dolor y no hubo quien la calmara. Claro, después de perder a su hija, no podía ni pensar que habían abierto el cuerpo de su niña. Estaba muerta y ya nada podía remediarlo. La autopsia confirmó el diagnóstico. Le encontraron un tumor maligno en el cerebro.

—¿Y tu hermana?

—Kolbrún se suicidó tres años más tarde. Se hundió en una depresión muy fuerte y estaba en manos de médicos. Pasó algún tiempo internada en un psiquiátrico en Reikiavik, pero luego volvió a Keflavík. Yo hice lo que pude para cuidar de ella, pero era como si se hubiera apagado. No le quedaban ganas de vivir. A pesar de las circunstancias en que la había concebido, Audur le había dado felicidad. Pero Audur ya no estaba.

Elín miró a Erlendur.

—Seguramente te estarás preguntando cómo lo hizo.

Erlendur no contestó.

—Se metió en la bañera y se cortó las venas de las dos muñecas. Había comprado hojas de afeitar por primera vez en su vida.

Elín volvió a callarse, estaban los dos en la penumbra del salón.

—¿Sabes lo que me viene a la mente cuando pienso en el suicidio? No es la sangre en el cuarto de baño. Ni mi hermana sumergida en el agua rojiza. Ni los cortes. Lo que me viene a la mente es Kolbrún comprando hojas de afeitar. Buscando calderilla en su monedero para pagar unas hojas de afeitar. Contando las monedas.

Elín se quedó en silencio.

—¿No es extraño cómo trabaja la mente? —preguntó, como si estuviera pensando en voz alta.

Erlendur no sabía qué contestar.

—Fui yo quien la encontró —siguió Elín—. Ella lo había previsto así. Me llamó por teléfono pidiéndome que fuera a verla por la noche. Hablamos un ratito. Siempre tenía cuidado con qué decía por lo de la depresión, pero últimamente parecía que

había mejorado. Como si se disipara la niebla. Como si fuese a poder enfrentarse a la vida de nuevo. Aquel día no detecté nada en su voz que indicara que iba a suicidarse. Todo lo contrario. Hablamos sobre el futuro. Íbamos a hacer un viaje juntas. Cuando la encontré, de su rostro emanaba una paz que no le había visto en mucho tiempo. Paz y conciliación. Sin embargo, sé que no había paz en su alma.

—Tengo que preguntarte una cosa, y no volveré a mencionarla —dijo Erlendur—, pero necesito oír tu respuesta.

—¿Qué quieres preguntar?

—¿Sabes algo acerca del asesinato de Holberg?

—No, no sé nada.

—¿Y no has tenido nada que ver, directa o indirectamente?

—No.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos instantes.

—El epitafio que eligió para su hija hablaba de los enemigos —dijo Erlendur.

—«Guarda mi vida del temor al enemigo.» También eligió su propio epitafio, aunque ahora no figure en su lápida.

Elín abrió uno de los cajones de un bonito armario de cristal y sacó una pequeña caja negra. La abrió con llave y extrajo un sobre del que sacó una hoja.

—Encontré esto sobre la mesa de la cocina la noche que murió, pero no estoy muy segura de que lo hubiera escogido para su lápida. Lo dudo. Hasta que lo encontré creo que no fui consciente de lo mucho que sufría.

Le dio la hoja a Erlendur y él leyó las primeras tres palabras del salmo que había visto en la Biblia.

Escucha, ¡oh, Dios!

Capítulo 12

Cuando Erlendur llegó a su casa por la noche, su hija, Eva Lind, estaba sentada ante la puerta y parecía dormida. Le habló, intentando despertarla. No reaccionaba, así que se agachó para cogerla y entró con ella en brazos. No sabía si estaba dormida o bajo los efectos de la droga. La acomodó en el sofá del salón. Respiraba con regularidad. El pulso parecía normal. La miró fijamente un buen rato pensando qué hacer. Sobre todo le habría gustado bañarla. Olía mal, tenía las manos sucias y el pelo enredado y mugriento.

—¿Dónde habrás estado? —suspiró Erlendur.

Se sentó en un sillón a su lado, todavía sin quitarse ni el abrigo ni el sombrero. Pensando en su hija se quedó profundamente dormido.

No tenía ningunas ganas de despertarse cuando Eva Lind lo sacudió por la mañana. No quería soltar los restos de un sueño que le producía la misma angustia que el de la noche anterior. Sabía que era el mismo sueño, pero no era capaz de fijarlo en su mente y acordarse. Lo único que le quedaba era una angustia y un malestar que no desaparecían hasta despertarse del todo.

Aún no eran las ocho de la mañana y fuera estaba todavía oscuro. No parecía que fuese a cesar la lluvia ni el viento otoñal. Con gran sorpresa Erlendur sintió el aroma a café recién hecho, así como olor a vaho, como si alguien se hubiese bañado. Vio que Eva Lind llevaba puesta una camisa de él y unos tejanos viejos que se sujetaba con un cinturón apretado. Iba descalza y limpia.

—Anoche tenías un aspecto estupendo —dijo Erlendur, y se arrepintió enseguida.

Después pensó que tendría que haber dejado de ser considerado con ella hacía tiempo.

—He tomado una decisión —dijo Eva Lind entrando en la cocina—. Voy a hacerte abuelo. El abuelo Erlendur, ése eres tú.

—¿Y la de ayer fue tu última juerga, o qué?

—¿Te parece bien que venga a vivir aquí por algún tiempo? Sólo mientras me busco otro sitio.

—Por mí está bien.

Se sentó con ella a la mesa de la cocina, y tomó a sorbitos el café que le había preparado.

—¿Y por qué llegaste a esta conclusión?

—Por nada.

—¿Por nada?

—¿Puedo estar aquí contigo?

—Tanto tiempo como quieras. Ya lo sabes.

—¿Entonces serás capaz de dejar de hacerme preguntas? ¿Dejar de interrogarme?

Es como si siempre estuvieras trabajando.

—Siempre estoy trabajando.

—¿Has encontrado a la chica de Gardabaer?

—No. Eso no es prioritario. Ayer hablé con su marido. No sabe nada. La chica dejó un mensaje diciendo que él era horrible y «¿qué he hecho?».

—Alguien la estaría chinchando en la fiesta.

—¿Chinchando? ¿Y eso qué quiere decir?

—¿Qué se puede hacer en una boda para conseguir que la novia se largue?

—No lo sé —dijo Erlendur sin interés—. A no ser que el novio magreara a las damas de honor delante de ella. Estoy contento de que vayas a tener el niño. Tal vez eso te ayude a salir de tu círculo vicioso. Ya era hora.

Silencio.

—Me asombra ver lo animada que estás ahora, teniendo en cuenta tu estado de ayer —contestó Erlendur al cabo de un rato.

Lo dijo tan suavemente como pudo, pero sabía que si todo fuese normal Eva Lind no brillaría como un día soleado, ni se habría bañado, ni se esforzaría en fingir que en su vida sólo aspiraba a ocuparse de su padre. Ella lo miraba. Pensó que en cualquier momento se levantaría y le soltaría el discurso. Pero no lo hizo.

—Me he traído unas cuantas pastillas —dijo ella muy tranquila—. Esto no se arregla por sí solo. Y tampoco de golpe. Se necesita tiempo y lo haré a mi manera.

—¿Y el niño?

—Lo que yo tomo no le va a hacer daño. No voy a hacerle daño al niño. Quiero tenerlo.

—¿Y qué sabes tú del daño que la mierda esa de la droga puede hacerle a un embrión?

—Lo sé.

—Haz lo que quieras. Tómate algo, desengánchate... o como se llame lo que hacéis, quédate aquí en el piso, cuídate. Yo puedo...

—No —dijo Eva Lind—. Tú no harás nada. Tú seguirás con tu vida y dejarás de espiarme. No te volverás a meter en lo que yo haga. Si no estoy en casa cuando llegues, no importa. Si vengo tarde o no vengo, harás como si nada. Si no estoy aquí, no estoy aquí y punto.

—¿Así que no es asunto mío?

—Nunca ha sido asunto tuyo —respondió Eva Lind, y tomó un sorbo de su café.

En ese momento sonó el teléfono. Erlendur se apresuró a cogerlo. Era Sigurdur Óli, que llamaba desde su casa.

—Ayer no te encontré —dijo.

Erlendur se acordó de que había desconectado el móvil mientras hablaba con Elín en Keflavík y después no había vuelto a conectarlo.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Ayer hablé con un hombre llamado Hilmar. Un camionero que pasaba algunas noches en casa de Holberg en Las Marismas. Pausas de descanso, las llaman. Me dijo que Holberg era un buen compañero, que no podía quejarse de él y que era popular entre los otros trabajadores. Un hombre atento, social, bla, bla, bla. No podía imaginar que hubiera tenido enemigos, aunque subrayó que no lo había conocido demasiado bien, personalmente. Después de hacerme escuchar todas esas alabanzas me dijo que, la última vez que estuvo en su casa, hace unos diez días, Holberg no estaba como siempre. Que se había comportado de un modo extraño.

—¿Extraño?

—Según Hilmar, se mostró poco dispuesto a contestar al teléfono. Le contó que un individuo no dejaba de molestarle llamándole continuamente. Hilmar declaró que pasó la noche del domingo con él y que Holberg le había pedido que cogiera el teléfono una vez. Lo hizo, pero el que llamaba colgó enseguida al darse cuenta de que no era la voz de Holberg la que contestaba.

—¿Podemos averiguar quién ha llamado a Holberg últimamente?

—Lo estoy investigando. Y otra cosa. He conseguido de la compañía telefónica la lista de llamadas que hizo Holberg desde su casa y hay una cosa interesante.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de su ordenador?

—Sí.

—No lo encendimos.

—No. Eso lo hacen los técnicos.

—¿Te fijaste en si tenía conexión telefónica?

—No.

—La mayoría de las llamadas de Holberg, la gran mayoría, estaban hechas a través de internet. Se pasaba los días conectado a internet.

—¿Qué significa eso? —preguntó Erlendur, que lo ignoraba casi todo en cuanto a ordenadores.

—Tal vez lo averigüemos cuando encendamos su ordenador —contestó Sigurdur Óli.

Llegaron a la casa de Holberg en Las Marismas al mismo tiempo. La cinta policial amarilla había desaparecido y nada indicaba que había sido el escenario de un crimen. Ninguna luz en los pisos de arriba. Los vecinos no parecían estar en casa. Erlendur tenía llave. Entraron y se dirigieron directamente al ordenador. Lo encendieron y al momento empezó a zumbir.

—Es un ordenador bastante bueno —dijo Sigurdur Óli, pero luego decidió no entrar en detalles sobre su tamaño y demás características. Con alguna dificultad,

había logrado obtener los datos y la contraseña de Holberg del servidor de internet—. Okay —añadió—, vamos a ver si tenía Netscape, una de las maneras de entrar en la red cuando ya estás conectado al servidor. Aprietas «inicio» y después «programas». Mira, ya tenemos la pantalla de internet y aquí está Netscape. Miremos a ver si guarda algo archivado en «favoritos»; sí, un montón, un maldito montón. Desde «favoritos» es muy fácil buscar las direcciones que visitas más a menudo. Como ves, la lista es larga. Me parece que casi todo son ofertas de servicios pornográficos: alemanes, holandeses, suecos, americanos. Es posible que se haya bajado algo de eso al disco duro. Vamos a minimizarlo, volvemos a «inicio» y «programas» y abrimos Windows Explorer. Aquí está lo del disco duro. ¡Ya!

—¿Ya qué? —preguntó Erlendur.

—El disco duro está más que lleno.

—¿Lo que significa?

—Se necesita una enorme cantidad de archivos para llenar el disco duro. Debe de haber un montón de películas grabadas. Aquí hay algo que él llama «a-películas3». ¿Miramos a ver qué es?

—Naturalmente.

Sigurdur Óli abrió el documento y apareció una pequeña ventana con una película. La miraron un rato. Era una secuencia de una película porno.

—¿Eso que sujetaban encima de ella era una cabra? —preguntó Erlendur incrédulo.

—Hay 312 archivos de películas A —dijo Sigurdur Óli—. Podrían ser secuencias como ésta, incluso películas enteras.

—¿Películas A? —preguntó Erlendur.

—No sé qué significa —contestó Sigurdur Óli—. Quizá películas de animales. Aquí hay películas G. ¿Miramos, por ejemplo, «g-película88»? Hacer dos veces clic en «archivo», maximizar la imagen...

—Cli...

Erlendur se calló a media frase, cuando aparecieron cuatro hombres follando en la pantalla de diecisiete pulgadas.

—Películas G serán seguramente películas gay —dijo Sigurdur Óli cuando acabó la secuencia—. Porno para homosexuales.

—El hombre debía de estar obsesionado con eso —sugirió Erlendur—. ¿Cuántas películas hay en total?

—Aquí hay más de mil archivos, pero podría haber muchos más.

El móvil de Erlendur sonó en el bolsillo. Era Elinborg. Al parecer había investigado a los dos hombres que estuvieron con Holberg en la fiesta, la noche en la que Kolbrún dijo haber sufrido la violación. Elinborg contó a Erlendur que uno de esos hombres, Grétar, desapareció hace muchos años.

—¿Desaparecido? —dijo Erlendur.

—Sí. Otra de nuestras desapariciones.

—¿Y el otro?

—El otro está en el penal de Litla Hraun —respondió Elinborg—. Un hombre conflictivo desde siempre. Le queda por cumplir un año de una condena de cuatro.

—¿Por qué fue condenado?

—Por un montón de cosas de mierda.

Capítulo 13

Hablaron del ordenador con los técnicos. Se tardaría un tiempo considerable en investigar todos los datos. Erlendur pidió que se repasara cada documento, que se clasificara y se registrara minuciosamente el contenido. Después de hablar con los técnicos, Erlendur y Sigurdur Óli se pusieron en marcha hacia Litla Hraun. Tardaron más de una hora en llegar. La visibilidad era mala y había una capa de hielo sobre la carretera, así que conducían con cautela. La temperatura subió un poco cuando bajaron de la meseta. Cruzaron el río de Ólfusá y enseguida vieron los dos edificios carceleros elevarse de la tierra cascajosa a través de la neblina. El más antiguo era un edificio de hormigón de tres plantas, pintado de blanco y con varios tejados a dos aguas. Durante muchos años los tejados fueron de hierro ondulado pintado de rojo y desde lejos la cárcel parecía una enorme granja, típicamente islandesa. Ahora estaban sido pintados de gris para que hicieran juego con el edificio nuevo, construido al lado. Éste era moderno y sólido, cubierto de acero, de color gris azulado y coronado por una torre.

«Cómo cambian los tiempos», pensó Erlendur.

Elinborg había anunciado la visita a la dirección del centro y había comunicado a quién querían ver. El director los recibió y acompañó hasta su despacho. Quería darles información sobre el preso antes de que hablaran con él. Les dijo que llegaban en el peor momento. El preso estaba cumpliendo un castigo de aislamiento por atacar, junto con otros dos reclusos, a un condenado pederasta recién llegado a la prisión. Casi lo había matado. Dijo preferir no entrar en detalles, pero quería que estuvieran al tanto de la situación, que supieran que se interrumpía el aislamiento y que probablemente el preso se mostraría algo inestable. Después de la reunión con el director los acompañaron a una sala que solía utilizarse para visitas. Se sentaron a esperar a que trajeran al preso.

Su nombre era Ellidi, tenía cincuenta y seis años y era un delincuente habitual. Erlendur lo conocía, él mismo lo había llevado alguna vez hasta la prisión. Había tenido vanos trabajos en su miserable vida. Había sido marinero, tanto en barcos de pesca como en mercantes, donde aprovechó para dedicarse al contrabando de alcohol y drogas, por lo cual fue finalmente condenado. Ellidi también había intentado cobrar fraudulentamente unas pólizas de seguros, después de incendiar y hundir un barco de veinte toneladas en el sudoeste de Islandia. Tres marineros «sobrevivieron», pero por imprudencia el cuarto hombre del grupo se quedó encerrado en la sala de máquinas y se hundió con el barco; el delito se descubrió cuando los buceadores de la investigación encontraron la evidencia de que el fuego se había iniciado en tres lugares distintos al mismo tiempo. Ellidi fue a prisión condenado a cuatro años por fraude, homicidio involuntario y algunos delitos menores que tenía acumulados en la

fiscalía. Estuvo encerrado dos años y medio aquella vez.

Ellidi también era conocido porque había agredido a varias personas, algunas de las cuales sufrían secuelas permanentes. Erlendur se acordaba especialmente de un suceso, que explicó a Sigurdur Óli durante el viaje. En aquella ocasión, Ellidi saldó una cuenta pendiente con un joven de Reikiavik. Cuando la policía llegó a la casa del joven, Ellidi le había dado una paliza tan fuerte que el chico estuvo entre la vida y la muerte durante cuatro días. Lo ató a una silla y se divirtió haciéndole cortes en la cara con una botella rota. Antes de ser reducido, Ellidi dejó sin sentido a un policía y le rompió el brazo a otro. Por esos hechos, y otros delitos menores pendientes de sentencia, se ganó dos años de prisión. Cuando le leyeron el veredicto, se rió.

La puerta se abrió y entró Ellidi, escoltado por dos carceleros. A pesar de su edad seguía siendo un hombre fuerte, de tez morena y totalmente calvo. Tenía las orejas pequeñas y sin lóbulos. Aun así, había logrado encontrar espacio en una oreja donde hacerse un agujero, del cual colgaba una esvástica negra. Llevaba una dentadura postiza que silbaba cuando hablaba. Vestía un tejano gastado y una camiseta negra de manga corta, y enseñaba unos brazos musculosos llenos de tatuajes.

Medía cerca de dos metros de altura. Iba esposado. Tenía un ojo enrojecido y rasguños en la cara, y el labio superior hinchado.

—Sádico idiota —murmuró Erlendur.

Los guardas se situaron en la puerta y Ellidi se sentó a la mesa, enfrente de Erlendur y Sigurdur Óli. Los miraba fijamente con sus ojos pequeños y vacíos, sin mostrar ningún interés.

—¿Conoces a un hombre llamado Holberg? —le preguntó Erlendur.

Ellidi no reaccionó. Hizo como si no hubiera oído la pregunta. Miró alternativamente y sin expresión a los dos policías. Los guardas hablaron entre sí en voz baja. En algún lugar del edificio se oyeron gritos, puertas que se cerraban con golpes. Erlendur repitió la pregunta. Sus palabras retumbaron en la sala vacía.

—¡Holberg! ¿Lo recuerdas?

El hombre aún no reaccionaba y empezó a mirar a su alrededor como si estuviera solo. Pasó un buen rato en silencio. Erlendur y Sigurdur Óli se miraron y luego Erlendur volvió a preguntarle: si había conocido a Holberg y cuál había sido su relación. Le dijeron que Holberg estaba muerto. Que lo habían encontrado asesinado.

La última palabra despertó el interés de Ellidi. Las esposas traquetearon cuando el hombre colocó sus fuertes brazos encima de la mesa. No podía disimular su sorpresa. Miró a Erlendur con asombro.

—Alguien mató a Holberg en su casa el pasado fin de semana —dijo Erlendur—. Estamos hablando con los que lo conocieron en alguna época de su vida y nos hemos enterado de que tú eres uno de ellos.

Ellidi miraba ahora fijamente a Sigurdur Óli y no se molestó en contestar a

Erlendur.

—Es una rutina...

—No hablaré con vosotros esposado —dijo Ellidi repentinamente sin quitar ojo a Sigurdur Óli.

Su voz era ruda y provocativa. Erlendur reflexionó un momento, después se levantó y fue hacia los guardas. Les preguntó si podían quitarle las esposas. Dudaron, pero luego lo hicieron y volvieron a sus puestos al lado de la puerta.

—¿Qué nos puedes decir acerca de Holberg? —preguntó Erlendur.

—Antes quiero que ellos salgan —respondió Ellidi señalando a los guardas.

—Eso es imposible —dijo Erlendur.

—¿Eres un maldito maricón? —preguntó Ellidi a Sigurdur Óli.

—Basta de estupideces —cortó Erlendur.

Sigurdur Óli no contestó. Se miraron a los ojos.

—No hay nada imposible. No me digas que algo así es imposible.

—No saldrán —dijo Erlendur.

—¿Eres maricón? —insistió Ellidi.

Sigurdur Óli no se inmutó. Se quedaron un buen rato en silencio. Finalmente Erlendur se acercó a los guardas, les explicó la situación y les preguntó si había alguna posibilidad de quedarse a solas con el preso. Los guardas dijeron que eso estaba descartado, que tenían que atenerse a sus instrucciones. Después de una pequeña discusión, los guardas accedieron a que Erlendur hablara por un walkie-talkie con el director del penal. Le explicó que no creía que cambiaran mucho las cosas si los guardas se situaban al otro lado de la puerta; que habían venido hasta aquí desde Reikiavik y que el preso no quería colaborar si no se cumplían algunas condiciones. El director habló con sus hombres y les dijo que se hacía personalmente responsable de la seguridad de los dos detectives. Los guardas salieron y Erlendur volvió a sentarse a la mesa.

—¿Hablarás con nosotros ahora? —preguntó.

—No sabía que habían matado a Holberg —dijo Ellidi—. Los fascistas me han confinado en aislamiento por una mierda que no tenía nada que ver conmigo. ¿Cómo le asesinaron?

Ellidi seguía mirando a Sigurdur Óli.

—No es asunto tuyo —repuso Erlendur.

—Mi padre siempre decía que yo era el bicho más curioso de la tierra. Siempre repetía lo mismo. «No es asunto tuyo. No es asunto tuyo.» Ya está muerto, el muy imbécil. ¿Le clavaron un cuchillo? ¿Le clavaron un cuchillo a Holberg?

—No es asunto tuyo.

—¡No es asunto tuyo! —repitió Ellidi—. Entonces podéis iros a la mierda.

Erlendur vaciló. Fuera del departamento de investigación de la policía nadie

conocía los detalles del asunto. Ya estaba hartándose de tener que hacer concesiones a este hombre.

—Lo mataron de un golpe en la cabeza. Le rompieron el cráneo. Murió casi instantáneamente.

—¿Con un martillo?

—Con un cenicero.

Poco a poco Ellidi dejó de mirar a Sigurdur Óli.

—¿Qué clase de inútil utiliza un cenicero? —exclamó.

Erlendur notó que en la frente de Sigurdur Óli estaban formándose pequeñas gotas de sudor.

—Estamos intentando averiguarlo —dijo Erlendur—. ¿Has estado en contacto con Holberg?

—¿Sufrió?

—No.

—El muy estúpido.

—¿Te acuerdas de Grétar? —preguntó Erlendur—. Estaba con Holberg y contigo en Keflavík.

—¿Grétar?

—¿Te acuerdas de él?

—¿Por qué preguntas por él? —inquirió Ellidi—. ¿Qué pasa con él?

—Tengo entendido que Grétar desapareció hace años. ¿Sabes algo de eso?

—¿Qué tengo que saber yo? —preguntó Ellidi—. ¿Por qué crees que yo sé algo?

—¿Qué hacíais los tres, Grétar, Holberg y tú, en Keflavík?

—Grétar era un tonto —dijo Ellidi quitándole la palabra a Erlendur.

—¿Qué estabais haciendo en Keflavík cuando...?

—¿... cuando violó a la puta esa? —terminó la frase por Erlendur.

—Perdona, ¿qué has dicho? —dijo Erlendur.

—¿Por eso habéis venido hasta aquí? ¿Por la puta de Keflavík?

—¿Lo recuerdas?

—¿Qué tiene que ver ella en este asunto?

—No he dicho...

—A Holberg le gustaba hablar de ello. Se jactaba. Se salió con la suya.

—Qué...

—La montó dos veces. ¿Lo sabíais?

Ellidi lo dijo como si tal cosa, mirando al uno y al otro.

—¿Hablas de la violación de Keflavík?

—¿Cómo son tus bragas, cariño? —dijo Ellidi de repente, mirando de nuevo fijamente a Sigurdur Óli.

Erlendur miró de reojo a su compañero, que a su vez miraba a Ellidi.

—No quiero guarradas, ¿oyes? —apremió Erlendur.

—Eso es lo que Holberg le preguntó a ella. Le preguntó por sus bragas. Era más atontado que yo. —Ellidi se reía—. Y luego me envían a mí a la cárcel.

—¿A quién le preguntó por sus bragas?

—A esa chica de Keflavík.

—¿Te lo dijo?

—Con todos los detalles —contestó Ellidi—. Continuamente hablaba de ello. Pero ¿por qué estáis preguntando sobre Keflavík? ¿Qué tiene que ver Keflavík? ¿Y por qué sobre Grétar? ¿Qué se está cociendo?

—Sólo es nuestro aburrido trabajo —dijo Erlendur.

—Sí, claro, pero ¿qué saco yo?

—Has sacado todo lo que querías. Estamos aquí, solos contigo y tú sin esposas. Y encima tenemos que escuchar tus porquerías. No podemos hacer nada más por ti. O contestas a nuestras preguntas o nos marchamos.

Erlendur no pudo contenerse por más tiempo, extendió los brazos por encima de la mesa, agarró la cabeza de Ellidi entre sus manos y la giró hacia sí.

—¿No te dijo tu padre que mirar fijamente a una persona es de mala educación? —le preguntó.

Sigurdur Óli miró a Erlendur.

—Puedo con él, no te preocupes. No me hace falta tu ayuda —le dijo.

Erlendur soltó a Ellidi.

—¿Cómo conociste a Holberg? —preguntó.

Ellidi se frotó la mandíbula. Sabía que había logrado una pequeña victoria. Pensaba seguir.

—No creas que no me acuerdo de ti —le dijo a Erlendur—. No creas que no sé quién eres. No creas que no conozco a Eva.

Erlendur se quedó petrificado. No era la primera vez que oía algo parecido por parte de delincuentes, pero siempre le cogía desprevenido. No sabía exactamente con quién andaba Eva Lind, sin duda algunos de sus amigos eran indeseables, como traficantes de droga, ladrones, prostitutas de la peor estofa, atracadores, gente violenta. La lista era larga. La misma Eva Lind había tenido algún problema con la ley. Una vez la detuvieron después de que la policía recibiera el aviso de unos padres, que la acusaban de estar vendiendo droga a las puertas de un colegio. Era perfectamente plausible que conociese a un hombre como Ellidi. Un hombre como Ellidi podría perfectamente conocerla a ella.

—¿Cómo conociste a Holberg? —volvió a preguntar Erlendur.

—Eva es estupenda —dijo Ellidi.

Erlendur podía interpretar sus palabras de varias maneras.

—Si vuelves a mencionarla nos marchamos —dijo—. Y entonces no te quedará

nadie con quien hablar.

—Cigarrillos, televisión en la celda, no más esclavitud ni este maldito aislamiento. ¿Es eso demasiado pedir? ¿No pueden dos superpolicías arreglar eso? Luego también me gustaría que viniera una puta, como una vez al mes. La hija de él, por ejemplo —dijo mirando a Sigurdur Óli.

Erlendur se puso de pie y Sigurdur Óli también se levantó, lentamente. Ellidi soltó una risa que empezó siendo hueca, pero que terminó en un ruidoso traqueteo. Acabó tosiendo y soltando una viscosa mucosidad amarilla que escupió al suelo. Le dieron la espalda y fueron hacia la puerta.

—¡Me habló muchas veces de la violación de Keflavík! —gritó—. Me lo contó todo. Cómo gimoteaba la tía, igual que una cerda, y lo que él le iba diciendo mientras procuraba que se le volviera a levantar la polla. ¿Queréis oír qué le dijo? ¿Queréis saber qué fue lo que le dijo? ¡Malditos inútiles! ¿Lo queréis oír?

Erlendur y Sigurdur Óli se pararon. Dieron media vuelta y vieron que Ellidi sacudía la cabeza y espumajeaba mientras gritaba sus groserías y maldiciones. Se había incorporado y, con las manos apoyadas en la mesa, estiró el cuerpo y levantó la cabeza hacia ellos, bramando como un animal desquiciado.

La puerta de la sala se abrió y entraron los dos guardas.

—¿Le contó lo de la otra? ¿Le contó lo de la otra maldita puta que violó?

Capítulo 14

Cuando Ellidi vio a los guardas, perdió el control. Saltó por encima de la mesa, corrió gritando hacia los cuatro hombres y los acometió. Erlendur y Sigurdur Óli no tuvieron tiempo de reaccionar y cayeron al suelo debajo de él. Ellidi propinó un cabezazo a Sigurdur Óli en plena cara y la sangre salía a chorros de las narices de ambos. Ya había levantado el puño para asestarle un puñetazo a Erlendur en la cabeza cuando uno de los guardas sacó un pequeño artefacto negro con el que le dio una descarga eléctrica en el costado. Eso frenó algo a Ellidi, aunque no del todo. El preso volvió a levantar el puño, pero entonces el otro guarda le propinó una nueva descarga que ya fue suficiente. Cayó desplomado encima de Erlendur.

Se lo sacaron de encima. Sigurdur Óli se metió un pañuelo en la nariz para intentar detener la sangre. A Ellidi le dispararon una tercera descarga y se quedó inmóvil. Los guardas le colocaron las esposas y lo levantaron con dificultad. Iban a llevárselo cuando Erlendur les pidió que esperaran un momento. Se acercó a Ellidi.

—¿Qué otra? —preguntó.

Ellidi no reaccionó.

—¿A qué otra violó? —repitió Erlendur.

Ellidi trató de sonreír, pero todo lo que apareció en su cara fue una mueca. La sangre le bajaba desde la nariz hasta la boca y le manchaba los dientes postizos. Erlendur intentó esconder su impaciencia, como si no le importara lo que Ellidi sabía. Procuró no quedar en evidencia. Sabía que la más mínima muestra de debilidad haría que el corazón de un hombre como Ellidi se acelerara, hasta justificar su vergonzosa decepción vital. El más pequeño error sería suficiente. Un tono de voz demasiado insistente, una mirada, un temblor de manos, una ligera impaciencia. Ellidi ya había logrado descentrarlo cuando mencionó a Eva Lind. Erlendur no iba a darle el placer de sentirse dueño de la situación.

Se miraron a los ojos.

—Llévoslo de aquí —dijo Erlendur finalmente alejándose del preso.

Los guardas se dispusieron a sacarlo de allí, pero Ellidi se negó a moverse. Se quedó un rato pensativo mirando a Erlendur, hasta que al fin cedió y salió por la puerta conducido por los guardas. Sigurdur Óli seguía tratando de detener su hemorragia, tenía la nariz hinchada y el pañuelo estaba empapado de sangre.

—Esto no tiene buen aspecto —dijo Erlendur estudiando la nariz de Sigurdur Óli—. Pero no parece grave. No tienes heridas en la cara y la nariz no está rota.

Se la apretó con los dedos y Sigurdur Óli soltó un grito de dolor.

—Puede que sí esté rota, no soy médico —dijo Erlendur.

—¡Qué animal! —suspiró Sigurdur Óli—. ¡Asqueroso animal de mierda!

—¿Nos habrá tomado el pelo o verdaderamente sabe algo de otra violación? —

dijo Erlendur al abrir la puerta para salir de la sala—. Si existiera otra, sería posible que Holberg hubiese cometido varias violaciones que nunca salieron a la luz.

—Es imposible hablar con ese individuo en serio —añadió Sigurdur Óli—. Se reía de nosotros. Nos ha toreado. Nos ha engañado. El muy capullo. Maldito capullo asqueroso.

Entraron en el despacho del director para informarle de lo sucedido. Le comunicaron que creían que Ellidi debería estar encerrado en una celda del psiquiátrico. El director asentía con voz cansada y dijo que, sin embargo, la única solución que les daban las autoridades era mantenerlo encerrado en prisión. No era la primera vez que Ellidi estaba confinado en una celda de aislamiento por comportamiento violento, y seguramente tampoco sería la última.

Se despidieron del director y salieron al aire libre. Cuando el coche se alejaba de la prisión y esperaban a que la enorme verja azul se abriera para dejarles salir del aparcamiento, Sigurdur Óli vio que un guarda venía corriendo tras ellos haciendo señales. Pararon y esperaron hasta que llegó al coche.

—Quiere hablar contigo —dijo el guarda jadeando cuando Erlendur bajó el cristal.

—¿Quién? —preguntó Erlendur.

—Ellidi. Quiere hablar contigo.

—Ya hemos hablado con él. Dile que se vaya a paseo.

—Dice que te quiere dar la información que le pediste.

—Está mintiendo.

—Es lo que ha dicho.

Erlendur miró a Sigurdur Óli, que se encogió de hombros, y se quedó pensativo unos segundos.

—Bien. Iremos —dijo finalmente.

—Sólo quiere hablar contigo, no con él —puntualizó el guarda mirando a Sigurdur Óli.

Esta vez no dejaron salir a Ellidi de la celda de aislamiento, así que Erlendur tuvo que hablar con él a través de un pequeño agujero de la puerta. El ventanuco se abría deslizando un pestillo. Dentro de la celda estaba oscuro y Erlendur no veía al preso. Sólo oía su voz, ronca y áspera. El guarda lo había dejado solo, en la puerta.

—¿Cómo se encuentra el maricón? —fue lo primero que preguntó el preso.

No estaba al lado de la puerta, sino al fondo de la celda. Tal vez estaba echado en el camastro o quizá sentado en el suelo y apoyado en la pared. Erlendur tenía la sensación de que la voz le llegaba desde lo más profundo de la oscuridad. Ellidi se había tranquilizado.

—Esto no es una reunión social —dijo Erlendur—. ¿Querías hablar conmigo?

—¿Quién creéis que ha matado a Holberg?

—No lo sabemos. ¿De qué quieres hablarme? ¿Qué pasa con Holberg?

—La chica que violó en Keflavík se llamaba Kolbrún. Hablaba de ello a menudo. Me explicó que estuvieron a punto de pillarlo ya que la tía le denunció. Me contó los detalles. ¿Quieres oír lo que dijo?

—No —contestó Erlendur—. ¿Cuál era tu relación con él?

—Nos veíamos de vez en cuando. Le vendía alcohol y le compraba porno cuando era marinero y tenía que embarcarme para navegar por el extranjero. Nos conocimos cuando los dos trabajábamos para la Compañía Portuaria. Eso fue antes de que él empezara a conducir los camiones. Nos enviaban a los pueblos. Un premio perdido no se recupera, eso fue lo primero que me enseñó. Sabía hablar. Un tío imponente. Sabía ganarse a las tías con su labia. Era divertido.

—¿Ibais a los pueblos?

—Sí. Por eso estábamos en Keflavík. Estábamos pintando el faro de Reykjanes. Aquello está apestado de fantasmas. ¿Has ido alguna vez allí? Gemidos y chirridos toda la noche. Es peor que este agujero de mierda. Holberg no tenía miedo a los fantasmas. No tenía miedo a nada.

—¿Y le faltó tiempo para contarte lo de la violación de Kolbrún, cuando acababa de conocerte?

—Me guiñó un ojo cuando salió de la fiesta detrás de ella. Yo sabía lo que quería decir. Él podía ser un caballero. Le divertía mucho haber salido ileso de ese aprieto. Se reía con ganas de un policía que había atendido a la chica y dejó sin efecto la denuncia.

—¿Se conocían Holberg y el policía?

—No lo sé.

—¿Mencionó alguna vez a la hija que tuvo Kolbrún después de la violación?

—¿La hija? No. ¿Hubo una hija?

—¿Sabes de otra violación? —dijo Erlendur sin contestar la pregunta—. Hablaste de otra mujer a la que violó. ¿Quién era esa mujer?

—No lo sé.

—Entonces, ¿por qué me has hecho llamar?

—No sé quién era, pero sé cuándo ocurrió y dónde vivía. Más o menos. Lo bastante para que la podáis encontrar.

—¿Sabes dónde? ¿Y cuándo?

—Eso es. Pero ¿qué me darás a cambio?

—¿A cambio?

—Exactamente. ¿Qué puedes hacer por mí?

—No puedo hacer nada por ti, ni tampoco tengo ganas de hacerlo.

—Sí, algo podrás hacer. Y yo te diré lo que sé.

Erlendur meditó unos instantes.

—No puedo prometer nada —repuso.

—No aguanto este aislamiento.

—¿Por eso me hiciste llamar?

—No sabes cómo se siente uno al estar aislado. Me estoy volviendo loco aquí dentro. Nunca encienden la luz. No sé qué día es. Te encierran como a un animal enjaulado. Te tratan como a un animal.

—¡Y tú eres el Conde de Montecristo! —dijo Erlendur con sorna—. Eres un sádico, Ellidi. De la peor clase. Un idiota al que le gusta la violencia. Un racista y homófobo. El peor idiota que he conocido. A mí no me importa que te dejen aquí toda la vida. Voy a subir y recomendarlo.

—Te diré dónde vivía si me sacas de aquí.

—Yo no te puedo sacar de aquí, estúpido. No tengo poder para eso y no movería un dedo aunque lo tuviera. Si quieres reducir el aislamiento no deberías atacar a la gente.

—Puedes llegar a un acuerdo. Puedes decir que vosotros me provocasteis. Puedes decir que empezó el maricón. Que yo estaba colaborando, pero que él no dejaba de hacer comentarios. Que luego te ayudé con la investigación. Te escucharán. Sé quién eres, te escucharán.

—¿Habló Holberg de alguna otra mujer, aparte de aquellas dos?

—¿Vas a hacerme ese favor?

Erlendur lo pensó un momento.

—Miraré lo que puedo hacer. ¿Habló de otras?

—No, nunca. Yo sólo sabía de esas dos.

—¿Estás mintiendo?

—No, no miento. La otra nunca le denunció. Fue a principios de 1960. Él nunca volvió a aquel pueblo.

—¿Qué pueblo?

—¿Me lo prometes?

—No puedo prometer nada —dijo Erlendur—. Hablaré con ellos. ¿Qué pueblo?

—Húsavík.

—¿Qué edad tenía ella?

—Fue algo parecido a lo de Keflavík, sólo que más fuerte —explicó Ellidi.

—¿Más fuerte?

—¿Quieres saberlo? —preguntó Ellidi, que no podía esconder su excitación—. ¿Quieres saber lo que hizo?

Ellidi no esperó la respuesta. Su voz salía por el agujero y Erlendur no tenía otro remedio que escuchar a la oscuridad.

Sigurdur Óli lo esperaba en el coche y salieron del recinto de la prisión. Erlendur le explicó de forma resumida lo que le había contado Ellidi, sin mencionar el monólogo final del preso. Decidieron echar un vistazo al censo de Húsavík de los años sesenta. Si la mujer tenía la misma edad que Kolbrún, como Ellidi había dicho, había bastantes probabilidades de encontrarla.

—¿Y qué pasa con Ellidi? —preguntó Sigurdur Óli cuando estaban a medio camino de Reikiavik.

—Pregunté si había alguna posibilidad de reducir el aislamiento, pero me dijeron que era imposible. No puedo hacer nada más.

—Has hecho lo que has podido —replicó Sigurdur Óli sonriendo—. Si sabemos que Holberg violó a esas dos, ¿crees que podría haber más casos?

—Si, podría haber más —dijo Erlendur distraído.

—¿En que estás pensando?

—Hay dos cosas que me tienen intrigado —contestó Erlendur.

—Siempre hay algo que te intriga —comentó Sigurdur Óli.

—Quiero saber exactamente cuál fue la causa de la muerte de la niña —dijo Erlendur, y oyó que Sigurdur Óli suspiraba a su lado—. Y quiero saber si es absolutamente seguro que Holberg fuera el padre.

—¿En qué estás pensando?

—Ellidi me dijo que Holberg tenía una hermana.

—¿Una hermana?

—Que murió joven. Tenemos que encontrar informes médicos sobre ella. Busca en los hospitales, a ver lo que encuentras.

—¿De qué murió la hermana de Holberg?

—Tal vez de algo parecido a lo que mató a Audur. Holberg mencionó alguna vez algo referente a su cabeza. O eso es lo que dijo Ellidi. Le pregunté si se refería a un tumor cerebral, pero no lo sabía.

—¿Y eso adónde nos lleva? —preguntó Sigurdur Óli.

—Creo que puede tener que ver con el parentesco —dijo Erlendur.

—¿Parentesco? Espera, ¿por la nota que encontramos?

—Sí —respondió Erlendur—, por la nota. Tal vez todo esto tenga relación con el parentesco y las herencias

Capítulo 15

El médico vivía en una casa adosada, en la parte más antigua de Grafarvogur. Estaba jubilado y ya no ejercía la medicina clínica. Recibió personalmente a Erlendur y le invitó a pasar a una salita que utilizaba como despacho. Le explicó que hacía trabajos para abogados y principalmente evaluaciones de grados de invalidez. En el despacho no había lujos, era más bien pulcro, con un pequeño escritorio y una máquina de escribir. El médico era de estatura baja, delgado y de movimientos ágiles. Llevaba dos bolígrafos en el bolsillo de la camisa. Se llamaba Frank.

Erlendur le había llamado por la mañana. Ahora empezaba a atardecer. Sigurdur Óli y Elinborg habían estado estudiando una copia del censo de Húsavík de hacía cuarenta años. La habían recibido por fax desde el norte del país. El médico le invitó a sentarse.

—¿No son mayoritariamente mentirosos los que vienen a verte? —preguntó Erlendur, y miró a su alrededor.

—¿Mentirosos? No, yo no diría eso —contestó el médico con calma—. Tal vez algunos, sin duda. Las lesiones de cuello son las peores. Realmente no hay otra solución que creer lo que te dicen cuando se trata de una lesión así, después de un accidente de coche, por ejemplo. Esos casos son los más difíciles de tratar. Algunas personas sufren más que otras. Pero creo que no son muchas las que se toman esto a la ligera.

—Cuando te llamé te acordaste enseguida de la niña de Keflavík.

—Sí, no es fácil olvidar aquel caso. Es difícil no recordar a la madre. Se llamaba Kolbrún, ¿verdad? Tengo entendido que se suicidó.

—Todo fue una maldita tragedia —dijo Erlendur.

Se preguntaba si debería aprovechar la ocasión y consultar al médico acerca del dolor de pecho que le molestaba cuando se despertaba por la mañana, pero decidió no hacerlo. El médico descubriría que le quedaba poco tiempo de vida, lo ingresaría en un hospital y antes del próximo fin de semana ya estaría tocando el arpa con los angelitos. Erlendur evitaba las malas noticias siempre que podía y verdaderamente no esperaba nada bueno de su salud.

—Dijiste que se trataba del asesinato en Las Marismas —se interesó el médico.

—Holberg, el muerto, era probablemente el padre de la niña de Keflavík —dijo Erlendur—. Al menos la madre lo aseguraba. Holberg ni lo afirmaba ni lo negaba. Lo único que confesó fue haber tenido relaciones sexuales con Kolbrún. No se pudo probar que hubiera habido violación. Pocas veces hay una base sólida en estos casos. Ahora estamos investigando el pasado del hombre. La niña enfermó y se murió a los cuatro años. ¿Qué ocurrió?

—No veo qué relación puede tener con el asesinato.

—No te preocupes por eso.

El médico miró fijamente a Erlendur un buen rato.

—Quizá sea mejor que te lo cuente ahora mismo, Erlendur —dijo finalmente—. Entonces yo era distinto.

—¿Distinto?

—Y peor. Distinto y peor. Ahora hace treinta años que no pruebo el alcohol. Te lo digo para que no tengas que molestarte en averiguar que me quitaron la licencia por un tiempo, desde 1965 hasta 1972.

—¿Por lo de la niña?

—No, no fue por ella, aunque eso hubiera sido una razón suficiente. Fue por alcoholismo y negligencia. No me gustaría entrar en detalles si no es absolutamente necesario.

Erlendur iba a dejarlo pasar, pero no pudo contenerse.

—¿Quieres decir que solías estar más o menos bebido durante esos años, o qué?

—Sí, más o menos.

—¿Luego volvieron a darte la licencia?

—Sí.

—¿Y desde entonces todo bien?

—Sí, todo bien —dijo el médico asintiendo con la cabeza—. Pero, como te he dicho, no estaba en buenas condiciones cuando atendí a la niña de Kolbrún. Le dolía la cabeza y yo pensé que se trataba de una migraña infantil. Vomitaba por las mañanas. Cuando aumentaron los dolores le receté analgésicos más fuertes. No lo recuerdo con claridad. He intentado olvidarme de esos años. Todos cometemos errores, también nosotros, los médicos.

—¿Cuál fue la causa de la muerte?

—Supongo que no habría cambiado nada aunque yo hubiera reaccionado de otra manera y la hubiera ingresado en un hospital —dijo el médico como hablando consigo mismo—. Eso es lo que me gustaría creer. Entonces no había muchos pediatras y tampoco disponíamos de esos estupendos escáneres que hay ahora. Teníamos que fiarnos más del instinto y de nuestros conocimientos, pero, como ya sabes, mi instinto no era muy fino en aquella época, salvo en lo que se refiere al alcohol. Un mal divorcio tampoco mejoró las cosas. No me estoy excusando —dijo, aunque era evidente que eso era lo que estaba haciendo.

Erlendur asentía con la cabeza.

—Después de un par de meses, creo, empecé a sospechar que se trataba de algo más grave que una migraña infantil. La niña no mejoraba. No había pausas entre los ataques de dolor. Empeoraba constantemente. Se consumía, se quedó extremadamente delgada. Había varias posibilidades. Se me ocurrió que podía ser una tuberculosis cerebral fulminante. Antiguamente, cuando nadie sabía nada de nada, se

solía hablar de resfriado cerebral. Al final, empecé a pensar en una meningitis, pero faltaban muchos síntomas. La meningitis es bastante rápida. A la niña le salieron en la piel lo que se llamaba manchas de café y al final consideré que bien podía ser un tumor.

—¡Manchas de café! —exclamó Erlendur, y recordó que había oído hablar de ellas antes.

—Pueden ser síntomas de un tumor.

—Entonces la mandaste al hospital de Keflavík.

—Allí murió —dijo Frank—. Me acuerdo del dolor de la madre. Cuando la niña falleció, perdió la razón. Tuvimos que inyectarle tranquilizantes. Se negó en rotundo a que se le practicara la autopsia. Nos lo prohibió a gritos.

—Pero se la hicieron de todas formas.

El médico vaciló.

—No se podía evitar. De ninguna manera.

—¿Qué se descubrió?

—Un tumor, lo que yo había dicho.

—¿Qué clase de tumor?

—No sabría decirlo —contestó el médico—. No sé si lo investigaron a fondo. Supongo que lo hicieron. Creo recordar que mencionaron una especie de enfermedad hereditaria.

—¡Hereditaria! —repitió Erlendur subiendo la voz.

—¿No es ésa la palabra de moda? Hereditaria. ¿Qué tiene esto que ver con el asesinato de Holberg? —preguntó Frank.

Erlendur se quedó pensativo y no oyó las palabras del médico.

—¿Por qué te interesa el caso de esa niña?

—Estoy soñando —dijo Erlendur.

Capítulo 16

Cuando Erlendur llegó a su casa por la noche, Eva Lind no estaba. Procuró seguir su consejo y no preocuparse por saber dónde estaría, ni por si iba a volver y en qué condiciones. Había pasado por un bar de comida rápida y llevaba una bolsa con trozos de pollo para los dos. Arrojó la bolsa sobre una silla, y mientras se quitaba el abrigo, le llegó olor a comida caliente. En su cocina no olía a guisos desde hacía mucho tiempo. Erlendur solía alimentarse de comida como la que había en la bolsa arrojada sobre la silla. Hamburguesas, comida lista para llevar de algún bar o supermercado, embutidos, yogures y platos insípidos para microondas. No recordaba cuál fue la última vez que se cocinó algo, ni cuándo había tenido ganas de comer guisos caseros adecuadamente preparados.

Erlendur entró en la cocina con cautela como si esperara encontrarse con algún intruso, y lo primero que vio fue la mesa puesta para dos, con una bonita vajilla que le parecía que era suya. Dos esbeltas copas de vino al lado de los platos y una servilleta encima de cada plato. Velas rojas encendidas en dos candelabros desiguales, que Erlendur no había visto nunca.

Fue hasta los fogones y advirtió que algo cocía en una olla grande. Levantó la tapa y vio un cocido que burbujeaba dentro. Una fina capa de grasa flotaba encima de zanahorias, patatas, trozos de carne y verduras condimentadas, y de todo ello emanaba un aroma que llenaba la vivienda. Acercó la nariz e inhaló gustosamente aquellos efluvios.

—No tenía bastantes zanahorias —dijo Eva Lind desde la puerta.

Erlendur no la había oído llegar. Llevaba puesto un anorak de su padre y en la mano sujetaba una bolsita con zanahorias.

—¿Dónde has aprendido a preparar cocido? —preguntó Erlendur.

—Mamá lo hacía continuamente —respondió Eva Lind—. Hace tiempo, cuando todavía no hablaba muy mal de ti, dijo que el cocido era tu comida favorita. Después añadió que eras un bicho repugnante.

—Las dos cosas son ciertas —dijo Erlendur.

Observaba a Eva Lind mientras cortaba las zanahorias antes de añadirlas a la olla con el resto de los ingredientes. Se le ocurrió la idea de que en este momento estaba reviviendo una vida familiar por largo tiempo olvidada, y eso le causó a la vez tristeza y alegría. No se permitió el lujo de pensar que iba a durar.

—¿Has encontrado al asesino? —preguntó Eva Lind.

—Ellidi te envía recuerdos —dijo Erlendur.

Se le escapó antes de darse cuenta. En realidad, ése no era el momento de pensar en un animal como Ellidi.

—¿Ellidi? ¿Está en prisión? ¿Te dijo que me conocía?

—Los indeseables que yo frecuento suelen mencionarte algunas veces —contestó Erlendur—. Creen que así me hacen daño.

—¿Y logran hacerte daño?

—Algunos. Como Ellidi. ¿De qué lo conoces? —preguntó Erlendur suavemente.

—Me han contado algunas historias sobre él. Lo vi una vez hace años. Acababa de pegarse los dientes postizos en la boca con Super Glue.

—Es un idiota acabado.

No hablaron más de Ellidi esa noche. Cuando se sentaron a la mesa, Eva Lind llenó las copas de agua y Erlendur comió tanto cocido que luego apenas podía levantarse de la mesa para ir al salón, donde se quedó dormido. Durmió en el sofá hasta la mañana siguiente, con la ropa puesta.

Tuvo una pesadilla. Esta vez se acordaba de la mayor parte. Sabía que era el mismo sueño de noches anteriores, aunque hasta entonces no se había fijado en su memoria al despertar.

Eva Lind apareció ante él como nunca antes la había visto. Rodeada de una luz que no sabía de dónde venía y con un bonito vestido de verano que le llegaba hasta los tobillos. Su larga melena negra le cubría media espalda. La visión era perfecta y casi podía oler el verano. Iba hacia él, o tal vez flotaba, porque a él le parecía que no tocaba el suelo. No distinguía los alrededores, lo único que veía era a Eva Lind en medio de un derroche de luz. La vio acercársele con una gran sonrisa. Él la esperaba con los brazos abiertos, ansioso de poder abrazarla. Pero ella no llegó a acurrucarse entre sus brazos, sólo le entregó una fotografía y en ese momento desapareció la luz y desapareció Eva Lind. Él se quedó con la fotografía que tanto conocía. Era la fotografía del cementerio, que de repente cobraba vida, y él se encontró en medio de la imagen, mirando hacia arriba, al cielo negro, y sintiendo cómo la lluvia le golpeaba la cara. Al bajar la vista vio que la lápida se retiraba y la tumba se abría, la oscuridad se rompió hasta dejar visible el ataúd. El ataúd se abrió y Erlendur vio a la niña con un corte que le subía a todo lo largo del cuerpo, hasta los hombros. De pronto la niña abrió los ojos y, mirándolo fijamente, emitió un terrible grito de angustia que se proyectó hacia él desde lo más profundo de la tumba.

Erlendur se despertó sobresaltado. Se quedó con la mirada fija hasta que logró despejarse. Llamó a Eva Lind, pero no obtuvo respuesta. Entró en su habitación y, aun antes de abrir la puerta, sintió el vacío. Sabía que se había ido.

Después de revisar el censo de Húsavík, Elinborg y Sigurdur Óli habían elaborado una lista con los nombres de 176 mujeres que podían haber sido la víctima de Holberg. Lo único en lo que podían basarse era en las palabras de Ellidi, que dijo que había sido algo parecido a lo de Kolbrún, así que escogieron mujeres de la edad de Kolbrún, con un margen de diez años hacia arriba y hacia abajo. Repasando la lista

de los nombres se podían formar tres grupos. Una cuarta parte de las mujeres seguía viviendo en Húsavík, la mitad se había mudado a Reikiavik y otra cuarta parte estaba esparcida por todo el país.

—Un trabajo de locos —suspiró Elinborg mirando la lista antes de pasársela a Erlendur.

Le llamó la atención lo desaliñado que iba. Llevaba barba de algunos días, el pelo castaño sin peinar y a su traje no le habría venido mal un lavado. Elinborg estuvo a punto de ofrecerle su ayuda para plancharle el traje, pero decidió abstenerse. La cara de Erlendur demostraba claramente que no estaba para bromas.

—¿Cómo duermes últimamente, Erlendur? —le preguntó con suavidad.

—Sentado —respondió Erlendur.

—¿Qué haremos? —dijo Sigurdur Óli—. ¿Ir a ver a todas estas mujeres y preguntarles si fueron violadas hace un montón de años? ¿No sería eso un poco... violento?

—No veo qué otra manera hay de averiguarlo. Empezaremos con las que se han mudado —aclaró Erlendur—. Primero las de Reikiavik, y a ver si de paso podemos sacar más información sobre esa mujer. Según Ellidi, ese maldito imbécil, Holberg le habló de ella a Kolbrún. Es posible que Kolbrún se lo mencionara a su hermana o tal vez a Rúnar. Tendré que volver a Keflavík.

Erlendur se quedó pensativo por un momento.

—Quizá podamos estrechar el cerco —dijo.

—¿Estrechar el cerco, cómo? —preguntó Elinborg—. ¿En qué estas pensando?

—Acabo de tener una idea.

—¿Qué?

Elinborg estaba irritable. Había llegado al trabajo con un traje nuevo, de color verde claro, y nadie se había fijado en ello.

—Parentesco, herencia y enfermedad —explicó Erlendur.

—Eso —dijo Sigurdur Óli.

—Suponemos que Holberg era un violador. No tenemos ni idea de cuántas fueron las mujeres que violó. Sabemos de dos, con certeza sólo de una. Aunque él lo negó, todo apunta a que realmente la violó. Nació Audur, tenemos que presumir que era su hija, y es posible que tuviera otro hijo con la otra mujer.

—¿Otro hijo? —dijo Elinborg.

—Antes de nacer Audur —contestó Erlendur.

—¿No es un poco inverosímil? —preguntó Sigurdur Óli.

Erlendur se encogió de hombros.

—¿Quieres que nos limitemos a investigar a las mujeres que tuvieron un hijo antes de 1964?

—Creo que sería una buena idea.

—Podría tener hijos por todas partes —aventuró Elinborg.

—También es posible que sólo hubiera cometido una violación —dijo Erlendur—. ¿Has averiguado de qué murió su hermana?

—No. Estoy trabajando en ello —contestó Sigurdur Óli—. Busqué algunos familiares de Holberg y de su hermana, pero no encontré a ninguno.

—Yo investigué a Grétar —dijo Elinborg—. Desapareció de golpe, como si se lo hubiera tragado la tierra. Durante un tiempo, ni un alma le echó de menos. Su madre llamó a la policía después de no saber nada de él durante dos meses. Se publicó una fotografía suya en los periódicos y en televisión, pero no se obtuvo ningún resultado. Eso fue en 1974, el año de la celebración del trigésimo aniversario de la República. Durante el verano. ¿Fuisteis a la fiesta de Thingvelhr?

—Yo sí —contestó Erlendur—. ¿Qué pasa con Thingvelhr? ¿Crees que se perdió allí?

—No sé nada más —dijo Elinborg—. Se hizo una investigación rutinaria de desaparición y se habló con los que su madre sabía que le conocían, como Holberg y Ellidi. También se habló con otras tres personas, pero nadie sabía nada. Nadie le echó de menos, excepto su madre y su hermana. Había nacido en Reikiavik, no estaba casado ni tenía hijos, ni novia, y no hay más familia. El caso se mantuvo abierto durante unos meses y luego pasó a mejor vida. Tenía treinta y cuatro años.

—Si tenía el mismo talante que sus amigos Holberg y Ellidi, no me extraña que nadie lo echara de menos —añadió Sigurdur Óli.

—En los años ochenta, cuando se esfumó Grétar, desaparecieron trece personas —explicó Elinborg—. En los años noventa fueron doce, sin incluir a los desaparecidos en el mar.

—Trece desapariciones —dijo Sigurdur Óli—, ¿no es una cantidad considerable? Y ninguna resuelta.

—No tiene por qué haber un crimen detrás de cada uno de esos casos —repuso Elinborg—. La gente también desaparece voluntariamente, quiere desaparecer y desaparece.

—Si lo he entendido bien —dijo Erlendur—, el caso es el siguiente: Ellidi, Holberg y Grétar se lo están pasando bien en una sala de fiestas en Keflavík un fin de semana en el otoño de 1963.

Notó que Sigurdur Óli ponía cara de sorprendido.

—El baile se celebró en una antigua enfermería militar reformada como sala de fiestas. Ahí se montaban saraos de lo más feroces.

—Creo que el conocido grupo musical Hljómar empezó ahí —comentó Elinborg.

—Conocen a unas mujeres en el baile y, después, una de ellas monta una pequeña fiesta en su casa —siguió Erlendur—. Tenemos que intentar encontrar a esas mujeres. Holberg acompaña a una de ellas a su casa y una vez allí la viola. Todo parece

apuntar a que había hecho la misma jugada anteriormente. A Kolbrún le susurra al oído cómo se lo había hecho a la otra mujer. Es posible que esa otra mujer viviese en Húsavík y que no lo hubiese denunciado. Tres días más tarde, Kolbrún se arma de valor y denuncia la violación, pero se topa con un policía que tiene poca consideración hacia las mujeres que invitan a hombres a su casa después de un baile y luego gritan «¡violación!». Kolbrún da a luz a una niña. Puede ser que Holberg hubiese tenido noticia del nacimiento de esa hija, encontramos una fotografía de su lápida en el escritorio de Holberg. ¿Quién hizo esa fotografía? ¿Por qué? La niña muere de una enfermedad fulminante y la madre se suicida unos años más tarde. Uno de los compañeros de Holberg desaparece tres años después. Holberg aparece asesinado hace unos días y junto a él se encuentra una nota incomprensible.

Erlendur hizo una pequeña pausa.

—¿Por qué matan a Holberg ahora que ya es un hombre mayor? ¿Está el asesino relacionado con ese pasado? Y si lo está, ¿por qué no atacó a Holberg antes? ¿Por qué esperar tanto? ¿O es que el asesinato no tiene nada que ver con el asunto, si es que es cierto que Holberg era un violador?

—Creo que no podemos obviar el hecho de que el asesinato no parece premeditado —repuso Sigurdur Óli—. Como dijo Ellidi, ¿qué clase de inútil utiliza un cenicero? Al parecer, no hubo una larga preparación. La nota es más bien una especie de chiste, algo que nadie entiende. El asesinato de Holberg no tiene nada que ver con ninguna violación. Nuestro departamento está volcado en buscar al joven de la chaqueta militar de color verde.

—Holberg no era ningún angelito —dijo Elinborg—. Quizás este asesinato fue un ajuste de cuentas o como se llame. Tal vez alguien pensó que se lo merecía.

—La única persona que sabemos con seguridad que odiaba a Holberg es Elín, de Keflavík —argumentó Erlendur—. No me la imagino matando a nadie con un cenicero.

—¿Podría haber contratado a alguien para hacerlo? —inquirió Sigurdur Óli.

—¿A quién? —preguntó Erlendur.

—No lo sé. Por otro lado, me inclino a pensar que alguien que pasaba por el barrio quiso entrar en algún sitio para robar, quizá para hacer destrozos, Holberg lo descubrió y recibió un cenicerazo en la cabeza. Habrá sido algún drogado totalmente fuera de órbita. No tiene que ver con el pasado, sino con el presente. En Reikiavik se ha llegado a esto.

—Por lo menos alguien pensó que lo mejor sería cargarse a ese hombre —dijo Elinborg—. Debemos tener en cuenta la nota. No es ninguna broma.

Sigurdur Óli miró a Erlendur pensativo.

—Al decir que te gustaría saber exactamente de qué murió la niña, ¿querías decir lo que creo que querías decir? —preguntó.

—Me temo que sí —dijo Erlendur.

Capítulo 17

El mismo Rúnar abrió la puerta y se quedó mirando a Erlendur sin reconocerlo. Erlendur, calado por la lluvia, había entrado en una pequeña portería. A su derecha había una escalera que subía al piso de arriba. La escalera estaba cubierta con una moqueta muy gastada por el uso. Olía a humedad y Erlendur se preguntó si en la casa viviría algún aficionado a montar a caballo. El detective le preguntó a Rúnar si se acordaba de él. Rúnar pareció reaccionar, ya que enseguida intentó cerrar la puerta. Erlendur fue más rápido y antes de que Rúnar pudiera evitarlo ya estaba dentro de la vivienda.

—Acogedor —dijo Erlendur echando una ojeada a su alrededor en la penumbra.

—¿Quieres dejarme en paz? —dijo Rúnar con voz quebrada y estridente.

—Ojo con tu tensión arterial. No tengo ganas de tener que hacerte un boca a boca si te desvaneces. Tengo que preguntarte algunos pequeños detalles. Luego me marcharé y podrás seguir pudriéndote aquí dentro. Seguramente no tardarás mucho en morir. No es que tengas el aspecto del «viejo del año», precisamente.

—¡Lárgate de aquí! —gritó Rúnar con tanta energía como la edad le permitía.

Se dio la vuelta y se apresuró a pasar al pequeño salón para sentarse en un sofá. Erlendur le siguió y se sentó pesadamente en un sillón, enfrente de Rúnar. Éste ni le miró.

—¿Kolbrún mencionó alguna otra violación cuando vino a verte por lo de Holberg?

Rúnar no contestó.

—Cuanto antes me respondas, antes te librarás de mí.

Rúnar levantó la vista y miró a Erlendur.

—No mencionó ninguna otra violación. ¿Quieres marcharte ahora?

—Tenemos razones para suponer que Holberg cometió otra violación antes de conocer a Kolbrún. Puede que también siguiera violando después de lo de Kolbrún, pero no lo sabemos. Kolbrún es la única mujer que lo denunció, aunque no llegara a nada, gracias a ti.

—¡Márchate!

—¿Estás seguro de que no mencionó a ninguna otra mujer? Es posible que Holberg se jactara de otra violación y que se lo contara a Kolbrún.

—No mencionó nada de eso —dijo Rúnar, y bajó la vista.

—Holberg iba con dos amigos esa noche. Uno de ellos es Ellidi, un delincuente habitual al que posiblemente conozcas. Está en prisión, luchando contra fantasmas y monstruos en una pequeña celda de aislamiento. El otro se llamaba Grétar. Desapareció de la faz de la tierra durante el verano de la gran celebración del aniversario de la República. ¿Sabes algo de esos individuos?

—No. ¡Déjame en paz!

—¿Qué hacían aquí, en este pueblo, la noche que fue violada Kolbrún?

—No lo sé.

—¿No hablaste con ninguno de ellos?

—No.

—¿Quién se ocupó de la investigación en Reikiavik?

Por primera vez, Rúnar alzó la vista y miró a Erlendur.

—Marion Briem.

—¡Marion Briem!

—Esa maldita estúpida.

Elín no estaba en casa cuando Erlendur llamó al timbre. Por lo tanto volvió a subir al coche, encendió un cigarrillo y meditó sobre si seguir el viaje hasta Sandgerdi. La lluvia golpeaba en el coche y Erlendur, que no solía escuchar la previsión meteorológica, se preguntaba si algún día dejaría de llover. Tal vez esta lluvia sólo fuera un simulacro del Diluvio, pensó a través del humo azul del pitillo. Quizá no estaría de más enjuagar un poco los pecados de los hombres de vez en cuando.

A Erlendur le inquietaba tener que ver a Elín. Por eso se sintió medio aliviado cuando no la encontró en casa. Sabía que se volvería contra él y quería evitar que reaccionara de la misma manera que la vez anterior. Pero no había escapatoria. Tanto si lo hacía ahora como más tarde. Suspiró e inhaló una buena calada del cigarrillo, hasta notar el calor del fuego en las yemas de los dedos. Por su mente pasó una frase de un anuncio antitabaco: «No se necesita más que una sola célula alterada para enfermar de cáncer».

Había notado el dolor en el pecho por la mañana, pero ahora había desaparecido.

Erlendur dio marcha atrás e iba a alejarse de la casa cuando Elín golpeó en la ventana con los nudillos.

—¿Venías a verme? —le preguntó cuando él bajó el cristal.

En la cara de Erlendur apareció una especie de sonrisa, una mueca imposible de interpretar, y asintió desanimadamente con la cabeza. Sabía que los hombres ya estaban camino del cementerio.

Elín le invitó a pasar y él se sintió como un traidor. En el recibidor se quitó el abrigo, el sombrero y los zapatos, y entró en el salón. Llevaba un chaleco de punto marrón debajo de la chaqueta; se lo había abrochado mal y el último ojal colgaba en el vacío. Se sentó en el mismo sillón que la vez anterior, y ella, en cuanto volvió de poner en marcha la cafetera en la cocina, tomó asiento delante de él.

El traidor carraspeó.

—Uno de los que fueron a divertirse con Holberg aquella fatídica noche se llama

Ellidi y está preso. Hace mucho que es un «viejo conocido de la policía». El tercer hombre que iba con ellos se llamaba Grétar. Ése desapareció sin dejar rastro en 1974. El año de la celebración del aniversario de la República.

—Yo estuve en Thingvellir —dijo Elín.

Erlendur carraspeó de nuevo.

—¿Has hablado con ese Ellidi? —preguntó Elín.

—Un animal desagradable como pocos —respondió Erlendur.

Elín se disculpó y fue a la cocina. Se oyó el ruido de las tazas. El móvil sonó en el bolsillo de Erlendur. Vio en la pantalla que era Sigurdur Óli.

—Estamos listos —anunció Sigurdur Óli.

Erlendur pudo escuchar la lluvia a través del teléfono.

—No hagáis nada hasta que vuelva a ponerme en contacto contigo —dijo Erlendur—. ¿Lo entiendes? No hagas ni un solo movimiento hasta que yo te lo diga o aparezca por ahí.

—¿Has hablado con la vieja?

Erlendur no le contestó, cortó la conversación y se guardó el móvil en el bolsillo. Elín trajo el café y sirvió dos tazas. Los dos tomaron café solo. Ella volvió a sentarse frente a Erlendur.

—Ellidi me dijo que Holberg había violado a otra mujer antes de violar a Kolbrún y que se lo había contado a su hermana.

Elín puso cara de sorpresa.

—Si Kolbrún lo sabía, no me lo dijo nunca —explicó pensativa—. ¿Estará diciéndolo la verdad?

—Tenemos que creer que sí —repuso Erlendur—. Aunque Ellidi está tan quemado que podría inventarse cualquier cosa. Por otra parte, no tenemos nada para contrarrestar sus palabras.

—No hablamos mucho de la violación —dijo Elín—. Creo que fue por Audur, entre otras cosas. Kolbrún era una mujer introvertida, tímida, y se cerró aún más después de esos hechos. Claro está que también debía de resultarle desagradable hablar de esas cosas mientras llevaba a la niña en el vientre, y más después del nacimiento. Kolbrún hizo lo que pudo para olvidarse de lo que había pasado. Quería borrarlo de su mente.

—Me imagino que si Kolbrún hubiera sabido de otra violación lo habría dicho a la policía para reforzar su testimonio, aunque sólo fuera por eso. Pero según los informes que he leído, no lo mencionó nunca.

—Quizá quería proteger a la otra mujer —dijo Elín.

—¿Proteger?

—Kolbrún sabía lo que se siente después de ser violada. Sabía cómo era denunciarlo. Había dudado mucho si hacerlo o no y luego resultó ser objeto de una

total vejación en el despacho de un policía de la ciudad. Si la otra mujer no hubiese querido darse a conocer, Kolbrún la habría entendido. O eso pienso yo. Por otro lado, no sé adonde quieres llegar con todo eso.

—No tenía por qué conocer todos los detalles, ni siquiera el nombre de la mujer, tal vez sólo era una sospecha. Si es que él le insinuó algo.

—Nunca mencionó nada.

—Cuando hablabais sobre la violación, ¿qué explicaba?

—No hablaba del hecho mismo de la violación —contestó Elín.

El móvil volvió a sonar en el bolsillo de Erlendur y Elín se quedó callada. Erlendur sacó el aparato con irritación, vio en la pantalla que era Sigurdur Óli, apagó el teléfono y se lo metió en el bolsillo.

—Perdona —dijo.

—Son insoportables estos teléfonos, ¿no? —comentó Elín.

—Totalmente —respondió Erlendur. Ya iba justo de tiempo.

—Me hablaba de lo mucho que amaba a su hija Audur. Madre e hija tenían una relación especial, a pesar de las circunstancias tan horribles. Audur lo era todo para su madre. Claro que es terrible decirlo, pero creo que Kolbrún no habría querido perderse el hecho de tener a Audur. ¿Me entiendes? Incluso me parecía que miraba a Audur como una especie de recompensa por lo de la violación. Sé que es un poco torpe expresarse de esta manera, pero parecía que la niña fuese una suerte a pesar de la mala suerte. No te puedo decir lo que pensaba mi hermana, cómo se encontraba o qué sentimientos ocultaba. No sé ni lo que sentía yo misma y no pretendo hablar por ella. Pero adoraba a su hijita y nunca se separó de ella. Nunca. La relación entre las dos estaba de alguna manera marcada por lo que había pasado, pero Kolbrún nunca vio reflejado en la niña al animal que la había violado y que arruinó su vida. Sólo veía la belleza de su niña. Mi hermana sobreprotegía a su hija y eso se extendía más allá de la muerte, como testifica la inscripción de la lápida. «Guarda mi vida del temor al enemigo.»

—¿Sabes qué quería decir exactamente tu hermana con esas palabras?

—Es una invocación a Dios, como verás si lees el salmo. La muerte de la niña tenía que ver con eso. Con cómo ocurrió y lo terrible que fue. Kolbrún no quería ni pensar en que iban a hacerle la autopsia a la niña. Ni pensarlo.

Erlendur cerró los ojos e hizo una mueca. Elín no se dio cuenta.

—Es lógico pensar —dijo Elín— que esas vivencias tan espantosas, tanto su violación como la muerte de Audur, tuvieron cierta influencia sobre la salud mental de Kolbrún. Sufrió un colapso nervioso. Cuando empezaron a hablar de la autopsia se sintió acosada, pero al mismo tiempo quería proteger a Audur. Había tenido una hija como consecuencia de unos hechos horribles y luego la perdió enseguida. Lo consideraba la voluntad de Dios. Mi hermana quería que dejaran en paz a su hija.

Erlendur se quedó un rato pensativo antes de decidirse a hablar.

—Creo que yo soy uno de esos enemigos.

Elín le miró fijamente sin entender qué quería decir.

—Pienso que es necesario desenterrar a la niña y hacerle una autopsia completa, si puede ser.

Erlendur lo dijo con tanto cuidado como le fue posible. A Elín le costó algún tiempo asimilar sus palabras y le miró sorprendida.

—¿Qué intentas decir?

—Así quizá podamos descubrir la razón de su muerte.

—¿La razón? ¡Fue un tumor cerebral!

—Puede ser...

—Pero ¿qué dices? ¿Desenterrarla? ¿A la niña? ¡No me lo puedo creer! Te acabo de decir...

—Tenemos dos razones.

—¿Dos razones?

—Para querer practicarle la autopsia —dijo Erlendur.

Elín se había levantado y paseaba excitada por el salón. Erlendur se quedó sentado, pero se había hundido un poco más en el sillón.

—He hablado con los médicos del hospital, aquí en Keflavík. No encontraron ningún informe sobre Audur, salvo un pequeño certificado provisional de su médico forense. Ese médico ya ha fallecido. El año que murió Audur fue el último año en que ese médico estuvo en activo. Sólo mencionó un tumor cerebral y determinó ese tumor como causa de la muerte. Me gustaría saber cuál fue el origen del tumor y, por lo tanto, de la muerte de la niña. Quiero saber si pudo ser una enfermedad hereditaria.

—¿Enfermedad hereditaria? No sé de ninguna enfermedad hereditaria.

—La estamos buscando en Holberg —dijo Erlendur—. La otra razón para hacer la autopsia es determinar si realmente fue hija de Holberg. Eso se averigua con las pruebas de ADN.

—¿Tenéis alguna duda sobre eso?

—No necesariamente, pero nos hacen falta las pruebas.

—¿Por qué?

—Holberg siempre negó ser el padre de la niña. Confesó haber tenido relaciones sexuales con Kolbrún; sin embargo, negó la paternidad. Cuando se archivó el caso no se consideró importante comprobarlo. Tu hermana nunca lo exigió. Seguramente ya tenía bastante y quería a Holberg fuera de su vida.

—¿Y quién sino Holberg podría ser el padre?

—Necesitamos la comprobación por lo del asesinato.

—¿El asesinato de Holberg?

—Sí.

Elín estaba de pie delante de Erlendur.

—¿Así que ese mal nacido va a seguir torturándonos más allá de la muerte y de la tumba?

Erlendur iba a contestarle, pero ella le quitó la palabra.

—Aún pensáis que mi hermana mintió. Aún no la creéis. Eres igual que ese idiota de Rúnar. Igual.

Se inclinó encima de Erlendur, que seguía sentado en el sillón.

—Maldito policía estúpido —musitó—. No debería haberte dejado entrar en mi casa.

Capítulo 18

Cuando Sigurdur Óli vio las luces de un coche acercarse bajo la lluvia sabía que sería Erlendur. La excavadora se situó delante de la tumba con un gran estruendo, lista para empezar a trabajar en cuanto recibiera la señal. Era una máquina pequeña que se había deslizado entre las rumbas haciendo eses. Sus ruedas de oruga resbalaban en el barro y emitía un humo negro que llenaba el aire de olor a combustible.

Sigurdur Óli y Elinborg estaban al lado de la tumba en compañía de un médico forense de la fiscalía, un abogado de la policía, un cura, un decano, unos cuantos policías de Keflavík y dos funcionarios. Toda esa gente esperaba mojándose salvo Elinborg, la única que tenía un paraguas, que dejaba sitio a la mitad del cuerpo de Sigurdur Óli. Cuando Erlendur salió del coche, vieron que iba solo y que se acercaba andando lentamente. Tenían el permiso por escrito de las autoridades para realizar la excavación, pero no se podía hacer nada hasta que Erlendur diera su conformidad.

Erlendur observó la zona y lamentó silenciosamente la perturbación, los destrozos, la profanación. Habían sacado la lápida y dejado en un camino detrás de la tumba. Junto a la lápida había un pequeño cucurucho de cristal verde, de los que se clavan en la tierra. Dentro del cucurucho había unas rosas marchitas, que Erlendur supuso que habría traído Elín. Se paró para leer una vez más la inscripción y sacudió la cabeza. La valla de barrotes de madera blancos, de unos veinte centímetros de altura, que rodeaba la tumba estaba rota al lado de la lápida. Erlendur alzó la mirada hacia la negrura del cielo. El agua caía a chorros por el ala de su sombrero sobre sus hombros. Examinó al grupo que esperaba alrededor de la tumba y luego, mirando a Sigurdur Óli, asintió con la cabeza. Sigurdur Óli dio la señal de empezar al conductor de la excavadora. La pala se levantó y se hundió en la tierra esponjosa.

Erlendur vio cómo la máquina hurgaba en una herida de hacía treinta años. Le dolía cada palada de tierra que sacaba. El montón crecía y el agujero en el suelo iba oscureciéndose. Se quedó a cierta distancia observando cómo se hundía la pala en la cada vez más profunda herida. De pronto tuvo la sensación de haber vivido esto antes, le pareció haberlo visto en sueños y, por un momento, percibió el escenario como envuelto en una neblina: sus compañeros de la policía hurgando con la mirada el fondo de la tumba, los funcionarios con sus monos de color naranja apoyados en sus palas, el cura enfundado en un grueso abrigo negro, la lluvia que entraba a raudales dentro del agujero y que volvía a salir en la pala de la máquina, como si la tumba sangrara. ¿Lo había visto exactamente así en un sueño?

La sensación desapareció y, como solía pasar en estos casos, no podía explicarse de ninguna manera por qué ni de dónde le había venido. ¿Por qué le parecía estar reviviendo unos hechos que no habían sucedido hasta ahora? Erlendur no creía en

presagios, visiones, sueños, reencarnaciones ni karmas. No creía ni siquiera en Dios; aunque había leído la Biblia a menudo, tampoco creía en la vida eterna ni en que el comportamiento de los hombres en esta vida influyera en su destino final hacia el cielo o el infierno. Erlendur pensaba que la vida misma era una mezcla de esos dos últimos lugares.

Sin embargo, en ocasiones vivía esta incomprensible y sobrenatural repetición. Veía el ahora como si lo hubiera visto antes, como si pudiera salir de su cuerpo y convertirse en espectador de su propia vida. No podía explicarse qué era lo que le causaba esas sensaciones ni por qué su mente le hacía estas jugadas.

Erlendur volvió en sí cuando la pala topó con algo y de la tumba salió un ruido hueco. Se acercó unos pasos. Distinguió el contorno del ataúd.

—¡Con cuidado! —le gritó al conductor de la excavadora, levantando las manos.

De reojo vio la luz de unos faros acercarse por la carretera. Todos levantaron la vista y descubrieron un coche que subía lentamente hasta la puerta del cementerio. En el techo lucía encendida la señal de una compañía de taxis. Del vehículo salió una mujer mayor con un abrigo verde. Elín. El taxi desapareció y la mujer se apresuró hacia ellos. Cuando estuvo lo bastante cerca de Erlendur para que pudiera oírle, la mujer empezó a gritar y a amenazarle con el puño.

—¡Ladrón de tumbas! —vociferó—. ¡Ladrones de tumbas! ¡Ladrones de cadáveres!

—Sujetadla —les dijo Erlendur tranquilamente a los policías que se dirigían hacia Elín para pararla, pocos metros antes de llegar a la tumba.

Ella, fuera de sí y llena de rabia, intentó liberarse a golpes, pero los policías le sujetaron las manos con firmeza.

Los dos funcionarios bajaron a la tumba con sus palas. Con cuidado sacaron la tierra de alrededor del ataúd y colocaron unas cuerdas bajo él. El féretro estaba en bastante buen estado. La lluvia golpeaba la madera y lo limpiaba de tierra. Erlendur se imaginó que una vez debió de haber sido blanco. Un pequeño ataúd de color blanco con unas asas doradas en los lados y una pequeña cruz sobre la tapa. Los hombres fijaron las cuerdas a la pala de la excavadora, que subió con cuidado el féretro a la superficie. Aún estaba entero, pero parecía extremadamente frágil. Erlendur vio que Elín había dejado de gritar y luchar. Empezó a llorar cuando apareció el ataúd, que durante un momento se quedó colgado, inmóvil encima de la tumba. Una furgoneta pequeña se acercó marcha atrás y se paró poco antes de llegar a la tumba. Colocaron el ataúd en el suelo y retiraron las cuerdas. El cura se acercó, hizo la señal de la cruz y rezó en voz baja. Los funcionarios levantaron el féretro y lo introdujeron en la furgoneta. Elinborg se sentó al lado del conductor y el coche salió del cementerio, alejándose por la carretera lentamente, hasta desaparecer en la lluvia y en la oscuridad.

El cura se acercó a Elín y pidió a los policías que la soltaran. Lo hicieron de inmediato. Le preguntó si podía hacer algo por ella. Era evidente que se conocían y conversaron por unos instantes en voz baja. Elín parecía más tranquila. Erlendur y Sigurdur Óli se miraron. Acto seguido, sus miradas se dirigieron al agujero en la tierra. El agua de la lluvia se acumulaba en el fondo.

—Quería impedir este horror, esta profanación —le oyeron decir al cura.

Erlendur se sentía aliviado de que Elín estuviera más tranquila. Fue hacia ella y Sigurdur Óli le siguió despacio, a distancia.

—Nunca te perdonaré esto —dijo Elín a Erlendur. El cura aún estaba a su lado—. ¡Nunca! Que lo sepas.

—Lo entiendo perfectamente —repuso Erlendur—, pero la investigación tiene prioridad.

—¡La investigación! A la porra tu investigación —murmuró Elín—. ¿Adónde llevan el ataúd?

—A Reikiavik.

—¿Y cuándo piensas devolverlo?

—Dentro de dos días.

—Mira lo que has hecho con su tumba —suspiró Elín con tono de rendición, como si aún no hubiera entendido lo que había ocurrido.

Pasó por delante de Erlendur y se fue hacia la lápida, mirando tristemente los barrotes rotos de la pequeña valla, el florero y la tumba abierta.

Erlendur decidió contarle lo de la nota que encontraron en la vivienda de Holberg.

—Dejaron una nota en casa de Holberg, justo en el lugar donde estaba él. No la pudimos entender hasta que descubrimos lo de Audur y hablamos con su antiguo médico. Los asesinos islandeses no suelen dejar nada tras de sí excepto confusión y desorden, pero el que mató a Holberg quiso darnos algo en que pensar. De pronto, cuando el médico habló de una posible enfermedad hereditaria, el mensaje cobró cierto sentido. También fue importante lo que Ellidi me contó en la cárcel. Holberg no tiene a ningún familiar vivo. Sólo tenía una hermana que murió a los nueve años. Sigurdur Óli —dijo Erlendur mientras señalaba a su compañero— encontró unos informes médicos sobre ella y lo que dijo Ellidi resultó ser cierto. La hermana murió como Audur, a causa de un tumor cerebral. Muy probablemente del mismo tipo que causó la muerte de Audur.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Qué mensaje era ése? —preguntó Elín.

Erlendur vaciló. Miró a Sigurdur Óli, quien a su vez miró a Elín y luego de nuevo a Erlendur. Se miraron fijamente a los ojos por un momento.

—Yo soy él —dijo Erlendur.

—¿Qué quieres decir?

—Es lo que decía el mensaje. «Yo soy él.» Con énfasis en la última palabra: ÉL.

—Yo soy él —repitió Elín—. ¿Qué significa?

—Realmente es imposible de decir; pero me pregunto si alude a algún tipo de parentesco —contestó Erlendur—. Quizá quien escribió esa nota considera que tiene algo en común con Holberg. También podría ser el delirio de algún perturbado que no sabía nada de Holberg. Sólo una tontería. Pero no creo que sea así. Creo que la enfermedad nos va a ayudar. Creo que tenemos la obligación de saber de quién se trata exactamente.

—¿Qué clase de parentesco?

—Holberg no tenía hijos según los informes oficiales. Audur no llevaba su apellido. Pero si es verdad lo que dice Ellidi, que Holberg había violado a otras mujeres aparte de Kolbrún y que ninguna lo denunció, es probable que tenga algún otro hijo. Quizá Kolbrún no sea la única víctima que tuvo un hijo de él. Hemos estrechado la búsqueda hasta una posible víctima en Húsavík y ahora investigamos los nacimientos que hubo allí en una determinada época, y tenemos la esperanza de obtener algún resultado muy pronto.

—¿Húsavík?

—Sí, una posible víctima de Holberg pudo haber sido de allí.

—¿Y qué hay de la enfermedad hereditaria? —preguntó Elín—. ¿Cuál es esa enfermedad? ¿Es la misma que mató a Audur?

—Aún no hemos examinado a Holberg. Tenemos que comprobar que efectivamente fuera el padre de Audur y luego sacar conclusiones de todo esto. Si la teoría resulta cierta, es posible que se trate de una enfermedad poco común transmitida de padres a hijos.

—¿Y ésa fue la enfermedad de Audur?

—Puede ser que haya pasado demasiado tiempo desde su fallecimiento para poder obtener resultados fidedignos, pero tenemos que intentarlo.

Habían subido hasta la iglesia, Elín al lado de Erlendur y Sigurdur Óli detrás de ellos. Elín era quien los dirigía. La iglesia estaba abierta, entraron en el atrio para guarecerse de la lluvia y se quedaron mirando la oscuridad de fuera.

—Yo creo que Holberg fue el padre de Audur —dijo Erlendur—. No tengo ninguna razón para dudar de tus palabras ni de las de tu hermana. Pero nos hacen falta pruebas. Son necesarias para la investigación policial. Si se trata de una enfermedad que Audur heredó de Holberg, puede que haya más personas contagiadas. También es posible que esa enfermedad esté relacionada con el asesinato de Holberg.

No vieron un coche que se alejaba lentamente del cementerio por un antiguo camino, circulaba sin luces y resultaba muy poco visible en la oscuridad. Cuando llegó más abajo, a la entrada del pueblo de Sandgerdi, encendió las luces, aumentó la velocidad y al instante alcanzó la furgoneta que iba con el ataúd hacia Reikiavik. En

la autovía de Keflavík, el conductor procuró tener siempre dos o tres vehículos entre su coche y la furgoneta. De esa manera fue siguiendo al ataúd hasta llegar a la ciudad.

Cuando la furgoneta se paró delante del tanatorio, aparcó el coche a cierta distancia y observó cómo introducían el ataúd y cerraban la puerta. Vio que la furgoneta se iba y que la mujer que había acompañado al conductor de la furgoneta se marchaba en taxi.

Cuando todo volvió a la calma, se fue silenciosamente.

Capítulo 19

Marion Briem lo recibió en la puerta. Erlendur no le había avisado que iba a ir. Venía directamente desde Keflavík y decidió hablar con ella antes de visitarla. Eran las seis de la tarde y ya estaba completamente oscuro. Marion le invitó a entrar mientras le pedía disculpas por el desorden. El apartamento era pequeño: salón, dormitorio, cuarto de baño y cocina. Era evidente el descuido de una inquilina solitaria, no se diferenciaba mucho de la vivienda de Erlendur. En el salón abundaban periódicos, revistas y libros, que aparecían por todas partes, la alfombra estaba gastada y sucia, y en la cocina se amontonaban utensilios sin fregar. La tenue luz de una lamparita de mesa iluminaba débilmente el oscuro salón. Marion le indicó a Erlendur que quitase los periódicos de un sillón y tomase asiento.

—No me dijiste que te habías ocupado de este asunto en su tiempo.

—No fue uno de mis mejores trabajos —repuso Marion encendiendo un pequeño cigarro con sus manos pequeñas y atractivas.

Su cara tenía un aspecto doloroso, su cabeza era grande pero su cuerpo, delicado. Erlendur rechazó el cigarrillo que le ofrecía. Sabía que Marion se mantenía al tanto de los asuntos que le interesaban, buscaba la información que podían darle los antiguos compañeros que seguían en activo e incluso hacía saber su opinión cuando le parecía oportuno.

—Quieres saber más sobre Holberg —añadió Marion.

—Y sobre sus amigos —dijo Erlendur sentándose después de haber colocado una pila de periódicos en el suelo—. Y sobre Rúnar, de Keflavík.

—Ah, sí, Rúnar, de Keflavík —repitió Marion—. Una vez quiso matarme.

—No creo que ese viejo desgraciado tenga fuerzas para ello ahora —opinó Erlendur.

—Así que lo has visto —dijo ella—. Está enfermo de cáncer, ¿lo sabías? Es cuestión de semanas.

—No lo sabía —admitió Erlendur recordando la delgada y huesuda cara de Rúnar y la gota que pendía de su nariz mientras recogía las hojas en su jardín.

—Tenía amigos muy influyentes en el ministerio. Por eso lo aguantaron en el puesto. Yo había recomendado que lo echaran. Le cayó una amonestación.

—¿Te acuerdas de Kolbrún?

—La víctima más desdichada que he visto en mi vida —dijo Marion—. No llegué a conocerla mucho, pero sabía que era incapaz de mentir. Acusaba a Holberg y describió el trato que recibió de Rúnar. Era su palabra contra la de Rúnar, pero su testimonio era creíble. Rúnar no debió mandarla a casa, incluso si obviamos la historia de las bragas. Holberg la violó. Eso está claro. Yo organicé un encuentro entre ellos, entre Holberg y Kolbrún, y no tengo la menor duda.

—¿Organizaste un encuentro?

—Fue una equivocación. Creía que ayudaría. Pobre mujer.

—¿Cómo lo hiciste?

—Hice que pareciera una casualidad o un descuido. No pensé que... no debería hablarte de eso. La investigación no avanzaba. Ella decía una cosa y él, otra. Los llamé a los dos a la vez e hice que se encontraran.

—¿Qué pasó?

—Ella sufrió un ataque de angustia y tuvimos que llamar a un médico. Nunca había visto nada parecido. Ni he vuelto a verlo.

—¿Y él?

—Simplemente se quedó allí, sonriendo.

Erlendur no dijo nada.

—¿Crees que era el padre de la niña?

Marion se encogió de hombros.

—Kolbrún siempre lo sostuvo.

—¿Kolbrún te habló de otra mujer a quien Holberg había violado antes que a ella?

—¿Había otra?

Erlendur le contó lo que le había dicho Ellidi. Pronto la puso al corriente de los puntos principales de la investigación. Marion escuchaba con atención, fumando su cigarrillo. Sus ojos, pequeños y penetrantes, miraban a Erlendur fijamente, sin perder detalle. Esos ojos vieron a un hombre de mediana edad, de aspecto cansino, con ojeras y barba de varios días. Tenía unas cejas gruesas que sobresalían tiesas de su cara y el pelo rojizo despeinado. A veces asomaban los fuertes dientes debajo de unos labios pálidos, en medio de una cara de expresión abatida, que había sido testigo de todo lo peor que se puede encontrar entre la fauna humana. En los ojos de Marion Briem había compasión y la triste certeza de que estaba contemplando su propia imagen.

Erlendur estuvo bajo el mando de Marion Briem cuando empezó a trabajar en el departamento de investigación criminal. Fue ella quien le enseñó todo lo que pudo aprender en los primeros años. Al igual que Erlendur, Marion nunca había desempeñado un puesto de mando en el cuerpo de policía. Siempre se había dedicado a los tradicionales trabas de investigación y tenía una gran experiencia. Su memoria era infalible y no había disminuido con la edad. Todo lo que oía o veía quedaba registrado y analizado en el enorme espacio de almacenaje de su cerebro, y ella podía sacarlo de ahí, sin el menor esfuerzo, cuando era necesario. Marion era capaz de recordar minuciosamente todos los detalles de casos antiguos, era un archivo viviente, un mar de conocimientos sobre cualquier cosa relacionada con la historia criminal islandesa. Su instinto de deducción era agudo y su pensamiento, sensato.

Sin embargo, como compañera de trabajo, Marion era un bicho insufrible, pedante, exigente e impaciente, como Erlendur la había calificado una vez cuando, hablando con Eva Lind, salió el tema en la conversación. Entre él y su antigua maestra hubo grandes diferencias durante años y a menudo ambos intercambiaron agrias palabras. Erlendur pensaba que de alguna incomprensible manera él había decepcionado a Marion. Estaba convencido de que ella se lo demostraba cada vez con más claridad, hasta que le llegó la edad de jubilación y se retiró. Fue un alivio para Erlendur.

Después de la jubilación de Marion, su relación mejoró. La tensión se relajó y la competitividad desapareció.

—Por eso se me ocurrió venir a verte y averiguar lo que recuerdas sobre Holberg, Ellidi y Grétar —dijo Erlendur finalmente.

—¿No abrigarás esperanzas de encontrar a Grétar después de todos estos años? —preguntó Marion sin disimular su sorpresa.

A Erlendur le pareció ver una leve expresión de preocupación en su cara.

—¿Hasta dónde llegaste con tu investigación acerca de Grétar?

—No llegué a ninguna parte, era un trabajo ocasional —dijo Marion. Erlendur se alegró cuando le pareció detectar un tono defensivo en su voz—. Probablemente desapareció el mismo fin de semana en que se celebró la fiesta de la República en Thingvellir. Hablé con su madre y con sus amigos. Con Holberg y Ellidi y con sus compañeros de trabajo. Cuando desapareció, Grétar trabajaba en la compañía naviera Eimskip. Se dedicaba a la descarga de barcos. Sus compañeros pensaban que quizá se había caído al mar. Dijeron que si hubiera caído por la bodega de algún barco se habrían dado cuenta.

—¿Recuerdas dónde estaban Holberg y Ellidi cuando Grétar desapareció?

—Los dos dijeron que habían ido a la celebración de Thingvellir, y lo pudimos comprobar. Por otro lado, no se pudo establecer con certeza el momento exacto de la desaparición de Grétar. Nadie lo había visto durante dos semanas cuando su madre nos llamó. ¿Qué piensas? ¿Hay algo nuevo en relación con eso?

—No —dijo Erlendur—. Y no lo estoy buscando. Si ha aparecido de repente y ha asesinado a su viejo amigo Holberg, por mí puede seguir desaparecido eternamente. Lo que trato de averiguar es qué clase de gentuza eran esos tres, Holberg, Ellidi y Grétar.

—Eran unos indeseables. Los tres. Ya conoces a Ellidi. Grétar no era mejor. Más cobarde. Una vez tuve que vérmelas con él por un robo y mi impresión fue que eran unos delincuentes de poca monta. Trabajaban juntos en el puerto, allí se conocieron. Ellidi era el sádico estúpido. Cuando podía, organizaba peleas. Acosaba a los débiles. Tengo entendido que no ha cambiado nada. Holberg era una especie de líder del grupo. Era el más inteligente. Salió sin cargos del asunto de Kolbrún. Cuando yo iba

preguntando por él, por aquel entonces, la gente estaba poco dispuesta a hablar. Grétar era un ser débil que los seguía, miedoso y sin iniciativa, aunque tuve la impresión de que escondía algo.

—¿Se conocían Rúnar y Holberg?

—No creo.

—Todavía no hemos hecho pública ninguna información —dijo Erlendur—, pero encontramos una nota sobre el cadáver.

—¿Una nota?

—El asesino escribió «Yo soy él» en una hoja de papel y la puso encima de Holberg.

—¿Yo soy él?

—¿No indicará eso algún parentesco?

—A no ser que sea un complejo mesiánico. Un creyente perturbado.

—Prefiero pensar en un parentesco.

—¿Yo soy él? ¿Qué significa? ¿Cuál es el mensaje?

—Ojalá lo supiera —respondió Erlendur.

Se levantó y se puso el sombrero. Tenía que irse a casa. Marion le preguntó por Eva Lind y él le dijo que estaba solucionando sus problemas. Marion le acompañó hasta la puerta y se despidieron con un fuerte apretón de manos. Cuando Erlendur estaba bajando las escaleras, Marion le llamó:

—¡Erlendur! ¡Espera un momento, Erlendur!

Erlendur se dio la vuelta y vio a Marion en la puerta. Se dio cuenta de cómo los años habían marcado su venerable aspecto, cómo los hombros encorvados disminuían su dignidad y las arrugas de la cara evidenciaban una vida difícil. Hacía mucho tiempo que no la visitaba y mientras hablaban estuvo pensando en lo que el paso del tiempo hace a las personas.

—No te tomes demasiado a pecho lo que puedas averiguar acerca de Holberg —dijo Marion Briem—. No dejes que él mate en ti algo que no quieres perder. No dejes que él te gane. Sólo quería decirte eso.

Erlendur se quedó quieto bajo la lluvia, inseguro del significado de las palabras de su consejera. Marion Briem se despidió con un gesto de la cabeza.

—¿De qué robo se trataba? —preguntó Erlendur antes de que la puerta se cerrara.

—¿Robo? —Marion Briem volvió a abrir la puerta.

—El que cometió Grétar. ¿Dónde entró a robar?

—En una tienda de material fotográfico. Parece que estaba obsesionado por las fotografías —dijo Marion Briem—. Tomaba fotografías.

Más tarde, dos hombres vestidos con chaquetas de cuero negro y botas también negras, atadas hasta media pierna, llamaron a la puerta y despertaron a Erlendur, que

estaba echando una cabezada en el sillón. Al llegar a casa había llamado a Eva Lind. Como no obtuvo respuesta, se sentó encima de los trozos de pollo que estaban en el sillón desde la noche anterior. Los dos hombres preguntaron por Eva Lind. Erlendur no los había visto antes, ni había visto a su hija desde la noche en que le preparó el delicioso cocido. Le preguntaron a Erlendur dónde podían encontrarla con un tono agresivo, mientras intentaban echar un vistazo al interior de la vivienda, sin forzar directamente a Erlendur a que les dejara entrar. Erlendur les preguntó qué querían de su hija y ellos le respondieron preguntándole a su vez si no estaría escondiéndola en su casa, el viejo verde. Erlendur reaccionó insinuando si no serían maricones y ellos le contestaron que cerrara el pico. Les dijo que se largaran y ellos, que se fuera a la mierda. Cuando Erlendur iba a cerrar, uno de ellos metió la rodilla entre la puerta y el marco.

—Tu hija es una maldita y jodida puta —gritó el que llevaba pantalón de cuero.

Erlendur suspiró.

Había sido un día largo y duro.

Oyó cómo se rompía la rodilla cuando la puerta se cerró con un golpe tan fuerte que las bisagras superiores se soltaron.

Capítulo 20

Sigurdur Óli reflexionaba sobre cómo hacer la pregunta. Llevaba una lista con los nombres de diez mujeres que habían vivido en Húsavík antes y después de 1960 y que luego se mudaron a Reikiavik. Dos de las mujeres de la lista habían fallecido. Dos no habían tenido hijos. Seis de ellas habían sido madres durante los años en que presuntamente se había producido la violación. Sigurdur Óli estaba frente a la puerta de la primera mujer de la lista. Vivía en la calle Barmahlíd de Reikiavik. Divorciada. Tenía tres hijos ya adultos.

¿Cómo podía formularle la pregunta a esta señora mayor? «Perdona, señora, soy de la policía y me envían aquí para preguntarte si alguna vez te violaron cuando vivías en Húsavík.» Lo había consultado con Elinborg, que tenía una lista con otras diez mujeres, pero ella no veía el problema.

Sigurdur Óli opinaba que todo lo que había montado Erlendur sería inútil. Incluso si Ellidi había dicho la verdad, si el lugar y la época fueran acertados y encontrasen a la persona indicada, ¿que posibilidades había de que la mujer les confesara una violación? Después de mantenerlo en secreto durante décadas, ¿por qué iba a querer hablar de ello ahora? Lo único que le haría falta decir cuando Sigurdur Óli o alguno de los otros diez policías que llevaban una lista semejante llamara a su puerta era «no», y ellos únicamente podrían añadir «perdone la molestia».

—Es cuestión de reacción, utiliza la psicología —había dicho Erlendur cuando Sigurdur Óli intentaba exponerle el problema—. Procura entrar en la casa, sentarte, aceptar una taza de café, charlar. Hacer de maruja.

—¡Psicología! —Sigurdur Óli soltó un bufido cuando salió del coche en la calle Barmahlíd pensando en su compañera Bergthora.

Nunca había sabido utilizar la psicología con ella. Se habían conocido hacía algún tiempo en circunstancias poco corrientes, cuando ella era testigo en un caso complicado. Después de un corto noviazgo decidieron vivir juntos. Resultó que congeniaban bastante bien, tenían opiniones muy parecidas y a los dos les interesaba tener un hogar bonito con muebles exclusivos y artículos de arte, los dos eran trepas de corazón. Se saludaban con un beso al encontrarse tras un largo día de trabajo. Se regalaban mutuamente pequeños detalles. Algunas noches abrían una botella de buen vino para tomársela juntos. Otras veces se iban derechos a la cama al llegar a casa después del trabajo, pero eso últimamente sucedía con menos frecuencia.

Fue después de que ella le regalara unas botas de agua finlandesas normales y corrientes por su cumpleaños. Él procuró mostrarse feliz por el regalo, pero ella detectó la expresión de decepción en su cara. La sonrisa no era sincera.

—Es que no tienes botas —se disculpó ella.

—No he tenido botas de agua desde que tenía... diez años —dijo él.

—¿No te alegras? —le preguntó.

—Son estupendas —respondió Sigurdur Óli, sabiendo que no estaba contestando a su pregunta. Ella también lo sabía—. No, en serio, son fantásticas —añadió él, consciente de que estaba cavando su propia tumba.

—No estás contento, no te gustan —dijo ella abatida.

—Sí me gustan —repuso él asombrado porque no podía dejar de pensar en el reloj de trescientos sesenta euros que le había regalado a ella por su cumpleaños y que no se había decidido a comprar hasta después de una semana entera de visitas a joyeros por toda la ciudad y de escuchar prolijas explicaciones sobre chapados, maquinarias, fijaciones, impermeabilizantes e incluso sobre Suiza y sus relojes de cuco.

Había utilizado todas sus habilidades de investigador para dar con el reloj adecuado. Al fin lo encontró y ella se mostró encantada con él. Su ilusión había sido auténtica y sincera.

Y estaba él frente a ella con una falsa sonrisa en la cara, intentando parecer feliz, sin lograrlo de ninguna manera.

—¡Psicología! —bufó Sigurdur Óli.

Llamó al timbre dispuesto a formular la pregunta con tanta profundidad psicológica como le fuera posible, pero fracasó totalmente. Antes de darse cuenta ya había preguntado con torpeza a la señora, ahí mismo en el rellano, si alguna vez la habían violado.

—¿Qué impertinencia estúpida es ésta? —dijo la señora, muy pintada y maquillada y con sortijas en todos los dedos y una expresión feroz en la cara—. ¿Quién eres? ¿Qué clase de grosería vulgar es ésta?

—Perdona —susurró Sigurdur Óli, y en un instante desapareció por la escalera.

A Elinborg le fue mejor, ya que estaba concentrada en su trabajo y no tenía complejos cuando hablaba con la gente. Su especialidad eran las recetas de cocina, le gustaba cocinar, lo hacía muy bien, así que no le costaba entablar una conversación. Llegada la ocasión, bastaba con comentar qué olor más bueno le llegaba desde la vivienda en cuestión, y gente que quizá no había comido más que palomitas durante toda una semana la recibía encantada.

En este momento estaba sentada en un sótano en la parte este de Reikiavik, tomando café con una señora mayor de Húsavík, viuda desde hacía años y madre de dos hijos adultos. Se llamaba Sigurlaug y era el último nombre de la lista de Elinborg. Formular la delicada pregunta le había resultado fácil en todas las visitas anteriores y había pedido a las mujeres que se pusieran en contacto con ella en caso de que recibieran alguna noticia —aunque sólo fuese algún viejo rumor— de su pueblo Húsavík.

—Y por eso estamos buscando a una mujer de Húsavík, aproximadamente de tu edad, que hubiese conocido a Holberg durante esos años y que quizás hubiese tenido problemas con él.

—No recuerdo a nadie en Húsavík que se llamara Holberg —dijo la mujer—. ¿A qué clase de problemas te refieres?

—Holberg era forastero en Húsavík —respondió Elinborg—, así que no tienes por qué acordarte de él. Nunca vivió allí. Se trata de un ataque personal. Sabemos que abusó de una mujer del pueblo hace unos veinte años y estamos intentando encontrarla.

—¿Y no tenéis informes sobre eso en vuestros archivos?

—El ataque no se denunció.

—¿Qué clase de ataque?

—Violación.

La mujer se tapó instintivamente la boca con una mano y enarcó las cejas.

—¡Dios mío! —exclamó—. No sé nada de eso. ¡Violación, santo Dios! Nunca he oído nada sobre eso.

—No, parece que se llevó muy en secreto —dijo Elinborg y evitó hábilmente las preguntas insistentes de la mujer que quería saber todos los detalles de la historia—. Me preguntaba —añadió Elinborg— si tal vez conoces a alguien que pueda saber algo de este asunto.

La mujer le dio los nombres de dos amigas suyas de Húsavík que según ella se enteraban siempre de todo. Elinborg se apuntó los nombres y se quedó hablando un ratito más para no parecer maleducada. Finalmente se despidió.

Erlendur tenía un corte en la frente que él mismo se había curado y protegido con una tirita. Uno de los visitantes nocturnos había caído al suelo, gimiendo, impotente, después de que la puerta le rompiese la rodilla. El otro, que contemplaba atónito los acontecimientos, se encontraba totalmente desprevenido cuando Erlendur se acercó a él y, sin dudarlo, le empujó escaleras abajo. Logró agarrarse a la barandilla y evitar caer en redondo. La visión de Erlendur en lo alto de la escalera, con la frente hinchada y sangrando, no le parecía muy atractiva, así que, después de mirar un momento a su compañero, que se quejaba en el suelo, y de nuevo a Erlendur, decidió desaparecer. Tenía poco más de veinte años.

Erlendur llamó a una ambulancia y mientras esperaba su llegada se enteró de por qué buscaban a Eva Lind. Al principio el hombre se mostró reacio a hablar, pero cuando Erlendur se ofreció a hacerle una primera cura en la rodilla accedió. Eran cobradores. Eva Lind debía dinero y droga a un individuo que era un total desconocido para Erlendur.

Al llegar al trabajo al día siguiente, Erlendur no dio ninguna explicación a nadie y

nadie se atrevió a hacerle preguntas. La puerta casi le había matado cuando cayó sobre su cabeza antes de aterrizar sobre la rodilla del cobrador. Le dolía la frente y le preocupaba Eva Lind. Había echado algunas cabezadas en el sillón durante la noche, esperando a que su hija volviese a casa antes de que ocurrieran males mayores. Se detuvo en la oficina sólo lo bastante para enterarse de que Grétar había tenido una hermana y de que su madre aún vivía, ahora huésped de la residencia geriátrica Grund.

Tal como le había dicho a Marion Briem, no estaba buscando a Grétar exactamente, ni tampoco a la novia desaparecida de Gardabaer, pero pensaba que no estaría de más saber algo sobre ellos. Grétar estuvo en la fiesta la noche en que violaron a Kolbrún. Quizá le había contado a alguien algo acerca de aquella noche, algún comentario. No esperaba hallar nada nuevo sobre la desaparición en sí, y Grétar no le interesaba especialmente, aunque a Erlendur siempre le habían atraído las desapariciones de personas en Islandia. Solía haber una tragedia detrás de cada caso y a Erlendur le intrigaba todo lo relacionado con la desaparición sin rastro de una persona.

La madre de Grétar tenía noventa años y estaba ciega. Erlendur tuvo una breve conversación con la directora del geriátrico, que no podía apartar la vista de su frente hinchada. Se enteró de que Theodóra era una de las residentes de más edad y de las que más tiempo llevaban allí. Una señora ejemplar, querida y respetada por los empleados y por los demás residentes.e

Le acompañaron a la habitación de Theodóra y se la presentaron. La señora estaba sentada en una silla de ruedas, en bata y con una manta de lana encima de las rodillas. Llevaba la larga melena gris recogida en una trenza que se deslizaba por el respaldo de la silla. Tenía el cuerpo encogido, las manos huesudas y la cara bondadosa. En la habitación había pocos objetos personales. Encima de la cama colgaba enmarcada una fotografía de John F. Kennedy, presidente de Estados Unidos. Erlendur se sentó en una silla frente a ella, mirando a unos ojos que ya no veían, y le dijo que le gustaría hablar sobre Grétar. Parecía oír bien y tener la cabeza clara. No demostró ninguna sorpresa ni hizo preguntas. Fue directamente al grano, como sin duda habría sido su costumbre desde siempre. A Erlendur le habían dicho que era del norte, de Skagafjordur. Tenía un fuerte acento nortño.

—Mi Grétar no era modélico —dijo—. Si te soy sincera, era un chico bastante inútil. No sé a quién se parecía. Ladrón y poco de fiar. Se juntaba con otros inútiles, todos gentuza indeseable. ¿Lo habéis encontrado, quizás?

—No —contestó Erlendur—. Hace poco mataron a uno de sus amigos. Holberg. Tal vez has oído algo sobre este caso.

—No sé nada de eso. ¿Lo liquidaron, dices?

Erlendur sonrió indulgentemente, por primera vez en mucho tiempo encontró una

razón para sonreír.

—En su misma casa. Él y tu hijo solían trabajar juntos, en una empresa portuaria.

—Lo último que he sabido de mi Grétar (y entonces aún tenía una vista bastante buena) fue cuando vino a verme a casa el verano de la celebración de la República y me robó algo de plata y el dinero que tenía en un monedero. No lo descubrí hasta que se hubo marchado. El dinero había desaparecido, y luego también desapareció Grétar. Como si lo hubieran robado a él. ¿Sabes quién se lo llevó?

—No —respondió Erlendur—. ¿Sabes qué tramaba antes de su desaparición? ¿Con quién andaba?

—Ni idea —dijo la vieja—. Nunca supe qué tramaba Grétar. Os lo conté entonces, hace tiempo.

—¿Conocías su afición a la fotografía?

—Sí, tomaba fotos. Siempre estaba haciendo fotos. No sé para qué. Me decía que las fotografías eran el espejo del tiempo, pero yo no entendía de qué estaba hablando.

—Una manera bastante artificiosa de hablar tratándose de Grétar, ¿no?

—Nunca le había oído hablar así.

—Su última dirección era en Bergstadastraeti, donde tenía alquilada una habitación. ¿Qué se hizo de sus pertenencias, la cámara de fotos y los negativos? ¿Lo sabes?

—Quizá lo sepa mi Klara —dijo Theodóra—. Mi hija. Ella limpió la habitación. Tiró todos sus trastos, según creo.

Erlendur se levantó y ella siguió sus movimientos con la cabeza. Le dio las gracias por su ayuda, le dijo que le había servido de mucho. Quería comentarle que tenía muy buen aspecto y la cabeza muy clara, pero no lo hizo. No quería hablarle como a una niña. Reparó en la fotografía colgada junto a la cama y no pudo contenerse.

—¿Por qué tienes una fotografía de Kennedy encima de la cama? —preguntó mirando a los ojos invidentes.

—¡Ay! —suspiró Theodóra—. Le tenía cariño cuando estaba vivo.

Capítulo 21

Los cadáveres estaban uno al lado del otro sobre las mesas de operaciones del tanatorio de Barónsstígur. Erlendur procuró no pensar en cómo la muerte había unido a padre e hija. Al cuerpo de Holberg ya le habían hecho la autopsia, pero aún estaba pendiente de más investigaciones médicas acerca de enfermedades hereditarias y de su supuesto parentesco con Audur. Erlendur advirtió que los dedos de Holberg estaban negros. Le habían tomado las huellas digitales después de muerto. El cadáver de Audur estaba envuelto en una sábana de lino blanca y todavía no le habían hecho nada.

Erlendur no conocía al forense. Era un hombre alto, que llevaba sus grandes manos enfundadas en unos finos guantes de plástico y vestía pantalón verde y un delantal blanco encima de la bata, también verde, atada por detrás. Llevaba un gorro de plástico y una mascarilla le tapaba la boca. Calzaba zapatillas blancas.

En el tanatorio Erlendur se sentía mal, aunque no era la primera vez que lo visitaba. Sentía cómo el olor a muerte penetraba en su ropa. El olor a formol y otros materiales desinfectantes. El olor a cuerpos sin vida que habían sido abiertos.

Unos fluorescentes colgaban del techo y llenaban la sala, desprovista de ventanas, de una fuerte luz blanca. El suelo estaba cubierto de baldosas blancas y las paredes estaban pintadas de un blanco intenso. A un lado había mesas con microscopios y otros instrumentos de investigación. En las paredes, un sinfín de armarios empotrados, algunos con puertas de cristal, en los que se guardaban instrumentos y tarros que Erlendur no sabría definir. Sin embargo, entendía perfectamente la función de los cuchillos, tenazas y sierras que se alineaban ordenadamente sobre una mesa.

De una de las mesas de operaciones colgaba una tira de ambientador, en la que se destacaba la imagen de una chica en bikini rojo corriendo por una playa de arena blanca. Encima de una mesa había un magnetófono y algunas cintas. El magnetófono emitía música clásica. Mahler, pensó Erlendur. En otra de las mesas estaba la bandeja de comida del forense.

—La chica hace tiempo que no huele, pero su cuerpo sigue en buen estado —dijo el forense mirando hacia Erlendur, que estaba en la puerta dudando si entrar o no en la iluminada sala de muerte y putrefacción.

—¿Cómo? —preguntó sin apartar la vista del bulto blanco.

Había una nota alegre en el tono de voz del forense.

—Me refiero a la chica del bikini —explicó el forense, señalando el ambientador con la cabeza—. Tengo que renovarlo, uno nunca se acostumbra al olor. Entra, por favor, no temas. Sólo son restos de carne. —Señaló con un cuchillo el cuerpo de Holberg—. No hay vida, no hay alma, sólo carne. ¿Crees en los fantasmas?

—¿Cómo? —repitió Erlendur.

—¿Crees que sus almas nos están observando? ¿Crees que siguen aquí merodeando por la sala, o crees que ya han ocupado otro cuerpo, reencarnadas? ¿Crees en la vida después de la muerte?

—No, no creo en eso —dijo Erlendur.

—Este hombre murió de un fuerte golpe en la cabeza que le partió el cráneo y dañó el cerebro. Me parece que quien le golpeó estaba frente de él. Probablemente estaban mirándose a los ojos. Él que lo atacó es diestro, la herida está en el lado izquierdo. Lo más seguro es que fuera un hombre, físicamente fuerte, un hombre joven o de mediana edad; no creo que fuera una mujer, a no ser que ésta se dedicase a trabajos que implicaran una notable fuerza física. El golpe lo debió de matar casi instantáneamente. Quizá vio el túnel y la luz brillante.

—Hay muchas probabilidades—dijo Erlendur.

—¿Ah, sí? Tiene el estómago casi vacío, hay algunos restos de huevos y café, y los intestinos llenos. Sufría de estreñimiento. Muy frecuente a su edad. Nadie ha reclamado el cuerpo, que yo sepa, así que hemos solicitado permiso para utilizarlo con fines docentes. ¿Qué opinas tú?

—Así será más útil muerto que vivo.

El forense miró a Erlendur y fue hasta una mesa, cogió un trozo de carne rojiza de una bandeja de acero y lo levantó con una mano.

—Yo no puedo ver si los cuerpos son de personas buenas o malas —dijo—. Esto igual podría ser el corazón de un santo. Lo que necesitamos saber, si te he entendido bien, es si esto bombeaba sangre contaminada.

Erlendur miraba asombrado cómo el forense levantaba el corazón de Holberg y lo estudiaba. El médico manejaba ese músculo muerto como si fuera lo más natural del mundo.

—Es un corazón fuerte —continuó el forense—. Podría haber seguido bombeando durante muchos años. Podría haber hecho que su dueño llegara a los cien años. Sin duda.

El forense volvió a colocar el corazón en la bandeja de acero.

—Hay una cosa interesante respecto a nuestro Holberg. Lo digo sin haber examinado particularmente este aspecto. Supongo que quieres que lo haga. Hay unos pequeños indicios que apuntan a una enfermedad concreta. Encontré un pequeño tumor en su cerebro, un tumor benigno, pero que posiblemente le causara algunas molestias. Tiene unas manchas en la piel, especialmente en las axilas.

—¿Manchas de café? —preguntó Erlendur.

—Café au lait, las llaman en los libros académicos. Sí, manchas de café. ¿Sabes algo de eso?

—Nada.

—Seguramente encontraré más síntomas cuando lo examine con más

detenimiento.

—Se hablaba de manchas de café en el cuerpo de la niña. Tenía un tumor en el cerebro. Maligno. ¿Sabes qué enfermedad es ésta?

—Aún no puedo decir nada al respecto.

—¿Estamos hablando de una enfermedad hereditaria?

—No lo sé.

El forense se acercó a la mesa donde yacía Audur.

—¿Has oído la historia sobre Einstein? —preguntó.

—¿Einstein? —dijo Erlendur.

—Albert Einstein.

—¿Qué historia?

—Una historia asombrosa. Verdadera. ¿Thomas Harvey? ¿Has oído hablar de él?
Un médico forense.

—No.

—Estaba de guardia cuando Einstein murió —explicó el forense—. Un individuo muy curioso. Le hizo la autopsia y, como se trataba de Einstein, no pudo contenerse y le abrió el cráneo para examinar su cerebro. Pero hizo algo más: robó el cerebro de Einstein.

Erlendur no dijo nada. No lograba entender al forense.

—Se lo llevó a su casa. Esa extraña manía que la gente tiene de coleccionar cosas, sobre todo cuando se trata de objetos de gente famosa. Harvey perdió el trabajo cuando se descubrió el robo, y con los años se convirtió en un ser misterioso y legendario. Se contaban muchas historias sobre él. Siempre guardó el cerebro en su casa. No sé cómo se las apañó para poder quedarse con el cerebro. Los familiares de Einstein no cesaron en sus intentos de recuperarlo. Por fin, cuando ya era mayor, Harvey decidió devolver el cerebro e hizo un trato con los familiares. Lo colocó en el portaequipajes de su coche y cruzó Estados Unidos hasta llegar a California, donde vivía la nieta de Einstein.

—¿Es verdad eso?

—La pura verdad.

—¿Y por qué me lo cuentas? —preguntó Erlendur.

El forense levantó la sábana que cubría el cuerpo de la niña y miró debajo.

—Es que a la niña le falta el cerebro —dijo; de pronto se había puesto muy serio.

—¿Qué? —susurró Erlendur.

—El cerebro —contestó el forense—. No está en su sitio.

Capítulo 22

Erlendur no asimilaba el significado de lo que le decía el forense y lo miró fijamente como si no lo hubiera oído. Observó un instante el cadáver, pero levantó la vista enseguida, al ver el hueso de una pequeña mano asomarse por debajo de la sábana. No se sentía capaz de registrar en su mente la imagen de lo que estaba ahí tapado. No quería conocer el aspecto de los restos humanos de la niña. No quería que ésa fuera la imagen de la que iba a acordarse cada vez que pensase en ella.

—La habían abierto antes —dijo el forense.

—¿Falta el cerebro? —suspiró Erlendur.

—Ya le habían hecho la autopsia.

—Sí, en el hospital de Keflavík.

—¿Cuándo murió?

—En 1968 —respondió Erlendur.

—Y si lo he entendido bien, Holberg era su padre, pero no vivía con la madre y con la niña, ¿no?

—La niña sólo tenía a su madre.

—¿Se concedió algún permiso para donar algunos de sus órganos a la ciencia? —siguió preguntando el forense—. ¿Sabes algo de eso? ¿La madre dio su autorización?

—No lo creo —dijo Erlendur.

—Podría habersele extraído sin permiso. ¿Quién la atendía cuando murió? ¿Quién era su médico?

Erlendur nombró a Frank. El forense se quedó pensativo.

—No puedo decir que hechos como éste sean del todo desconocidos para mí. A veces se consulta a los familiares si dan su consentimiento para sacar algún órgano para la investigación. Todo en nombre de la ciencia, claro. Lo necesitamos. También para la enseñanza. Cuando no existe ningún familiar cercano. He sabido de casos en que, si no existe ningún familiar cercano antes de enterrar el cadáver, se han extraído determinados órganos para investigar. Pero no es habitual que se robe directamente un órgano cuando hay una familia.

—¿Y cómo es posible que falte el cerebro? —preguntó Erlendur, que no salía de su asombro.

—A la niña se le serró el cráneo en dos mitades y se le extirpó el cerebro entero, de una pieza.

—No, quiero decir...

—Un trabajo limpio —explicó el forense—. Un trabajo de experto. Se corta la médula a través del cuello, aquí detrás, y de esta manera se suelta el cerebro.

—Sé que investigaron el cerebro a causa de un tumor —dijo Erlendur—. ¿Quieres decir que después no volvieron a colocarlo en su sitio?

—Ésa es una posibilidad —repuso el forense, y tapó el cadáver—. Si le sacaron el cerebro para investigarlo, tal vez no tuvieron tiempo de volver a ponerlo en su sitio antes del entierro. Hay que prepararlo.

—¿Prepararlo?

—Para que sea más fácil trabajar con él. Se queda blando como un queso tierno. Pero requiere su tiempo.

—¿Y no habría bastado con coger sólo una muestra?

—No lo sé —dijo el forense—. Lo único que sé es que el cerebro no está en su sitio, así que será difícil determinar exactamente la causa de la muerte. Es posible que lo podamos averiguar con una investigación del ADN de los huesos. Habría que ver qué nos puede decir eso.

Frank no pudo disimular su asombro cuando abrió la puerta y vio a Erlendur en las escaleras, empapado por la lluvia.

—Hemos desenterrado a la niña —dijo Erlendur sin preámbulos—, y le falta el cerebro. ¿Sabes algo acerca de eso?

—¿Desenterrasteis? ¿El cerebro? —preguntó el médico sorprendido, e invitó a Erlendur a pasar a su despacho—. ¿Qué quieres decir con que le falta el cerebro?

—Quiero decir lo que digo. Le sacaron el cerebro. Probablemente para investigar la causa de la muerte, y luego no fue devuelto. Tú eras su médico. ¿Sabes qué pasó?

—Yo era su médico de cabecera, como creo haberte dicho cuando viniste la otra vez. Pero ella estaba bajo los cuidados de los médicos del hospital de Keflavík.

—El que le hizo la autopsia ha fallecido. Nos dieron una copia de su informe, que es muy escueto y sólo menciona un tumor cerebral. Si lo investigó a fondo no redactó ningún informe sobre ello. ¿No habría bastado con coger una muestra? ¿Era necesario retirar el cerebro entero?

El médico se encogió de hombros.

—Yo no sé mucho de eso.

Vaciló un instante.

—¿Faltaban otros órganos? —preguntó finalmente.

—¿Otros órganos? —dijo Erlendur.

—Además del cerebro. ¿Sólo faltaba el cerebro?

—¿Qué quieres decir?

—¿No se tocó nada más?

—No lo creo. El forense no mencionó nada más. ¿Tocar algo más? ¿Qué quieres dar a entender?

Frank miró a Erlendur pensativo.

—Supongo que no has oído hablar de la Ciudad de Tarros.

—¿La Ciudad de Tarros?

—Sí.

—¿Qué ciudad es ésta?

—Ya la han cerrado, creo, hace poco. Pero a la habitación la llamaban así. Ciudad de Tarros.

—¿Habitación?

—En la calle Barónsstígur, donde se guardan los órganos.

—¿Los órganos?

—Se conservaban en formalina dentro de unos tarros. Todo tipo de órganos conseguidos en los hospitales. Para la enseñanza. Para las clases de medicina, biología, técnicos de laboratorio y como se llame todo eso. Todo se almacenaba en una habitación que llamaban la Ciudad de Tarros. En los tarros había de todo. Intestinos, corazones, riñones y extremidades. También cerebros.

—¿De los hospitales?

—La gente se muere en los hospitales. Le hacen la autopsia. Se estudian órganos vitales. No todo se vuelve a colocar en el cuerpo; pensando en la enseñanza, algunas cosas se conservan en formalina, y antiguamente se depositaban en la Ciudad de Tarros.

—¿Por qué me cuentas eso?

—Hay una posibilidad de que ese cerebro no haya desaparecido del todo.

—¿No?

—Puede que esté en alguna ciudad de tarros. Las muestras que se guardan, por ejemplo para enseñanza, están todas registradas y clasificadas. Si buscas ese cerebro, es posible que aún lo conserven.

—Nunca había oído nada de eso hasta ahora. ¿Se extraen los órganos sin permiso o se consulta primero a los familiares? ¿Cómo va eso?

El médico se encogió de hombros.

—La verdad es que no lo sé. Supongo que hay de todo. Los órganos son sumamente importantes para la enseñanza. Los hospitales universitarios de todo el mundo tienen grandes colecciones de órganos. También he oído que algunos médicos, sobre todo los que se dedican a la investigación, tienen su colección particular. Pero eso es sólo algo que he oído.

—¿Son coleccionistas de órganos?

—Sí.

—¿Qué ha sido de esa... Ciudad de Tarros? ¿Ya no existe?

—No lo sé.

—¿Crees que el cerebro pudo ir a parar allí? ¿Que lo guardaron en formalina?

—Es posible. ¿Habéis desenterrado a la niña?

—Quizá sea una equivocación —suspiró Erlendur—. Quizá todo este asunto sea una gran equivocación.

Capítulo 23

Elinborg encontró a Klara, la hermana de Grétar. Sin embargo, la búsqueda de la otra víctima, la mujer de Húsavík, no había dado ningún resultado. La reacción de las mujeres había sido siempre la misma: primero habían expresado una sorpresa sincera y luego un gran interés. Elinborg había tenido que estar alerta para que no le sacaran detalles del asunto. Sabía que, aunque ella y los demás policías que buscaban a la mujer insistían en que el caso era muy delicado y que era preciso no hacer comentarios, no se podrían evitar las habladurías que correrían de boca en boca.

Klara vivía en un ordenado piso de un edificio del barrio de Breidholt. Recibió a Elinborg en la puerta. Era una mujer de cincuenta y tantos años, delgada, morena, vestida con pantalones téjanos y jersey azul. Estaba fumando un cigarrillo.

—¿Habéis hablado con mi madre? —preguntó cuando Elinborg se hubo presentado y estaba ya dentro de la vivienda.

Era una mujer agradable.

—Sí, lo hizo Erlendur, mi compañero.

—Ella me dijo que Grétar no se encontraba bien —explicó Klara mientras llevaba a Elinborg hasta el salón y la invitaba a sentarse en el sofá—. Siempre sale con esos comentarios que no se entienden.

Elinborg no le contestó.

—Hoy tengo el día libre —dijo Klara para explicar por qué estaba en casa en horas de trabajo, fumando.

Contó que hacía turnos en una agencia de viajes. El marido estaba trabajando, los dos hijos ya fuera del nido; la hija estudiaba medicina, contó orgullosa. Apenas había apagado el cigarrillo cuando encendió otro. Elinborg tosió discretamente, pero Klara no advirtió la insinuación.

—Leí algo sobre Holberg en los periódicos —añadió Klara—. Mamá me dijo que el hombre le había preguntado por Grétar. Éramos hermanastros. Mamá se olvidó de contarle eso. Grétar y yo tenemos la misma madre, pero nuestros padres han fallecido.

—Eso no lo sabíamos —dijo Elinborg.

—¿Quieres ver los trastos que me llevé de casa de Grétar?

—Sí, eso sería interesante —contestó Elinborg.

—Vivía en un agujero asqueroso. ¿Lo habéis encontrado?

Klara miró a Elinborg mientras inhalaba el humo hasta lo más profundo de sus pulmones.

—No lo hemos encontrado —dijo Elinborg—, y en realidad no lo estamos buscando. —Volvió a toser discretamente—. Hace más de un cuarto de siglo que desapareció, así que...

—No tengo ni idea de lo que pasó —interrumpió Klara, y exhaló una espesa nube de humo—. No teníamos mucho contacto. Él era algo mayor que yo, egoísta y antipático. No se le podía sacar palabra, maltrataba a nuestra madre y nos robaba a las dos si tenía ocasión. Luego se mudó de casa.

—¿Así que no conoces a Holberg? —preguntó Elinborg.

—No.

—¿Ni a Ellidi? —añadió.

—¿Qué Ellidi?

—No tiene importancia.

—No sé con quién andaba Grétar. Cuando desapareció, una tal Marion se puso en contacto conmigo y me llevó a su casa. Un agujero asqueroso. Una habitación que apestaba plagada de basura por el suelo, incluidos restos de carne de cordero y puré de patatas que, obviamente, había estado comiendo.

—¿Marion? —preguntó Elinborg. No llevaba suficiente tiempo trabajando en la policía para reconocer ese nombre.

—Sí, ése era su nombre.

—¿Recuerdas haber visto una cámara de fotos entre los trastos de tu hermano?

—Sí, era lo único decente que había en la habitación. Me la llevé pero nunca la he utilizado. La policía pensaba que era robada y eso no me gustaba. La guardé en el trastero, aquí en el sótano. ¿Quieres verla? ¿Has venido por eso?

—Sí, me gustaría verla —dijo Elinborg.

Klara se levantó. Pidio a Elinborg que esperara un momento y fue a la cocina. Volvió con un llavero en la mano. Bajaron las escaleras hasta el sótano y llegaron a un pasillo. Klara encendió una luz y abrió la puerta de uno de los varios trasteros del pasillo. El cuarto estaba lleno de todo tipo de cosas: tumbonas, sacos de dormir, equipos de esquí, bártulos de acampada... Elinborg suspiró. Le llamó la atención un aparato de masajes para los pies y una máquina Sodastream para preparar bebidas con gas.

—Lo tenía todo guardado en una caja —dijo Klara cuando consiguió abrirse camino entre tanto cachivache y llegar a la mitad del trastero. Una vez allí, se agachó y cogió una pequeña caja de cartón de color marrón—. Creo que lo metí todo aquí dentro. El pobre hombre no tenía prácticamente nada, salvo la cámara de fotos.

Abrió la caja e iba a sacar las cosas del interior cuando Elinborg la detuvo.

—No saques nada de la caja —le dijo, y extendió las manos para cogerla—. No sabemos qué importancia puede tener para nosotros su contenido —añadió a modo de explicación.

Klara le entregó la caja con cara de disgusto y Elinborg la abrió. Dentro había tres libros arrugados —ediciones de bolsillo—, una navaja pequeña, algunas monedas y una cámara de fotos Kodak Instamatic, de esas compactas que se regalaban en

Navidad y para la confirmación hacía años. No era exactamente un aparato de calidad para un hombre que tenía un gran interés por la fotografía, pero sin duda le habría sido útil. No parecía haber carretes de fotos en la caja (Erlendur le había pedido especialmente que mirara si Grétar había dejado algún carrete por revelar). Elinborg cogió la cámara con un pañuelo y le dio la vuelta. No tenía carrete dentro. En la caja tampoco había fotografías.

—También hay todo tipo de cubetas y líquidos —dijo Klara, y señaló un rincón del trastero—. Creo que solía revelar él mismo sus fotografías. También hay algo de papel fotográfico. Supongo que estará ya estropeado, ¿no crees? Para tirar.

—Más vale que me lo lleve también —dijo Elinborg, y Klara volvió a introducirse entre los trastos.

—¿Sabes si guardaba algún carrete de fotos o recuerdas haber visto alguno en su habitación? —preguntó Elinborg.

—No, no vi ninguno —respondió Klara agachándose para coger las cubetas.

—¿Sabes dónde guardaba sus fotografías?

—No.

—¿Sabes qué motivos tenía para fotografiar?

—Supongo que lo hacía porque le gustaba —dijo Klara.

—Me refiero a qué motivos fotografiaba —repuso Elinborg—. ¿Viste alguna de sus fotos?

—No, nunca me enseñó nada. Como te dije antes, teníamos muy poca relación. No sé nada de sus fotos. Grétar era un maldito inútil —añadió encogiéndose de hombros como para quitar trascendencia a sus palabras.

—Me gustaría llevarme la caja —dijo Elinborg—. Espero que no te importe. Te la devolverán pronto.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Klara demostrando por primera vez cierto interés por la visita de la policía y las preguntas sobre su hermano—. ¿Es que sabéis dónde está Grétar?

—No, no lo sabemos —contestó Elinborg procurando eliminar cualquier duda—. No hay nada nuevo en este caso. Nada.

Los nombres de las dos mujeres que estuvieron con Kolbrún la noche en que Holberg la violó, aparecían en los archivos de la policía. Erlendur había empezado a buscarlas y, aunque las dos eran de Keflavík, ninguna seguía viviendo allí.

Una de ellas se había casado con un soldado de la base americana, poco después de los hechos, y ahora vivía en Estados Unidos. La otra se fue a vivir a Stykkishólmur cinco años después y allí seguía censada. Erlendur se preguntó si valía la pena perder todo un día para viajar a Stykkishólmur en vez de hablar con la mujer por teléfono.

Erlendur, que hablaba poco inglés, pidió a Sigurdur Óli que llamara por teléfono a la que vivía en Estados Unidos. Sigurdur Óli logró hablar con el marido, que le dijo que su mujer había fallecido quince años atrás a causa de un cáncer. Estaba enterrada en América.

Erlendur decidió llamar a Stykkishólmur y sin mayores dificultades pudo hablar con la mujer. Primero llamó a su casa, donde le dijeron que estaba en el trabajo. Era enfermera del hospital.

La mujer escuchó el motivo de la llamada de Erlendur y luego le anunció que desgraciadamente no podía ayudarlo. No pudo ayudar a la policía cuando sucedió todo y nada había cambiado desde entonces.

—Pensamos que Holberg fue asesinado —explicó Erlendur— y que tiene que ver con lo que sucedió en Keflavík.

—Lo vi en las noticias de la televisión —dijo la voz del teléfono.

La mujer se llamaba Agnes y Erlendur intentaba formarse una idea sobre su aspecto basándose en su voz. Se imaginaba una mujer enérgica y decidida, de sesenta y pocos años, algo entrada en carnes, ya que la respiración era pesada. Luego, cuando oyó que Agnes tosía con la típica tos de una fumadora, su imagen mental cambió por completo. Ahora la veía delgada, con la piel amarillenta y arrugada. Tosía regularmente, con una tos fea y traqueteante.

—¿Te acuerdas de aquella noche en Keflavík? —le preguntó.

—Me fui a casa antes que ellas —dijo Agnes.

—Con vosotras había tres hombres.

—Yo me fui a casa con un hombre que se llamaba Grétar. Os lo dije hace tiempo. Me resulta muy desagradable hablar de eso.

—Para mí, esa información de que te fueras a casa con Grétar es nueva —dijo Erlendur hojeando las páginas del informe que tenía delante.

—Ya lo dije cuando me lo preguntaron hace todos esos años.

Volvió a toser, intentando ocultarlo.

—Perdona. Nunca he sido capaz de dejar los malditos cigarrillos. Era un desgraciado, ese pobre Grétar. Nunca más volví a verlo.

—¿Cómo os conocisteis Kolbrún y tú?

—Trabajábamos juntas. Eso fue antes de que yo empezara a estudiar enfermería. Las dos trabajábamos en una tienda en Keflavík. Una tienda que hace mucho tiempo que cerró. Aquella fue la primera y única vez que salimos juntas, como podrás entender.

—¿Creíste a Kolbrún cuando habló de violación?

—No supe nada de eso hasta que un día los de la policía aparecieron por mi casa y empezaron a hacerme preguntas acerca de aquella noche. No creo que ella hubiese mentido sobre semejante asunto. Kolbrún se preocupaba mucho de su reputación. Era

muy honrada en todo lo que hacía, pero le faltaba carácter. Era delicada y de aspecto enfermizo. Una personalidad débil. Quizá no esté bien decirlo, pero no era divertida, si entiendes lo que quiero decir. Su compañía era un poco aburrida.

Agnes se quedó callada y Erlendur esperó a que siguiera.

—No le gustaba mucho salir a divertirse y esa noche casi tuve que obligarla a ir conmigo y con mi amiga Helga, que en paz descansa. Helga murió en América, como puede que ya sepáis. Kolbrún era tan reservada y solitaria, y yo quería hacer algo por ella. Se mostró dispuesta a ir al baile y luego nos acompañó a casa de Helga, pero enseguida quiso irse a la suya. Sin embargo, yo me fui antes, así que realmente no sé qué ocurrió. No vino a trabajar el lunes. Recuerdo que la llamé por teléfono pero no contestó. Unos días más tarde llegaron los de la policía para preguntar sobre Kolbrún. No sabía qué creer. No había notado nada fuera de lo normal en cuanto a ella y Holberg. Él era un hombre más bien simpático, si mal no recuerdo. Me sorprendió mucho que la policía hablara de violación.

—Un hombre atractivo —dijo Erlendur—. Creo que le han descrito como un mujeriego.

—Recuerdo que había venido a la tienda.

—¿Quién? ¿Holberg?

—Sí, Holberg. Supongo que fue por eso por lo que se sentaron a nuestra mesa en el baile esa noche. Nos dijo que era contable en Reikiavik, pero eso sería mentira, ¿no es así?

—Todos trabajaban para una compañía portuaria. ¿Qué clase de tienda era?

—Una boutique. Vendíamos ropa de mujer. También ropa interior.

—¿Y él vino a la tienda?

—Sí, el día anterior. Un viernes. Por aquel entonces me costaba recordar y sin embargo ahora me acuerdo. Dijo que estaba buscando algo para su mujer. Fui yo quien le atendió y cuando nos encontramos en el baile se comportó como si nos conociéramos.

—¿Tuviste algún contacto con Kolbrún después de los hechos? ¿Hablaste con ella sobre lo que había pasado?

—Nunca volvió a la tienda y yo, como ya he dicho, no supe nada hasta que vosotros empezasteis a hacer preguntas. No la conocía tan bien. Intenté llamarla en varias ocasiones cuando vi que no venía a trabajar, y me acerqué hasta su casa, pero no estaba. No quería entrometerme demasiado en su vida. Era muy introvertida y misteriosa. Luego, un día, su hermana vino a la tienda para decir que Kolbrún ya no volvería al trabajo. Unos años más tarde me enteré de que había muerto. Por entonces yo ya vivía aquí, en Stykkishólmur. Me dijeron que se suicidó. ¿Es eso verdad?

—Murió —dijo Erlendur, y cortésmente le dio las gracias a Agnes por la conversación.

De pronto empezó a pensar en Sveinn, un hombre sobre el que había leído varias cosas. Había sobrevivido a un temporal en la meseta de Mosfell. El sufrimiento y la muerte de sus compañeros no le afectaron. Era el que iba mejor equipado y el único que logró llegar hasta un poblado. Lo primero que hizo después de ser atendido en una casa particular fue ponerse los patines e ir a patinar a un lago cercano, simplemente para divertirse.

Mientras tanto sus compañeros se congelaban en la meseta.

A partir de entonces fue conocido como El Desalmado.

Capítulo 24

La búsqueda de la mujer de Húsavík estaba aún sin resolver por la noche, cuando Sigurdur Óli y Elinborg se sentaron en el despacho de Erlendur para intercambiar opiniones antes de irse a casa. Sigurdur Óli dijo que no le sorprendería que nunca llegaran a localizar a la mujer con ese sistema. Cuando Erlendur le preguntó malhumorado si sabía de algún método mejor, negó con un movimiento de cabeza.

—No parece que estemos buscando al asesino de Holberg —dijo Elinborg mirando fijamente a Erlendur—. Es como si buscáramos algo distinto, y no estoy segura de qué puede ser. Ya has desenterrado a la niña, por ejemplo, y no tengo ni idea de por qué lo hiciste. Has empezado a buscar a un hombre que desapareció hace un montón de años y no veo qué puede tener que ver con el caso. Creo que no nos planteamos lo más evidente: el asesino de Holberg o bien es un conocido suyo, o bien es un perfecto desconocido que entró para robarle. Personalmente pienso que lo más probable es lo segundo. Considero que deberíamos concentrarnos en buscar a ese hombre. Un drogata o al de la chaqueta militar verde. Cosa que no hemos hecho.

—Tal vez haya sido alguien a quien Holberg pagó para hacerle un servicio —interrumpió Sigurdur Óli—. Teniendo en cuenta la pornografía que almacenaba en el ordenador, es bastante probable que pagara por practicar sexo.

Erlendur escuchó la crítica en silencio y con la cabeza inclinada. Sabía que la mayor parte de lo que había dicho Elinborg era verdad. Quizás estaba algo confuso a causa de su preocupación por Eva Lind. No sabía dónde podía estar, ni en qué condiciones. La perseguían unos individuos que la querían mal y él era incapaz de prestarle ayuda.

Erlendur no contó ni a Sigurdur Óli ni a Elinborg lo que había descubierto el forense.

—Tenemos el mensaje —dijo—. No es ninguna coincidencia que lo encontráramos al lado del cadáver.

De repente se abrió la puerta y el jefe del departamento técnico asomó la cabeza.

—Me marchó —anunció—. Sólo os quería decir que aún están examinando la cámara de fotos y que os llamarán si encuentran algo interesante.

Volvió a cerrar la puerta, sin despedirse.

—Tal vez estemos buscando agua donde no la hay —dijo Erlendur—. Tal vez exista una solución mucho más sencilla para todo esto. Tal vez sólo era un loco quien lo hizo. Pero tal vez, y eso es lo que yo creo, este asesinato tenga una razón mucho más profunda y poderosa de lo que podamos pensar. Tal vez no tenga nada de sencillo. Tal vez tenga que ver con el tipo de persona que era Holberg y con lo que hizo durante su vida.

Erlendur se quedó callado un momento.

—Y el mensaje —siguió—. «Yo soy ÉL.» ¿Qué opináis de eso?

—Podría ser de algún amigo —dijo Sigurdur Óli haciendo la señal de entre comillas con los dedos—. O de un compañero de trabajo. Hemos investigado muy poco en ese terreno. La verdad es que no sé en qué nos puede ayudar esa búsqueda de marujas. No sé cómo preguntarles si fueron violadas sin que me den con un florero en la cabeza.

—Y Ellidi, ¿no ha sido un mentiroso toda su miserable vida? —preguntó Elinborg—. ¿No es precisamente eso lo que quiere, que hagamos el ridículo? ¿Has pensado en eso?

—¡Ay!, por favor —dijo Erlendur como si no tuviera ganas de escuchar más lamentos—. La investigación nos ha llevado por estos caminos. Sería injustificable que no siguiéramos las indicaciones que nos llegan, vengan de donde vengan. Sé que los asesinatos islandeses no suelen ser complicados, aunque en éste hay algo que no cuadra. Si queréis lo podéis tildar de simple sucesión de coincidencias, pero yo creo que éste no es un crimen precipitado.

El teléfono del escritorio de Erlendur empezó a sonar. Lo cogió, escuchó un rato, asintió con la cabeza y dio las gracias antes de colgar. Su sospecha había sido confirmada.

—Era del departamento técnico —dijo mirando a Elinborg y a Sigurdur Óli—. La cámara de Grétar fue utilizada para fotografiar la tumba de la niña. La han identificado por los rasguños de los negativos. Así que es muy probable que Grétar sacara la foto. Cabe la posibilidad de que otra persona utilizase su máquina, pero lo más probable es que fuera él mismo.

—¿Y eso qué nos dice? —preguntó Sigurdur Óli mirando el reloj; había invitado a Bergthora a salir a cenar fuera esa noche para tratar de corregir su torpeza en el día de su cumpleaños.

—Eso nos dice, por ejemplo, que Grétar sabía que Audur era hija de Holberg. Cosa que sabía muy poca gente. También nos dice que Grétar pensaba que valía la pena preocuparse de buscar la tumba y, además, fotografiarla. ¿Lo hizo porque Holberg se lo había pedido? ¿Lo hizo contra la voluntad de Holberg? ¿Tiene algo que ver la desaparición de Grétar con la fotografía? ¿Por qué la encontramos escondida en el escritorio de Holberg? ¿Quién se dedica a fotografiar tumbas de niños?

Elinborg y Sigurdur Óli se quedaron quietos, mirándole, mientras hacía las preguntas. Notaron que el tono de su voz iba bajando hasta convertirse en un susurro y entendieron que no hablaba con ellos sino consigo mismo. Estaba como ausente. Se frotó el pecho con una mano sin darse cuenta de ello. Se miraron mutuamente sin atreverse a decir nada.

—¿Quién fotografía tumbas de niños? —volvió a murmurar Erlendur.

Más tarde, esa noche, Erlendur identificó al hombre que había enviado a los cobradores a su casa en busca de Eva Lind. Consiguió información sobre él en el departamento de estupefacientes, donde había una abultada carpeta repleta de informes acerca de sus actividades. Supo que solía frecuentar un bar llamado Napoleón, en el centro de la ciudad. Erlendur se presentó en el bar y se sentó frente al hombre. Se llamaba Eddi, tenía unos cincuenta años, era corpulento, calvo y con unos cuantos dientes amarillos.

—¿Creías que Eva Lind recibiría un trato especial por ser la hija de un poli? —dijo Eddi cuando Erlendur se sentó.

Parecía conocerle, aunque nunca se habían visto antes. Erlendur tenía la sensación de que Eddi había estado esperándole.

—¿La has encontrado? —preguntó, dejando vagar la vista a su alrededor.

Había algunos infelices discutiendo airadamente y gesticulando en la penumbra incierta del establecimiento. De repente, el nombre del bar cobró sentido en la mente de Erlendur.

—Debes saber que yo soy su amigo —dijo Eddi—. Le doy lo que ella quiere. A veces me paga. A veces tarda demasiado tiempo. El de la rodilla te manda recuerdos.

—Él fue quien me chivó quién eras.

—Es difícil encontrar gente de confianza —repuso Eddi señalando a los personajes del bar.

—¿Cuánto es?

—¿Eva? Tres. Y no sólo me debe a mí.

—¿Podemos llegar a un acuerdo?

—Como quieras.

Erlendur sacó doscientos euros de su cartera. Los había retirado de un cajero camino del bar. Los puso sobre la mesa y Eddi contó el dinero antes de metérselo en el bolsillo.

—Creo que la semana que viene podré darte algo más.

—Muy bien.

Eddi observó a Erlendur con cara de sorprendido. Tenían una edad parecida.

—Pensé que ibas a montarme una bronca —le dijo.

—¿Para qué? —preguntó Erlendur.

—Sé dónde está —añadió Eddi—, pero no te esfuerces, nunca vas a poder salvar a Eva.

Erlendur encontró la casa. Había entrado en tugurios como ése antes y por la misma razón que ahora. Eva Lind estaba echada sobre un colchón, en el suelo, rodeada de otra gente. Había gente de su edad y gente bastante mayor. La casa estaba abierta y el único obstáculo que Erlendur encontró para entrar fue un joven de unos

veinte años que le recibió en la puerta gesticulando. Erlendur le empujó contra la pared y después le echó fuera. Del techo de la habitación colgaba una bombilla. Erlendur se agachó e intentó despertar a Eva. Su respiración era regular y normal, pero tenía el pulso algo acelerado. La sacudió y le dio una suave bofetada. Eva abrió los ojos.

—Abuelo —dijo, y cerró los ojos.

Erlendur la cogió en brazos y salió de la habitación, procurando no pisar a ninguna de las personas que estaban diseminadas, inmóviles, por el suelo. Era imposible saber si estaban despiertas o dormidas. Eva volvió a abrir los ojos.

—Ella está aquí —susurró.

Erlendur, que no sabía de qué estaba hablando, siguió andando hasta el coche. Cuanto antes la sacase de allí, mejor. La puso de pie, apoyada en el coche, mientras abría la portezuela.

—¿La has encontrado? —preguntó Eva.

—¿A quién? ¿De qué hablas?

La colocó en el asiento delantero y le puso el cinturón de seguridad.

—¿Viene con nosotros? —preguntó Eva Lind sin abrir los ojos.

—¿De quién demonios hablas? —gritó Erlendur.

—De la novia. La guapa novia de Gardabaer. Estaba echada a mi lado.

Capítulo 25

El sonido del teléfono por fin despertó a Erlendur. El zumbido retumbó en su cabeza hasta que logró abrir los ojos y mirar a su alrededor. Se había quedado dormido en el sillón del salón. Su abrigo y su sombrero estaban sobre el sofá. La vivienda estaba a oscuras. Se levantó lentamente, pensando si podría llevar el mismo traje otro día más. No recordaba cuándo fue la última vez que se cambió de ropa. Antes de coger el teléfono, echó una mirada dentro del dormitorio y vio que las dos chicas estaban dormidas en su cama, tal como las había acostado la noche anterior. Dejó la puerta entreabierta.

—Las huellas digitales concuerdan perfectamente con las huellas de la fotografía —dijo Sigurdur Óli, sin más preámbulos.

Tuvo que repetir la frase hasta tres veces más, antes de conseguir que Erlendur entendiera de qué estaba hablando. Finalmente Erlendur contestó:

—¿Quieres decir las huellas digitales de Grétar?

—Sí, de Grétar.

—¿Y también hay en la foto huellas digitales de Holberg? —dijo Erlendur—. ¿Qué demonios estarían tramando?

—Se me escapa —repuso Sigurdur Óli.

—¿Qué?

—Nada. Eso quiere decir que Grétar hizo la foto y seguramente se la enseñó a Holberg, o Holberg la encontró. Hoy seguiremos con la búsqueda de marujas, ¿verdad? —preguntó Sigurdur Óli—. ¿No tienes nada nuevo?

—Sí... —dijo Erlendur— y no.

—Voy camino de Grafarvogur. Estamos terminando con los interrogatorios a mujeres en Reikiavik. ¿Quieres que enviemos a alguien al norte, cuando acabemos aquí?

—Sí —contestó Erlendur, y colgó.

Eva Lind se había levantado y estaba en la cocina. El teléfono la había despertado. Las dos chicas llevaban todavía la ropa puesta. Erlendur había vuelto a entrar en el agujero la noche anterior para buscar a la otra chica y se las había llevado a las dos a casa.

Eva Lind entró en el cuarto de baño sin decir palabra. Erlendur la oyó vomitar y se fue a la cocina para preparar café, el único remedio que conocía. Luego se sentó a la mesa de la cocina esperando a que apareciera su hija. Pasó un largo rato. Llenó dos tazas de café y por fin apareció Eva Lind. Se había lavado la cara pero, a pesar de todo, Erlendur pensó que tenía un aspecto horrible. Su cuerpo extremadamente delgado casi no se aguantaba en pie.

—Yo sabía que se drogaba a veces, pero fue totalmente fortuito que topara con

ella —dijo con una voz ronca Eva Lind cuando se sentó al lado de su padre.

—¿Qué te ocurrió a ti? —preguntó Erlendur.

—Estoy intentando recordarlo, pero es difícil —contestó ella.

—Vinieron dos chicos aquí preguntando por ti. Bastante insolentes. Le pagué una deuda tuya a un tal Eddi. Fue él quien me dijo dónde estabas.

—Eddi es un buen tipo.

—¿Vas a seguir intentándolo?

—¿No tendré que abortar?

Eva Lind bajó los ojos al suelo.

—No lo sé.

—Tengo miedo de hacerle daño.

—Quizás es eso lo que estás tratando de hacer.

Eva Lind miró a su padre.

—¿Qué mierda dices?

—¿Yo?

—¡Sí, tú!

—¿Qué quieres que piense? —gritó Erlendur—. ¿Crees que podrás enfrentarte a esa interminable y maldita autocompasión tuya? Menuda cobarde estás hecha. ¿De verdad te encuentras tan a gusto en tu miseria que no puedes pensar en nada mejor? ¿Con qué derecho destrozas tu vida de esa manera? ¿Con qué derecho tratas así a la vida que llevas dentro? ¿Crees que tu vida es tan desgraciada? ¿Crees que eres la mujer más desgraciada del mundo? Yo estoy investigando la muerte de una niña que no llegó a cumplir los cuatro años. Que enfermó y murió. Algo incomprensible la destrozó y la mató. Su ataúd mide un metro. ¿Me oyes? ¿Qué derecho tienes tú a vivir? ¡Dime!

Erlendur estaba chillando. Se había levantado y descargó un golpe tan fuerte sobre la mesa que las tazas se volcaron. Cuando se dio cuenta, las cogió y las lanzó contra la pared, detrás de Eva Lind. Le dominaba la ira y por un momento perdió el control. Volcó la mesa y todo lo que había encima —platos, ollas y vasos— cayó al suelo y se estrelló contra la pared. Eva Lind se quedó quieta, sentada en su silla, viendo la cólera de su padre; lentamente los ojos se le llenaron de lágrimas.

Poco a poco Erlendur fue tranquilizándose, y entonces advirtió que a Eva Lind le temblaban los hombros y que la chica se cubría la cara con las manos. Miró a su hija y le vio el pelo sucio, los brazos delgados, unas muñecas que apenas eran más anchas que los dedos de él, y el cuerpo enflaquecido sacudido por el llanto. Iba descalza y tenía las uñas de los pies negras de mugre. Fue hacia ella e intentó apartarle las manos de la cara, pero ella no le dejó. Quería pedirle perdón por su comportamiento. Quería abrazarla. No hizo ninguna de las dos cosas.

En vez de eso se sentó a su lado en el suelo. Sonó el teléfono, pero no lo cogió.

La chica del dormitorio no daba señales de vida. El teléfono dejó de sonar y lo único que interrumpía el silencio eran los sollozos de Eva Lind. Erlendur sabía que no era un padre ejemplar y que su discurso iracundo tal vez iba dirigido a él mismo, a sus propias carencias como padre. Eso era lo que probablemente opinaría un psicólogo: que se sentía fracasado como padre y que lo pagaba con su hija. De todos modos, quizá su actitud tendría algún efecto sobre Eva Lind. Era la primera vez que la veía llorar desde que era un bebé. La había dejado cuando tenía sólo dos años.

Finalmente Eva Lind acabó por apartar las manos de la cara. Después se sorbió desabridamente los mocos y se secó las lágrimas.

—Era su padre —dijo.

—¿Su padre? —preguntó Erlendur.

—El que «era horrible» era su padre —explicó Eva Lind—. Es verdaderamente horrible. Su padre empezó a tocarla cuando le salieron pechos. Luego las cosas fueron cada vez más lejos. No la dejó en paz ni en su propia boda. Se la llevó a un pasillo y le dijo que tenía un aspecto tan sexy con el vestido de novia que no podía contenerse. No podía soportar que lo dejara. La empezó a tocar. Ella se hundió.

—¡Qué animal! —suspiró Erlendur.

—Yo sabía que algunas veces se drogaba. En ocasiones me había pedido que la ayudara a conseguir la droga. Se derrumbó totalmente y fue a buscar a Eddi. Ha estado en aquel agujero desde entonces. Creo que su madre estaba enterada de todo. Desde el principio. Pero no hizo nada. Tenían una casa demasiado elegante. Demasiados coches.

—¿La chica no quiere poner una denuncia? —preguntó Erlendur.

—¡Guau!

—¿Qué?

—Meterse en todo ese rollo de mierda a cambio de tres meses de libertad condicional, y eso si alguien la cree.

—¿Qué va a hacer?

—Volver con el tío. Con su marido. Creo que le quiere.

—Se culpaba a sí misma, ¿no?

—No sabe qué pensar.

—Dejó escrito «¿qué he hecho?». Seguramente se sentía culpable.

—No me extraña que esté un poco confusa.

—Lo peor es que esos condenados maricones siempre viven felices. Sonríen al mundo sin que la conciencia les moleste para nada. Malditos imbéciles.

—No vuelvas a hablarme de esa manera —dijo Eva Lind—. Nunca más me hables así.

—¿Debes dinero a alguien, aparte de a Eddi? —preguntó Erlendur.

—Sí, a alguno más. Pero el problema es Eddi.

Volvió a sonar el teléfono. La chica del dormitorio se despertó, se sentó en la cama, miró a su alrededor y luego se levantó. Erlendur no tenía ganas de coger el teléfono. No tenía ganas de ir a trabajar.

Pensaba que le gustaría pasar el día con Eva Lind, hacerle compañía y quizá convencerla de que fuera con él a visitar a un médico para hacerse una revisión ginecológica. Asegurarse de que el feto estaba bien.

El teléfono no dejaba de sonar. La chica había salido al pasillo y evidentemente estaba aturdida. Preguntaba si había alguien en casa. Eva Lind contestó diciéndole que estaba en la cocina. Erlendur se levantó del suelo y salió al pasillo para darle los buenos días. Ella hizo caso omiso. Las dos habían dormido con la ropa puesta, igual que Erlendur. La chica echó un vistazo a la cocina, observó los destrozos y luego le miró a él.

Erlendur cogió por fin el teléfono.

—¿A qué olía en casa de Holberg?

Erlendur tardó algún tiempo en darse cuenta de que la voz era de Marion Briem.

—¿Olía? —preguntó.

—Sí, ¿a qué olía? —repitió Marion Briem.

—Bueno, olía a sótano —dijo Erlendur—. Muy mal. A humedad. No sé, a caballos o algo así.

—No, no olía a caballos —repuso Marion Briem—. He estado buscando información sobre Las Marismas y hablé con un amigo que es fontanero y que me puso en contacto con otros fontaneros. He hablado con muchos fontaneros.

—¿Fontaneros?

—Todo muy interesante. No me contaste lo de las huellas digitales que encontraste en la fotografía.

Su tono de voz era de reproche.

—No —dijo Erlendur—. Aún no las había tenido en cuenta.

—Me enteré. Grétar y Holberg tramaban algo. Grétar sabía que la niña era hija de Holberg. Quizá sabía algo más.

Erlendur no dijo nada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó al cabo de un rato.

—¿Sabes qué es lo más importante que necesitamos saber sobre Las Marismas? —preguntó a su vez Marion Briem.

—No —respondió Erlendur.

Tenía dificultades para adivinar los pensamientos de Marion.

—Es tan evidente que se me escapó totalmente por aquel entonces.

—¿A qué te refieres?

Marion guardó silencio por un momento, como para dar más peso a sus palabras.

—A que son marismas.

Capítulo 26

Sigurdur Óli se sorprendió cuando advirtió que la mujer que le abrió la puerta sabía el motivo de su visita antes de que él dijera nada. Se encontraba en el rellano de un edificio de tres pisos en Grafarvogur. Acababa de presentarse y se disponía a explicar por qué iba a verla cuando la mujer le invitó a entrar, diciendo que había estado esperándole.

Era temprano, por la mañana. Lloviznaba y la ciudad estaba aún sumida en una penumbra que daba a entender que se acercaba el invierno, con sus días cortos y sus bajas temperaturas. Por la radio habían dicho que no había llovido tanto desde hacía decenas de años.

La mujer le pidió que se quitara el abrigo y lo colgó en un armario. Un hombre salió de la cocina y le saludó con un apretón de manos. Eran un matrimonio de unos setenta años, ambos vestidos de chándal y con calcetines blancos, como si hubieran tenido la intención de salir a correr. Sigurdur Óli había interrumpido su desayuno. La vivienda era pequeña, pero de diseño práctico, con un reducido cuarto de baño, una cocina acogedora, un salón comedor y un espacioso dormitorio. Sigurdur Óli aceptó una taza de café y pidió un vaso de agua, la calefacción estaba al máximo y se le había secado la garganta. Intercambiaron algunos comentarios banales sobre el tiempo hasta que él no pudo contener más su impaciencia.

—¿Así que me estabas esperando? —dijo tomando un sorbo de café. Era muy aguado y de mal sabor.

—Claro. No se habla de otra cosa que no sea de esa pobre mujer que estáis buscando —afirmó ella.

Sigurdur Óli la miraba sin entender nada.

—Entre nosotros, los de Húsavík —aclaró la mujer como si fuera innecesario explicar algo tan evidente—. No hemos hablado de otra cosa desde que empezasteis a buscarla. Tenemos una asociación muy activa en esta ciudad. Estoy segura de que, a estas alturas, no hay nadie que no sepa que buscáis a esa mujer.

—¿No se habla de otra cosa? —repetía Sigurdur Óli.

—Anoche me llamaron tres amigas de Húsavík que viven aquí cerca y esta mañana me llamó otra que vive en el norte. También en Húsavík. No hay quien detenga las habladurías.

—¿Y habéis averiguado algo?

—No creo —dijo mirando a su marido—. ¿Qué le hizo exactamente ese Holberg?

No intentaba disimular su curiosidad. Su ansia por enterarse era tanta que Sigurdur Óli trató inconscientemente de medir sus palabras.

—Se trata de una cuestión de violencia —precisó—. Estamos buscando a una víctima, pero supongo que eso ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé. Pero ¿por qué? ¿Qué es lo que le hizo? ¿Y por qué ahora? A nosotros nos parece increíble que eso pueda tener importancia después de tantos años —dijo con los ojos puestos en su marido, que escuchaba la conversación sin decir palabra—. He oído que la violaron. ¿Es eso cierto?

—Siento tener que decir que no puedo revelar nada sobre la investigación del caso —repuso Sigurdur Óli—. Tal vez tampoco tenga demasiada importancia. Creo que no deberíais exagerar las cosas cuando lo comentéis entre vosotros. ¿Sabes algo que nos pueda resultar útil?

El marido y la mujer se miraron entre ellos.

—¿Exagerar? —exclamó la mujer, y su sorpresa parecía sincera—. No estamos exagerando en absoluto. ¿A ti te parece que exageramos, Eyvi? —preguntó con la vista fija en su marido, que seguía en silencio, indeciso—. ¡Contesta, hombre! —le dijo bruscamente.

—No, creo que no exageramos, no.

El móvil de Sigurdur Óli empezó a sonar. No lo llevaba suelto en el bolsillo de cualquier manera, como Erlendur, sino guardado en una funda bien sujeta al cinturón de su pantalón, cuidadosamente planchado. Sigurdur Óli se disculpó y contestó al teléfono. Era Erlendur.

—¿Puedes encontrarte conmigo en casa de Holberg? —preguntó.

—¿Qué es lo que pasa? —quiso saber Sigurdur Óli.

—Excavaciones —dijo Erlendur, y colgó.

Cuando Sigurdur Óli llegó a Las Marismas, Erlendur y Elinborg ya estaban allí. Erlendur estaba tan tranquilo, ante la puerta de la vivienda de Holberg, fumando un cigarrillo; Elinborg estaba dentro, dando bufidos, según le pareció a Sigurdur Óli. Levantaba la cabeza, inhalaba, soplabla y volvía a inhalar. Erlendur se encogió de hombros, tiró la colilla al jardín y los dos hombres entraron juntos en la vivienda.

—¿Qué opinas del olor que hay aquí dentro? —preguntó Erlendur a Sigurdur Óli, que empezó a husmear el aire igual que Elinborg.

Los dos iban olisqueando de habitación en habitación. Erlendur se mantuvo al margen, ya que su olfato era bastante pobre y estaba algo abotargado, después de tantos años de fumar.

—Cuando entré aquí por primera vez, pensé que en este apartamento, o en la casa, vivía gente relacionada con caballos. El olor me recordaba a caballos, botas, sillas de montar o algo así. Estiércol. Como una cuadra. Era el mismo olor a establo que había en el primer apartamento que compré. Pero allí tampoco vivía gente aficionada a los caballos. Resultó ser suciedad y humedad. Durante años había goteado agua de los radiadores sobre la moqueta y el parqué, sin que nadie hubiera hecho nada por evitarlo. Con el tiempo el agua se fue filtrando por el suelo, buscando

su camino hasta el desagüe. Ahí se había instalado una familia de ratas. Cuando por fin se reparó en el estropicio, los fontaneros rellenaron el agujero con paja y lo cubrieron con una fina capa de cemento. Sin embargo, aún se nota una especie de olor a cloaca en el apartamento.

—¿Lo cual quiere decir...? —preguntó Erlendur.

—Que me parece que éste es el mismo olor, sólo que aquí es aún peor. Humedad, suciedad y ratas de cloaca.

—Tuve una reunión con Marion Briem —dijo Erlendur—. Marion había leído todo lo que encontró acerca de Las Marismas y llegó a la conclusión de que lo más importante es que son marismas.

Elinborg y Sigurdur Óli se miraron, con cara de no entender nada.

—Antes Las Marismas era un pequeño pueblo independiente, aquí en medio de Reikiavik —siguió Erlendur—. Las casas se construyeron durante y después de la guerra. Cuando Islandia se convirtió en república, las calles se bautizaron con los nombres de los héroes de las sagas islandesas: avenida de Gunnar, calle de Skeggi, etcétera. Aquí se ha reunido una fauna variopinta procedente de todas las capas sociales, desde gente de clase media hasta gente rica, con sus casas señoriales, pasando por gente que no sabe dónde caerse muerta y alquila un sótano barato como éste. Hay muchos pisos aquí en Las Marismas donde vive gente mayor como Holberg, pero la mayoría están mucho mejor conservados que éste. Todo eso según Marion.

Erlendur hizo una breve pausa.

—Otra cosa típica de Las Marismas es que abundan los sótanos. Antigualmente no eran viviendas, pero más tarde muchos propietarios los habilitaron, instalando cocinas y levantando paredes para hacer habitaciones. Al principio, estos sótanos se utilizaban como zonas de trabajo. ¿Cómo lo llamó Marion? Para el servicio. ¿Sabéis qué quiero decir?

Los dos negaron con la cabeza.

—Claro, sois muy jóvenes —dijo Erlendur, a sabiendas de que no les gustaba esa expresión—. En estos sótanos había pequeños habitáculos para las chicas del servicio. Entonces las mejores casas tenían criadas, cuyas habitaciones estaban en agujeros como éste. Aquí también estaba el lavadero, un cuarto para desmenuzar el cordero y preparar las conservas, las despensas, un cuarto de baño y cosas por el estilo.

—Y no olvides que esto son marismas —dijo Sigurdur Óli con sorna.

—¿Intentas decirnos algo que valga la pena? —preguntó Elinborg.

—Debajo de estos sótanos hay una base... —explicó Erlendur.

—Eso es algo muy curioso —le comentó Sigurdur Óli a Elinborg.

—... como debajo de cualquier casa —siguió Erlendur sin dejar que el sarcasmo

de Sigurdur Óli le molestara—. Si hablaseis con un fontanero, como hizo Marion Briem...

—Pero bueno, ¿qué es todo ese rollo de Marion Briem? —preguntó Sigurdur Óli.

—... os enteraríais de que a menudo se les requiere aquí en Las Marismas para solucionar la clase de problemas que acostumbran a surgir muchos años después de construir una casa sobre unas marismas. Hay edificios que tienen problemas y otros que no. Las fachadas suelen indicar si los hay. Muchas casas aparecen cubiertas con arenisca de concha, que se distingue claramente en la parte inferior del paramento de la fachada, donde se ve un trozo de cincuenta a ochenta centímetros de cemento descubierto. El problema es que el terreno se hunde. También se hunde dentro de la casa.

Erlendur descubrió que la sonrisa se había borrado de las caras de sus compañeros.

—En el negocio inmobiliario, esto se llama vicio oculto y es un quebradero de cabeza. Cuando el terreno se hunde, se forma una presión y las cloacas revientan bajo el suelo. Sin que los habitantes lo sepan, las aguas sucias del váter van a parar directamente a los fundamentos del edificio. Eso puede estar sucediendo durante bastante tiempo sin que sea advertido, ya que el olor no traspasa el suelo. Por otro lado, se van formando manchas de humedad, porque en muchas de estas casas viejas el desagüe del agua caliente pasa junto a la cloaca y cuando la tubería revienta también gotea sobre los cimientos, de manera que se calienta el sustrato y se crea un vaho que sube hacia arriba. El parquet se hincha.

Erlendur ya había captado la atención de sus compañeros.

—¿Y todo eso te lo dijo Marion? —preguntó Sigurdur Óli.

—Entonces es preciso romper el suelo —continuó Erlendur—, y bajar hasta el subsuelo para reparar la tubería. Los fontaneros le contaron a Marion que a veces, cuando tenían que perforar el suelo, debajo no había nada. Hay sitios donde la placa del suelo es relativamente delgada y debajo no hay nada más que aire. El terreno se ha hundido medio metro o un metro entero. Todo debido a la marisma.

Sigurdur Óli y Elinborg se miraron.

—Entonces, ¿esto está hueco aquí debajo? —preguntó Elinborg dando pisadas en el suelo.

Erlendur sonrió.

—Marion incluso encontró a un fontanero que había venido a esta casa el mismísimo año de la fiesta de la República. Mucha gente recuerda aquella fecha y por eso el fontanero se acordaba perfectamente de que había venido aquí por un problema de humedad en el suelo.

—¿Qué nos quieres decir? —preguntó Sigurdur Óli.

—El fontanero abrió el suelo. La placa no es muy espesa. Debajo hay espacios

huecos y el hombre aún no se explica por qué Holberg no le dejó que terminara el trabajo.

—¿Cómo?

—Abrió el suelo y reparó la tubería; entonces Holberg le dijo que se fuera, que ya terminaría él. Y así lo hizo.

Se quedaron en silencio hasta que a Sigurdur Óli se le agotó la paciencia.

—¿Marion Briem? —exclamó—. ¡Marion Briem!

Repitió el nombre varias veces como si no entendiera nada. Erlendur tenía razón. Sigurdur Óli era demasiado joven para acordarse de cuando Marion trabajaba en el cuerpo de policía.

—Un momento. ¿Marion? ¿Qué clase de nombre es ése? ¿Es un hombre o una mujer?

Sigurdur Óli miró a Erlendur con expresión interrogante.

—A veces también yo me lo pregunto —contestó Erlendur, y sacó el móvil de su bolsillo.

Capítulo 27

Los del departamento técnico empezaron a arrancar el parquet, las moquetas y las baldosas de todos los suelos de la vivienda. Habían necesitado todo el día para conseguir los correspondientes permisos. Erlendur se había reunido con el jefe de policía y con dificultad había logrado convencerle de que había suficientes indicios que justificaban la necesidad de abrir el suelo en casa de Holberg. El asunto fue clasificado como urgente por el crimen que se había cometido en la vivienda.

Erlendur relacionaba la excavación con la búsqueda del asesino; en cualquier caso, la policía sacaría provecho de ella. Le sugirió al jefe de policía que Grétar podía estar vivo y ser el asesino de Holberg. Por otro lado, en cambio, si las sospechas de Marion Briem resultasen ciertas, Grétar quedaría descartado como asesino y además se resolvería el enigma de la desaparición de un hombre hacía ya un cuarto de siglo.

Encargaron un furgón grande para llevarse todo el mobiliario de Holberg con su contenido, a excepción de los armarios a medida. Había oscurecido ya cuando llegó el furgón, seguido por un tractor que arrastraba una taladradora neumática. Delante de la casa se había ido congregando un grupo de técnicos y policías, pero no apareció ningún vecino.

Igual que en fechas anteriores, había estado lloviendo todo el día sin parar. Ahora, sin embargo, sólo persistía una llovizna que se ondulaba por el aire, llevada por la fría brisa de otoño. La lluvia salpicaba la cara de Erlendur, que se había apartado del grupo para fumar, junto a él estaban Sigurdur Óli y Elinborg. Delante de la casa se formó otro grupo de gente que no se atrevía a acercarse demasiado. Eran periodistas, informadores y fotógrafos de la prensa y la televisión. Por todo el barrio había aparcados coches de distintos tamaños, identificados con los logos de los diferentes medios de comunicación. Erlendur había prohibido cualquier contacto con la prensa y ahora dudaba si debía echarlos de allí.

La vivienda de Holberg no tardó en quedar completamente vacía. El furgón seguía aparcado delante de la casa mientras se discutía el destino del mobiliario. Finalmente Erlendur dio la orden de llevarlo a los almacenes de la policía. Después de cargar las últimas alfombras, el furgón se puso en marcha y se perdió de vista.

El jefe del departamento técnico saludó a Erlendur con un apretón de manos. Se llamaba Ragnar y era un hombre de unos cincuenta años, corpulento y con un espeso y enmarañado pelo negro. Se había educado en Gran Bretaña y leía solamente libros de intriga ingleses, además era un entusiasta seguidor de las series policíacas de la televisión de ese país.

—¿En qué locura nos estás metiendo ahora? —preguntó mirando hacia la gente de la prensa.

En su voz podía detectarse una nota de humor. Le parecía algo extraordinario

romper un suelo para buscar un cadáver.

—¿Qué aspecto tiene la cosa? —preguntó Erlendur.

—Todos los suelos están cubiertos por una espesa capa de pintura, una especie de pintura para barcos —dijo Ragnar—. Es imposible advertir si se ha manipulado en algún sitio. No hemos encontrado hormigón nuevo ni nada que indique una reparación. Estamos golpeando el piso con martillos, pero suena a hueco por todas partes. No sabría decir si se debe a un hundimiento del terreno o a alguna otra cosa. El hormigón empleado en el edificio es espeso y de buena calidad. Nada de álcali ni cosas por el estilo. Sin embargo, hay manchas de humedad. ¿Crees que podríamos contar con la ayuda del fontanero que dice que trabajo aquí?

—Está internado en una residencia geriátrica en Akureyn y dice que no volverá al sur en lo que le queda de vida. Nos hizo una descripción bastante exacta del lugar donde abrió el suelo.

—También estamos colocando una cámara dentro de la cloaca, para estudiar la situación de la tubería y ver si podemos localizar el tramo que se reparó en su tiempo.

—¿Y se necesita toda esta maquinaria? —preguntó Erlendur señalando con la cabeza el tractor que llevaba la taladradora neumática.

—No tengo ni idea. Tenemos taladradoras más pequeñas, pero ésas no pueden ni con mierda mojada. Aunque también tenemos otras máquinas de tamaño reducido que, si encontrásemos un hueco, podríamos utilizar para perforar un agujero por el que bajar una cámara como las que usan para las tuberías.

—Espero que baste con eso. Sería un problema tener que entrar el tractor en la casa.

—De todas formas la peste es infernal en este sótano —dijo el jefe técnico cuando se acercaban juntos al edificio.

Tres técnicos vestidos con monos blancos de papel y con guantes de látex iban por toda la casa dando golpes de martillo por el piso y poniendo señales azules donde les parecía que sonaba a hueco.

—Según el Registro de la Propiedad, este sótano se transformó en vivienda en 1959 —dijo Erlendur—. Holberg lo compró en 1962. Probablemente se instaló enseguida y vivió aquí hasta ahora.

Uno de los técnicos se les acercó y saludó a Erlendur. Llevaba unos planos de la casa, con todos los pisos por separado y el sótano.

—Los lavabos están en medio de la casa. Las tuberías bajan hasta los cimientos, donde está situado el váter del sótano. Este váter estaba aquí antes de la reforma y seguramente la vivienda fue diseñada teniendo en cuenta su ubicación. El váter se conecta con el desagüe del cuarto de baño por una tubería que sigue luego hacia el este, por debajo del salón y el dormitorio, hasta alcanzar la calle.

—La búsqueda no se tiene que centrar únicamente en la tubería —dijo el jefe

técnico.

—No, pero desde la calle introdujimos una cámara dentro de la cloaca. Me han dicho que la tubería está partida justo cuando comienza a pasar bajo el dormitorio y hemos pensado en empezar a mirar por ahí. Esta es la misma zona que, según tengo entendido, fue reparada hace tiempo.

Ragnar asintió con la cabeza y miró a Erlendur, que se encogió de hombros, como si las decisiones de los técnicos no fueran de su interés.

—No puede ser una rotura muy antigua —continuó Ragnar—. Tendría que apestar. ¿Has dicho que a ese hombre lo metieron ahí hace un cuarto de siglo?

—Por lo menos eso hizo que desapareciera —dijo Erlendur.

Sus palabras se mezclaron con los martillazos, que con cada golpe aumentaban de volumen, resonando entre las paredes vacías. El técnico se puso unas orejeras con protectores auriculares que había sacado de un maletín. Luego cogió una pequeña taladradora eléctrica y la enchufó. Apretó el gatillo unas cuantas veces antes de aplicar la broca contra el suelo y empezar a romperlo. El ruido era infernal y los demás técnicos se apresuraron a protegerse con sus orejeras. El técnico avanzaba muy poco en su tarea. El hormigón del suelo no cedía ante el taladrado y apenas saltaba algo de polvo. Sacudió la cabeza y apagó la máquina.

—Tenemos que poner el tractor en marcha y entrar la taladradora neumática —dijo con la cara llena de polvo—. Y necesitamos gasas para taparnos la cara. ¿Quién es el iluminado que tuvo esta brillante idea? —añadió, y escupió al suelo.

—Dudo que Holberg utilizara una taladradora neumática en plena noche —opinó el jefe.

—No necesitaba hacer nada en medio de la noche —dijo Erlendur—. El fontanero hizo el agujero en el suelo.

—¿Crees que puso al hombre encima de la cloaca?

—Eso está por ver. Quizá tuvo que hacer algún trabajo en los cimientos. Quizá todo esto sea un gran error.

Erlendur salió fuera. Sigurdur Óli y Elinborg se habían acomodado en su coche y estaban saboreando unos perritos calientes que habían comprado en una tienda cercana. A Erlendur le esperaba otro sobre el salpicadero. Lo devoró en un momento.

—Si encontrásemos el cadáver de Grétar aquí, ¿qué nos diría eso? —preguntó Elinborg, limpiándose la boca con una servilleta.

—Ojalá lo supiera —contestó Erlendur pensativo—. Ojalá lo supiera.

En ese momento oyeron un golpe en la ventanilla del coche y alguien abrió bruscamente la puerta. Era el jefe inmediato de Erlendur, que le pedía que saliese a hablar con él a solas. Sigurdur Óli y Elinborg salieron también, pero se quedaron al lado del coche. El jefe se llamaba Hrólfur y había estado de baja por enfermedad durante todo el día, aunque en ese momento parecía encontrarse perfectamente. Era

un hombre muy grueso y sus intentos por disimularlo resultaban vanos. Era vago por naturaleza y rara vez se esforzaba en cuanto a investigación criminal. Sus bajas por enfermedad eran muchas todos los años.

—¿Por qué no se me ha informado de este procedimiento? —preguntó sin disimular su enfado.

—Porque estás enfermo —contestó Erlendur.

—¡Menuda gilipollez! —exclamó Hrólfur—. ¡No vayas a creer que puedes dirigir el departamento a tu antojo! Yo soy tu jefe. ¡Para procedimientos de este tipo tienes que consultarme antes de seguir con tus estúpidas corazonadas!

—Espera un momento, pensé que estabas enfermo —dijo Erlendur fingiendo sorpresa.

—¿Y cómo se te ocurre tomarle el pelo al jefe de la policía del estado? —masculló Hrólfur—. ¿Cómo se te ocurre pensar que aquí hay un hombre enterrado? No das ni una. Todas estas disparatadas ideas tuyas sobre cimientos y malos olores. ¿Has perdido la razón?

Sigurdur Óli se acercó cautelosamente.

—Erlendur, aquí hay una mujer que quiere hablar contigo. Creo que deberías ponerte —le dijo mostrándole el móvil que había dejado en el coche—. Es personal. Está bastante excitada.

Hrólfur se dirigió a Sigurdur Óli diciéndole que se largara y que los dejase en paz. Sigurdur Óli insistió:

—Tendrías que hablar con ella ahora mismo, Erlendur.

—Pero ¿qué pasa aquí? ¡Parece que yo no exista! —gritó Hrólfur dando una patada en el suelo—. ¿Es esto una maldita conspiración o qué? Si tuviéramos que ir por ahí reventando los cimientos de todo el mundo a causa de un mal olor, no haríamos otra cosa en la vida. ¡Vaya tontería! ¡Habrased visto semejante estupidez!

—Marion Briem fue quien tuvo esta interesante idea —explicó Erlendur tranquilamente—, y me pareció que valía la pena. Lo mismo pensó el jefe de la policía estatal. Te pido disculpas por no haberte consultado y me alegra ver que ya estás recuperado. Tengo que decir que tienes un aspecto estupendo, Hrólfur. Y ahora si me disculpas...

Erlendur pasó por delante de Hrólfur, que se quedó mirando a los dos, con ganas de decir algo más, pero sin saber qué.

—Se me ocurre una cosa —dijo Erlendur—. Lo tendría que haber hecho hace tiempo.

—¿Qué? —preguntó Sigurdur Óli.

—Contacta con los de la Autoridad Portuaria y pregunta si pueden averiguar si Holberg estuvo en Húsavík o en sus alrededores hacia 1960.

—Está bien. Toma, habla con esta mujer.

—¿Quién es? —dijo Erlendur, y cogió el teléfono—. No conozco a ninguna mujer.

—Le dieron el número de tu móvil. Llamó a la oficina. Le dijeron que estabas ocupado, pero no quiso rendirse.

En ese preciso momento se disparó el motor de la taladradora neumática. Desde la vivienda llegaba un ruido insoportable y una gran nube de polvo espeso salió por la puerta. La policía había tapado con cortinas todas las ventanas, así que no podía verse lo que ocurría dentro. Todos, menos el hombre que manejaba la taladradora, habían salido fuera y estaban esperando a ver qué pasaba. Miraron sus relojes y hablaron entre ellos. Sabían que no podrían seguir con este ruido mucho rato. Se estaba haciendo tarde. Tendrían que parar de un momento a otro y continuar por la mañana o encontrar otra solución.

Erlendur se metió en el coche con el teléfono y cerró la puerta para oír mejor. Enseguida reconoció la voz.

—Él está aquí —dijo Elín en cuanto oyó la voz de Erlendur.

Estaba muy nerviosa.

—Relájate, Elín —sugirió Erlendur—. ¿De quién me hablas?

—Está aquí, delante de mi casa, de pie bajo la lluvia, y mirando fijamente mis ventanas.

Su voz se convirtió en un susurro.

—¿Quién, Elín? ¿Estás en tu casa? ¿En Keflavík?

—No sé cuándo vino, no sé cuánto tiempo lleva ahí. Lo he descubierto hace un momento. No querían ponerme en contacto contigo.

—No acabo de entenderte. ¿De quién hablas, Elín?

—Pues del hombre. Estoy segura de que es él, el muy animal.

—¿Quién?

—¡El mal nacido que atacó a Kolbrún!

—¿Que atacó a Kolbrún? Pero ¿qué dices?

—Lo sé. Es imposible, pero está aquí de todas formas.

—¿No estarás algo confusa?

—No digas que estoy confusa. Por favor. Sé perfectamente lo que digo.

—¿Y a qué hombre te refieres?

—¿Que a qué hombre? ¿Qué quieres decir?

—¿Que a quién te refieres? ¿Qué hombre atacó a Kolbrún?

—¡Pues Holberg! —En vez de elevar la voz, Elín hablaba en un murmullo—. ¡Está aquí, delante de mi casa!

Erlendur se quedó callado.

—¿Estás ahí? —susurró Elín—. ¿Qué vas a hacer?

—Elín —dijo Erlendur marcando bien sus palabras—. Es imposible que sea

Holberg. Holberg está muerto. Tiene que ser otra persona.

—No me hables como si fuera una niña. Ese animal está aquí fuera mirando hacia mis ventanas.

Capítulo 28

Se interrumpió la conexión y Erlendur puso el coche en marcha. Sigurdur Óli y Elinborg vieron cómo daba marcha atrás y luego desaparecía calle abajo. Se miraron el uno al otro y se encogieron de hombros. Hacía mucho que Erlendur había dejado de sorprenderles.

Aún no había salido de la calle cuando ya estaba en contacto con la policía de Keflavík. Les pidió que fueran a casa de Elín para arrestar al hombre que había allí delante, vestido con chaqueta azul, pantalones tejanos y zapatillas deportivas blancas, según la descripción dada por la mujer. Al oficial de guardia le advirtió que no utilizaran ni sirenas ni luces intermitentes, sino que se acercaran tan silenciosamente como fuera posible para no ahuyentar al hombre.

—Menudas tonterías dice esta mujer —murmuró Erlendur para sí, y apagó el móvil.

Atravesó Reikiavik tan deprisa como pudo, pasó por Hafnarfjordur y tomó la autovía de Keflavík. Había mucho tráfico y la visibilidad era mala, pero se arriesgó a derrapar entre los coches e incluso pasó por encima de una rotonda para adelantar. Hizo caso omiso de los semáforos y llegó a Keflavík en media hora. Le salvó el pirulo de luz azul, que hacía poco les habían dado a los investigadores de la policía, para que los pusieran en el techo de sus vehículos en caso de necesidad. Cuando se lo dieron, Erlendur no pudo contener la risa. Había visto esas luces en una serie televisiva americana y consideraba que era una tontería utilizar semejante artilugio en Reikiavik.

Delante de la casa de Elín había dos coches de la policía cuando Erlendur llegó. Elín le esperaba dentro con tres agentes. Dijo que el hombre había desaparecido en la oscuridad momentos antes de que llegaran. Había señalado a los agentes el lugar exacto donde el hombre había estado apostado y la dirección en que había desaparecido, pero no pudieron encontrarle. Los agentes estaban confusos, ya que Elín se negaba a decirles quién era ese hombre y por qué era peligroso; por lo visto, lo único que había hecho era estar de pie bajo la lluvia mirando la casa. Cuando llegó Erlendur le asediaron a preguntas; éste les contó que el hombre estaba vinculado con un asesinato ocurrido en Reikiavik. Les pidió que le avisaran si encontraban a alguien que se ajustara a la descripción de Elín.

Elín estaba bastante alterada y Erlendur pensó que lo mejor sería librarla de los agentes cuanto antes. No le costó mucho trabajo conseguir que se marcharan. Murmuraban que tenían cosas más importantes que hacer, en lugar de satisfacer los antojos de una vieja. Aunque tuvieron la deferencia de procurar que Elín no les oyera.

—Te juro que era él quien estaba aquí fuera —dijo Elín cuando se quedó a solas con Erlendur—. No sé cómo puede ser, pero estoy segura de que era él.

Erlendur la miró fijamente, la escuchaba con atención y sabía que lo decía muy en serio. Sin embargo, era consciente de que ella había estado sometida a mucha tensión últimamente.

—Es imposible, Elín. Holberg está muerto. Vi su cadáver en el tanatorio. — Después de pensarlo un instante añadió—: Vi su corazón.

Elín le miró.

—¿Sería de color negro? —preguntó, y Erlendur recordó que el forense había comentado que no podía saber si se trataba del corazón de un hombre bueno o malo.

—El forense dijo que habría podido llegar a los cien años —explicó Erlendur.

—Creerás que soy una tonta —repuso Elín—. Creerás que me lo estoy imaginando todo. Que estoy tratando de llamar la atención para...

—Holberg está muerto —la interrumpió Erlendur—. ¿Qué quieres que crea?

—Entonces era alguien que podría ser su hermano gemelo.

—Describémelo mejor.

Elín se levantó, se fue hacia la ventana y señaló fuera.

—Estaba ahí, al lado del caminito entre las casas que lleva a la calle. Se quedó ahí inmóvil, mirando mis ventanas. No sé si me vio. Intenté ocultarme de su vista. Estaba leyendo y cuando empezó a oscurecer me levanté para encender las luces. Eché un vistazo por la ventana y fue entonces cuando le vi. Llevaba la cabeza descubierta y no parecía importarle que la lluvia le fuese empapando. De alguna manera, tenía aspecto de estar ausente, ¿entiendes lo que quiero decir?

Elín se quedó pensativa un momento.

—Tenía el pelo negro y rondaría los cuarenta años. Estatura media.

—Elín —dijo Erlendur—. Fuera está oscuro. Llueve. Apenas se ve a través del cristal de la ventana empañado. El caminito está sin iluminar. Usas gafas. ¿Me estás diciendo que...?

—Empezaba a oscurecer y no corrí enseguida a telefonearte. Primero le observé bien, tanto desde esta ventana como desde la de la cocina. Tardé un rato en darme cuenta de que era Holberg, o alguien igual que él. Es verdad que el camino no está iluminado, pero a esta hora hay bastante tráfico y cada vez que pasaba un coche los faros iluminaban al hombre, de manera que vi su cara con mucha claridad.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Era igual que Holberg cuando era más joven —dijo Elín—. No como ese viejo de la fotografía de los periódicos.

—¿Viste a Holberg de joven?

—Sí, le vi. Un día llamaron a Kolbrún inesperadamente para que asistiera a un interrogatorio policial. Le dijeron que necesitaban más información sobre algunos detalles. Todo era una maldita mentira. Se ocupaba del caso una tal Marion Briem. ¡Vaya nombre! ¡Marion Briem! Bueno, le dijeron a Kolbrún que fuera a Reikiavik.

Me pidió que la acompañara y así lo hice. Tenía que estar allí a una hora concreta, creo que era por la mañana. Cuando llegamos nos recibió esa Marion y nos llevó a una habitación. Llevábamos ya un buen rato allí dentro cuando se abrió la puerta y entró Holberg. Marion estaba en la puerta detrás de él.

Elín se calló.

—¿Y qué pasó? —preguntó Erlendur.

—Mi hermana sufrió un ataque de nervios. Holberg sonreía y hacía algo con la lengua, y Kolbrún se agarró a mí como si se ahogara. No podía respirar. Holberg empezó a reírse y a Kolbrún le dio un ataque. Puso los ojos en blanco, le salía espuma por la boca y se cayó al suelo. Marion sacó a Holberg de allí y ésa fue la primera y la única vez que vi a ese animal. Te puedo asegurar que no me olvidaré de su cara mientras viva.

—¿Y has vuelto a ver esa misma cara al otro lado de tu ventana esta noche?

Elín asintió con la cabeza.

—Me asusté mucho, tengo que reconocerlo. Claro que entiendo que no puede ser el mismo Holberg, pero era alguien igual que él.

Erlendur se preguntaba si debía contarle a Elín lo que había estado rondándole por la cabeza últimamente. Se preguntaba hasta dónde podría contarle y también si lo que iba a decirle era producto de su imaginación o tenía algo que ver con la realidad. Se quedaron en silencio mientras Erlendur lo pensaba detenidamente. Era ya de noche y se acordaba de Eva Lind. Volvió a sentir el dolor en el pecho y se frotó con la mano, como si eso fuera a hacerlo desaparecer.

—¿Te pasa algo? —preguntó Elín.

—Hemos estado investigando una cosa recientemente, aunque no sé si tiene algún fundamento —dijo Erlendur—. Lo que ha pasado hoy aquí quizá refuerce esa posibilidad. El caso es que si existe otra víctima de Holberg, es decir, si Holberg violó a alguna otra mujer aparte de Kolbrún, cabe la posibilidad de que esa mujer tuviera un hijo suyo, tal como le pasó a Kolbrún. He estado pensando en esa posibilidad por la nota que encontramos junto al cadáver. Si existe otra mujer, puede haber dado a luz a un niño. Hoy ese niño podría tener alrededor de cuarenta años, si es que la violación tuvo lugar antes de 1964. A lo mejor, ese niño ha estado aquí delante de tu casa esta noche.

Elín le miró fijamente, estupefacta.

—¿Hijo de Holberg? ¿Sería posible?

—Dices que se le parecía muchísimo.

—Sí, pero...

—Sólo me lo pregunto. En todo este asunto hay un eslabón perdido y pienso que ese hombre bien podría ser el eslabón que buscamos.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué viene aquí?

—¿No te parece evidente?

—¿Qué es evidente?

—Eres la tía de su hermana —dijo Erlendur, y vio cómo la cara de Elín se llenaba de asombro al darse cuenta del significado de sus palabras.

—Audur era su hermana —suspiró—. Pero ¿cómo sabe de mi existencia? ¿Cómo sabe dónde vivo? ¿Cómo relaciona a Holberg conmigo? No se ha escrito nada sobre su pasado en la prensa, nada sobre las violaciones, ni se ha mencionado que tuvo una hija. Nadie sabía nada de Audur. ¿Cómo se ha enterado este hombre de todo eso?

—Tal vez nos lo explique cuando le encontremos.

—¿Crees que podría ser el asesino de Holberg?

—Me estás preguntando si mató a su padre —contestó Erlendur.

Elín reflexionó un momento.

—¡Dios mío! —exclamó después.

—No sé —dijo Erlendur—. Si vuelves a verlo ahí fuera llámame enseguida.

Elín se había levantado y ahora miraba por la ventana como si esperara ver al hombre de nuevo.

—Sé que me puse algo histérica cuando te llamé y te hablé de Holberg. Fue porque en ese momento me parecía que tenía que ser él. Me asustó verlo ahí. Pero en realidad no sentía miedo. Más bien estaba enfadada. Había algo en ese hombre, algo en su postura, en cómo bajaba la cabeza... Había una especie de tristeza en él, un dolor. Tuve la impresión de que no se encontraba bien. ¿Sabes si tenía alguna relación con su padre?

—Realmente ni siquiera sé si ese hombre existe —respondió Erlendur—. Lo que tú viste refuerza una teoría, eso es todo. No tenemos nada que indique la existencia de un hijo. No había ninguna foto de primera comunión en casa de Holberg, si te refieres a eso. Por otro lado, sabemos que Holberg recibió unas llamadas días antes de morir y que esas llamadas lo alteraron. No sabemos más.

Erlendur echó mano a su móvil y pidió a Elín que le disculpara un momento.

—¿Algo nuevo? —preguntó cuando Sigurdur Óli contestó.

—¿En qué diablos nos has metido? —gritó Sigurdur Óli sin disimular su enfado—. Llegaron hasta la cloaca y estaba todo lleno de bichos asquerosos, millones de pequeños y repulsivos insectos debajo del maldito suelo. ¡Es asqueroso! ¿Dónde demonios estás?

—En Keflavík. ¿Hay señales de Grétar?

—No, ninguna maldita señal de ningún condenado Grétar —dijo Sigurdur Óli, y apagó el móvil.

—Hay otra cosa más, Erlendur —anunció Elín—. Lo acabo de descubrir ahora mismo, cuando hablamos del parentesco con Audur. Ahora veo claramente que yo tenía razón. No lo entendí en aquel momento, pero el hombre tenía una expresión que

pensaba que no volvería a ver jamás. Era una expresión del pasado que no he logrado olvidar.

—¿Qué era? —preguntó Erlendur.

—Por eso no sentí miedo de ese hombre.

—¿Qué expresión tenía?

—No me di cuenta en aquel preciso instante, pero de alguna forma me recordaba a Audur. Sí, había algo en él que me recordaba a Audur.

Capítulo 29

Sigurdur Óli colocó el móvil en la funda y volvió a la casa. Había estado dentro, junto a los trabajadores, en el momento en que por fin consiguieron romper la placa del suelo, de donde salió un hedor tan fuerte y nauseabundo que le dieron arcadas. Salió corriendo con todos los demás, pensando en si llegaría a tiempo de alcanzar el exterior antes de vomitar. Cuando entraron de nuevo, se habían puesto gafas protectoras y mascarillas, pero aun así notaban el terrible olor apestoso.

El hombre de la taladradora agrandó el agujero que había abierto encima de la tubería de la cloaca rota. El trabajo era más fácil ahora que había logrado reventar la placa. Sigurdur Óli no se podía ni imaginar cuánto tiempo había pasado desde que se rompió la tubería. Le parecía que los excrementos habían ido acumulándose en un área grande, debajo del suelo. Subió una especie de vaho por el agujero. Iluminó aquel horror con una linterna. Al parecer, los cimientos se habían hundido por lo menos medio metro a partir de la placa del suelo.

El horror era como una balsa viva, cubierta por pequeños insectos negros. Se sobresaltó cuando vio una sombra que cruzaba la luz de la linterna.

—¡Cuidado! —gritó al tiempo que salía del sótano a paso rápido—. ¡Hay ratas en este infierno! Tapad el agujero y llamad a una empresa de desinfección. ¡Lo dejamos! ¡Lo dejamos ahora mismo!

Nadie protestó. Alguien tapó el agujero del suelo con una lona y en un momento el sótano se quedó vacío. Sigurdur Óli se quitó la mascarilla en cuanto salió fuera e inhaló intensamente el aire limpio. Los demás hicieron lo mismo.

Durante el viaje de vuelta a Reikiavik, Erlendur tuvo noticia de las actividades en Las Marismas. Habían ido allí los empleados de una empresa de desinfección y los trabajos no seguirían hasta el día siguiente, cuando todo bicho viviente hubiera sido eliminado de los cimientos. Sigurdur Óli se había ido a su casa y salía de la ducha cuando Erlendur le llamó para informarse. Elinborg también se había marchado. Habían dejado una guardia alrededor de la casa de Holberg. Dos coches policiales se quedarían toda la noche mientras se realizaba la desinfección.

Cuando Erlendur volvió a casa, Eva Lind le recibió en la puerta. Eran casi las diez de la noche. La novia ya no estaba. Antes de irse le había dicho a Eva Lind que quería hablar con su marido para ver cómo estaba. No tenía muy claro si debía contarle la verdadera razón de su huida de la boda. Eva Lind había estado animándola para que le dijera la verdad y trató de convencerla de que no valía la pena proteger al sinvergüenza de su padre.

Se sentaron en el salón. Erlendur le explicó a su hija los pormenores de la

investigación criminal, hasta dónde le había llevado y lo que le preocupaba. Hablar de ello le ayudaba a aclarar sus ideas y a tener una imagen más clara de lo acontecido en los últimos días. Se lo contó casi todo, la forma en que encontraron el cadáver en el sótano, el mal olor en la vivienda, la nota, la fotografía que había en el escritorio, la pornografía en el ordenador, el epitafio de la lápida, le habló de Kolbrún y su hermana Elín, de Audur y su muerte, del sueño que le venía atosigando, de Ellidi en la cárcel y de la desaparición de Grétar. También le habló de Marion Briem, de la búsqueda de alguna otra víctima de Holberg y del hombre misterioso plantado delante de la casa de Elín. Procuraba contarle con coherencia y exponer algunas teorías y opiniones propias, habló y habló hasta que ya no pudo seguir.

Sin embargo, no le contó a Eva Lind que al cadáver de la niña le faltaba el cerebro. Todavía no podía entender por qué.

Eva Lind escuchó sin interrumpirle y advirtió que su padre se frotaba el pecho mientras hablaba. Sintió cómo le afectaba todo lo relacionado con Holberg. Notó en él una especie de rendición que no le había detectado nunca antes. Notó también su cansancio cuando le habló de la niña pequeña. Poco a poco parecía encerrarse en sí mismo, su voz perdió fuerza y estaba como ausente.

—¿Audur es la niña a la que te referías cuando me gritabas esta mañana? —preguntó Eva Lind.

—Audur era, no sé, una especie de regalo de Dios para su madre —dijo Erlendur—. Amada más allá de la tumba y de la muerte. Perdóname si te he tratado mal. No era mi intención, pero cuando veo como malgastas tu vida, tu dejadez y tu falta de respeto hacia ti misma, todo el destrozo, y luego veo un pequeño ataúd blanco salir de su tumba, dejo de entender el propósito de las cosas y tengo ganas de...

Erlendur se calló.

—... darme de bofetadas —terminó la frase Eva Lind.

Erlendur se encogió de hombros.

—No sé qué me gustaría hacer. Quizá lo mejor es no hacer nada. Quizá lo mejor es dejar que la vida siga su curso. Olvidarse de todo. Empezar a hacer algo más sensato. ¿Por qué tengo que seguir con todo eso? ¿Con toda esa porquería? Hablar con gente como Ellidi. Llegar a un acuerdo con mierdas como Eddi. Ver lo que divierte a hombres como Holberg. Leer informes sobre violaciones. Escarbar cloacas llenas de insectos y porquería. Desenterrar pequeños ataúdes.

Erlendur se frotaba el pecho cada vez más fuerte.

—Uno piensa que no le va a afectar. Uno se cree lo bastante fuerte para aguantarlo todo. Uno piensa que se blindo con los años y que puede ver la suciedad a distancia, como si no fuera con uno, y conservar de esa manera su salud mental. Pero la verdad es que no hay distancia. No hay blindaje. Nadie es lo bastante fuerte. El horror te persigue como un espíritu maligno que se instala en tu mente y no te deja en

paz hasta que te parece que esa suciedad es la vida misma, y te olvidas de cómo vive la gente normal. Así son las cosas. Como un mal espíritu que se ha evadido y alborota en tu cabeza hasta que finalmente te convierte en un inútil.

Erlendur suspiró pesadamente.

—Esto son las malditas marismas.

Se calló y Eva Lind le acompañó en su silencio.

Así pasó un rato hasta que Eva Lind se levantó, se sentó al lado de su padre y le abrazó con fuerza. Escuchó cómo latía rítmicamente su corazón, con el tictac tranquilizador de un reloj, hasta que se quedó dormida con una leve sonrisa en los labios.

Capítulo 30

El equipo de técnicos e inspectores se volvió a dar cita en la casa de Holberg a las nueve de la mañana del día siguiente. El día amaneció oscuro, el cielo cubierto, y seguía lloviendo. Habían dicho por la radio que el caudal de las precipitaciones en Reikiavik, en el mes de octubre, se acercaba al récord de 1926.

La cloaca estaba limpia y ya no había nada que se moviese por los cimientos. El agujero de la placa del suelo había sido ampliado y tenía un tamaño suficientemente grande para que pudieran bajar por él dos hombres a la vez. Los dueños de la casa estaban reunidos a la puerta de la entrada del sótano. Habían conseguido encontrar un fontanero que esperaba el permiso de la policía para reparar la tubería de la cloaca.

Pronto se hizo evidente que el espacio alrededor de la tubería del váter era relativamente pequeño. Medía unos tres metros cuadrados y estaba cerrado porque allí el terreno prácticamente no se había hundido. La tubería se había roto en el mismo lugar que la otra vez. Se distinguía la antigua reparación, la grava era diferente debajo de la tubería que alrededor de ella. Los técnicos hablaban entre ellos sobre la conveniencia de agrandar aún más el agujero y limpiar toda la grava de los cimientos, hasta poder ver debajo de la placa entera. Después de una breve discusión, llegaron a la conclusión de que la placa podría romperse si se suprimía todo el apoyo que la sostenía por debajo y decidieron utilizar otro método más seguro y más técnico: hacer pequeños agujeros en la placa aquí y allá y después introducir una microcámara que llegase hasta los cimientos.

«Por algo son técnicos», pensó Sigurdur Óli.

Observó cómo empezaban a hacer agujeros en el suelo y colocaban dos pantallas televisivas conectadas con las dos cámaras. Las cámaras tenían forma de tubos, con una luz en la parte delantera, se introducían por los agujeros y se manejaban con un mando a distancia. Los técnicos perforaron el suelo allí donde pensaron que estaba hueco, luego introdujeron las cámaras por el agujero y conectaron las dos pantallas. La imagen que apareció era en blanco y negro y se veía muy borrosa, pensó Sigurdur Óli, que tenía en su casa un televisor alemán de seis mil euros.

Erlendur llegó al sótano al mismo tiempo que empezaba la búsqueda con las cámaras. Poco después apareció Elinborg. Sigurdur Óli observó que Erlendur se había afeitado y llevaba un traje limpio que hasta parecía recién planchado.

—¿Algo nuevo? —preguntó Erlendur, y encendió un cigarrillo.

—Van a buscar con las cámaras —dijo Sigurdur Óli—. Podemos seguir la búsqueda a través de la pantalla.

—¿Nada junto a la cloaca? —continuó Erlendur, inhalando humo.

—Insectos y ratas, nada más.

—¡Qué peste más asquerosa que hay aquí! —dijo Elinborg sacando un pequeño

pañuelo perfumado de su bolso.

Erlendur le ofreció un cigarrillo que ella declinó.

—Holberg pudo haber utilizado el agujero que hizo el fontanero para enterrar a Grétar —expuso Erlendur—. Vería el hueco que se había formado debajo de la placa y pudo remover la grava hasta hacer el sitio para colocar el cuerpo.

Estuvieron atentos delante de las pantallas, aunque no se aclararon mucho con lo que vieron. Un pequeño rayo de luz se movía arriba y abajo y hacia los lados. A veces les parecía ver la placa del suelo y otras veces les parecía ver grava. El hundimiento del terreno era desigual. En algunos sitios estaba pegado a la placa y en otros había un hueco de unos ochenta centímetros.

Fueron siguiendo las imágenes un buen rato. En el sótano había mucho ruido, ya que se iban perforando nuevos agujeros, uno tras otro. Erlendur perdió pronto la paciencia y salió a la calle. Elinborg le siguió y, finalmente, también Sigurdur Óli. Se sentaron todos dentro del coche de Erlendur. Les había dado una cumplida explicación acerca de su desaparición la noche anterior y ahora era la ocasión de comentarlo entre ellos.

—Eso concuerda bastante con la nota que encontramos junto al cadáver. Y si el hombre que vio Elín en Keflavík se parece tanto a Holberg como ella dice, podría ser cierta la teoría de que tuvo otro hijo.

—Ese otro hijo no tiene necesariamente que ser el fruto de una violación —terció Sigurdur Óli—. En realidad no tenemos nada que lo indique, salvo que Ellidi dijo que sabía de otra víctima. Eso es todo. Y Ellidi es un idiota, claro está.

—Ninguno de los conocidos de Holberg con quienes hemos hablado ha mencionado ningún hijo —añadió Elinborg.

—Pero nadie lo conocía bien —dijo Sigurdur Óli—. Ésa es la verdad. Era un solitario, veía a algunos compañeros de trabajo, coleccionaba pornografía de internet, e iba con gente como Ellidi y Grétar. Pero nadie sabía nada sobre ese hombre.

—¿Publicamos un anuncio de búsqueda del hombre desconocido? —propuso Elinborg en tono gracioso—. Podemos utilizar una fotografía de Holberg cuando era joven o preparar un retrato que se le parezca y enviarlo a la prensa.

—Lo que yo pienso —dijo Erlendur sin escuchar las bromas de Elinborg— es lo siguiente: si existe un hijo de Holberg, ¿cómo es que sabe de la existencia de Elín, la tía de Audur? ¿No sabrá entonces que Audur era su hermana? Si conoce a Elín, supongo que también estará al corriente de la existencia de Kolbrún y de la violación, y no entiendo cómo. La prensa no ha publicado nada sobre la investigación. ¿De dónde saca la información?

—¿No le sacaría la información a Holberg antes de matarlo? —preguntó Sigurdur Óli—. ¿Os parece probable?

—Quizá se la sacó a la fuerza —repuso Elinborg.

—Primero, no sabemos si existe ese hombre —dijo Erlendur—. Elín estaba muy alterada. Pero, en el caso de que exista, no sabemos si fue él quien mató a Holberg. Tampoco sabemos si conocía la existencia de su padre, ni si nació como consecuencia de una violación. Ellidi dice que, antes de Kolbrún, hubo otra mujer que sufrió lo mismo o tal vez algo peor. Si de esa violación nació un niño, dudo que la madre hubiera tenido mucho interés en hablarle de su padre. Nunca denunció nada a la policía. En nuestros archivos no hay nada sobre otras violaciones cometidas por Holberg. Tenemos que encontrar a esa mujer, si es que existe...

—Y en lugar de eso, estamos reventando cimientos para encontrar a un hombre que lo más seguro es que no tenga nada que ver con el asunto —dijo Sigurdur Óli.

—¿Qué mierda de sentido del humor es ésa? —exclamó Erlendur elevando la voz de repente—. ¿Habrá alguna manera de sacaros una maldita frase que no sea para mearse de risa?

—Es posible que Grétar no esté aquí mezclado con los cimientos —insistió Elinborg.

—¿Cómo? —dijo Erlendur.

—¿Quieres decir que puede ser que esté vivo? —preguntó Sigurdur Óli.

—Me imagino que él lo sabía todo sobre Holberg —respondió Elinborg—. Se había enterado de lo de la hija porque, si no, no hubiese fotografiado su tumba. Seguro que sabía también cómo fue concebida. Si Holberg tenía otro hijo, también lo habría descubierto.

Erlendur y Sigurdur Óli la miraron con interés.

—Tal vez Grétar sigue entre nosotros —continuó Elinborg—, y está en contacto con el hijo. Ésa sería una explicación de cómo el hijo conoce a Elín y a Audur.

—Pero Grétar desapareció hace veinticinco años y nadie ha vuelto a saber de él —dijo Sigurdur Óli.

—Que haya desaparecido no significa que esté muerto —repuso Elinborg.

—Así que... —empezó a decir Erlendur, pero Elinborg le interrumpió:

—Pienso que no debemos excluir ninguna posibilidad. ¿Por qué no contar con la probabilidad de que Grétar siga vivo? Nunca se encontró su cadáver. Podría haberse ido al extranjero. Quizá le bastó con marcharse a otro lugar del país. Nadie se entrometía en su vida. Nadie lo echaba de menos.

—No recuerdo nada parecido —dijo Erlendur.

—¿Parecido a qué? —preguntó Sigurdur Óli.

—A que un hombre desaparecido reaparezca en escena veinticinco años después. Las desapariciones en este país suelen ser siempre definitivas. Nunca regresa nadie después de veinticinco años.

Nunca.

Capítulo 31

Erlendur los dejó en Las Marismas y se fue a ver al forense. El médico estaba terminando de examinar a Holberg y cuando llegó Erlendur tapó el cadáver. Los restos mortales de Audur no estaban a la vista.

—¿Has encontrado el cerebro de la niña? —preguntó el forense cuando Erlendur entró.

—No —dijo Erlendur.

—He hablado con una catedrática, una vieja amiga mía de la universidad. Le expliqué el caso (espero que eso no sea un problema) y se sorprendió de nuestro pequeño descubrimiento. ¿Has leído la novela de Laxnes?

—¿Sobre Nabucodonosor? Sí, me ha venido a la mente últimamente —dijo Erlendur.

—¿No se llama Luja, la novela? Hace mucho que la leí, pero recuerdo que trata sobre unos estudiantes de medicina que roban un cadáver y llenan el ataúd de piedras, que es la manera más sencilla de camuflar el robo. Antiguamente, tal como se explica en la novela, salvo que la familia lo prohibiera, a la gente que se moría en los hospitales se les solía hacer la autopsia y los resultados se utilizaban para la enseñanza. Algunas veces se sustraían muestras, cualquier cosa, desde cerebros hasta pequeñas porciones de tejido. Luego se cerraba todo y el muerto se enterraba con honores. Ahora todo es diferente. Se necesita de antemano el permiso de los familiares para hacer una autopsia y no se extraen muestras para la enseñanza ni para investigación, salvo en contadas ocasiones y con ciertas condiciones. Creo que ya no se roba nada.

—¿Crees?

El forense se encogió de hombros.

—No estamos hablando de donación de órganos, ¿verdad? —dijo Erlendur.

—No, todo lo contrario. La gente normalmente está dispuesta a hacer donación cuando se trata de salvar vidas.

—¿Y dónde puede haber una colección de órganos?

—Hay miles de muestras en esta misma casa —explicó el forense—. La mayor parte pertenecen a la llamada Colección Dungal. Ésa es la mayor colección de órganos del país.

—¿Me la puedes enseñar? ¿Tienes un registro donde se explique la procedencia de las muestras?

—Todo está perfectamente registrado. Me tomé la libertad de buscar nuestra muestra particular, pero no la encontré —dijo el forense.

—Entonces, ¿dónde puede estar?

—Tendrás que hablar con la catedrática, a ver qué te dice. Creo que hay algunos

registros en la universidad.

—¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Sabías ya todo esto cuando descubriste que faltaba el cerebro? —preguntó Erlendur.

—Habla con la catedrática y luego vuelve aquí. Supongo que ya te he contado demasiado.

—¿Los registros de la colección están en la misma universidad?

—Sí, según creo —dijo el forense.

Apuntó el nombre de la catedrática y se lo entregó a Erlendur.

—¿Así que conoces la Ciudad de Tarros? —preguntó Erlendur.

—Llamaron Ciudad de Tarros a una de las habitaciones de aquí. Pero ya está cerrada. No me preguntes qué fue de los tarros porque no tengo ni idea.

—¿Te incomoda hablar de esto?

—Déjalo ya.

—¿Cómo dices?

—Déjalo.

La catedrática, presidenta del departamento de medicina de la Universidad de Islandia, se llamaba Hanna. Se quedó mirando a Erlendur desde el otro lado de la mesa como si fuera un microbio al que había que eliminar del despacho cuanto antes. Era algo más joven que él, muy resolutiva, de respuesta rápida, y daba la impresión de que no soportaba las tonterías o las pérdidas innecesarias de tiempo. Cuando Erlendur empezó a dar largas explicaciones sobre la razón de su visita a su despacho le dijo que fuera al grano. Erlendur disimuló una sonrisa. Ella le había caído bien enseguida, a pesar de que sabía que iban a pelearse como el perro y el gato antes de que terminase la reunión. Vestía traje chaqueta oscuro, era algo gruesa, iba sin maquillaje, tenía el pelo corto, de color rubio, las manos fuertes y la cara seria. A Erlendur le habría gustado verla sonreír. No tuvo esa suerte.

La había interrumpido en medio de una clase. Sin pensarlo, había llamado a la puerta del aula preguntando por ella. La catedrática abrió la puerta y le pidió que por favor esperara hasta que terminara la clase. Erlendur se quedó en el pasillo, como un niño castigado, hasta que la puerta se abrió de nuevo, quince minutos más tarde. Hanna salió y, caminando a paso rápido delante de Erlendur, le indicó que la siguiera. Le costó alcanzarla. Iba deprisa y parecía dar dos pasos por cada uno que daba él.

—No logro entender qué es lo que la policía de investigación criminal quiere de mí —dijo Hanna mientras caminaba, volviendo la cabeza para ver si Erlendur la seguía.

—Eso lo sabrás a su hora —repuso Erlendur con la respiración entrecortada.

—Eso espero —añadió Hanna, y le invitó a entrar en su despacho.

Cuando Erlendur la puso al corriente de su misión, se quedó pensativa durante un

largo rato. Él logró captar su atención cuando le contó lo de Audur, su madre y la autopsia, el diagnóstico y el cerebro desaparecido.

—¿Dónde dijiste que fue ingresada la niña? —dijo por fin.

—En el hospital de Keflavík. ¿Cómo conseguís órganos para la enseñanza?

Hanna miró fijamente a Erlendur.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Utilizáis órganos con fines didácticos —explicó Erlendur—. Muestras biológicas, creo que lo llamáis. No soy ningún especialista, pero mi pregunta es: ¿cómo los conseguís?

—Creo que sobre eso no tengo por qué darte ninguna explicación —dijo Hanna, y empezó a hojear algunos papeles que estaban sobre su escritorio, como para demostrar que estaba demasiado ocupada para hablar con él.

—Es muy importante para nosotros saber si ese cerebro aún existe. Posiblemente figurará en vuestro registro. Fue investigado en su tiempo, pero luego no fue devuelto a su sitio. Seguramente eso tiene una explicación sencilla. Supongo que se necesitaba tiempo para investigar el tumor y había que enterrar el cadáver. La universidad y los hospitales son los lugares idóneos donde depositar los órganos. Puedes quedarte sentada ahí, tesa como un palillo, pero en ese caso yo haría varias cosas que os incomodarían, tanto a ti como a la universidad y a los hospitales. Es asombroso lo que uno puede llegar a contar con la prensa, a pesar de lo pesados que son.

Hanna se quedó mirando a Erlendur, que le sostuvo la mirada.

—El que no llora... —dijo finalmente.

—... no mama —terminó Erlendur.

—Como te puedes imaginar, no tengo autoridad para decir nada sobre eso. Es un asunto bastante delicado.

—No lo estoy investigando como una causa criminal —dijo Erlendur—. Ni siquiera sé si se trata de un robo de órganos. Lo que vosotros hagáis con los muertos no es asunto mío, siempre que se mantenga dentro de unos límites.

Hanna mostraba expresión de enfado.

—No cabe duda de que puedo justificar mi petición, si eso es lo que necesita la medicina para ponerse manos a la obra, pero el caso es que me hace falta encontrar un órgano determinado de una determinada persona para que se vuelva a investigar. Si se pudiera hacer un seguimiento de ese órgano desde que fue extraído hasta el día de hoy, os estaría muy agradecido. Sería una información privada, sólo para mí.

—¿Como que información privada?

—No me interesa ir más lejos. Necesitamos disponer del órgano si puede ser. Lo que me pregunto es si no habría sido suficiente tomar una muestra, si hay alguna razón para que fuera preciso extraer el órgano entero.

—Está claro que no conozco este caso particular del que me hablas. Pero hoy hay

reglas más estrictas que las que había antiguamente respecto a las autopsias —dijo Hanna después de alguna vacilación—. Si lo que refieres ocurrió en los años setenta, no digo que no hubiera podido suceder como dices. Según tú, le hicieron la autopsia a la niña en contra de la voluntad de la madre. No creo que fuera un caso único. Hoy se pide autorización a los familiares en cuanto fallece una persona. Creo que puedo afirmar que siempre se acatan las decisiones de la familia, salvo en situaciones totalmente excepcionales. Quizás eso es lo que pasó en este caso. La muerte de un niño es lo más terrible. No se puede describir el tremendo dolor que la pérdida de un niño causa en su familia y la pregunta sobre la autopsia se hace difícil en esas circunstancias.

Hanna se quedó callada un rato y luego siguió:

—Tenemos algunos datos registrados en ordenadores y otros en unos almacenes de archivos que hay aquí en el edificio. Los registros son bastante minuciosos. La mayor colección de órganos que poseen los hospitales está en el tanatorio de la calle Barónsstígur. Ten en cuenta que la enseñanza de la medicina se hace principalmente en los hospitales y no tanto aquí en la universidad. La fuente del aprendizaje está en los hospitales.

—El forense no quiso enseñarme la colección de órganos —explicó Erlendur—. Quería que primero hablara contigo. ¿Es que la universidad tiene la última palabra en este asunto?

—Ven —dijo Hanna sin responder a su pregunta—. Miremos qué hay en los ordenadores.

Erlendur la siguió hasta una amplia habitación. Hanna abrió la puerta con una llave, al tiempo que tecleaba un código en el aparato de alarma fijado en la pared, al lado de la puerta. Encendió un ordenador que había sobre un escritorio; mientras, Erlendur echó una mirada a su alrededor. La habitación no tenía ventanas y, adosados a las paredes, había numerosos ficheros. Hanna le pidió el nombre y el día de la defunción de Audur, e introdujo los datos en el ordenador.

—No está aquí—dijo pensativa, observando la pantalla—. Sólo hay registros desde 1984. Estamos informatizando toda la información disponible desde que se fundó el departamento de medicina, pero no hemos llegado todavía más atrás de esa fecha.

—Entonces habrá que buscar en los ficheros —concluyó Erlendur.

—Ahora no tengo tiempo —repuso Hanna mirando su reloj—. Ya tendría que estar en clase.

Se levantó, echó un vistazo a algunos ficheros y leyó rápidamente las indicaciones que figuraban en los cajones. Abrió algunos cajones y miró varios documentos, pero luego volvió a cerrarlos. Erlendur tenía la sensación de que los papeles estaban clasificados alfabéticamente, pero no sabía de qué trataban.

—¿Guardáis los informes médicos aquí? —preguntó.

Hanna suspiró.

—No me digas que vienes de la Administración de Informática o algo parecido —dijo Hanna cerrando con un golpe más fuerte de lo necesario uno de los cajones.

—Sólo era una pregunta —contestó Erlendur.

Hanna extrajo uno de los documentos de un archivo y lo leyó.

—Aquí hay algo sobre muestras. 1968. Hay algunos nombres. Nada que te pueda interesar. —Volvió a colocar el documento en el fichero, cerró el cajón y abrió otro —. Aquí hay más —añadió—. Espera, aquí está el nombre de la niña, Audur, y el de su madre. Lo tenemos.

Hanna leyó el documento rápidamente.

—Un órgano extirpado —dijo como hablando consigo misma—. Extraído en el hospital de Keflavík. Permiso de la familia... en blanco. No pone nada sobre el paradero del órgano.

Hanna cerró la carpeta.

—Ya no existe.

—¿Puedo verlo? —preguntó Erlendur sin intentar disimular su entusiasmo.

—No ganarás nada con ello —respondió Hanna poniendo la carpeta en el fichero y cerrando el cajón—. Ya te he dicho todo lo que necesitas saber.

—¿Qué es lo que pone? ¿Qué pretendes esconder?

—Nada —dijo Hanna—. Ahora debo ir a dar la clase.

—Entonces tendré que volver más tarde con una orden de registro, y más vale que ese informe siga en su sitio —repuso Erlendur yendo hacia la puerta.

Hanna le seguía con la mirada.

—¿Me prometes que esta información no llegará más lejos? —preguntó ella cuando Erlendur ya salía.

—Eso ya te lo he dicho. Esa información es sólo para mí.

—Bueno, míralo entonces —dijo Hanna, y volvió a abrir el fichero.

Erlendur cerró la puerta, cogió la carpeta y empezó a leer el informe. Hanna encendió un cigarrillo mientras esperaba a que Erlendur terminara de leer. Hizo caso omiso del letrero que decía que no se podía fumar dentro de la habitación. Rápidamente el aire se cargó de humo.

—¿Quién es Eydal?

—Uno de nuestros mejores científicos.

—¿Qué era lo que no querías que viera? ¿No quieres que hable con ese hombre?

Hanna no respondió.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Erlendur.

Hanna suspiró.

—Tengo entendido que él mismo guarda algunos de esos órganos —dijo

finalmente.

—¿Ese hombre colecciona órganos? —inquirió Erlendur.

—Guarda algunos órganos. Una pequeña colección.

—¿Colección de órganos?

—No sé nada más.

—Entonces es posible que Eydal tenga el cerebro —dijo Erlendur—. Aquí pone que él cogió una muestra de Audur para investigar. ¿No será eso un asunto delicado para vuestra profesión?

—Es uno de nuestros mejores científicos —repitió Hanna entre dientes.

—Guarda en un estante de su casa el cerebro de una niña de cuatro años —gritó Erlendur.

—No te pido que entiendas el trabajo de un científico —dijo ella.

—¿Y qué es lo que tengo que entender?

—No debería haber dejado que entraras aquí —susurró Hanna.

—Eso lo he oído antes —dijo Erlendur.

Capítulo 32

Elinborg encontró a la mujer de Húsavík.

Le faltaban por investigar dos nombres de su lista y dejó a Sigurdur Óli con los técnicos en Las Marismas. La primera de las dos reaccionó como tantas otras que Elinborg había entrevistado. Sorpresa inicial, algo exagerada y que parecía ensayada. Probablemente ya se había enterado de la historia por otro lado. Dijo que había estado esperando la visita de la policía. La segunda mujer y última de la lista se negó a hablar con Elinborg. Ni siquiera quería dejarla entrar en su casa. Dijo no saber de qué estaba hablando y que no podía ayudarla.

Pero Elinborg no dejó de notar cierta vacilación en sus respuestas. Parecía necesitada de fuerza para decir lo que quería y le faltaba espontaneidad. Se comportó como si hubiera estado esperando la visita de la policía pero, al contrario de las demás mujeres, no quería saber nada acerca del caso. Quería quitarse a Elinborg de encima cuanto antes.

Elinborg intuía que había encontrado a la mujer que buscaban. Volvió a hojear sus papeles. El nombre de la mujer era Katrín y era jefa de sección de la Biblioteca de Reikiavik. Estaba casada. Su marido era el gerente de una importante agencia de publicidad. Tendría unos sesenta años. Tres hijos, todos varones, nacidos entre 1958 y 1962. Se había mudado de Húsavík en el 62 y había vivido en Reikiavik desde entonces.

Elinborg volvió a llamar al timbre.

—Creo que deberías hablar conmigo —dijo cuando la puerta se abrió de nuevo.

Katrín la miró fijamente.

—No puedo ayudaros en nada —contestó en un tono brusco—. Sé de qué se trata. He recibido unas llamadas horribles. Pero no sé nada sobre ninguna violación. Espero que te baste con eso y que me dejes en paz.

Iba a cerrar la puerta.

—Es posible que a mí me baste con eso, pero a un hombre llamado Erlendur, que está investigando el asesinato de Holberg, no le va a bastar. La próxima vez que abras la puerta será él quien estará aquí en mi lugar y no le podrás echar. Él no admite que nadie le cierre la puerta en sus narices. Puede hacer que te lleven a la comisaría si es preciso.

—Déjame tranquila, por favor —dijo Katrín, y cerró la puerta.

«Ojalá pudiera», pensó Elinborg. Sacó el móvil y llamó a Erlendur, que en ese momento volvía de la universidad. Elinborg le explicó la situación y él dijo que estaría allí en diez minutos.

Cuando llegó no vio a Elinborg por ninguna parte, pero reconoció su coche aparcado delante de la casa. Era una casa grande del barrio de Vogar, dos plantas y un

garaje doble. Llamó al timbre y para su sorpresa le abrió Elinborg.

—Creo que he encontrado a la mujer —dijo en voz baja, e hizo entrar a Erlendur—. Salió a buscarme aquí fuera hace un momento y se disculpó por su brusquedad. Dijo que prefiere hablar con nosotros aquí que en comisaría. Conocía la historia de la violación y nos esperaba.

Elinborg entró en la casa delante de Erlendur y fue directamente a un salón donde les aguardaba Katrín. La mujer saludó a Erlendur con un apretón de manos intentando sonreír, pero sin lograrlo del todo. Iba vestida con gusto, llevaba una falda gris y una blusa blanca. Su espesa melena rubia le llegaba hasta los hombros. Era alta, de piernas estilizadas y hombros estrechos. Su atractiva cara denotaba preocupación.

Erlendur miró a su alrededor. Había gran cantidad de libros dispuestos en varios muebles con estantes y puertas de cristal. Al lado de una de las librerías había un bonito escritorio; en medio del salón, un tresillo de cuero, antiguo, pero bien conservado, y en un rincón, una mesa auxiliar. Cuadros en las paredes. Pequeñas acuarelas con bonitos marcos, fotografías de la familia. Erlendur observó detenidamente estas últimas. Todas eran antiguas. Los tres chicos con sus padres. Las últimas estaban hechas en sus primeras comuniones. No parecía que se hubieran graduado, ni casado.

—Queremos buscar algo más pequeño —dijo Katrín como disculpándose cuando vio que Erlendur estudiaba el entorno—. Esta casa ya se ha vuelto demasiado grande para nosotros.

Erlendur asintió con la cabeza.

—¿Está tu marido en casa?

—Albert no llegará hasta más tarde. Está en el extranjero. Esperaba poder hablar de esto antes de que él llegara.

—¿Nos sentamos? —dijo Elinborg.

Katrín se disculpó y les invitó a sentarse. Se acomodó sola en el sofá y Elinborg y Erlendur en los sillones, frente a ella.

—¿Qué es exactamente lo que queréis de mí? —preguntó Katrín mirando a uno y a otra—. No sé dónde entro yo en este asunto. El hombre está muerto. A mí no me concierne.

—Holberg era un violador —dijo Erlendur—. Tuvo una hija con una mujer del sur después de haberla violado. Cuando empezamos a investigar su vida, averiguamos que antes había violado a otra mujer, una mujer de Húsavík, de una edad parecida a la de la segunda víctima. Es posible que violara a más mujeres, pero no lo sabemos. Necesitamos encontrar a la víctima de Húsavík. A Holberg le mataron en su domicilio, y algunos indicios nos hacen pensar que la explicación del asesinato está relacionada con su desagradable pasado.

Erlendur y Elinborg advirtieron que ese discurso no parecía impresionar a Katrín. No reaccionó cuando hablaron sobre las violaciones de Holberg, ni cuando hablaron sobre la hija que tuvo, y tampoco hizo ninguna pregunta.

Erlendur tomó la palabra.

—Esta historia no parece impresionarte —dijo.

—No —repuso Katrín—. ¿Por qué tendría que impresionarme?

—¿Qué puedes decirnos sobre Holberg? —preguntó Erlendur después de un corto silencio.

—Le reconocí enseguida cuando vi las fotografías en la prensa —contestó Katrín. El tono de desafío parecía haber desaparecido de su voz, sus palabras eran susurros —. Sin embargo, había cambiado mucho —añadió.

—La fotografía que se publicó es de nuestros archivos —dijo Elinborg—. Era de un carnet de conducir que había renovado recientemente. Era camionero. Conducía por todo el país.

—En su tiempo me contó que era abogado en Reikiavik.

—Seguramente trabajaría para la empresa portuaria por aquel entonces —dijo Erlendur.

—Yo tenía poco más de veinte años. Albert y yo teníamos dos hijos cuando pasó. Nos casamos muy jóvenes. Albert estaba de viaje, lo cual no era frecuente. Por aquel entonces tenía una tienda y además era representante de una compañía de seguros.

—¿Sabe él lo que pasó? —preguntó Erlendur.

Katrín vaciló un instante.

—No, nunca se lo conté, y os agradecería que intentarais mantener esto entre nosotros.

Se quedaron en silencio.

—¿No le contaste a nadie lo que te había pasado? —inquirió Erlendur.

—No se lo conté a nadie.

Se quedó callada. Erlendur y Elinborg esperaban.

—Aún me siento culpable. Dios mío —suspiró—. Sé que no tendría que sentirme así, que no fue culpa mía. Han pasado cuarenta años y aún me siento culpable, sabiendo que no debería. Cuarenta años. No sé hasta qué punto os interesan los detalles. No sé qué es lo que puede ser importante para vosotros. Como he dicho antes, Albert estaba de viaje. Yo salí a divertirme con unas amigas y conocí a esos hombres.

—¿Esos hombres? —interrumpió Erlendur.

—Sí, a Holberg y a otro que iba con él. Nunca supe cómo se llamaba ese otro. Me enseñó una pequeña cámara de fotos que tenía. Estuve hablando con él sobre fotografía. Nos acompañaron a casa de una amiga y ahí siguió la fiesta. Éramos cuatro amigas las que salimos juntas y dos de nosotras estábamos casadas. Pasado un

rato, dije que quería irme a casa y él se ofreció a acompañarme.

—¿Holberg? —dijo Elinborg.

—Sí. Holberg. Decliné su oferta, me despedí de mis amigas y me fui sola a casa. Estaba cerca. Vivíamos en una pequeña casa unifamiliar en una calle nueva de Húsavík. Cuando abrí la puerta apareció de repente detrás de mí. Dijo algo que no oí, me empujó dentro y cerró la puerta. No entendía lo que estaba pasando. No sabía si tenía que sentir miedo o sorpresa. Había tomado algunas copas y eso contribuía a que me encontrara aturdida. No conocía de nada a ese hombre, nunca lo había visto antes.

—Entonces, ¿por qué te culpas? —preguntó Elinborg.

—Estaba muy alegre en la fiesta —dijo Katrín después de un rato—. Le invité a bailar. No sé por qué lo hice. Había tomado algunas copas y nunca me había sentido bien el alcohol. Mis amigas y yo lo habíamos pasado muy bien aquella noche y estábamos contentas. Irresponsable. Bebida.

—Pero no tienes que culparte... —empezó Elinborg.

—Nada de lo que digas me va a ayudar —dijo Katrín, y miró tristemente a Elinborg—, así que no hace falta que me digas lo que debo o no debo hacer. No sirve de nada. —Katrín continuó su relato—: Iba detrás de nosotras todo el rato. Era un hombre bastante agradable. Era divertido y sabía cómo hacernos reír. Lo pasaba bien con nosotras. Más tarde recordé que me había preguntado por Albert y se había enterado de que estaba sola en casa. Pero lo hizo de manera que no sospeché que albergara malas intenciones.

—Es prácticamente la misma historia que la de la mujer de Keflavík —dijo Erlendur—. Sólo que en aquella ocasión la mujer dejó que la acompañara a casa. Luego él le pidió que le dejara telefonear, la atacó en la cocina y se la llevó al dormitorio, donde la violó.

—Aquel hombre se transformó. De repente se convirtió en un ser asqueroso. ¡Cómo hablaba! Me arrancó el abrigo que llevaba y me empujó mientras me llamaba cosas horribles. Estaba muy excitado. Intenté hablarle, pero resultó absolutamente imposible. Cuando empecé a gritar, se abalanzó sobre mí y me hizo callar. Luego me arrastró hasta el dormitorio...

Se armó de valor y les contó todo lo que le hizo Holberg. Lo explicó de forma sistemática y sin omitir nada. No había olvidado ningún fragmento de lo que pasó aquella noche. Se acordaba de todos los detalles. En su relato no había nada de sentimentalismo. Era como si leyera unas frías declaraciones en un papel. Nunca antes había descrito esos hechos con tanta exactitud. Se mostró tan distante que Erlendur tuvo la sensación de que estaba describiendo algo que le había pasado a otra mujer, en otro lugar, en otra época, en otra vida.

En un momento de la descripción, Erlendur hizo una mueca y Elinborg maldijo en voz baja.

Katrín terminó su relato.

—¿Por qué no denunciaste a ese animal? —preguntó Elinborg.

—Era un monstruo. Me amenazó con matarme si lo denunciaba y la policía lo arrestaba. Y aún peor, me dijo que si lo denunciaba diría que yo lo había invitado a mi casa para que se acostara conmigo. Utilizaba otras palabras, pero yo sabía lo que quería decir. Tenía mucha fuerza, pero no me dejó ninguna señal en el cuerpo. Tuvo sumo cuidado en no dejar marcas. Me di cuenta de eso más tarde. Me dio algunas bofetadas en la cara, pero nunca demasiado fuertes.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Erlendur.

—En 1961. En otoño.

—¿No hubo ninguna repercusión? ¿Nunca volviste a ver a Holberg o...?

—No. Nunca volví a verlo. Hasta que descubrí su foto en los periódicos.

—¿Te mudaste de Húsavík?

—Realmente era lo que siempre habíamos pensado hacer. Albert siempre tuvo esa idea. A mí ya no me disgustaba tanto la idea, después de lo que pasó. En Húsavík hay buena gente, y me gustaba vivir allí, pero nunca he vuelto a ir.

—Tenías dos hijos antes de eso. Dos chicos, según parece —dijo Erlendur, y señaló las fotos de las primeras comuniones—. Luego nació el tercer hijo... ¿cuándo?

—Dos años más tarde —contestó Katrín.

Erlendur la miró fijamente y vio que había mentido por primera vez durante toda la conversación.

Capítulo 33

—¿Por qué lo dejaste pasar? —preguntó Elinborg cuando salieron a la calle.

Le costó disimular su sorpresa cuando vio que, de repente, Erlendur le daba las gracias a Katrín por su colaboración y se despedía. Le dijo que sabía lo difícil que debía de resultarle hablar sobre ese tema y le prometió que no saldría nada de allí. Elinborg se quedó boquiabierta. La conversación no había hecho más que empezar...

—Había comenzado a mentir —dijo Erlendur—. Estaba sufriendo demasiado. Volveremos a hablar con ella más adelante. Tendremos que intervenir su teléfono y estacionaremos un coche aquí, cerca de la casa, para observar sus idas y venidas así como sus visitas. Lo haremos como si estuviéramos siguiendo a un traficante de drogas. Tenemos que saber qué hacen sus hijos, conseguir fotos recientes de ellos, si es posible y sin que llame demasiado la atención. Tenemos que encontrar a gente que haya conocido a Katrín en Húsavík y que tal vez se acuerde de aquella noche, aunque eso sería mucho pedir. He pedido a Sigurdur Óli que averigüe cuándo trabajó Holberg para la Compañía Portuaria en Húsavík. Quizá lo sepa ya. Tú consigue el certificado de matrimonio de Albert y Katrín y comprueba cuándo se casaron.

Erlendur ya estaba dentro de su coche.

—... y, Elinborg, ¿podrás acompañarme la próxima vez que hablemos con Katrín?

—¿Es posible que le hayan hecho las cosas que describió? —dijo Elinborg sin poder dejar de pensar en la historia de Katrín.

—Supongo que tratándose de Holberg, sí —contestó Erlendur.

Se fue a Las Marismas. Sigurdur Óli todavía estaba allí. Se había puesto en contacto con la compañía telefónica para averiguar las llamadas que recibió Holberg el mismo fin de semana que le mataron. Dos de esas llamadas procedían de su lugar de trabajo y otras tres eran de una cabina del centro de la ciudad: dos de una cabina de la calle Laekjargata y otra de un teléfono público de la central de autobuses.

—¿Algo más?

—Bueno, el porno de su ordenador. Le han echado un vistazo en el departamento técnico y es espantoso. Completamente espantoso. Ahí hay lo peor que te puedas encontrar en internet, incluidos niños y animales. Ese hombre tuvo que ser un gran perverso. Hacía vomitar. Creo que no pudieron aguantar hasta verlo todo.

—Quizá no sea necesario hacerles sufrir tanto —dijo Erlendur.

—No lo sé —repuso Sigurdur Óli—, pero eso nos da una idea de lo asquerosamente horripilante que era ese hombre.

—¿Quieres decir que se merecía ser asesinado a golpes de cenicero? —preguntó

Erlendur.

—¿Tú qué opinas?

—¿Has hablado con la empresa del puerto?

—No.

—Hazlo.

—¿Nos está haciendo señas? —preguntó Sigurdur Óli.

Estaban delante de la casa de Holberg. Uno de los técnicos había salido de la vivienda y les indicaba que se acercaran. Parecía algo excitado. Fueron hacia allí y entraron en el sótano. El técnico los llevó hasta una de las pantallas televisivas. Tenía un pequeño mando a distancia que dirigía la cámara introducida por uno de los agujeros en el suelo del salón.

Miraron la pantalla pero no vieron nada interesante. La imagen era burda, mal iluminada, poco clara y sin color. Vieron grava y la placa del suelo y, aparte de eso, nada peculiar. Pasó un buen rato hasta que habló el técnico.

—Es esto de aquí —dijo, y señaló la mitad superior de la pantalla—. Junto a la placa del suelo.

—¿Qué? —preguntó Erlendur sin ver nada.

—¿No lo veis?

—¿Qué? —dijo Sigurdur Óli.

—El anillo —explicó el técnico.

—¿Anillo? ¿Qué anillo? —dijo Erlendur.

—Eso que hay aquí debajo de la placa es claramente un anillo ¿No lo veis?

Miraron la pantalla fijamente hasta que distinguieron algo que tal vez podría ser un anillo. Se veía muy mal, como si algo lo sombreara. No vieron nada más.

—Es como si algo lo tapara —observó Sigurdur Óli.

—Puede ser algún plástico de la construcción —dijo el técnico.

Otras personas se habían agrupado delante de la pantalla para tratar de ver lo que mostraba la cámara.

—Mirad esto de aquí —señaló el técnico—. Mirad esta línea, aquí al lado del anillo. Igual podría ser el dedo de un hombre. En ese rincón hay algo que creo que debemos investigar más a fondo.

—Romped el suelo ahí, tenemos que ver qué es —ordenó Erlendur.

Los técnicos empezaron enseguida. Marcaron el sitio y comenzaron a reventar el suelo con la gran taladradora neumática. El aire se llenó de polvo de cemento y Erlendur y Sigurdur Óli se taparon la cara con unas mascarillas. Se quedaron junto a los técnicos mirando cómo se agrandaba el agujero en el suelo. La placa tenía un grosor de entre quince y veinte centímetros y la taladradora tardó un rato en atravesarla.

Cuando la máquina logró atravesar la placa, el agujero cedió con facilidad. Los

trozos de cemento fueron retirados rápidamente y pronto quedó a la vista el plástico que la cámara había captado. Erlendur miró a Sigurdur, que asentía con la cabeza.

El plástico se veía cada vez mejor. A Erlendur le parecía que era un material de construcción muy grueso. Era imposible ver a través de él. Trató de concentrarse. Dejó de oír el ruido que atronaba el sótano y tampoco notaba el terrible olor ni la cantidad de polvo espeso que se acumulaba. Sigurdur Óli se había quitado la mascarilla para ver mejor. Estiraba el cuello por encima de los técnicos que estaban rompiendo el suelo.

—¿Es así como abren las pirámides de Egipto? —exclamó para romper un poco la tensión que se respiraba.

—Sólo que me temo que aquí no habrá ningún rey enterrado —dijo Erlendur.

—¿Será posible que estemos a punto de encontrar a Grétar bajo el suelo de Holberg? —preguntó Sigurdur Óli sin poder esconder su expectación—. ¡Después de un maldito cuarto de siglo! ¡Qué diabólico!

—Su madre tenía razón —añadió Erlendur.

—¿La madre de Grétar?

—Dijo que era como si lo hubieran raptado.

—Envuelto en plástico y metido debajo del suelo.

—Marion Briem —se dijo Erlendur a sí mismo en voz baja, sacudiendo la cabeza.

Los técnicos seguían con la taladradora, el suelo se abrió a sus pies y el agujero se agrandó hasta que todo el paquete de plástico se hizo visible. Tenía la longitud de un hombre de mediana estatura. Los técnicos discutían entre ellos cómo abrirlo. Finalmente decidieron sacarlo entero sin tocarlo y llevarlo al tanatorio, donde se podría manejar sin el peligro de que se perdieran posibles pruebas importantes.

Buscaron una camilla y la colocaron al lado del agujero. Dos hombres intentaron levantar el paquete; pero resultó demasiado pesado, así que tuvieron que ayudarlos otros dos. Al final lograron moverlo de su sitio y colocarlo sobre la camilla.

Erlendur se acercó y se inclinó, tratando de distinguir algo a través del plástico. Le pareció ver una cara podrida y descompuesta, unos dientes y parte de una nariz. Se volvió a enderezar.

—No tiene mala pinta —observó.

—¿Qué es esto? —preguntó Sigurdur Óli señalando dentro del agujero.

—¿Qué? —dijo Erlendur.

—¿No son carretes de fotos? —continuó Sigurdur Óli.

Erlendur se acercó y se puso en cuclillas. Medio enterradas en la grava había unas cintas, metros de película fotográfica. Ojalá fueran fotos reveladoras.

Capítulo 34

Katrín no salió de su casa en todo el día. Tampoco recibió visitas ni utilizó el teléfono. Por la noche llegó un jeep y salió de él un hombre que entró en la casa llevando una maleta. Se suponía que era su marido, Albert. El regreso de su viaje de negocios a Alemania estaba previsto para la tarde.

Dos hombres vigilaban la casa desde un coche camuflado de la policía. El teléfono estaba intervenido. Los dos hijos mayores del matrimonio habían sido localizados, pero no se sabía nada sobre el paradero del hijo menor. Estaba divorciado y vivía en un pequeño piso que parecía vacío. Vigilaban su casa. La policía estaba reuniendo información sobre él y su descripción fue enviada a todas las comisarías del país. Aún no se había considerado necesario poner un anuncio en la prensa.

Erlendur aparcó delante del tanatorio. El cadáver que se suponía que era de Grétar había sido trasladado hasta allí. El mismo forense que había examinado a Holberg y a Audur había retirado el plástico que envolvía el cadáver. Apareció el cuerpo de un hombre, con la cabeza echada hacia atrás; tenía la boca abierta, como si la muerte lo hubiera sorprendido en medio de un grito de angustia, y estaba en posición de firmes, con las manos pegadas a los lados. La piel estaba deshidratada y apergaminada y en el cuerpo desnudo se observaban grandes manchas de podredumbre. La cabeza parecía gravemente dañada, el cabello largo e incoloro le caía por la cara.

—Le quitó los intestinos —dijo el forense.

—¿Qué?

—El que lo enterró. Es una medida inteligente si se quiere conservar un cadáver. Por lo del olor. Se habrá ido secando poco a poco dentro del plástico. Muy bien conservado, por así decirlo.

—¿Puedes adivinar la causa de la muerte?

—Tenía una bolsa de plástico sobre la cabeza, lo que parece indicar que murió ahogado, pero necesito examinarlo mejor. Te diré algo más adelante, todo requiere su tiempo. ¿Sabes de quién se trata? Parece poquita cosa, el pobre.

—Tengo ciertas sospechas —dijo Erlendur.

—¿Hablaste con la catedrática?

—Una mujer muy agradable.

—Sí, ¿verdad?

Cuando Erlendur llegó a su oficina, Sigurdur Óli le esperaba para decirle que iba camino del departamento técnico. Al parecer habían conseguido ampliar algunos trozos de las películas fotográficas que se encontraron en el sótano de Holberg. Erlendur le explicó lo esencial de la conversación con Katrín.

Ragnar, el jefe del departamento técnico, aguardaba en su despacho con algunos negativos y vanas fotografías ampliadas sobre la mesa. Miraron detenidamente las fotografías que les mostró.

—Sólo pudimos sacar estas tres —dijo el jefe—, pero no logro distinguir lo que muestran. Había siete rollos de veinticuatro fotos de la casa Kodak. Tres estaban totalmente velados y no sabemos si habían sido impresos, pero de otro pudimos ampliar eso que veis. ¿Reconocéis algo?

Erlendur y Sigurdur Óli miraron las fotos con atención. Todas eran en blanco y negro. Dos de ellas tenían una mitad negra, como si el objetivo no se hubiera abierto del todo, el motivo estaba desenfocado y tan poco claro que no lograron ver lo que era. La tercera estaba entera y mostraba de forma bastante nítida a un hombre haciéndose una foto a sí mismo, delante de un espejo. La cámara era pequeña y de forma plana con un cubito de flash de cuatro bombillas en la parte superior. El fogonazo iluminaba al hombre del espejo. Vestía tejanos y camisa y una cazadora de verano.

—¿Os acordáis de los cubitos de flash? —preguntó Erlendur con un deje de nostalgia en la voz—. ¡Qué revolución!

—Sí, los recuerdo bien —contestó Ragnar, que tenía una edad parecida a la de Erlendur.

Sigurdur Óli los miraba sacudiendo la cabeza.

—¿Llamarías tú a esto un autorretrato? —dijo Erlendur.

—Es difícil verle la cara debido a la cámara, pero ¿no os parece probable que sea Grétar? —sugirió Sigurdur Óli.

—¿Reconocéis los alrededores, o lo poco que se ve? —preguntó el jefe.

En la foto-reflejo se veía detrás del fotógrafo una parte de lo que parecía ser un salón. Erlendur identificó el respaldo de una silla e incluso una mesa de comedor, una alfombra en el suelo y algo que podían ser unas cortinas que llegaban hasta el suelo. Todo lo demás estaba borroso. La iluminación más fuerte caía sobre la figura del hombre del espejo, pero iba disminuyendo hacia los lados hasta desaparecer totalmente.

Se quedaron mirando la fotografía un buen rato. Finalmente a Erlendur le pareció distinguir algo en la oscuridad, a la izquierda del fotógrafo. Podría ser la forma de un objeto o incluso el perfil de alguien. Unas cejas y una nariz. Sólo era una sensación, pero se percibía una desigualdad en la oscuridad, unas pequeñas sombras que despertaron la imaginación de Erlendur.

—¿Podemos aumentar esta zona? —le preguntó a Ragnar, que miraba la misma imagen sin distinguir nada.

Sigurdur Óli cogió la foto y la miró detenidamente, pero tampoco vio nada de lo que Erlendur creía haber distinguido.

—Lo hacemos en un momento —dijo Ragnar.

Le siguieron hasta la sala de los técnicos.

—¿Hay huellas digitales en los negativos? —preguntó Sigurdur Óli.

—Sí —respondió Ragnar—, hay dos. Las mismas que había en la fotografía del cementerio. Las de Grétar y Holberg.

Pasaron la fotografía por un escáner y la imagen apareció en una pantalla grande de ordenador. Ampliaron la zona en cuestión. Lo que inicialmente parecía una sombra desigual se convirtió en innumerables puntos que ocuparon toda la pantalla. No podían distinguir nada de la fotografía, incluso Erlendur ya no veía lo que creía haber visto antes. El técnico seguía trabajando con el teclado mientras la imagen se reducía y comprimía. Los puntos iban juntándose hasta que poco a poco se fue formando una cara de hombre. Era muy poco definida, pero Erlendur creyó reconocer la cara de Holberg.

—¿No es éste el animal? —exclamó Sigurdur Óli.

—Se puede ajustar algo más —dijo el técnico, definiendo mejor la imagen.

Pronto se distinguieron unas ondas que hicieron pensar a Erlendur en una melena femenina, y luego apareció otro perfil muy débil. Erlendur miró la imagen fijamente hasta que de pronto se imaginó ver a Holberg hablando con una mujer. En ese momento tuvo una extraña alucinación. Sintió ganas de advertir a gritos a la mujer que saliese de inmediato de esa casa, pero a la vez comprendió que era demasiado tarde. Habían pasado muchos años.

Entonces sonó un teléfono, pero nadie se movió. Erlendur pensó que era el teléfono del escritorio.

—Es el tuyo —le dijo Sigurdur Óli.

Erlendur tardó un rato en encontrar su móvil, pero finalmente lo sacó del fondo de uno de sus bolsillos.

Era Elinborg.

—¿Qué haces, holgazán? —dijo ella cuando por fin contestó.

—Ve al grano —repuso Erlendur.

—¿Al grano? ¿Qué pasa, estás estresado?

—¿Por qué no me dices de una vez para qué llamas?

—Es acerca de los chicos de Katrín, o de sus hombres, porque ya son todos adultos —dijo Elinborg.

—¿Qué pasa con ellos?

—Seguramente son todos unas personas estupendas, si bien uno de ellos trabaja en un sitio muy, pero que muy especial. Pensé que deberías saberlo cuanto antes; aunque si estás tan estresado y tan tremendamente ocupado y no tienes ganas de hablar, llamaré a Sigurdur Óli.

—Elinborg.

—¿Qué, cariño mío?

—¡Por Dios, mujer! ¿Me vas a decir de una vez lo que ibas a decirme? —gritó Erlendur mirando a Sigurdur Óli.

—Uno de los hijos trabaja para el Centro de Secuenciación Genética —dijo Elinborg.

—¿Secuenciación? ¿Qué hijo?

—El pequeño. Trabaja con una nueva base de datos. Árboles genealógicos y enfermedades, familias islandesas y enfermedades hereditarias. El hombre es especialista en enfermedades hereditarias islandesas.

Capítulo 35

Erlendur llegó muy tarde a casa. Decidió que por la mañana temprano iría a hablar con Katrín y le expondría sus sospechas. Confiaba en encontrar pronto al hijo. En caso de que la búsqueda se alargase, se corría el peligro de que la prensa se enterase, y Erlendur quería evitar eso a toda costa.

Eva Lind no estaba en casa. La cocina estaba recogida y Erlendur metió en el microondas una de las dos raciones de comida que había comprado y apretó el START. El gesto le recordó la noche que Eva Lind llegó a casa y le encontró precisamente manipulando el microondas. Fue cuando le contó que esperaba un hijo. Tenía la impresión de que había pasado por lo menos un año desde que ella se sentara frente a frente y le pidiera dinero a la vez que esquivaba sus preguntas. Sin embargo, sólo habían pasado unos pocos días. Antes no solía soñar, pero ahora tenía pesadillas por las noches. Cuando se despertaba sólo se acordaba de pequeños fragmentos de sus sueños, si bien no se libraba de una sensación desagradable. Tampoco mejoraba mucho las cosas el dolor en el pecho, que le molestaba cada vez con más frecuencia, un dolor que no desaparecía por mucho que se frotara.

Pensó en Eva Lind y el niño, pensó en Kolbrún y Audur, en Elín, en Katrín y sus hijos, en Holberg, Grétar, y Ellidi en la cárcel. También pensó en la novia de Gardabaer y su padre, pensó en sí mismo y en sus hijos, en su hijo Sindri Snaer, al que casi nunca veía, y en Eva, que recurría a él con sus problemas y a la que abrumaba a broncas cuando no le gustaba su comportamiento. Ella tenía razón: ¿con qué derecho la regañaba?

Pensó en las madres y las hijas, padres e hijos, madres e hijos, padres e hijas y en los niños que nacían y a los que nadie quería y en los niños que se morían en esta pequeña comunidad, Islandia, donde de alguna manera todo el mundo parecía estar relacionado.

Si Holberg era el padre del hijo pequeño de Katrín, ¿habría éste matado a su padre? ¿Sabía que Holberg era su padre? ¿Cómo lo había descubierto? ¿Se lo habría dicho Katrín? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Lo había sabido siempre? ¿Sabía lo de la violación? ¿Le había contado Katrín que había sido concebido durante la violación de Holberg? ¿Qué clase de sentimiento le causaría eso? ¿Qué se siente al enterarse uno de que no es quien creía ser, de que el padre de uno no es el padre de uno y que uno no es hijo de su padre, sino de un hombre que no sabía que existía, de un hombre que empleó la fuerza y violó?

«¿Cómo debe de ser eso? —pensó Erlendur—. ¿Cómo se asume algo así? ¿Se va en busca del padre para matarlo? ¿Y luego se deja una nota que dice: yo soy él?»

Si Katrín no le contó a su hijo lo de Holberg, ¿cómo descubrió la verdad? Erlendur le dio vueltas a esta pregunta una y otra vez. Cuanto más pensaba en ello,

más le venía a la cabeza el árbol de los mensajes de Gardabaer. Sólo había una manera de que el hijo se enterara de la verdad y Erlendur tenía la intención de investigarla al día siguiente.

¿Y qué fue lo que vio Grétar? ¿Por qué tuvo que morir? ¿Estaba chantajeando a Holberg? ¿Sabía lo de las violaciones e iba a contarlo? ¿Hizo fotos de Holberg? ¿Quién era la mujer que estaba con Holberg en la foto? ¿Cuándo se tomó esa foto? Grétar desapareció en el verano de la fiesta de la República, así que la foto fue tomada antes. Erlendur se preguntaba si habría otras víctimas de Holberg que nunca se habían dado a conocer.

Oyó una llave en la cerradura de la puerta y se levantó. Eva Lind llegaba a casa.

—Me encontré con la novia y la acompañé a Gardabaer —explicó cuando Erlendur salió de la cocina—. Le dijo al sinvergüenza de su padre que lo iba a denunciar por todos los años que estuvo abusando de ella. Su madre sufrió una crisis nerviosa. Luego nos marchamos.

—¿A casa del marido?

—Sí, al pequeño y precioso apartamento que tienen —dijo Eva Lind quitándose los zapatos—. Parecía que se iba a enfadar, pero al oír la explicación se tranquilizó.

—¿Se lo tomó bien? —preguntó Erlendur.

—Es un buen tío. Cuando me marché se estaba preparando para ir a Gardabaer a hablar con el viejo.

—¿Ah, sí?

—¿Tú crees que servirá de algo denunciar al bicho ese? —preguntó Eva Lind.

—Es un asunto complicado. Los hombres siempre lo niegan todo y suelen salirse con la suya. Puede que dependa de lo que diga la madre. Tal vez debería ir a un centro de asistencia a la mujer. Y tú, ¿qué? ¿Qué me cuentas de ti?

—Todo bien —dijo Eva Lind.

—¿Has pensado en hacerte una resonancia magnética, o cómo se llame? —preguntó Erlendur—. Podría acompañarte.

—Cuando llegue el momento —contestó ella.

—¿Sí?

—Sí.

—Bien —dijo Erlendur.

—¿Qué has estado trajinando? —preguntó Eva Lind, y metió su porción de comida en el microondas.

—Últimamente sólo pienso en niños —repuso Erlendur—. Y en árboles de mensajes, que son como una especie de árbol familiar; guardan toda clase de sorpresas, sólo que hace falta saber qué tenemos que buscar. También pienso en la manía de coleccionar cosas. ¿Te acuerdas de cómo es la *Canción del presente*?

Eva Lind miró a su padre. Él sabía que ella estaba al día en cuanto a música.

—¿Quieres decir aquella que dice: «El presente es una jaca...»? —respondió Eva.
— ... de cabezón revuelto —continuó Erlendur.
—Un corazón escarchado...
—... y un cerebro que anda suelto —terminó Erlendur.
Se puso el sombrero y dijo que no tardaría mucho en volver

Capítulo 36

El médico estaba esperando la visita de Erlendur esa noche, ya que Hanna le había avisado. Vivía en una casa señorial en el centro del cercano pueblo de Hafnarfjordur y recibió a Erlendur en la puerta. Un hombre agradable y cortés, de unos sesenta años, bajo, totalmente calvo, algo gordo y de mejillas sonrosadas. Llevaba una bata de estar por casa. «Un hombre hedonista», pensó Erlendur.

Erlendur entró en el salón de la casa, se sentó en un gran sofá de cuero, de color granate, y declinó la oferta de una bebida alcohólica. El médico se sentó frente a él en un sillón, esperando que le explicara la razón de su visita. Erlendur miró a su alrededor y dejó vagar la vista por el espacioso salón lleno de cuadros y objetos de arte. Quería saber si aquel hombre vivía solo. Se lo preguntó.

—Siempre he vivido solo —dijo el médico—. Estoy a gusto así y siempre lo he estado. Dicen que los hombres, cuando llegan a mi edad, suelen arrepentirse de no haber formado una familia y no haber tenido hijos. Mis colegas agitan las fotografías de sus nietos adultos delante de todo el mundo, pero a mí nunca me interesó formar una familia. Nunca me han gustado los niños.

Era la cordialidad en persona, hablador y amable como si fuera un amigo íntimo. Parecía sentirse orgulloso de su propia simpatía. A Erlendur le dejó indiferente.

—Pero te interesan los órganos vitales dentro de un tarro —dijo bruscamente. El médico no se alteró lo más mínimo.

—Hanna me contó que estabas algo irritado —repuso—. No entiendo por qué tienes que enfadarte. No estoy haciendo nada ilegal. Sí, tengo una pequeña colección de órganos. La mayoría están guardados en frascos con formalina. Los tengo aquí en casa. Los iban a destruir, así que los cogí y me los traje aquí. También guardo algunas muestras de tejidos.

El médico se calló.

—Supongo que querrás saber por qué —siguió después de un momento de silencio.

Erlendur sacudió la cabeza negativamente.

—Lo que quería preguntarte es muy simple: ¿cuántos órganos has robado? Pero a eso llegaremos enseguida.

—No he robado ningún órgano —dijo el médico frotándose la calvicie con suavidad—. No entiendo tu antipatía. ¿Te importa si me sirvo una copita de jerez?

Erlendur esperó mientras el médico se servía el jerez y tomaba un sorbo con cara de satisfacción. El médico se dirigió a un pequeño mueble bar y se sirvió una copita, le ofreció otra a él, pero Erlendur declinó la oferta y esperó mientras el médico tomaba con sus gruesos labios un pequeño sorbo y su cara dejaba traslucir su satisfacción.

—Generalmente, la gente no piensa en esas cosas, como es normal. En nuestro mundo, todo lo que está muerto es inútil, y un cuerpo humano muerto también lo es. Mostrar algún tipo de sentimentalismo es innecesario. El alma ya no está. Sólo queda la cáscara, y la cáscara no es nada. Tienes que verlo desde el punto de vista médico. El cuerpo no es nada, ¿entiendes?

—Evidentemente sí es algo para ti. Coleccionas partes del cuerpo humano.

—En el extranjero, los hospitales suelen comprar órganos para la enseñanza —siguió el médico—. Pero eso no se acostumbra a hacer aquí. Aquí siempre hay que pedir permiso para practicar la autopsia y algunas veces se solicita la conformidad de los familiares para sustraer algún órgano, aunque ese órgano tal vez no sea la causa de la muerte en cuestión. A veces se deniega y otras veces se consiente. Normalmente se trata de personas mayores. Nadie roba órganos.

—Pero no siempre ha sido así —dijo Erlendur.

—No sé cómo se hacía antiguamente. Sin duda entonces no había tanto control como ahora. No tengo ni idea. No sé qué te he hecho yo para que muestres tanta indignación. ¿Te acuerdas de la noticia sobre los franceses? Una fábrica de coches que utilizaba cuerpos humanos para sus pruebas de choques, también cuerpos de niños. Puedes indignarte por eso. Los órganos se compran y se venden en todo el mundo. Incluso se asesina a gente para conseguir sus órganos. Lo que yo he coleccionado no es ningún crimen.

—Pero ¿para qué? ¿Qué haces con eso? —preguntó Erlendur.

—Investigo, claro —dijo el médico, y tomó un sorbo de jerez—. Miro por el microscopio. ¿Qué suelen hacer los coleccionistas? Los filatélicos miran el franqueo de correos. Los bibliófilos miran el año de la edición. Los astrónomos tienen el universo delante de sus ojos y se dejan impresionar por esos tamaños increíbles. Yo miro mi mundo microscópico muy a menudo.

—¿Así que tu hobby es la investigación? ¿Tienes suficientes medios para investigar las muestras y órganos que coleccionas?

—Sí.

—¿Aquí en casa?

—Sí. Si las muestras están bien conservadas pueden volverse a analizar. Cuando te llega una nueva información acerca de algo o si te interesa buscar un aspecto concreto en particular, siempre puedes volver a examinarlas. Son perfectamente aptas para la investigación.

El médico se quedó callado un momento.

—¿Estás preguntándote por lo de Audur? —dijo al fin.

—¿La conoces? —preguntó Erlendur asombrado.

—Sabes que si no le hubieran hecho la autopsia y no le hubieran sacado el cerebro nunca se habría podido averiguar la causa de su muerte. Eso lo sabes. Ha

estado enterrada demasiado tiempo. No habría sido posible investigar su cerebro después de más de treinta años bajo tierra. De esa manera, lo que te ha parecido tan repugnante probablemente resultará ser tu tabla de salvación. Supongo que te das cuenta de ello.

El médico se quedó pensativo.

—¿Has oído hablar de Luis XVII? Era el hijo de Luis XVI y de María Antonieta. Lo encarcelaron durante la revolución y le quitaron la vida cuando tenía diez años.

—¿A quién?

—A Luis XVII.

—¿Luis?

—Hace poco más de un año oí en las noticias que científicos franceses habían descubierto que no se había escapado de la cárcel como se creía, sino que murió allí. ¿Sabes cómo lo descubrieron?

—No sé de qué me estás hablando —dijo Erlendur.

—En su momento le sacaron el corazón y lo guardaron en formalina. Ahora los científicos han podido hacer la prueba del ADN y descubrir que unos que afirmaban ser familiares, en realidad no eran tales. Su parentesco con la familia real estaba basado en mentiras. Ninguno de ellos estaba emparentado con el príncipe. ¿Sabes cuándo murió el pequeño Luis?

—No.

—Hace más de doscientos años. En 1795. La formalina es un líquido extraordinario.

Erlendur pensó en las palabras del médico.

—¿Qué sabes acerca de Audur? —preguntó.

—Algunas cosas.

—¿Cómo llegó la muestra a tus manos?

—A través de una tercera persona —dijo el médico—. Creo que no voy a entrar en eso.

—¿De la Ciudad de Tarros?

—Sí.

—¿La Ciudad de Tarros fue a parar a tus manos?

—Una parte. No hace falta que sigas hablándome como si fuera un criminal.

Erlendur se quedó pensativo.

—¿Has encontrado la causa de su muerte?

El médico miró a Erlendur y tomó otro sorbo de jerez.

—Pues sí —dijo—. Siempre me ha gustado más la investigación que el servicio médico. Mi manía coleccionista me ha permitido dedicarme a las dos cosas, aunque de manera limitada.

—En el informe judicial de Keflavík sólo se habla de un tumor, pero sin más

detalles.

—Vi ese informe. Es muy defectuoso, siempre fue un informe provisional. Como te digo, yo lo he investigado más a fondo y pienso que tengo respuestas para algunas de tus preguntas.

Erlendur se inclinó hacia delante en su sillón.

—¿Y?

—Enfermedad hereditaria. Se manifiesta en algunas de las familias de este país. Este caso era complicado y, a pesar de que le dediqué una investigación minuciosa, tardé en estar seguro de los resultados. Finalmente, me pareció que lo más probable era que el tumor fuera originado por una enfermedad hereditaria llamada neurofibromatosis. Supongo que no habrás oído hablar de ella. Los síntomas de la enfermedad no tienen por qué ser evidentes. En algunos casos, el enfermo puede morir sin haber notado ningún síntoma de la dolencia. Son los portadores pasivos. Lo más frecuente, sin embargo, es que los síntomas se hagan evidentes pronto y se manifiesten principalmente con manchas por el cuerpo y pequeños tumores cutáneos.

El médico bebió otro trago de jerez.

—Los de Keflavík no mencionaron nada de eso en el informe, pero creo que tampoco sabían qué tenían que buscar.

—A los familiares les hablaron de manchas cutáneas.

—¿Sí? Los diagnósticos no siempre son certeros.

—¿Esta enfermedad se transmite de padre a hija?

—Es posible. Pero la herencia no se limita a eso. Pueden portarla y heredarla individuos de ambos sexos. Hay quien dice que el Hombre Elefante padecía una variante de esta enfermedad. ¿Viste la película?

—No —contestó Erlendur.

—A veces los huesos se desarrollan demasiado y causan deformaciones, como en el caso del Hombre Elefante, aunque otros sostengan que esa enfermedad no tiene nada que ver con este caso. Pero esa es otra historia.

—¿Por qué empezaste a investigar precisamente esa enfermedad? —le interrumpió Erlendur.

—Las enfermedades cerebrales son mi especialidad —dijo el médico—. Esa niña es uno de mis casos más notables. Estudié todos los informes que había sobre ella. No eran muy exactos. El médico que la atendió era bastante mediocre, un alcohólico, según me han dicho. En su informe mencionó tuberculosis súbita en la cabeza, una descripción que fue utilizada antiguamente cuando se daban casos parecidos. Empecé a investigar desde ese punto de vista. El informe judicial tampoco era muy exacto, como ya hemos dicho. Encontraron el tumor y eso les bastó.

El médico se levantó y se dirigió a una gran librería que había en el salón. Sacó una revista y se la dio a Erlendur.

—No estoy seguro de que vayas a entender todo lo que dice, pero escribí un artículo breve sobre mis investigaciones en una conocida revista médica americana.

—¿Has escrito un artículo científico sobre Audur? —preguntó Erlendur.

—Audur nos ha ayudado a entender mejor la enfermedad. Ha significado mucho para mí y para la ciencia médica. Espero que eso no te decepcione.

—El padre de la niña podría ser portador —dijo Erlendur que aún no había digerido todo lo que el médico le acababa de contar—. Y le transmite la enfermedad a su hija. Si hubiera tenido un hijo, también se la habría transmitido, ¿no?

—No tiene por qué desarrollarse necesariamente en el hijo, pero podría ser portador como su padre —explicó el médico.

—¿Así qué?

—Si el hijo tiene hijos, ellos podrían desarrollar la enfermedad.

Erlendur meditó sobre el asunto.

—Tendrías que hablar con los del Centro de Secuenciación Genética. Ellos tienen las respuestas a las cuestiones genéticas.

—¿Qué? —exclamó Erlendur.

—Que hables con el Centro de Secuenciación Genética. Esa es nuestra moderna Ciudad de Tarros. Tienen todas las respuestas. ¿Qué pasa? ¿Por qué te sobresaltas? ¿Conoces a alguien allí?

—No, pero pronto conoceré a una persona —dijo Erlendur.

—¿Quieres ver a Audur? —preguntó el médico.

Al principio Erlendur no entendió lo que quería decir el médico.

—¿Quieres decir...?

—Tengo un pequeño laboratorio aquí abajo. Te invito a verlo.

Erlendur vaciló.

—De acuerdo —dijo después de un rato.

Se levantaron y Erlendur siguió al médico por una estrecha escalera. El médico encendió una luz y apareció un pequeño laboratorio blanco, plagado de microscopios, ordenadores, frascos para experimentos y equipos diversos que Erlendur no sabía para qué servían.

Se acordó de un comentario sobre un coleccionista que había leído en un libro. Los coleccionistas se crean un mundo. Se crean un pequeño mundo, eligen ciertos símbolos del mundo real y los convierten en habitantes de su mundo particular. Holberg también era coleccionista. Su colección era pornográfica. Con la pornografía construyó su mundo particular, igual que hizo el médico con los órganos.

—Aquí está —dijo el médico.

Se dirigió a un antiguo armario de madera, lo único en la habitación que no concordaba con el entorno pasteurizado. Abrió el armario y sacó un frasco cerrado. Lo depositó con cuidado sobre una mesa y bajo la luz fluorescente Erlendur pudo ver

un pequeño cerebro infantil flotando en una solución turbia de formalina.

Cuando se marchó de la casa del médico, llevaba una pequeña cartera negra que contenía los restos mortales de Audur. Pensaba en la Ciudad de Tarros mientras conducía por las desiertas calles hacia su casa. Llegó a la conclusión de que no le gustaría que alguna parte de su propio cuerpo fuera a parar algún día a un frasco de un laboratorio. Seguía lloviendo cuando aparcó delante de su edificio. Apagó el motor, encendió un cigarrillo y se quedó contemplando la oscuridad de la noche.

Miró la cartera negra en el asiento, a su lado.

Iba a devolver a Audur al lugar que le correspondía.

Capítulo 37

Los agentes de policía que vigilaban la casa de Katrín observaron que a medianoche Albert salía de la vivienda, cerraba la puerta de golpe, se metía en su coche y desaparecía. Aparentaba tener mucha prisa y parecía que llevaba la misma maleta de antes, cuando llegó de su viaje esa misma tarde. Éste fue el único movimiento que hubo esa noche y Katrín no aparecía por ninguna parte.

Los agentes dieron instrucciones a un coche camuflado que estaba estacionado en la vecindad y siguieron al vehículo de Albert hasta el Hotel Esja, donde reservó una habitación.

Erlendur se presentó delante de la casa de Katrín a las ocho de la mañana siguiente. Elinborg iba con él. Seguía lloviendo. Hacía varios días que no se veía el sol. Llamaron tres veces al timbre antes de oír pasos al otro lado. Katrín abrió la puerta. Elinborg observó que llevaba la misma ropa que el día anterior y era evidente que había llorado. Tenía un aspecto abatido y los ojos, rojos e hinchados.

—Perdonadme —dijo Katrín algo confusa—, debo de haberme quedado dormida en el sillón. ¿Qué hora es?

—¿Podemos entrar? —preguntó Erlendur.

—Nunca le había contado a Albert lo que pasó —dijo Katrín, y se metió dentro de la casa sin invitarlos a entrar.

Erlendur y Elinborg se cruzaron una mirada y entraron detrás de ella.

—Me dejó anoche —añadió la mujer—. ¿Qué hora debe de ser? Creo que he dormido en el sillón. Albert se enfadó tanto... nunca lo había visto tan enfadado.

—¿Puedes llamar a alguien de tu familia? —preguntó Elinborg—. ¿Alguien que pueda venir a hacerte compañía? ¿Tus hijos?

—No, seguramente Albert volverá y todo se arreglará. No quiero molestar a los chicos. Todo se arreglará. Albert volverá.

—¿Por qué se enfadó tanto? —preguntó Erlendur.

Katrín se había sentado en el sofá. Erlendur y Elinborg se sentaron frente a ella tal como lo habían hecho la vez anterior.

—Estaba furioso. Normalmente es un hombre tranquilo. Albert es un buen hombre y siempre me ha tratado muy bien. Nuestro matrimonio ha funcionado muy bien. Siempre hemos sido felices.

—Quizá prefieres que volvamos más tarde —dijo Elinborg.

Erlendur le dirigió una mirada cortante.

—No —repuso Katrín—, no pasa nada, todo se arreglará. Albert volverá. Sólo necesita recuperarse. ¡Dios mío, qué difícil es esto! Me dijo que tendría que habérselo dicho al principio. No podía entender cómo pude guardármelo en secreto durante todo este tiempo. Me gritó.

Katrín les miró.

—Nunca me había gritado hasta ahora.

—Voy a llamar a un médico —dijo Elinborg, y se levantó.

Erlendur no podía creerlo.

—No, no hace falta. Estoy bien —rechazó Katrín—. Sólo estoy un poco confusa después de dormir aquí. Todo va bien. Siéntate, por favor; no pasa nada.

—¿Qué le dijiste a Albert? ¿Le explicaste lo de la violación? —preguntó Erlendur.

—He tenido ganas de explicárselo todos estos años, pero nunca he sido capaz. Nunca se lo he contado a nadie. He intentado olvidarlo, como si no hubiera pasado. Ha sido difícil, aunque de alguna manera he podido aguantar. Entonces aparecéis vosotros y tengo que contar todo. En cierto modo ha sido un alivio. Ha sido como liberarme de una pesada carga. He podido sacármelo todo de encima y eso es lo mejor que se puede hacer. Incluso después de tanto tiempo.

Katrín se calló.

—¿Se enfadó porque no le habías dicho lo de la violación? —preguntó Erlendur de nuevo.

—Sí.

—¿No entendía tu punto de vista? —inquirió Elinborg.

—Dijo que tenía que habérselo contado cuando ocurrió. Y lo comprendo, por supuesto. Dijo que siempre había sido sincero conmigo y que no se merecía esto.

—Pero no lo veo del todo claro —terció Erlendur—. Tengo la sensación de que Albert es una persona fuerte. Creía que su reacción sería intentar ayudarte y apoyarte. No marcharse corriendo.

—Lo sé —dijo Katrín—. Quizá no supe explicárselo correctamente.

—¿Explicárselo correctamente? —exclamó Elinborg sin intentar ocultar su indignación—. ¿Cómo se puede explicar una cosa así correctamente?

Katrín sacudió la cabeza.

—No lo sé. Os lo juro, no lo sé.

—¿Le dijiste toda la verdad? —preguntó Erlendur.

—Le dije lo mismo que os conté a vosotros.

—¿Y nada más?

—No —respondió Katrín.

—¿Sólo lo de la violación?

—¡Sólo! —repitió Katrín—. ¡Sólo! Como si no bastara con eso. Como si no le bastara con oír que me violaron y que nunca se lo dije. ¿No es suficiente?

No dijeron nada.

—¿Así que no le contaste nada acerca de vuestro hijo pequeño? —preguntó Erlendur finalmente.

Katrín le miró y de pronto se puso en guardia.

—¿Qué pasa con nuestro hijo pequeño? —murmuró.

—Le pusiste el nombre de Einar —dijo Erlendur, que había leído la información sobre la familia recabada por Elinborg el día anterior.

—¿Y qué pasa con Einar?

Erlendur la miró.

—¿Qué pasa con Einar? —repitió Katrín.

—Es tu hijo —dijo Erlendur—. Pero no es hijo de su padre.

—¿Qué dices? ¿No es hijo de su padre? ¡Claro que es hijo de su padre! ¿Quién no es hijo de su padre?

—Perdona. No me he explicado bien. No es hijo del padre que pensaba que el hijo era suyo —dijo Erlendur tranquilamente—. Es hijo de tu violador. Es hijo de Holberg. ¿Se lo contaste a tu marido? ¿Fue por eso por lo que se marchó?

Katrín no dijo nada.

—¿Le dijiste toda la verdad?

Katrín miró a Erlendur. Él pensaba que aún se resistiría a hablar. Pasaron un buen rato en silencio y entonces Erlendur vio cómo ella empezaba a rendirse. Bajó los hombros, cerró los ojos, hundió el cuerpo en el sofá y rompió a llorar. Elinborg miró a Erlendur con enfado, pero éste seguía observando a Katrín, esperando a que se recuperara un poco.

—¿Le contaste lo de Einar? —preguntó finalmente cuando le pareció que se había tranquilizado.

—No podía creérselo —dijo ella—. No quería creer que Einar no fuera hijo suyo. Siempre han tenido una relación especial. Desde que Einar nació, Albert quiere a sus otros dos hijos, por supuesto, pero Einar es su favorito. Desde que nació. Es el hijo pequeño y Albert siempre lo ha mimado.

Katrín se quedó callada.

—Tal vez por eso nunca le dije nada —añadió luego—. Sabía que Albert no lo soportaría. Pasaron los años y yo hice como si nada hubiera ocurrido. Me iba bien. Holberg me había herido y tenía que esperar a que esa herida cicatrizara y se fuera curando poco a poco. ¿Por qué iba a dejar que Holberg destruyera nuestra vida matrimonial? Ésa era mi manera de superar el horror.

—¿Sabías a ciencia cierta que Einar era hijo de Holberg? —preguntó Elinborg.

—Podía ser hijo de Albert —repuso Katrín.

—Reconocías el parecido —dijo Erlendur.

Katrín le dirigió una mirada.

—¿Cómo es que lo sabes todo? —preguntó.

—Se parece mucho a Holberg, ¿no es así? —dijo Erlendur—. A Holberg cuando era joven. Una mujer vio a Einar en Keflavík y pensó que se trataba del mismo

Holberg.

—Hay un cierto parecido, sí.

—Si nunca dijiste nada a tu hijo y tu marido no sabía nada, ¿por qué de repente ahora se produce esa confrontación entre Albert y tú? ¿Qué fue lo que la inició?

—¿Qué mujer en Keflavík? —dijo Katrín—. ¿Qué mujer de Keflavík conocía a Holberg? ¿Holberg vivía allí con una mujer?

—No —respondió Erlendur, mientras pensaba en si debía contarle la historia de Kolbrún y Audur.

Sabía que Katrín se enteraría de lo sucedido antes o después y en realidad no vio ninguna razón para no decírselo ahora. Anteriormente ya le había explicado lo de la violación en Keflavík, por eso le dijo el nombre de la víctima de Holberg y también le informó del nacimiento de Audur y que la niña había muerto, de una grave enfermedad. Le dijo cómo y dónde habían encontrado la fotografía de la lápida y cómo les había llevado hasta Keflavík y luego hasta Einar. También le contó el trato que recibió Kolbrún cuando decidió a denunciar a su agresor.

Katrín escuchó el relato con mucha atención. Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando Erlendur explicó lo de la muerte de Audur. Además le habló de Grétar, el hombre de la cámara de fotos que ella había visto en compañía de Holberg, y de cómo había desaparecido sin dejar rastro hacía muchos años, hasta ser encontrado debajo del hormigón del suelo, en el sótano de Holberg.

—¿De ahí el revuelo en Las Marismas que han comentado en las noticias? —preguntó Katrín.

Erlendur asintió con la cabeza.

—No sabía que Holberg había violado a otras mujeres —dijo Katrín—. Pensaba que yo era la única.

—Sólo conocemos dos casos —declaró Erlendur—. Podría haber más. Posiblemente nunca se sepa.

—Entonces Audur era hermanastra de Einar —comentó Katrín pensativa—. Pobrecita.

—¿Seguro que no habías oído hablar de Audur? —preguntó Erlendur.

—Sí, seguro —respondió ella—. No tenía ni idea.

—Einar sabe lo de Audur. Encontró a Elín en Keflavík —dijo Erlendur.

Katrín no contestó. Erlendur decidió repetir la pregunta.

—Si tu hijo no sabía nada y nunca le dijiste nada a tu marido, ¿cómo es que tu hijo ha descubierto la verdad?

—No lo sé —insistió Katrín—. Espera, dime una cosa. ¿Cómo murió la pobre niña?

—¿Sabes que se sospecha que tu hijo es culpable del asesinato de Holberg? —dijo Erlendur sin contestar su pregunta.

Había procurado utilizar las palabras adecuadas para expresar lo que tenía que decir de la manera más suave. Vio a Katrín muy tranquila, como si no la hubiera sorprendido el hecho de que su hijo fuera sospechoso de asesinato.

—Mi hijo no es ningún asesino —dijo ella con calma—. No sería capaz de matar a nadie.

—Es muy probable que golpeará a Holberg en la cabeza con un cenicero. Quizá sin intención de matarlo. Probablemente lo hizo en un ataque de ira. Nos dejó un mensaje en el que ponía: «Yo soy él». ¿Entiendes lo que eso significa?

Katrín no dijo nada.

—¿Sabía que Holberg era su padre? ¿Sabía lo que Holberg te había hecho? ¿Fue a buscar a su padre? ¿Conocía a Audur y a Elín? ¿Cómo?

Katrín había bajado la mirada.

—¿Dónde está tu hijo ahora? —preguntó Elinborg.

—No lo sé —dijo Katrín en voz baja—. No sé nada de él desde hace unos días.

Miró a Erlendur.

—De repente descubrió lo de Holberg. Era consciente de que había algo que no encajaba. Se enteró en la empresa donde trabajaba. Dijo que ya no se podían esconder los secretos. Dijo que todo estaba en la base de datos.

Capítulo 38

Erlendur miró a Katrín.

—¿Así es como se enteró de quién era su verdadero padre? —preguntó.

—Descubrió que no podía ser hijo de su padre —dijo Katrín.

—¿Cómo? —inquirió Erlendur—. ¿Qué era lo que buscaba? ¿Por qué se investigaba a sí mismo en la base de datos? ¿Fue por casualidad?

—No, no fue por ninguna casualidad —respondió Katrín.

Elinborg ya había escuchado bastante. Quería terminar el interrogatorio y dejar a Katrín tranquila. Se levantó diciendo que iba a por un vaso de agua y le indicó a Erlendur que la siguiera. Él fue con ella hasta la cocina. Una vez allí, Elinborg le hizo ver que todo aquello era un calvario para la mujer y que deberían dejarla tranquila por ahora. También le dijo que su obligación era comunicarle que tenía derecho a un abogado antes de que les confesase nada más. De momento deberían interrumpir el interrogatorio para retomarlo más tarde, y tendrían que hablar con algún familiar para pedirle que enviase a alguien que hiciera compañía a la mujer. Erlendur le contestó que Katrín no estaba arrestada, que no era sospechosa de nada y que eso no era un interrogatorio formal sino sólo unas cuantas preguntas para obtener información. Que Katrín estaba muy dispuesta a colaborar en ese momento y que por lo tanto deberían continuar.

Elinborg sacudió negativamente la cabeza.

—Hay que martillear el hierro mientras está ardiendo —dijo Erlendur.

—¡Pero qué dices! —susurró Elinborg.

Katrín apareció en la puerta preguntando si no iban a seguir hablando. Estaba dispuesta a decirles la verdad y a no esconder nada.

—Quiero que todo esto termine de una vez —dijo.

Elinborg le preguntó si quería llamar a un abogado, pero Katrín declinó la oferta.

Dijo no conocer a ninguno, que nunca había necesitado un abogado y que no sabría cómo encontrar uno ahora.

Erlendur le dijo a Katrín que, si le parecía bien, continuarían ahora. Elinborg le dirigió una mirada asesina. Cuando todos se hubieron sentado, Katrín se frotó las manos y empezó a hablar.

Albert se fue de viaje por la mañana. Se habían levantado muy temprano. Ella preparó el café. Una vez más hablaron de que deberían vender la casa y comprarse una vivienda más pequeña. Lo habían hablado muchas veces, pero hasta ahora no habían hecho nada al respecto. Quizá porque era un paso importante y quizá también porque eso les hacía recordar que ya se iban

haciendo mayores. No se sentían viejos pero les parecía prudente mudarse a una vivienda más pequeña. Albert dijo que hablaría con una inmobiliaria cuando volviese de su viaje. Luego se marchó en su jeep.

Ella volvió a echarse en la cama. Le quedaban dos horas para ir a trabajar, pero no pudo dormir. Dio vueltas en la cama hasta que dieron las ocho y tuvo que levantarse. Estaba en la cocina cuando oyó que Einar entraba en la casa. Tenía llaves.

Enseguida notó que estaba algo trastornado, pero no sabía por qué. Él le dijo que no había dormido en toda la noche. Había estado paseando arriba y abajo por la casa sin sentarse ni un momento para tomarse un respiro.

—Sabía que algo no cuadraba —dijo él mirando con enfado a su madre— ¡Siempre lo he sabido!

Ella no comprendía el motivo de su enfado.

—Sabía que había algo en este maldito asunto que no encajaba —repuso Einar, casi gritando.

—¿De qué hablas, cariño? —Katrín no sabía todavía por qué estaba tan alterado—. ¿Qué es lo que no cuadra?

—Abrí el código —dijo Einar—. Me salté las normas y abrí el código. Quería ver si la enfermedad es hereditaria y, efectivamente, es hereditaria, para que lo sepas. Está presente en algunas familias, pero no en la nuestra. No está en la familia de papá ni en la tuya. Por eso había algo que no cuadraba. ¿Entiendes? ¿Entiendes lo que te digo?

El móvil de Erlendur sonó impaciente en el bolsillo de su abrigo. Le pidió a Katrín que lo disculpara. Se fue a la cocina y contestó. Era Sigurdur Óli.

—La vieja de Keflavík te anda buscando —le dijo sin preámbulos.

—¿La vieja? ¿Te refieres a Elín?

—Sí, a Elín.

—¿Has hablado con ella?

—Sí —contestó Sigurdur Óli—. Dijo que necesitaba hablar contigo sin demora.

—¿Sabes qué quiere?

—No me lo quiso decir. ¿Cómo os va?

—¿Le diste el número de mi móvil?

—No.

—Si vuelve a llamar, dale mi número —dijo Erlendur, y colgó. Katrín y Elinborg le esperaban en el salón—. Disculpa —le dijo a Katrín.

Ella siguió con su relato.

Einar paseaba inquieto por el salón. Katrín intentó tranquilizarle y

entender por qué estaba tan excitado. Se sentó y le pidió que tomara asiento a su lado, pero él no la escuchó. Seguía paseando sin parar, pasando una y otra vez por delante de ella. Katrín sabía que últimamente Einar había atravesado una temporada difícil, sobre todo a causa de su divorcio. Su mujer lo había dejado, decía que quería empezar una nueva vida.

—Dime qué es lo que te pasa —dijo ella.

—Muchas cosas, mamá, muchas cosas.

Luego vino la pregunta que ella había temido tantos años.

—¿Quién es mi padre? —preguntó su hijo, deteniéndose delante de ella—. ¿Quién es mi verdadero padre?

Ella le miró fijamente.

—No más secretos, mamá —le dijo.

—¿Qué has descubierto? —preguntó ella—. ¿Qué has estado haciendo?

—Sé quién no es mi padre —contestó él. Soltó una carcajada—. ¿Me escuchas? ¡Mi padre no es mi padre! Y si él no es mi padre, entonces ¿quién soy yo? ¿De dónde vengo? Mis hermanos de repente son hermanastros. ¿Por qué nunca me has contado nada? ¿Por qué me has mentado todo este tiempo? ¿Por qué?

Katrín le miró fijamente con lágrimas en los ojos.

—¿Engañaste a papá? —preguntó él—. Me lo puedes decir. No se lo diré a nadie. ¿Tuviste una aventura? Quedará entre nosotros dos, pero necesito oír la verdad. Tienes que decírmelo. ¿De dónde vengo?

Se quedó callado.

—¿Soy un hijo adoptivo? ¿Un huérfano? ¿Quién soy? ¿Mamá?

Katrín comenzó a llorar, sollozando hondamente. Einar se quedó mirando cómo lloraba y de repente se dio cuenta de lo que había hecho. Algo más tranquilo, se sentó a su lado y la abrazó. Se quedaron así un rato, en silencio, hasta que ella empezó a contarle lo de la fatídica noche en Húsavík, cuando su padre estaba de viaje y ella salió con sus amigas. Le contó lo de esos hombres que conocieron y que uno de ellos, Holberg, había entrado a la fuerza en su casa.

Einar la escuchó sin decir palabra.

Le contó cómo Holberg la había violado, cómo la había amenazado y cómo ella tomó la decisión de tener al hijo sin que nadie se enterara de lo que había pasado. Había decidido no decirles nada ni a él ni a su padre. Y no había habido ningún problema. Habían vivido felices. No había dejado que Holberg le robara la felicidad. No había dejado que Holberg destruyera a su familia.

Le contó que ella siempre había sabido que él era hijo del hombre que,

hacía ya bastante tiempo, la había violado. Sin embargo, eso nunca había influido en el amor que sentía por él y al mismo tiempo le confortaba saber que Albert sentía algo especial por él. Por lo tanto, Einar nunca había tenido que sufrir por lo que Holberg le había hecho a ella. Nunca.

Pasaron unos minutos mientras él digería lo que ella acababa de decirle.

—Perdona —dijo por fin—. No era mi intención enfadarme contigo. Es que pensaba que habrías tenido un amante y que yo era el fruto de esa relación. No se me ocurrió pensar que te habían violado.

—Claro que no se te ocurrió. ¿Cómo ibas a pensar en eso? No se lo había contado a nadie hasta ahora.

—También tendría que haber pensado en esa posibilidad —dijo él—. Pero no lo pensé. Perdóname. Seguro que has sufrido terriblemente todos estos años.

—No debes pensar en ello —repuso ella—. Tú no tienes por qué sufrir por lo que hizo Holberg.

—Ya he sufrido, mamá —dijo él—. He sufrido un dolor insoportable. Y no sólo yo. ¿Por qué no abortaste? ¿Qué te detuvo?

—Dios mío, no digas eso, Einar. No hables así.

Katrín dejó de hablar.

—¿Nunca pensaste en abortar? —preguntó Elinborg.

—Todo el tiempo. Siempre. Hasta que ya fue demasiado tarde. Lo pensé todos los días desde que supe que estaba embarazada. Incluso llegué a hablar con un médico, que me hizo una revisión y luego me aconsejó que no abortara. También cabía la posibilidad de que Albert fuera el padre. Supongo que ésa fue la razón por la cual decidí tener el hijo. Luego, tras el nacimiento, pasé por una fuerte depresión. No sé cómo lo llaman, pero ahora existe un nombre para la depresión que se sufre después de dar a luz. Me ingresaron en un sanatorio para seguir un tratamiento. Al cabo de tres meses ya estaba lo bastante recuperada para ocuparme de mi hijo, y desde entonces siempre lo he querido mucho.

Erlendur esperó un rato antes de seguir con el interrogatorio.

—¿Por qué empezó tu hijo a buscar una enfermedad concreta en la base de datos del Centro de Secuenciación Genética? —preguntó finalmente.

Katrín le miró.

—¿De qué murió esa chica en Keflavík? —inquirió.

—De un tumor cerebral —dijo Erlendur—. La enfermedad se llama neurofibromatosis.

Katrín suspiró con pesar y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿No lo sabes? —preguntó.

—¿Si no sé qué?

—Nuestra pequeña criatura se murió hace tres años —explicó Katrín—. Incomprensiblemente. Y de forma totalmente inesperada.

—¿Vuestra pequeña criatura? —preguntó Erlendur.

—Nuestro pequeño ángel —dijo Katrín—. La hija de Einar. Murió. Pobrecita niña preciosa.

Capítulo 39

Un silencio sepulcral inundó la casa.

Katrín tenía la cabeza inclinada. Elinborg la miraba. Luego, su mirada petrificada se dirigió a Erlendur. Erlendur pensó en Eva Lind. ¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Estaría en casa? Sintió una imperiosa necesidad de hablar con su hija. Sintió necesidad de abrazarla y no soltarla hasta haberle dicho lo mucho que la quería y lo que significaba para él.

—No me lo puedo creer —dijo Elinborg.

Erlendur la miró, luego miró a Katrín.

—Tu hijo es portador. ¿No es así? —preguntó.

—Ésa era la palabra que utilizaba —contestó Katrín—. Portador. Los dos lo son, él y Holberg. Dijo haberlo heredado de mi violador.

—Pero ellos no desarrollan la enfermedad —repuso Erlendur.

—Parece ser que son las mujeres las que enferman —dijo Katrín—. Los hombres son portadores, pero se pueden librar de los síntomas. O lo que sea. Sin embargo, parece que no hay pautas fijas, yo no lo entiendo bien. Mi hijo lo entiende. Intentó explicármelo, pero no lo comprendí del todo. Estaba muy alterado. Y yo también, claro.

—¿Y lo descubrió en la base de datos de genética que están creando? —quiso saber Erlendur.

Katrín asintió con la cabeza.

—No podía entender por qué nuestra querida niña había tenido esa enfermedad y por eso la buscaba insistentemente en la familia de Albert y en la mía. Habló con algunos parientes y no había quién le parara. Pensábamos que ésa era su manera de enfrentarse a la muerte de la niña. La incesante búsqueda de un motivo. Búsqueda de respuestas, cuando nosotros pensábamos que no las había. Él y Lara se separaron hace algún tiempo. No pudieron seguir viviendo juntos y decidieron separarse provisionalmente, aunque no veo que la cosa tenga arreglo.

Katrín se quedó callada.

—Y luego encontró la respuesta —añadió Erlendur.

—Estaba convencido de que Albert no era su padre. Dijo que eso era imposible si tenía en cuenta la información que había sacado de la base de datos. Por eso vino a mí. Pensó que yo había tenido un amante o que sería un hijo adoptivo.

—¿Encontró a Holberg en la base de datos?

—Creo que no. No hasta más adelante, cuando yo ya le había contado todo. Era una situación tan grotesca. ¡Tan absurda! Mi hijo había hecho una lista de sus posibles padres y Holberg estaba en ella. Podía seguir la pista de la enfermedad, a través de las familias, con la ayuda de la base de datos y del registro de familias. Fue

así como descubrió que no podía ser hijo de su padre. Era una desviación. Una variedad.

—¿Cuántos años tenía su hija?

—La niña tenía siete años cuando murió.

—Y fue un tumor cerebral lo que la mató, ¿no? —dijo Erlendur.

—Sí —afirmó Katrín.

—Sin duda fue el mismo tipo de tumor que tuvo Audur. Un tumor neurológico.

—Sí, es la misma enfermedad. La madre de Audur debió de sufrir muchísimo; primero Holberg y luego la muerte de su hija.

Erlendur vaciló un momento.

—Kolbrún, la madre de Audur, se suicidó tres años después de la muerte de la niña —dijo.

—Dios mío —suspiró Katrín.

—¿Dónde está tu hijo ahora? —preguntó Erlendur.

—No lo sé —contestó Katrín—. Me preocupa muchísimo que le ocurra algo. Lo está pasando tan mal el pobre chico. Tan horriblemente mal.

—¿Crees que tuvo algún contacto con Holberg?

—Lo ignoro. Sólo sé que no es ningún asesino. De eso estoy segura.

—¿Crees que se parece a su padre? —preguntó Erlendur mirando la fotografía de la primera comunión.

Katrín no contestó.

—¿Has notado algún parecido? —insistió Erlendur.

—Pero ¿qué te pasa, hombre? —murmuró Elinborg indignada—. ¿No crees que ya hay bastante?

—Perdóname —dijo Erlendur a Katrín—. Eso no está relacionado con la investigación. Sólo es simple curiosidad. Nos has ayudado mucho y si te sirve de consuelo te diré que dudo que haya una persona más entera y más fuerte que tú. No es fácil sobrellevar una carga así, en silencio, durante tantos años.

—No te preocupes —dijo Katrín a Elinborg—. ¡Los niños tienen tantas expresiones! Nunca advertí en él un parecido con Holberg. Nunca. Einar me dijo que no era culpa mía. Dijo que yo no tenía ninguna culpa de la muerte de nuestra niña.

Katrín se quedó callada un momento.

—¿Ahora qué le pasará a Einar? —preguntó a continuación.

Ya no se le notaba ninguna resistencia. No le quedaban mentiras. Sólo rendición.

—Tenemos que encontrarlo, hablar con él y escuchar sus explicaciones —dijo Erlendur.

Él y Elinborg se levantaron. Erlendur se puso el sombrero. Katrín se quedó sentada en el sofá.

—Si quieres puedo hablar con Albert —añadió Erlendur—. Se hospedó en el

Hotel Esja esta pasada noche. Hemos estado vigilando la casa desde ayer por si aparecía tu hijo. Puedo explicarle a Albert lo que está pasando. Se tranquilizará.

—Muchas gracias, pero ya le llamaré yo. Sé que volverá. Tenemos que estar unidos por nuestro hijo.

Levantó la vista.

—Es nuestro hijo —dijo—. Siempre será nuestro hijo.

Capítulo 40

Erlendur no esperaba que Einar estuviese en su casa. Vivía en un pequeño piso alquilado. Erlendur y Elinborg se fueron hacia allí en cuanto salieron de casa de Katrín. Era mediodía y había mucho tráfico. De camino, Erlendur le explicó por teléfono a Sigurdur Óli cómo estaban las cosas. Tendrían que poner anuncios en los medios de comunicación para encontrar a Einar. Era preciso conseguir una fotografía de él para acompañar un comunicado que harían público en prensa y televisión. Se citaron delante de la casa de Einar.

Cuando llegaron allí, Erlendur bajó del coche y Elinborg siguió su camino.

Al piso de Einar, que estaba en los bajos de un edificio de tres plantas, se entraba directamente desde la calle. Cuando llegó Sigurdur Óli, llamaron al timbre con insistencia, pero nadie abrió.

Llamaron a los timbres de los pisos superiores y resultó que el inquilino de uno de ellos era el propietario del piso que Einar tenía alquilado. Estaba dispuesto a acompañarlos y abrir el piso con sus llaves. Les dijo que no había visto a Einar desde hacía unos días, quizás una semana; que Einar era un hombre tranquilo y que no tenía ninguna queja de él. Dijo que siempre pagaba el alquiler puntualmente y no entendía por qué la policía andaba buscándole. Para evitar especulaciones, Sigurdur Óli le explicó que estaban tratando de averiguar su paradero porque la familia no le había visto desde hacía algún tiempo y estaba preocupada.

El propietario no les preguntó si tenían una orden de registro, así que cuando les hubo abierto la puerta entraron en la vivienda. Todas las cortinas estaban echadas y las habitaciones, sumidas en la oscuridad. Era una vivienda muy pequeña, compuesta por un salón, un dormitorio, una cocina y un cuarto de baño. El suelo estaba enmoquetado, excepto en el baño y la cocina. En el salón había un televisor y, delante de él, un sofá. El aire estaba cargado. En lugar de abrir las cortinas, Erlendur encendió la luz.

Se quedaron atónitos, contemplando asombrados las paredes del salón, y cruzaron una mirada. Las paredes estaban cubiertas por las palabras que tan bien conocían, escritas con bolígrafo, rotulador y spray de pintura. Tres palabras que antes no habían tenido sentido para Erlendur y que ahora se revelaban con una rotunda claridad.

Yo soy ÉL.

Escudriñaron la vivienda más a fondo.

Había periódicos y revistas, nacionales y extranjeros, esparcidos por todas partes. Pilas de libros, que a primera vista parecían ser científicos, en el suelo del salón y del

dormitorio, mezclados con algunos grandes álbumes de fotos. En la cocina había desparramados numerosos envoltorios de comida preparada.

—¿Crees que algún día se podrá saber con certeza y seguridad cómo funciona todo eso de la paternidad de los islandeses? —dijo Sigurdur Óli, poniéndose los guantes de látex.

Estaba pensando en las investigaciones genéticas. Recientemente se había abierto el Centro de Secuenciación Genética, que estaba recopilando el historial clínico de todos los islandeses, vivos y muertos, para establecer una base de datos con la información sanitaria de la población. Esa información junto con la genealogía seguía el rastro de la familia de todos los islandeses hasta la Edad Media; se hablaba de la búsqueda de los grupos genéticos islandeses. El propósito último era descubrir cómo ciertas enfermedades pasaban de padres a hijos, investigar esas enfermedades a través de los genes y tratar de encontrar la forma de curar esas y otras alteraciones. Se hablaba de que Islandia constituía una nación homogénea, que en cierta forma se había mantenido aislada, con escasa mezcla de sangres, y que por lo tanto era una nación apropiada para este tipo de investigaciones genéticas.

La empresa que llevaba a cabo la investigación y el Ministerio de Sanidad, que le otorgaba el permiso para organizar la base de datos, se hacían responsables de que nadie ajeno a los interesados pudiera acceder a la información guardada en la base de datos, y además se aseguraba que había un complicado sistema de códigos secretos imposible de quebrantar.

—¿Te preocupa la paternidad? —preguntó Erlendur.

También él se había puesto los guantes de látex, antes de entrar cautelosamente en el salón. Cogió uno de los álbumes de fotos y lo hojeó. Era antiguo.

—Siempre he oído decir que no me parezco ni a mi padre ni a mi madre, ni a nadie de mi familia.

—Siempre lo había sospechado —dijo Erlendur.

—¿Qué? ¿Qué sospechabas?

—Que eras un bastardo.

—Menos mal que vuelves a tener sentido del humor —dijo Sigurdur Óli—. Has estado bastante raro últimamente.

—¿Quién habla de sentido del humor? —exclamó Erlendur.

Iba echando un vistazo a las fotos. Eran antiguas y en blanco y negro. Le pareció reconocer a la madre de Einar en algunas de ellas. Entonces, el hombre que aparecía junto a ella tenía que ser Albert y los tres niños, sus hijos. Einar, el más pequeño. Eran fotografías tomadas en Navidad y durante las vacaciones de verano, algunas eran muy corrientes, sacadas en la calle, o en la cocina, donde los tres chicos aparecían sentados a una mesa, comiendo, vestidos con jerséis de punto que Erlendur recordaba como típicos de esa época. Sería antes de 1970. Los hermanos mayores con

melenas. Luego una serie tomada en el extranjero. Parecía ser el Tívoli de Copenhague.

Más adelante, en el álbum, los chicos ya habían crecido —su cabello también— y llevaban trajes de chaqueta con solapas anchas y zapatos de suela alta. Katrín lucía un peinado encrespado. Las fotos ya eran en color. Albert tenía poco pelo. Erlendur buscó la imagen de Einar y comparó sus facciones con las de sus hermanos y padres, pudo ver lo poco que se parecía a ellos. Los dos chicos mayores tenían un fuerte parecido con sus padres, especialmente con Albert. Einar era el patito feo.

Erlendur dejó el álbum viejo y cogió otro más nuevo. Las fotos de este álbum parecían hechas por el mismo Einar y eran de su propia familia. No mostraban una historia larga. Parecían empezar cuando Einar conoció a su mujer. Erlendur se preguntaba si serían fotografías del noviazgo. Evidentemente habían viajado por el país, había fotos de diversos lugares. Algunas veces iban en bicicleta y otras con un viejo coche. Fotos de tiendas de campaña. Erlendur calculaba que habrían sido tomadas a mediados de los años noventa.

Pasó las páginas rápidamente, dejó el álbum y cogió otro. En ése aparecía una niña pequeña en una cama de hospital, entubada y con una máscara de oxígeno. Tenía los ojos cerrados y alrededor había varios aparatos mecánicos. Parecía estar en la UCI. Erlendur vaciló un momento antes de seguir hojeando.

Tuvo un sobresalto cuando de repente sonó su móvil. Dejó el álbum sobre la mesa sin cerrarlo. La que llamaba era Elín, de Keflavík, que parecía muy excitada.

—Estuvo conmigo esta mañana —dijo sin preámbulos.

—¿Quién?

—El hermano de Audur. Se llama Einar. Intenté localizarte. Estaba aquí esta mañana y me contó toda su historia. Pobre hombre. Perdió a su hija de la misma manera que Kolbrún. Sabía de qué había muerto Audur. Hay una enfermedad en la familia de Holberg.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Erlendur.

—Estaba muy deprimido —dijo Elín—. Creo que podría ser capaz de hacer alguna tontería.

—¿Qué quieres decir con «tontería»?

—Dijo que esto ya se había acabado.

—¿Qué se había acabado?

—No lo dijo. Simplemente dijo que esto se había acabado.

—¿Sabes dónde puede estar ahora?

—Dijo que iba a volver a Reikiavik.

—¿A qué lugar de Reikiavik?

—Eso no lo dijo —contestó Elín.

—¿No te mencionó sus intenciones?

—No —repuso Elín—, no dijo nada sobre eso. Tienes que encontrarlo antes de que haga alguna tontería. Está sufriendo muchísimo, pobre hombre. Es terrible. Dios mío, nunca había visto nada semejante.

—¿Qué?

—¡Se parece tanto a su padre! Es como una copia de Holberg y no puede vivir con eso. No puede. No después de enterarse de lo que Holberg le hizo a su madre. Dijo sentirse como encerrado en el cuerpo de su padre. Dice que por sus venas corre la sangre de Holberg y que no lo puede soportar.

—¿De qué estás hablando?

—Es como si se odiara a sí mismo —explicó Elín—. Dice que ya no es el mismo de antes, que ahora es otra persona y se siente culpable por lo que ha pasado. No quiso escuchar lo que yo le decía.

Erlendur bajó la vista para mirar el álbum de fotos y la imagen de la niña del hospital.

—¿Por qué quería hablar contigo?

—Quería conocer la historia de Audur. Quería saberlo todo. Qué clase de niña era. Cómo murió. Dijo que yo era su nueva familia. ¿Te imaginas?

—¿Dónde habrá ido? —se preguntó Erlendur mirando su reloj.

—Por amor de Dios, procura encontrarlo antes de que sea demasiado tarde.

—Haremos lo que podamos —dijo Erlendur.

Iba a despedirse, pero notó cierta indecisión en la voz de Elín.

—¿Qué ocurre? ¿Hay algo más?

—Vio cómo desenterrabais a Audur —dijo Elín.

—¿Lo vio?

—Me había encontrado a mí y le bastó con seguirme hasta el cementerio para ver cómo sacabais el ataúd de la tierra.

Capítulo 41

Erlendur hizo que intensificasen la búsqueda de Einar. Se distribuyeron fotografías suyas por todas las comisarías de Reikiavik y de los alrededores, así como por los pueblos más importantes del país; se enviaron comunicados a la prensa y a la televisión. Erlendur dio instrucciones de no molestar al hombre; en caso de detectar su paradero debían limitarse a avisarle a él, sin hacer nada más. Erlendur habló brevemente con Katrín, quien le dijo que no sabía nada de su hijo. Los dos hijos mayores estaban con ella. Les había contado la verdad. Ellos tampoco sabían nada de su hermano. Albert seguía en su habitación del Hotel Esja, no había salido de allí en todo el día. Hizo dos llamadas, las dos a su empresa.

—Qué drama —murmuraba Erlendur, camino de su despacho.

No habían encontrado nada en la vivienda de Einar que pudiera indicarles dónde estaba.

Iba pasando el día e iban repartiéndose los trabajos. Elinborg y Sigurdur Óli hablaron con la ex esposa de Einar y Erlendur se fue al Centro de Secuenciación Genética, situado en un gran edificio nuevo de cinco plantas, dotado de una rigurosa vigilancia en la entrada. Dos agentes de seguridad privada recibieron a Erlendur en un espléndido vestíbulo. Había anunciado su llegada de antemano y el director de la empresa se había visto obligado a recibirle y dedicarle algunos minutos.

El director era uno de los propietarios de la empresa. En realidad era una directora, una genealogista islandesa, educada en Gran Bretaña y Estados Unidos, que había sido quien sugirió la idea de Islandia como país adecuado para estudios genealógicos con fines farmacéuticos. Con la ayuda de la base de datos se podían reunir todos los informes médicos del país en un mismo lugar y sacar de ahí información sanitaria, que podía ser útil en la búsqueda de genes defectuosos.

La directora recibió a Erlendur en su despacho. Se llamaba Karitas, era una mujer de unos cincuenta años, delgada, con el pelo negro corto y una sonrisa agradable. Era más baja de lo que parecía cuando salía en los programas de televisión. No entendía el porqué de la visita de la policía a la empresa. Invitó a Erlendur a sentarse.

Mientras observaba los cuadros contemporáneos islandeses que colgaban de las paredes, Erlendur le dijo que había razones para pensar que alguien se había introducido ilegalmente en la base de datos y había extraído cierta información relacionada con los individuos afectados. Él mismo no entendía exactamente lo que estaba diciendo, pero Karitas pareció entenderlo. Erlendur se sintió aliviado cuando ella le respondió sin entretenerse en dar vueltas al asunto. Había esperado encontrar más resistencia. La ley del silencio.

—Este tema es muy delicado por tratarse de información sobre personas —dijo ella en cuanto Erlendur terminó su historia—. Por lo tanto, tengo que pedirte que todo

lo que te diga quede entre nosotros. Hace algún tiempo que sabemos que la base de datos ha sido forzada. Hemos abierto una investigación interna en la empresa. Todo parece indicar que el responsable fue uno de los biólogos, pero no hemos podido hablar con él todavía porque ha desaparecido de la faz de la tierra.

—¿Einar?

—Sí, Einar. Aún estamos creando la base de datos, por decirlo de alguna manera, pero evidentemente no queremos que se sepa que es posible descifrar el código secreto y sacar información. ¿Me entiendes? Aunque en este caso el problema no sea el código secreto.

—¿Por qué no habéis avisado a la policía?

—Como te he dicho, hemos intentado solucionarlo desde dentro. Para nosotros es un asunto espinoso. La gente confía en que toda la información de la base esté a salvo, segura, que no vaya a ser utilizada para propósitos dudosos, ni mucho menos quedar expuesta a robos. Como debes saber, la población está muy sensibilizada con relación a esta base de datos y queríamos evitar una reacción adversa en masa.

—¿En masa?

—A veces parece que toda la nación está en contra de lo que hacemos.

—¿Pudo alguien descifrar el código? ¿Por qué dices que en este caso el código no es el problema?

—Estás haciendo que esto parezca una novela de suspense. Lo hizo sin tener que descifrar ningún código. Utilizó otros medios.

—¿Qué hizo?

—Improvisó un trabajo de investigación que no estaba aprobado. Falsificó firmas, entre ellas la mía. Hizo ver que la empresa estaba investigando una enfermedad hereditaria que se había identificado en algunas familias de aquí. Engañó al Consejo de Informática, que es una especie de guardián de la base de datos. Engañó al Consejo de Ética Científica. Nos engañó a todos.

Se calló un momento y miró su reloj. Se levantó y fue hasta su escritorio, desde el que habló con su secretaria. Dio órdenes de retrasar una reunión unos diez minutos y volvió a sentarse con Erlendur.

—Ése ha sido el procedimiento hasta ahora —dijo.

—¿El procedimiento? —preguntó Erlendur.

Karitas le miró pensativa. El móvil empezó a sonar en el bolsillo de Erlendur, éste se disculpó y contestó. Era Sigurdur Óli.

—El departamento técnico está revisando la vivienda de Einar —dijo—. Les he llamado y me dicen que no han encontrado gran cosa, sólo un permiso de armas que Einar consiguió hace unos dos años.

—¿Permiso de armas? —repitió Erlendur.

—Lo tenemos registrado. Pero eso no es todo. Tiene una escopeta y han

encontrado el cañón recortado debajo de su cama.

—¿Cañón?

—Ha recortado el cañón.

—¿Quieres decir...?

—Lo hacen a veces. Así es más fácil acertar.

—¿Piensas que puede ser peligroso?

—Cuando le encontremos tendremos que acercarnos con cautela. Es imposible saber qué piensa hacer con una escopeta —dijo Sigurdur Óli.

—No creo que vaya a matar a nadie con ella —repuso Erlendur, que se había levantado y daba la espalda a Karitas expresamente.

—¿Por qué no?

—Porque en ese caso ya la habría utilizado —contestó Erlendur suavemente—. Por ejemplo con Holberg. ¿No crees?

—Yo no sé nada.

—Nos vemos —se despidió Erlendur, apagó el móvil y volvió a disculparse antes de sentarse.

—Hasta ahora, ése ha sido el procedimiento —siguió Karitas como si no hubiera habido interrupción—. Solicitamos permiso a esos consejos para emprender cualquier investigación científica, tal como hizo Einar, en este caso para investigar la posible herencia de una enfermedad concreta. Recibimos una lista codificada con los nombres cifrados de las personas que sufren esa enfermedad o que son posibles portadores y esa lista se compara con una base genealógica codificada. De ahí sale un árbol genealógico asimismo codificado.

—Como un árbol de mensajes —dijo Erlendur.

—¿Cómo?

—Nada, sigue.

—El Consejo de Informática descifra los códigos de los nombres que queremos investigar, que forman el llamado «grupo muestra», tanto los de los enfermos como los de sus familiares, y luego prepara otra lista de los participantes con sus números de DNI. ¿Entiendes?

—Así que Einar tenía en sus manos una lista con los nombres y los números de DNI de todas las personas que habían padecido la enfermedad.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y todo pasa por el Consejo de Informática?

—No sé hasta dónde te interesa profundizar. Colaboramos con médicos de varias instituciones. Ellos entregan nombres de enfermos al Consejo de Informática, el Consejo codifica los nombres y los números de DNI y los envía al Centro de Secuenciación Genética. Aquí tenemos un programa genealógico especial que clasifica a los enfermos en grupos según el parentesco. Con este programa podemos

seleccionar a los enfermos que presentan más información estadística en cuanto a la búsqueda de genes dañados. Luego se les pide a los individuos de ese grupo que participen en la investigación. La validez de la genealogía depende de si la enfermedad es hereditaria o no. Se elige un buen grupo de investigadores y la genealogía resulta una ayuda poderosa para encontrar genes dañados.

—Lo único que necesitaba hacer Einar era simular que formaba parte de un grupo investigador para conseguir descifrar la codificación de los nombres, todo con la ayuda del Consejo de Informática.

—Mintió, engañó y defraudó, y así lo consiguió.

—Entiendo que todo esto os podría poner en una situación comprometida.

—Einar es uno de los altos mandos y también uno de nuestros mejores científicos. Un buen hombre. ¿Por qué hizo eso? —preguntó Karitas.

—Perdió a su hija —dijo Erlendur—. ¿No lo sabías?

—No —contestó ella, mirando sorprendida a Erlendur.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

—Dos años.

—Sucedio antes.

—¿Cómo perdió a su hija?

—Murió de una enfermedad neurológica hereditaria. Él es portador, pero la enfermedad no aparecía en su familia.

—¿Paternidad inexacta?

Erlendur no respondió. Pensó que ya había dicho bastante.

—Ése es uno de los problemas que surgen cuando se crea una base genealógica de este tipo —informó ella—. Las enfermedades tienden a desplazarse del árbol genealógico y luego vuelven a aparecer por donde menos se espera.

Erlendur se levantó.

—Y vosotros guardáis todos esos secretos aquí —dijo—. Viejos secretos de familia. Dramas, sufrimientos y muerte, todo bien clasificado en los ordenadores. Historias de familias e historias de individuos. Historias tuyas y mías. Guardáis todos los secretos y luego podéis hacerlos aparecer cuando queráis. Ciudad de Tarros para toda la nación.

—No te entiendo —dijo Karitas—. ¿Ciudad de Tarros?

—No, claro que no —respondió Erlendur, y se despidió.

Capítulo 42

Cuando Erlendur llegó a su casa esa noche aún no se sabía nada sobre el paradero de Einar. Su familia estaba reunida en la casa de los padres. Albert había dejado el hotel e ido a casa, después de tener una dolorosa conversación telefónica con Katrín. Allí estaban sus dos hijos mayores con sus esposas y pronto se añadió al grupo la ex mujer de Einar. Elinborg y Sigurdur Óli habían hablado con ella unas horas antes y les dijo que no tenía ni idea de dónde podría estar Einar. No había tenido ningún contacto con él desde hacía medio año.

Eva Lind llegó a casa un poco más tarde y Erlendur le explicó las novedades de la investigación. Algunas de las huellas dactilares encontradas en la vivienda de Holberg coincidían con las de Einar, recogidas en su casa.

Finalmente, Einar había ido a ver a su padre y todo indicaba que le había matado.

Erlendur también le contó a Eva Lind lo de Grétar. La teoría más verosímil acerca de su desaparición y muerte era que Grétar chantajeaba a Holberg, tal vez con fotografías. No estaba claro qué era exactamente lo que había fotografiado Grétar pero, por lo que habían podido ver, Erlendur consideraba muy probable que Grétar hubiera fotografiado algunas situaciones comprometedoras para Holberg, incluso violaciones que ellos no conocían y que difícilmente iban a descubrir ahora. La fotografía de la lápida de Audur indicaba que Grétar estaba enterado de lo que había pasado, por tanto existía el riesgo de que pudiera testificar en un momento dado. Quizás utilizaba esta información para intentar sacarle dinero a Holberg.

Se quedaron hablando del tema hasta entrada la noche, mientras la lluvia golpeaba las ventanas y silbaba el viento otoñal. Ella le preguntó por qué se frotaba el pecho continuamente. Erlendur le contó lo del dolor que sentía desde hacía algún tiempo. Culpó al viejo colchón de su cama, pero Eva Lind se inquietó y le conminó a que visitara a un médico. Erlendur se mostró reticente.

—¿Qué es eso de que no quieres ir al médico? —dijo Eva, y Erlendur se arrepintió inmediatamente de haberle contado lo del dolor.

—No será nada —dijo él.

—¿Cuántos cigarrillos has fumado hoy?

—¿Qué?

—Mira, te duele el pecho, fumas como una chimenea, sólo te mueves en coche, te alimentas con una mierda de comidas fritas ¡y no quieres que te vea un médico! Luego eres capaz de echarme a mí unos sermones que me hacen llorar como un niño. ¿Te parece justo? ¿Estás bien de la cabeza?

Eva Lind se había levantado y parecía el mismísimo dios de la tormenta, inmóvil, de pie delante de su padre, que, cabizbajo, miraba al suelo.

«¡Oh, Dios mío!», pensaba para sí.

—Bueno, iré, ¿de acuerdo? —dijo finalmente.

—¡Irás! ¡Y tanto que irás! —gritó Eva Lind—. Tendrías que haberlo hecho hace mucho tiempo. ¡Cobarde!

—Mañana mismo —dijo él, y miró a su hija.

—Más te vale —añadió ella.

Erlendur estaba a punto de dormirse cuando sonó el teléfono. Era Sigurdur Óli, que llamaba para decirle que la policía había recibido el aviso de que alguien había entrado en el tanatorio.

—En el tanatorio... —repitió Sigurdur Óli ante la falta de reacción de Erlendur.

—Mierda —suspiró Erlendur—. ¿Y qué?

—No sé —contestó Sigurdur Óli—. El aviso acaba de llegar. Me llamaron y les dije que te avisaría. No saben por qué habrán entrado en el tanatorio. Ahí no hay nada excepto cadáveres, ¿no?

—Nos encontramos ahí —dijo Erlendur—. Trae al médico forense —añadió, y colgó el teléfono.

Eva Lind se había quedado dormida en el salón cuando Erlendur se puso el abrigo y el sombrero y miró el reloj. Era medianoche. Cerró la puerta con cuidado para no despertar a su hija, bajó a la calle y se metió en el coche.

Cuando llegó al tanatorio había tres coches de la policía delante, con sus luces intermitentes funcionando. Reconoció el vehículo de Sigurdur Óli y, cuando estaba entrando en el edificio, llegó el médico forense con su coche, que derrapó en la curva. El médico tenía cara de enojo. Erlendur se apresuró por un largo pasillo lleno de policías y se encontró con Sigurdur Óli, que salía del quirófano.

—No se ve nada fuera de lo normal —dijo Sigurdur Óli al ver a Erlendur.

—Cuéntame lo que pasó —le pidió Erlendur entrando en el quirófano.

Las camillas estaban todas vacías y todos los armarios, cerrados. Nada que indicara un robo.

—Había pisadas aquí, por el suelo, pero ahora están casi secas —explicó Sigurdur Óli—. El edificio está conectado a un sistema de alarma que llama a una central de seguridad y desde ahí nos avisaron a nosotros hace unos quince minutos. Parece que quien entró rompió una ventana de la parte trasera e introdujo luego la mano para abrir el cerrojo. Muy simple. Pero en el momento en que puso un pie dentro, las alarmas se dispararon. No habrá tenido mucho tiempo para hacer lo que vino a hacer.

—Seguramente tuvo bastante —dijo Erlendur.

El médico forense ya había llegado y su nerviosismo era evidente.

—¿Quién demonios entra a la fuerza en un tanatorio? —exclamó.

—¿Dónde están los cadáveres de Holberg y Audur? —preguntó Erlendur.

El forense miró a Erlendur.

—¿Tiene esto algo que ver con el asesinato de Holberg? —dijo.

—Es posible —repuso Erlendur—. ¡Rápido, rápido!

—El depósito de cadáveres está ahí detrás —informó el forense.

Le siguieron hasta una puerta.

—¿Esta puerta no suele estar cerrada con llave? —preguntó Sigurdur Óli.

—¿Quién va a robar cadáveres? —susurró el forense, parándose en seco al entrar en la habitación.

—¿Qué ocurre? —inquirió Erlendur.

—La niña no está —dijo el forense como si no creyera lo que veían sus ojos.

Con paso apresurado fue hasta el fondo de la habitación, donde abrió la puerta de un habitáculo y encendió la luz.

—¿Qué? —exclamó Erlendur.

—El ataúd tampoco está —añadió el forense, mientras miraba a Erlendur y Sigurdur Óli alternativamente—. Teníamos un ataúd nuevo para ella. ¿Quién puede haber hecho una cosa semejante? ¿A quién puede ocurrírsele una barbaridad semejante?

—Se llama Einar —dijo Erlendur—. Y no es ninguna barbaridad.

Se dio la vuelta y salió rápidamente del tanatorio con Sigurdur Óli pisándole los talones.

Capítulo 43

Esa noche había poco tráfico en la autovía a Keflavík. Erlendur conducía tan deprisa como le permitía su viejo coche japonés. La lluvia golpeaba los cristales y los limpiaparabrisas no podían con tanta agua. Erlendur recordó la primera vez que fue a ver a Elín, hacía unos pocos días. Parecía que nunca iba a dejar de llover.

Le había dicho a Sigurdur Óli que hablara con la policía de Keflavík para pedirles que estuvieran alerta, así como para asegurarse de que disponían de otros agentes de Reikiavik. Le dijo también que hablara con Katrín, la madre de Einar, para explicarle cómo estaban las cosas. Él iba a ir directamente al cementerio, con la esperanza de encontrar allí a Einar con los restos mortales de Audur. Estaba convencido de que la intención de Einar era volver a enterrar a su hermanastra.

Cuando Erlendur llegó a la puerta del cementerio vio que el coche de Einar estaba allí y que tenía abiertas de par en par la puerta del conductor y una de las puertas traseras. Erlendur apagó el motor, salió del coche y examinó el de Einar. Luego se enderezó y escuchó, pero sólo pudo oír el ruido de la lluvia cayendo sobre la tierra. No había viento y Erlendur escrutó la negrura del cielo. Distinguió a lo lejos una luz encima de la entrada a la iglesia y otra pequeña lucecita junto a la tumba de Audur.

Le pareció ver que algo se movía.

Creyó reconocer el pequeño ataúd blanco.

Se puso en camino con cautela y fue acercándose silenciosamente al hombre que suponía que era Einar. La luz venía de un farol de gas, que estaba colocado al lado del ataúd sobre la tierra. Erlendur entró lentamente en el círculo de luz y el hombre le vio. Levantó la cabeza y miró a Erlendur a los ojos.

Erlendur había visto fotografías de Holberg cuando era joven y el parecido era evidente. La frente estrecha y de forma ligeramente convexa, las cejas gruesas, poco espacio entre los ojos, los pómulos prominentes en la cara delgada y los dientes algo salientes. La nariz y los labios delgados, la mandíbula ancha y el cuello largo.

Se miraron a los ojos un rato.

—¿Quién eres? —preguntó Einar.

—Me llamo Erlendur. Holberg es mi caso.

—¿Te sorprende que me parezca tanto a él? —le interrogó Einar.

—Hay un cierto parecido —respondió Erlendur.

—Sabes que violó a mi madre —dijo Einar.

—Eso no es culpa tuya —repuso Erlendur.

—Era mi padre.

—Eso tampoco es culpa tuya.

—No deberías haber hecho esto —dijo enérgicamente Einar señalando el ataúd.

—Consideré que lo tenía que hacer —contestó Erlendur—. He descubierto que

murió de la misma enfermedad que tu hija.

—Voy a devolverla a su sitio —anunció Einar.

—No hay problema —dijo Erlendur acercándose más al ataúd—. Seguramente querrás que esto esté también en la tumba.

Erlendur extendió la mano con la que cogía el pequeño maletín negro que había guardado en su coche desde que volvió de casa del coleccionista.

—¿Qué es esto? —preguntó Einar.

—La enfermedad —dijo Erlendur.

—No lo entiendo...

—Es una muestra orgánica de Audur. Considero que debe estar junto a ella.

Einar miraba al maletín y a Erlendur alternativamente, inseguro de lo que debía hacer. Erlendur se acercó aún más, hasta llegar al lado del ataúd, que quedó en medio de los dos. Colocó el maletín encima y luego se alejó.

—Quiero que me incineren —dijo repentinamente Einar.

—Tienes toda la vida para arreglar eso —repuso Erlendur.

—Exactamente. Toda la vida —dijo Einar subiendo la voz—. ¿Y qué es toda la vida? ¿Qué es toda la vida cuando se tienen siete años? ¿Puedes aclararme eso? ¿Qué vida es ésta?

—Eso es algo que no te puedo decir —contestó Erlendur—. ¿Llevas la escopeta contigo?

—Hablé con Elín —explicó Einar sin contestar la pregunta de Erlendur—. Supongo que lo sabes. Hablamos de Audur. Mi hermanastra. Conocía su existencia, pero no supe que era mi hermanastra hasta más tarde. Vi cómo la desenterrabais. Entendí muy bien que Elín quisiera atacarte.

—¿Cómo supiste lo de Audur?

—Por la base de datos. Encontré a los que habían muerto de esa variante concreta de la enfermedad. Entonces no sabía que yo era hijo de Holberg y que Audur era mi hermanastra. Eso lo supe más tarde. Supe cómo fui concebido cuando se lo pregunté a mi madre.

Miró a Erlendur.

—Después de descubrir que yo soy portador.

—¿Cómo relacionaste a Holberg con Audur?

—Por la enfermedad. Por esta variante de la enfermedad. El tumor cerebral es muy poco frecuente.

Einar se quedó en silencio un rato y luego siguió con su relato, ordenadamente y sin sentimentalismos, como si se hubiera preparado para dar una explicación exacta de su comportamiento. Subió la voz, hablaba en un tono bajo y monótono que se convirtió incluso alguna vez en un suave susurro. La lluvia seguía cayendo sobre la tierra y sobre el pequeño ataúd, rompiendo el silencio de la noche.

Explicó cómo enfermó su hija inesperadamente cuando tenía cuatro años. Resultó difícil diagnosticar la enfermedad y pasaron varios meses antes de que los médicos llegaran a la conclusión de que se trataba de una rara dolencia neurológica.

Se creía que era una enfermedad hereditaria que existía en ciertas familias, pero lo extraño era que no había antecedentes ni en la familia materna de su hija, ni en la paterna. Los médicos no tenían explicación para ese caso y se inclinaron por algún tipo de mutación.

Les informaron que la enfermedad se alojaba en el cerebro de la niña y que podía causarle la muerte en pocos años. Ahí empezó un calvario que Einar dijo no poder describir.

—¿Tienes hijos? —le preguntó a Erlendur.

—Dos, chico y chica —contestó él.

—Nosotros sólo la teníamos a ella —dijo Einar—. Nos separamos cuando murió. No quedaba nada que pudiera mantenernos unidos, excepto la pena, los recuerdos y la lucha en los hospitales. Cuando todo acabó, fue como si se hubieran terminado también nuestras vidas. Ya no quedaba nada.

Einar se calló y cerró los ojos. El agua de la lluvia le resbalaba por la cara.

—Yo fui uno de los primeros trabajadores de la nueva empresa —siguió diciendo—. Cuando se obtuvieron los permisos para organizar la base de datos y empezamos a trabajar en ella, fue como si volviera a nacer. No podía conformarme con las palabras de los médicos. Tenía que buscar una explicación. Volvió a despertarse mi interés. Tenía que averiguar cómo la enfermedad había llegado a atacar a mi hija. Los datos sanitarios están ligados a otro archivo de base genealógica y ambos se pueden juntar si se sabe lo que se está buscando y si se dispone del código secreto. Entonces se puede descubrir de dónde procede la enfermedad y se puede rastrear por todo el árbol genealógico. Incluso se pueden conocer las excepciones. Excepciones como yo. Y como Audur.

—Hablé con Karitas, del Centro de Secuenciación Genética —dijo Erlendur, intentando entablar una conversación con Einar—. Me describió cómo les engañaste. Para nosotros, todo esto es tan nuevo que no se entiende muy bien qué se puede hacer con toda esa información acumulada. Ni lo que contiene, ni lo que se puede sacar de ella.

—Yo sospechaba todo eso. Los médicos de mi hija tenían su teoría sobre la enfermedad y sobre su origen hereditario. Al principio, pensé que quizá yo era un hijo adoptado, y ojalá hubiera sido así. Luego empecé a sospechar de mi madre. Con engaños, logré convencerla para que me diera una muestra de su sangre, que hice analizar. Hice lo mismo con mi padre. No encontré nada. Lo encontré en mi propia sangre.

—Pero ¿tú no tienes ninguno de los síntomas?

—Apenas —dijo Einar—. Casi he perdido la audición de un oído. Tengo un tumor, junto al nervio auditivo. Benigno. Y manchas en la piel.

—¿Manchas de café?

—Te has informado. Podría haber enfermado a causa de una mutación. Pero me parecía poco probable. Finalmente conseguí los nombres de algunos hombres que podrían haber sido amantes de mi madre. Holberg era uno de ellos. Mamá me dijo enseguida toda la verdad, cuando le expuse mis sospechas. Me explicó que nos había ocultado siempre lo de la violación para que nunca tuviera que sufrir por mis orígenes. ¿Sufrir? Todo lo contrario. Soy el hijo pequeño —añadió.

—Lo sé —dijo Erlendur.

—¡Vaya noticias! —gritó Einar en el silencio de la noche—. Yo no era hijo de mi padre; mi verdadero padre era el violador de mi madre; yo era el hijo de un violador; mi padre me había transmitido un gen dañino que apenas me ha tocado, pero que ha matado a mi hija. Tenía una hermanastra que murió de lo mismo. Aún no he logrado entenderlo del todo, de asimilarlo. Cuando mi madre me contó lo de Holberg, sentí tanta rabia que perdí el control. Era un hombre asqueroso.

—Empezaste por llamarle por teléfono.

—Quería oír su voz. ¿Acaso no desean todos los huérfanos de padre poder encontrarse con él? —dijo Einar sonriendo ligeramente.

—Aunque sólo sea una vez.

Capítulo 44

La lluvia había ido aminorando poco a poco y finalmente cesó. El farol iluminaba con su luz amarillenta la tierra y el reguero de agua de lluvia que bajaba por un caminito. Estaban inmóviles, uno frente al otro, mirándose a los ojos, con el pequeño ataúd en medio.

—Se sorprendería al verte —dijo Erlendur.

Sabía que la policía iba camino del cementerio y quería aprovechar el tiempo que le quedaba de estar a solas con Einar antes de que aparecieran los agentes. También sabía que quizás Einar iba armado. No había visto la escopeta, pero no se podía descartar que la llevara escondida. Einar tenía una mano dentro del abrigo.

—Tendrías que haberle visto la cara —dijo Einar—. Era como si hubiera visto un fantasma del pasado, y ese fantasma era él mismo.

Holberg abrió la puerta y se quedó mirando al joven que había llamado al timbre. Nunca lo había visto antes y, sin embargo, reconoció su cara enseguida.

—Hola, papá —dijo Einar con sorna.

No podía disimular su enfado.

—¿Quién eres? —preguntó Holberg sorprendido.

—Tu hijo, claro —respondió Einar.

—¿Qué significa esto? ¿Me has estado llamando? Déjame en paz. No te conozco de nada. Es evidente que no estás bien de la cabeza.

Tenían una estatura similar, pero lo que más sorprendió a Einar fue el aspecto viejo y frágil de Holberg. Cuando hablaba se oía un estertor que venía del fondo de su garganta, seguramente a causa de sus muchos años de fumador. Tenía la cara desmejorada, y ojeras oscuras bajo los ojos. El pelo gris y sucio se le pegaba a la cabeza y tenía la piel arrugada. Sus dedos eran amarillentos. Iba algo encorvado, con una mirada incolora y apagada.

Holberg quiso cerrar la puerta, pero Einar era más fuerte y lo empujó hacia dentro con la puerta, entró y cerró tras él. Enseguida notó el olor. Como a caballos, pero más desagradable.

—¿Qué guardas aquí? —preguntó.

—Lárgate inmediatamente.

Holberg lo gritó con voz de pito, al tiempo que iba desplazándose hacia atrás, hacia el fondo del salón.

—Tengo todo el derecho a estar aquí—dijo Einar mirando a su alrededor—. Soy tu hijo. El hijo perdido. ¿Puedo hacerte una pregunta, papá?

¿Violaste a más mujeres además de a mi madre?

—¡Llamaré a la policía!

El sonido de su garganta se hacía más audible cuanto más se excitaba.

—Sí, ya es hora de llamar a la policía —dijo Einar, y Holberg vaciló.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—No tienes ni idea de lo que ha pasado, y tampoco te importa. No te podría importar menos. ¿No estoy en lo cierto?

—Tu cara... —dijo Holberg sin terminar la frase.

Con sus ojos incoloros observó a Einar durante largo rato, hasta que empezó a entender lo que éste había dicho. Que era su hijo. Einar sintió su desconcierto. Notó cómo se quedaba pensando en lo que le había dicho.

—Nunca he violado a nadie en toda mi vida —exclamó Holberg finalmente—. Todo eso es una maldita mentira. Me dijeron que tenía una hija en Keflavík, su madre me denunció por violación, pero nunca pudo probar nada. Nunca me juzgaron.

—¿Sabes qué le pasó a esa hija tuya?

—Creo que murió joven. Nunca estuve en contacto con ella ni con su madre. Tienes que entender eso. ¡Me denunció por violación!

—¿Estás al tanto de alguna muerte infantil en tu familia? —preguntó Einar.

—¿De qué me hablas?

—¿Se han muerto niños en tu familia?

—¿Qué está pasando aquí?

—Yo sé de algunos casos desde principios de siglo. Uno fue el de la muerte de tu hermana.

Holberg miró fijamente a Einar.

—¿Qué sabes tú de mi familia? —preguntó—. ¿Cómo?

—Tu hermano. Veinte años mayor que tú. Murió hace unos quince años. Perdió a una hija joven en 1941. Tú tenías once años. Erais dos hermanos, nacidos con ese lapso de tiempo entre los dos.

Holberg no dijo nada y Einar siguió.

—La enfermedad tenía que desaparecer contigo. Tú tenías que ser el último portador. Eras el último de la fila. Soltero. Sin hijos. Sin familia. Pero eras un violador. Un asqueroso, maldito violador de mierda.

Einar se calló y miró con odio a Holberg.

—Y ahora soy yo el último portador.

—¿De qué me estás hablando?

—Audur heredó la enfermedad de ti. Mi hija la heredó de mí. Así de sencillo. Lo he estudiado en la base de datos. No ha habido más casos de esta

enfermedad desde que Audur murió, aparte de mi hija. Somos los últimos.

Einar se acercó un paso y cogió un pesado cenicero, lo balanceó en sus manos.

—Y aquí termina la historia.

—No entré en su casa para matarlo —dijo Einar—. Pero seguramente él consideró que estaba en peligro. No sé por qué cogí el cenicero. Tal vez tenía la intención de tirárselo a la cabeza. Tal vez tenía ganas de atacarlo. Pero él se precipitó. Se abalanzó sobre mí y me apretó el cuello. Entonces le golpeé en la cabeza y cayó al suelo. Lo hice sin pensar. Estaba muy enojado y podría haberlo atacado. Había pensado en cómo terminaría nuestro encuentro, pero nunca se me había ocurrido este final. Nunca. Al caer se golpeó la cabeza con la esquina de la mesita y empezó a sangrar. Ya sabía que estaba muerto cuando me incliné sobre él. Miré a mi alrededor, vi un lápiz y un papel y escribí que yo era él. Que yo era ese hombre. Y que ese hombre era mi padre.

Einar miró dentro de la tumba abierta.

—Hay agua aquí dentro.

—Eso lo arreglaremos fácilmente —repuso Erlendur—. Si llevas una escopeta, será mejor que me la des.

Erlendur se le acercó poco a poco y a Einar no pareció importarle.

—Los niños son filósofos —dijo—. Mi hija me preguntó una vez en el hospital por qué tenemos ojos. Le contesté que era para poder ver.

Se calló un momento.

—Me corrigió —añadió como hablando consigo mismo.

Miró a Erlendur.

—Me dijo que era para poder llorar.

En aquel momento pareció tomar una decisión.

—¿Qué eres si no eres tú mismo? —preguntó.

—Tranquilo —dijo Erlendur.

—¿Entonces quién eres?

—Todo se arreglará.

—No quería que terminara así, pero ya es demasiado tarde.

Erlendur no entendía el significado de sus palabras.

—Esto va a terminar.

Erlendur le miró fijamente a la pálida luz del farol.

—Se termina aquí —dijo Einar.

Erlendur vio cómo sacaba la escopeta de debajo de su abrigo. Einar apuntó primero a Erlendur, que se le acercaba poco a poco y que ahora se quedó quieto donde estaba. Entonces, dio la vuelta al cañón y se apuntó al pecho. Lo hizo con

mucha rapidez. Erlendur reaccionó y gritó a la vez que Einar. El estruendo rompió la tranquilidad del cementerio. Erlendur ensordeció por un momento. Se arrojó encima de Einar y cayeron los dos al suelo.

Capítulo 45

Se sentía como si su vida hubiese desaparecido y sólo le quedase el cuerpo, mirando a la oscuridad, con los ojos vacíos.

Erlendur estaba de pie, mirando a Einar, echado al lado de la pequeña tumba. Cogió el farol y dejó que la luz se desparramara sobre él; vio que estaba muerto. Volvió a depositar el farol en el suelo y empezó a deslizar el pequeño ataúd hacia su tumba. Antes lo abrió para colocar dentro el frasco de cristal, luego lo cerró. Le costó trabajo meter el ataúd en la tumba sin ninguna ayuda, pero al fin lo logró. Encontró una pala que alguien había dejado al lado del montón de tierra. Después de hacer la señal de la cruz encima de la tumba empezó a cubrirla de tierra. Notaba un dolor agudo cada vez que oía el sonido hueco de la tierra cayendo sobre el ataúd.

Determinado a ponerla en su sitio, cogió la cerca blanca que estaba rota y caída junto a la tumba. Necesitó toda su fuerza para colocar también la lápida. Estaba a punto de terminar su tarea cuando oyó llegar los primeros coches. Escuchó cómo le llamaban Sigurdur Óli y Elinborg, alternativamente. Oyó también las voces de otras mujeres y hombres que llegaban iluminados por las luces de los coches. Sus sombras eran gigantes en la oscuridad de la noche. Vio rayos de linternas que se multiplicaban rápidamente y se acercaban.

Distinguió a Katrín, que estaba en el grupo, y poco después también a Elín. La mirada de Katrín se abrió en un interrogante inmenso. Cuando descubrió la escena, se arrojó llorando encima de Einar y le abrazó con fuerza. Erlendur no se interpuso. Vio cómo Elín se dejaba caer de rodillas, al lado de Katrín.

Oyó que Sigurdur Óli le preguntaba si estaba bien y entrevió cómo Elinborg recogía la escopeta del suelo. Advirtió que se acercaban varios agentes de policía y vio los relámpagos de los flashes de las cámaras fotográficas.

Levantó la cabeza. Había vuelto a llover, pero tenía la sensación de que era una lluvia más suave.

A Einar le enterraron al lado de su hija en el cementerio de Grafarvogur. La ceremonia se celebró en privado.

Erlendur se puso en contacto con Katrín. Le contó el encuentro de Einar con Holberg. Erlendur habló de defensa propia, pero Katrín sabía que intentaba disminuir su dolor. Él sabía cómo se sentía.

Seguía lloviendo, pero los vientos otoñales se habían calmado. Pronto llegaría el invierno, con el frío y la oscuridad. A Erlendur eso no le preocupaba.

Por insistencia de su hija, Erlendur acabó yendo al médico. Le dijo que el dolor del pecho se debía a un cartílago dolorido, probablemente por dormir en un colchón

de mala calidad o quizá por falta de movimiento.

Un día, mientras comían un delicioso cocido, Erlendur preguntó a Eva Lind si, en caso de que fuera niña, le dejaría elegir el nombre de su bebé. Ella dijo que ya suponía que él iba a darle alguna idea.

—¿Cómo te gustaría que se llamara? —le preguntó.

Erlendur la miraba.

—Audur. Creo que me gustaría que se llamara Audur.

* * *

Reseña Bibliográfica

ARNALDUR INDRIDASON

Nació el 28 de enero de 1961, en Reykjavik. Escritor islandés, hijo del también escritor Indriði G. Þorsteinsson. Licenciado en historia, es periodista, crítico de cine y autor de novela negra. Ha trabajado, durante veinte años, principalmente para Morgunbladið, el diario más importante de Islandia. Vive con su mujer y sus tres hijos en Reykjavik. Sus novelas policiacas han sido publicadas en doce idiomas y más de veinte países. Se hizo famoso al crear en 1997 al inspector islandés Erlendur Sveinsson, un hombre obsesionado por el pasado y la sombra de su hermano, un niño que desapareció. Solitario y deprimido, tiene una hija drogadicta a la que sólo habla cuando no puede escucharle. La investigación criminal en sus novelas suele ser un pretexto para resolver un enigma del pasado, y en ellas el lirismo cumple un papel importante. Los autores que le han influido más son dos escritores suecos de los años sesenta, Maj Sjöwall y Per Wahlöö, que escribieron las aventuras del inspector Martin Beck. Logró The Gold Dagger Award, el premio más importante de novela negra en el mundo anglosajón por La mujer de verde (Silencio Sepulcral), así como el Glasnyckeln (Glass Key o Llave de cristal) a la mejor novela negra nórdica con La mujer de verde, y por Las marismas. Además ha recibido el Premio de la Crítica Francesa a la mejor novela negra por Las marismas.